EL GENIO

ALBERTO PALCOS

EL GENIO

Ensayo sobre su génesis, sus factores biológicos, psicológicos y sociales y sus funciones en la especie y en la sociedad

(II Edición)



M. GLEIZER - EDITOR
TRIUNVIRATO 537
BUENOS AIRES, 1926

DEL MISMO AUTOR

La vida emotiva (M. Gleizer, editor.—Buenos Aires, 1925).

EN PREPARACIÓN

El genio de Sarmiento.

La visión de Rivadavia.

Valores Humanos.

La herencia de las aptitudes mentales.

La vida emotiva (en dos tomos).

PROLOGO DE LA SEGUNDA EDICION

Van para seis años cabales que apareció la primera edición de este libro. En su transcurso no se han operado cambios que muevan a modificar lo que de fundamental encierran los conceptos en él expresados, fruto de un lustro de investigaciones y meditaciones. Sin embargo, introducimos muchas correcciones (en puridad en menor número de las que serían necesarias) sin afectar en nada a su sustancia, a su contenido doctrinal.

Si más adelante le cupiera el honor de sucesivas .ediciones, continuaríamos mejorándolo. Las obras, como los hombres, sólo viven de verdad a condición de perfeccionarse continuamente. Y cuando desaparece el autor de un libro que ha ganado el derecho a la supervivencia histórica, (huelga significar que esta consideración no reza para nuestro modesto engendro) la posteridad generosa suele mejorarlo por agencia de algunos preclaros ingenios que ponen en descubierto sus inagotables bellezas y destacan su valor.

Por lo demás, ya hemos dicho que pocos temas son tan tentadores y ricos en sugestiones como el que se refiere al genio. Casi no hay escritor que no le haya dedicado una página, una frase, un pensamiento. Con todo, su estudio metódico está erizado de dificultades. Unicamente los adelantos de la biología y de la psicología podrían suministrar una solución definitiva al problema. De aquí que la bibliografía de la materia digna de tal nombre, sea relativamente escasa. Conságrase en su mayor parte al análisis de la psicología y de algunos aspectos sociales del genio. La faz biológica es poco menos que descuidada. Víciala, por otra parte, con harta frecuencia el apriorismo, la unila-

teralidad, la generalización fácil basada en el estudio de uno o dos hombres de genio.

El único método que nos ha parecido legítimo consiste en la observación realista y objetiva, a la luz de las más firmes nociones de la biología, de la psicología y de las ciencias sociales, de los rasgos comunes a la gran mayoría de los hombres geniales. Como material de información hemos utilizado las propias obras de los grandes creadores y los estudios biográficos más sagaces, fuera de las preciosas memorias y autobiografías de los genios auténticos. De tal suerte, creemos que es posible allegar a la dilucidación del asunto otra cosa que ociosas presunciones o vanas conjeturas.

Siempre que a lo largo de nuestro trabajo coincidimos con escritores autorizados en la consideración de algunos aspectos parciales del tema y aun a riesgo de parecer poco originales, preferimos abonar nuestro concepto con la cita pertinente tratando, eso sí, de seleccionarla con cuidado. No obstante lo cual, y sin emplear en la afirmación que sigue el menor asomo de jactancia, estamos convencidos, como lo advertirá el avisado lector y confirman cuántos se han dignado analizarlo, que en su lineamiento de conjunto, en su estructura general y en sus conceptos centrales este libro es ampliamente original y lo entregamos, conscientes de sus imperfecciones, a la discusión razonada y a la crítica superior.

Algunos conceptos novedosos expuestos en nuestra obra y que de primer intento pudieron parecer un tanto desmesurados los aquilatan y corroboran, cada vez más, nuevas investigaciones y estudios.

La concepción endocrina, por ejemplo, ha ganado en este último lustro bastante terreno y cuenta actualmente con muchos y autorizados partidarios. Va reconociéndose, según defendemos en el texto de nuestro libro, que el genio es no sólo el más alto grado del equilibrio nervioso, sino del equilibrio endocrino, el cual, en cierta manera, es previo y condiciona a aquél. Cuando expusimos nuestra hipótesis, planteamos el problema en un terreno todavía no explorado por los psicólogos. Con ella pretendemos ahondar en la biología de los hombres geniales, sin caer en la exageración de suponer, por eso, como luego se ha hecho, de que basta tan sólo un alto equilibrio endocrino para que florezca el genio, pues a él es indispensable que se unan las cuatro aptitudes psicológicas, íntimamente fusionadas, que nosotros indicamos: rica y fina sensibilidad, pasión tenaz, porfiada, potente imaginación creadora y el elemento reflexivo y crítico que supone contemporáneamente una alta capacidad de inhibición voluntaria. Las glándulas de secreción interna suministran, por decir así, los cimientos orgánicos de la genialidad, con lo cual suministran bas-

tante. Aquellas cuatro aptitudes suministran, a su turno, los cimientos mentales. Desde todo punto de vista resulta necesario que tales condiciones orgánicas y mentales se conjuguen armoniosamente para que el genio surja en su magnífica amplitud e irradie con toda su fuerza.

Abrese camino, igualmente, aunque con mayor lentitud, la hipótesis por nosotros propugnada de que el genio constituye una variación brusca de la especie. El concepto mutacionista, que empieza a ser negado en ciencias naturales, nos parece sólido, firme, en las ciencias históricas y sociales. Dejamos expresa constancia de este hecho con el objeto de que no se suponga que en algún momento pretendimos establecer una relación de identidad donde encontramos, tan sólo, cómodas analogías.

Críticos autorizadísimos y a quienes nos sentimos muy reconocidos, destacan la originalidad de nuestro concepto acerca de la inhibición voluntaria y su intervención en las actividades mentales superiores, así como la de la clasificación propia que esbozamos de los hombres, geniales o no, en tres tipos fundamentales, lo mismo que la de nuestra teoría sobre la psicología del genio.

Reputan también muy digna de tenerse en cuenta la hipótesis que exponemos acerca de las condiciones sociales del genio. Por lo que toca al debate, no terminado todavía y renovado constantemente en torno a la concepción psiquiátrica del genio, nos ha sido sumamente grato ver cómo los mismos esforzados continuadores y discípulos de Lombroso reconocen la serenidad y la imparcialidad con que nos hacemos cargo de sus principales argumentaciones y la fuerza de las que les oponemos.

En nuestro próximo libro EL GENIO DE SARMIENTO, ampliaremos algunos aspectos de nuestra teoría y la aplicaremos al estudio e interpretación de la seductora y recia personalidad del prohombre americano.

Escribiendo sobre el genio no hemos podido olvidar al pueblo, depositario de su gloria, ni sustraernos a ese soplo de humanidad y cálido idealismo que respiran las obras y las vidas de los varones inflamados por la sublime llama creadora. Y no nos arrepentimos de tal cosa porque aquella ráfaga no dificulta el análisis reposado y minucioso. Antes bien, tal vez le añada algún encanto. Encanto que se debe por entero al genio y no a su humilde biógrafo ocasional.

ALBERTO PALCOS.

Buenos Aires, 1926.

Teoría psiquiátrica del genio

Breve historia. — Arraigo de esta teoría. — Degeneración y genio parcial. — El genio y el dualismo Bergsoniano del instinto y la inteligencia. — Algunas exageraciones Lombrosianas. — Ascendencia y descendencia del genio. — Falsas analogías entre genio y epilepsia. — ¿Genios alienados? — Diferencias esenciales entre genio y locura. — Genio y melancolía. — Otros aspectos de la teoría Lombrosiana.

Quedarían notablemente aclarados los problemas que nos proponemos estudiar y tendríamos que erigir al concepto alienista en eje de nuestras indagaciones, de ser cierto que el genio entronca con la locura y la degeneración. Nuestro primer paso, en consecuencia, debe encaminarse a inquirir el grado de verdad que pueda encerrar aquel enunciado.

I.—BREVE HISTORIA

Siempre ha chocado a la inmensa mayoría de los hombres la conducta de los genios. Por comparación con la del común de las gentes la encuentran rara, singular, cuando no extravagante y se inclinan a considerarla entonces, inspirada, según los casos, por los dioses, los demonios, o sencillamente, por la locura. Esto ha sido consagrado hasta en algunos proverbios populares. Uno francés, reza así:

Jamais ne fut de grand esprit
Que n'eût de folie un petit.

Los griegos, a pesar de poseer un sentido elevado de la libertad del pensamiento no escaparon al prejuicio vulgar que ve un alienado en los sabios y filósofos entregados a problemas complejos y abstrusos. Con anterioridad a las invectivas tejidas en torno a la admirable figura de Sócrates, ya los ciudadanos de Abdera — según cuenta un famoso historiador — acusaron de loco a Demócrito, precursos de tantos conceptos modernos, *por explorar los laberintos del cerebro.*

Y en las horas inefables del Renacer, cuando innumerables prejuicios quedaron tronchados por la vívida luz de la antigüedad clásica, una mano anónima, como un resumen del pensamiento dominante en la materia, escribió sobre unas páginas de Leonardo de Vinci, la palabra *follie.* Media centuria después Vasari, considerándolo no como un hombre sino como "una encarnación de la divinidad sobre la tierra", pero no pudiendo abarcar el inmenso panorama de su genio, solo acierta a usar los calificativos de *pazzie, ghiribizzi* y *capricci.*

El concepto psiquiátrico del genio data de muy antiguo; ha sido sustentado no sólo por el prejuicio popular, sino también, por figuras históricas prominentes de todas las épocas.

Platón (1) sugiere que *el delirio es un presente de los dioses,* y advierte que los creadores del vocablo no consideraban al delirio "como una afección vergonzosa y deshonrosa cuando lo aplicaban a la más bella de las artes: la que nos revela el porvenir".

Más explícito fué *Aristóteles.* Según un célebre escritor romano le pertenece la famosa sentencia: *Nullum magnum ingenium sine mixture dementiae.* Escribió que "los hombres que se distinguieron en filosofía, en política, en poesía y en las artes eran melancólicos" padeciendo de esta enfermedad Empedocles, Sócrates y Platón. "Esta especie de temperamento melancólico ha causado las enfermedades reales de cierto número de ellos

(1) Platón. Obras. "Fedro".

y en los otros sus disposiciones naturales tendieron ávidamente hacia esas afecciones" (1).

Cicerón afirmaba que el poeta enloquece en el momento de la inspiración.

Montaigne se pregunta si *"la más sutil locura* no se hace con *la más sutil sabiduría"* (2).

En 1575 decía el escritor español *Juan Huarte* en su *"Examen de ingenios"*. "Los hombres templados tienen capacidad para todas las ciencias con cierta mediocridad, sin aventajarse mucho en ellas; pero *los destemplados* para una y no más, a la cual si se dan con certidumbre, y la estudian con diligencia y cuidado harán maravilla en ella, y si la yerran sabrán muy poquito en las demás".

Pascal escribe *en sus "Pensamientos"*: *L'extreme esprit est accusé de folie, comme l'extreme défaut* (*d'esprit*).

Boerhave, en el siglo XVII, manifestó que hay algo de *delirio en todo "magno ingenio"* (*Est aliquid dilirii in omni magno ingenio"*.

En las *Máximas* de *Meré* se lee: *"No existe sabio que no haya sido loco y no hay loco que no pueda ser sabio"*. "La locura precede siempre a la sabiduría, y no se conoce a ésta más que por aquella; es necesario haberse extraviado para ponerse sobre el buen camino" (3).

Pope opina que "el genio confina con la locura: no están separados más que por un delgado tabique" y *Dryden* cree que genio y locura "se acercan mucho".

La Rochefoucauld coincide con el pensamiento arriba transcripto de Montaigne y agrega: "la locura nos acompaña durante todo el tiempo de la vida; si algunos parecen sabios es porque

---

(1) Aristóteles: "Problemas", XXX. Algunos sabios niegan que "Los Problemas" hayan sido escritos por Aristóteles.

(2) Montaigne: "Essais", libro II, cap. XII.

(3) Máximas 248 y 539.

sus locuras son proporcionadas a sus edades y fortunas". "Quien vive sin locura no es tan sabio como él se cree" (1).

Félix Plater nota igualmente, este parentesco en su libro de observaciones publicado en 1680 en Basilea.

Diderot exclama: "¡oh! el genio y la locura se tocan mucho". Le pertenece esta amarga reflexión: *"Quand la nature crée un homme de génie, elle lui secoue son flambeau sur la tete et lui dit: Va, sois malhereux"*

Cabanis (2) establece entre genio y locura una estrecha relación.

Napoleón confesaba confidencialmente al eminente psiquiatria Pinel que se cuidaría mucho de no caer en sus manos puesto que genio y locura "están separados por el espesor de una moneda" (3).

En 1836 y en 1846 el alienista *Lelut* (4) sostuvo en dos libros que produjeron mucho ruido que Sócrates y Pascal fueron alucinados de genio.

Para *Poe* "el genio es próximo pariente de la locura".

Foderé avanza que "el talento y el genio siempre son más vecinos de las singularidades, de la irregularidad de costumbres, de la exaltación de la locura que el común de los hombres" (5).

---

(1) La Rochefoucauld: "Oeuvres". París, 1868. Tomo I, Máximas 207 y 209. La palabra "locura" es usada aquí, como en otras citas de autores franceses, como sinónimo de fantástico, de raro o de extravagante. Pero a menudo se alude con ella a su significación científica.

(2) Cabanis: "Rapport du Phisique et du moral de l'homme". París, 1853.

(3) Pinel: "Phisiologie de l'homme aliéné", p. 40.

(4) L. F. Lelut: "Le démon de Sócrate. Spécimen d'une application de la science psychologique á celle de l'histoire". París, 1836. L. F. Lelut: "L'Amulette de Pascal, pour servir á l'histoire des hallucinations". París, 1846.

(5) Foderé: "Essai médico-legal sur les diverses especes de folie", p. 66.

Morel, el padre de la teoría de la degeneración, insinúa que en el hombre de genio existe algún desequilibrio (1).

Schopenhauer, nota puntos de contacto entre genio y locura. Uno de ellos consiste en que tanto el genio como el loco "buscan en las cosas únicamente sus Ideas" (2).

En 1861 *Brièrre de Boismont y Calmeil* concluían que Juana de Arco era una alucinada y una *loca de genio".*

Pero quien acertó a dar una fórmula concisa y clara acerca de la naturaleza patológica del genio fué el alienista *Moreau de Tours* definiéndolo como "una *neurosis",* e ilustrando esta teoría con muchos ejemplos — muy discutibles. La gran capacidad emotiva, la atención acentuada, la voluntad tenaz e implacable son condiciones con las cuales se llega al talento, pero para culminar en la potencia mental del genio es indispensable poseer aquella exaltación nerviosa que sólo puede prestar la neurosis (3).

El libro de Moreau, lleno de observaciones ingeniosas, carece de valor probatorio. El grosero empirismo de sus estadísticas no autoriza ninguna conclusión general.

Moreau de Tours es el antecesor inmediato de *Lombroso.*

II.—ARRAIGO DE ESTA TEORIA

El maestro de Turín infundió vida a la concepción psiquiátrica. Audaz en sus ideas, tenaz en sus investigaciones, de dialéctica ágil y de temperamento ardiente y polemista, levantó a su alrededor una tempestad, induciendo, a su vez, a largas controversias y a pacientes y fructíferas indagaciones.

No podemos referirnos a Lombroso sin tributarle el homenaje previo de un saludo respetuoso y justiciero. A despecho

---

(1) Morel: "Etudes cliniques", p. 407.

(2) Schopenhauer: "Le monde comme volonté et comme représentation". 2.ª ed., p. 200. París, 1893.

(3) Moreau de Tours: "La psychologie morbide dans ses rapports avec la philosophie de l'histoire". París, 1859.

de la vastedad de su labor no siempre se le guardó las debidas consideraciones. Investigadores de menos valor que él, al disentir con sus doctrinas, llenábanle de improperios y le negaban agriamente todo mérito. De nuestra parte no comulgamos con la mayoría de sus teorías, lo cual no obsta a que lo conceptuemos hombre de genio. Atestiguan esta opinión dos hechos, por lo menos: la creación de la antropología criminal, fruto en buena parte su esfuerzo laudable, y su lucha, doblemente heroica, coronada por el mayor de los éxitos, contra la pelagra, enfermedad que asolaba extensas y ricas zonas del suelo italiano.

Por una suerte de ironía este sabio, cuya biografía, relatada por su hija (1), no puede leerse sin simpatía y hasta sin emoción constituye, con su mentalidad sana y robusta, una refutación anticipada de la propia doctrina sobre el carácter degenerativo del genio.

La vehemencia inherente a los innovadores inquietos, aunada a esa credulidad excesiva que le permitió adherir al espiritismo, única falla que Enrique Ferri, el más predilecto de sus discípulos, encuentra en su personalidad (2), le condujeron a construir el edificio de una teoría monstruosamente paradojal. Lombroso la sostuvo contra viento y marea, apuntalándola con argumentos flojos, similitudes remotas, comparaciones más brillantes que sólidas. Falla por sus cimientos y caerá estrepitosamente. Algunos autores ya la tienen por muerta. Sin embargo, forzoso es reconocer que todavía persiste. Ha contado y cuenta con adhesiones valiosísimas. Pocos la amparan tal cual fuera expuesta por Lombroso. Muchos, en cambio, la metamorfosean, la visten con un ropaje más discreto, menos chillón. En definitiva, conservan su esencia o le hacen demasiadas concesiones.

En una u otra forma fisiólogos de tanto valer y de vistas

(1) Gina Lombroso Ferrero: "Storia della vita e delle opere di Cesare Lombroso". Turín, 1915.

(2) Ferri: "Archivio di Psichiatria, Neuropatología criminale e Medicina Legale". 1909, p. 557 y sig.

tan amplias como Richet y psicólogos tan sabios y prudentes como Ribot le prestan asentimiento. En Italia la apoyan Sergi, del Greco, Renda, Roncoroni; en Inglaterra, Nisbet y Havelock Ellis; en Alemania, Schilling, Hagen, Yurgen-Mayer. En la Argentina J. M. Ramos Mejía, cuya *Neurosis de los hombres célebres*. Lombroso considera como una de las obras más curiosas del nuevo mundo, Francisco de Veiga y Carlos O. Bunge (1).

"¿Qué se ha sostenido? — escribe Ribot. — "Que *las condiciones orgánicas del genio y de la locura parecen casi idénticas*, de tal suerte que un hombre dotado de cierta organización nerviosa *no debe más que a circunstancias accesorias* el llegar a producir grandes creaciones artísticas o científicas en lugar de perderse en los sueños de un enajenado" (2).

Muchos autores consideran a esta doctrina tan verdadera y bien asentada que no han trepidado en inferir de ella aplicaciones pedagógicas y médico-legales. Un hecho recientísimo — entre otros que podrían citarse — suministra una prueba insospechada de su arraigo: la educación de los niños anormales y retardados en la nueva Rusia. Véase lo que al respecto dice en su informe Mr. Bullit, enviado del presidente Wilson: "se han instalado escuelas muy notables para niños deficientes o demasiado nerviosos. *Partiendo de la teoría de que el genio y la locura están íntimamente emparentados*, se enseña a estos niños desde el comienzo a componer música, pintar cuadros, esculpir,

---

(1) Richet: Prólogo de "L'Homme de génie". Sergi: "Leopardi a la luz de la ciencia". Ed. cast. Del Greco: "Il Manicomio moderno". 1900-1902. Renda: "L'ideazione geniale". 1898. Roncoroni: "Genio e pazzia in Torquato Tasso". 1896. Nisbet: "The insanity of Genius". Londres, 1898. Havelock Ellis: "A study of British Genius", Londres, 1904. Schilling: "Psychiatrische Briefe", 1863. Hagen: "Ueber di Verwandschaft des Genie mit dem Ireseim", 1877. Yürgen-Mayer: "Genie und Talent". 1879. Francisco de Veiga: "Archivos de Psiquiatría y Criminalogía". Buenos Aires. Tomo V, p. 229 y sig. Carlos O. Bunge: "La educación y Estudios Filosóficos". Buenos Aires, 1919, página 225 y sig.

(2) Ribot: "La herencia psicológica". Tomo II, p. 228.

escribir versos, y se afirma que se *han obtenido algunos resultados muy valiosos,* no sólo con respecto a producciones, sino también en cuanto a la restauración del sistema nervioso de los niños" (1).

Experiencia originalísima, de seguro. Pero, ¿los resultados no serían idénticos o superiores, si caben, partiendo del conocimiento exacto de la psicología de los niños retardados y anormales, en lugar de la arriesgada doctrina lombrosiana? De cualquier modo esto demuestra el ascendiente que goza el concepto patológico del genio.

De las diferentes teorías que formulara esta sobre el genio parece haber sido favorecida por la predilección del ilustre antropólogo italiano. Desde que por primera vez la enunciara en 1864 en Pavia, en su lección inaugural y escribiera su primer trabajo (2) hasta la hora de su muerte, a través de casi medio siglo, produjo varios libros sensacionales y un buen número de artículos. Sus refutadores, han tomado en consideración uno o dos libros suyos con exclusión del resto de sus trabajos, no siendo, en consecuencia, tan completos como sería de desear. Lombroso aportaba continuamente nuevos datos en abono de su tesis favorita. De nuestra parte nos haremos cargo de todos ellos, dentro de la brevedad que nos hemos impuesto. A fin de no repetir ni atribuirnos lo que ya han dicho magistralmente un núcleo de investigadores, citaremos los trabajos concordantes con el nuestro, a los cuales nos remitimos, y agregaremos algunos elementos de nuestra modesta cosecha.

---

(1) Furthermore, very remarkable schools have been oponed for defective and overnervous children. On the theory that genius and insanity are closely allied, these children are taught from the first to compose music, paint pictures, sculpt and write poetry, and it is asserted that some very valuable results have been achieved, not only in the way of productions but also in the way of restoring the nervous systems of the children. (Report of William C. Bullit-Appendix-Revista "The Nation" de Nueva York del 4 de octubre de 1919, p. 477).

(2) Lombroso: "Genio e follia". 1864.

A su teoría sobre el genio, más que a ninguna otra, Lombroso le imprimió el carácter de una cruzada. *Nuevos estudios y nuevas batallas*, reza el subtítulo de su libro *Genio y degeneración*. Saludaba a cada hombre de ciencia nuevo que la aceptaba cual *un nuevo y valeroso compañero de armas*. Tal belicoso estado de ánimo le impedía justipreciar, serena y objetivamente, las objeciones de peso que se le anotaban. Un análisis más reposado sino le hubiera convencido de su falsedad — no es de humanos el ahogar a los propios hijos... — por lo menos le conduciría a despojarla de algunas exageraciones, realmente inauditas. Lombroso la defendía con la aspereza de un convencido sin tolerancia o cual un apóstol tan fervoroso como iracundo.

III.—DEGENERACION Y GENIO PARCIAL

La teoría de Morel — ampliada por sus discípulos Magnan y Legrain — al dividir a los degenerados en *inferiores y superiores* allana el camino a Lombroso. El genio sería un degenerado superior. Este concepto encierra una contradicción flagrante, evidenciable con las mismas definiciones de los mencionados ilustres alienistas. "*Idiotas, débiles y degenerados* están ligados por un vínculo común: *su insuficiencia intelectual. Todos* los degenerados pueden tomar sitio en una de esas categorías: es lo que nos ha hecho decir que *en todos existe un fondo de indigencia intelectual*" (1). ¿Cómo ha de caber dentro de este enunciado el genio, para mayor sarcasmo, al lado del idiota y del débil mental? Si algo hay indiscutible es que el genio, en lugar de un *indigente intelectual*, es el multimillonario de la inteligencia.

"En los degenerados predominan una o muchas facultades, éstas son tan exuberantes que a sus poseedores puede designárseles con el nombre de *genios parciales;* y al contrario se comprueban profundas lagunas, ausencia de una o muchas facul-

(1) Magnan et Legrain: "Les dégénérés". París, 1895, p. 40.

tades, una ineptitud flagrante del sujeto con respecto a ciertos objetos, ineptitud tanto más notable cuanto que a ella contrasta con cualidades vecinas, superiormente desenvueltas" (id., página 102).

¿Desde cuándo existen *genios parciales* en medio de la *indigencia intelectual,* como espléndidos oasis entre desiertos horribles?

La denominación de *genio parcial* entraña un abuso de lenguaje, y nada más. Con ella se pretende sugerir que ciertos degenerados suelen poseer desenvueltas algunas aptitudes — en matemáticas y en música especialmente — mientras están del todo anuladas las restantes. Exteriorizar algunas aptitudes no significa ni remotamente, estar dotado de las intensas cualidades creadoras del genio. Por más que la observación de algunos locos del manicomio de Pavía moviera a Lombroso a elaborar su teoría, ningún manicomio engendró obras geniales, ni siquiera de talento auténtico. En el genio verdadero, por otra parte, no se advierten esos violentos contrastes, esas enormes lagunas, resaltantes en el degenerado.

La teoría del *genio parcial* se basa en la doctrina de las localizaciones cerebrales. Las facultades psíquicas, comprendiendo las superiores, se distribuyen topográficamente, según ella, en las diversas zonas cerebrales. El desenvolvimiento anormal de una zona redunda en detrimento de las otras. Un hombre puede conservar intacta y hasta perfeccionar una cualidad, un talento especial, al lado de otras cualidades, de otros talentos, totalmente en bancarrota. Parece un islote bravío y fértil que resiste victoriosamente a las olas oscuras y procelosas de la locura cuyo furioso embate ha reducido a la impotencia al resto de los hemisferios cerebrales. Voisin encuentra *genios parciales* en el seno mismo del más negro y congénito pauperismo mental; la idiotez (1).

---

(1) Voisin: "L'idiotie". París, 1893. "Annales médico-psychologiques", 1886, p. 64 y sig.

Importa notar que la doctrina de las localizaciones cerebrales jamás ha sido corroborada experimentalmente en lo atañadero a las aptitudes mentales superiores. Durante mucho tiempo se ha aplicado al lenguaje. El famoso *centro de Broca,* cuyo funcionamiento constituía un dogma, parece no existir, según las más serias y fundadas observaciones de Monakow, Marie y Jakob (1), quien opina que el hombre puede ejercer el lenguaje con ausencia total del hemisferio izquierdo y del cuerpo calloso (2).

Su destrucción no acarrea — como se suponía — la pérdida de la palabra. La palabra es una elaboración de toda la corteza cerebral, no de un solo compartimento. Con mayor razón, las altas aptitudes psicológicas. Cuando no se desconoce cuánta repercusión tiene en el funcionamiento cerebral la más microscópica y recóndita de las glándulas ¿cómo no admitir que las distintas zonas cerebrales colaboran íntimamente en la elaboración de las manifestaciones psíquicas elevadas?

La supervivencia de algunas aptitudes en los degenerados se explica no por la milagrosa intangibilidad de algunos *centros* sino por el arraigo orgánico de hábitos inveterados, por la coordinación automática de los mecanismos que ellas suponen.

El genio — según todos los biólogos, y Lombroso también — desempeña una *función progresiva.* Cualquier degeneración es fatalmente *regresiva,* una detención de desarrollo, un paso atrás en la evolución. Se halla *por debajo* de lo normal, el genio por *encima* de lo normal. El degenerado es *infra-normal,* el genio, *supra-normal.*

---

(1) Monakow: "Gehirnpathologie", 2.ª ed., 1904. P. Marie: "Semaine Médicale". Jakob: "La leyenda de los lóbulos frontales". (Archivos de Psiquiatría, etc., de Buenos Aires).

(2) Jakob: "Actas y Trabajos del Congreso de Medicina de 1916". Buenos Aires, Tomo V, ps. 145-146.

IV.—EL GENIO Y EL DUALISMO BERGSONIANO DEL INSTINTO Y LA INTELIGENCIA

De Sanctis ha demostrado que el setenta y cinco por ciento de los criminales son de inteligencia inferior a la normal. Hecho indiscutible, hiere profundamente a la doctrina lombrosiana. Para salvarla la hija del sabio de Turín se parapeta tras de la conocida teoría del dualismo bergsoniano del instinto y la inteligencia. Si bien el filósofo francés reconoce con su fina elegancia y pulcritud de estilo que hay una franja de inteligencia en el instinto y una franja de instinto en la inteligencia, establece entre instinto e inteligencia un antagonismo irreductible. El instinto se ocupa en los menesteres ordinarios de la vida práctica. La inteligencia se aplica a la vida del pensamiento, al mundo especulativo y abstracto. De acuerdo a la teoría de Bergson el delincuente — según la Dra. Lombroso (1) posee instintos más vivaces y desarrollados que los del hombre normal. En compensación, su inteligencia es inferior. El hombre de genio dispone de una inteligencia infinitamente mayor, pero el desarrollo de los instintos es deficiente, inferior al corriente en el hombre medio. *El delincuente es un enfermo de la inteligencia; el genio, un enfermo del instinto,* lo cual le torna inadaptable a la vida práctica cotidiana. ¡Frágil leño este dualismo para evitar el naufragio de la tesis lombrosiana!

En primer término, desarmoniza con lo sustentado por Lombroso quien ha tratado, en toda ocasión, de acercar y no de apartar al delincuente del genio. En los dos encuentra un buen golpe de anomalías físicas y mentales semejantes; uno y otro son degenerados y en ambos la degeneración esconde un fondo epiléptico.

En segundo lugar, entre instinto e inteligencia no se inter-

(1) Dra. Gina Lombroso: "Il dualismo bergsoniano dell'intelligenza e dell'istinto applicato ai criminali, ai pazzi, ai genii e ad una nuova clasificazione delle malattie mentali. Archivio di Psich, etc." 1916, p. 1 y sig.

pone el abismo imaginado por Bergson. Al contrario, se establece una colaboración íntima, indispensable tanto al insecto como a la especie humana y, dentro de la especie humana, al hombre medio como al genio. Uno y otra hunden sus raíces en lo orgánico. Los dos instintos más fuertes de los seres vivos son regulados en los animales superiores por las glándulas de secreción interna. Cabalmente el mixodema, la idiotez y el cretinismo, alteraciones profundísimas de la inteligencia, dependen de la lesión de la más considerable de esas glándulas — el tiroides — y no obstante afirmarse que *en el idiota los instintos mandan todo* (1), el idiota tiene destrozada, además de la inteligencia, los instintos más arraigados: la nutrición y la reproducción (2). Los degenerados no son enfermos de la inteligencia, únicamente: son enfermos del instinto y de la inteligencia.

Las especies superiores heredan de las que les anteceden un rico caudal de instintos y hábitos, que acrecientan con los propios. La adaptación del hombre a un ambiente sumamente complejo, en renovación incesante y vertiginosa, no se concebiría si no existieran consolidados mecanismos hereditarios, como los instintos, que la facilitaran. La inteligencia, gracias a esos mecanismos, sólo atiende la adaptación de la personalidad a los numerosos conflictos que genera la vida diaria, a las nuevas circunstancias y a la modificación perpetua de las mismas, mediante los instrumentos que ha creado artificialmente, dejando a los mecanismos ancestrales y hereditarios los conflictos ya solucionados, las circunstancias viejas. Se comprende que el número de aquellas adaptaciones debe ser mayor en el hombre que en los animales, por la naturaleza misma del medio complejo en el cual se lleva a cabo. Por esto, no sólo la suma de hábitos, sino la de instintos es mayor en el hombre que en los

---

(1) Roubinovitch: "Traité de Pathologie mentale de Gilbert Ballet", p. 1271.

(2) Ver Sollier: "Psychologie de l'idiot et de l'imbecile". París, 1891.

animales, aserto comprobado por William James (1) con su simple enumeración.

El mecanismo instintivo no se opone al mecanismo inteligente. Los instintos comenzaron siendo actos inteligentes. Por herencia se esteriotiparon en la especie. La inteligencia "se desarrolla al costado del instinto, sin dstruir jamás lo que este tiene de esencial" y la única diferencia radical existente entre ambas reside en la *forma de asociación* de los mismos materiales (las sensaciones) que utilizan uno y otra: rígida en el instinto, flexible, rápida y plástica, capaz de adaptarse a las circunstancias eventuales, en la inteligencia (2). Que los instintos no obstaculizan a la inteligencia lo prueba el hecho que en los insectos, en los cuales los actos tienden al instinto, en contraposición fundamental con los vertebrados que se dirigen a la inteligencia, — según la absurda teoría de Bergson, ratificada por Bouvier — (3) es notorio, por ejemplo, que las hormigas, además de levantar edificios que en comparación a la talla de sus pequeños arquitectos sobrepasan a los más altos "rascacielos" neoyorquinos saben adaptar de notabla manera — observa Forel — sus construcciones, aprovechando *muy inteligentemente* los accidentes variados del suelo donde trabajan. La misma comprobación realizaron diversos naturalistas con respecto a las abejas. ¿No revelan inteligencia esas hormigas que, sin ceder en nada a los conquistadores humanos, han sabido reducir a la esclavitud a sus semejantes y convertirlas en ayas solícitas de sus larvas? Huber ha comprobado que la vida disciplinada del hormiguero, no impide a cada hormiga *obrar independientemente*.

---

(1) William James: "Principios de Psicología". Tomo II, páginas 404-441. Ver también: "El origen de las especies" y "El origen del hombre", de Darwin; y "L'evolution mentale chez les animaux" y "L'intelligence des animaux", de Romanes.

(2) Hachet-Souplet: "La genése des instints.". París, 1912, página 332 y ps. 91 y 92, respectivamente.

(3) Bouvier: "La vie psychique des Insects". París, 1908, página 196.

Wallace (1) corrobora, por otra parte, que se exagera muchísimo cuando se cree que los animales todo lo hacen por instinto. Los pájaros aprenden a cantar por imitación, como el niño un idioma. En la domesticidad el ruiseñor está dotado de una gran aptitud para aprender el canto de las otras especies. La construcción del nido es obra de la imitación y el raciocinio. "Un pájaro educado en una jaula desde su nacimiento no hace el nido característico de su especie aún suministrándole los materiales necesarios; a menudo se ve que no construye ningún nido, sino que amontona groseramente los materiales (id., página 223). Por último, los pájaros cambian y mejoran los nidos cuando circunstancias inesperadas lo exigen.

Es preciso medir tales hechos en relación al sitio que esos animales ocupan en la escala: equivalen, *en su esfera,* a la inteligencia de la especie humana en la suya.

"Los instintos son los fenómenos psíquicos fundamentales. De ellos emana todo el desenvolvimiento intelectual: lo atestigua tanto la historia general como la historia individual de la evolución" (2). Los instintos están en la base misma de la sociedad humana. La misión del educador y de gobernante consiste en orientarlos inteligentemente, en ponerlos al servicio de fines superiores, no en aniquilarlos. Un hombre sin instintos es un monstruo: un idiota, no un genio.

V.—ALGUNAS EXAGERACIONES LOMBROSIANAS

Lombroso abulta considerablemente el número de hombres de genio confundiéndolos no sólo con los talentos ordinarios, sino con talentos de segundo orden y, a veces, con sujetos en franca ruina mental.

Hasta qué punto pervierte el significado de este término

---

(1) Wallace: "La selection naturelle". Trad. de Luciano de Candolle. París, 1872. Cap. VI, p. 215 y sig.

(2) Wundt: "Eléments de Psychologie Phisiologique". Trad. francesa. París, 1886. Tomo II, p. 517.

dan idea los siguientes ejemplos, francamente risueños a fuerza de grotescos. Entre los *mattoides de genio* — enfermos con apariencias de genio, pero sin su esencia que le sirven para esclarecer su psicología, eslabón que une al degenerado con el genio — nos cita al lado de genios verdaderos a un señor L. Bosisio de Lodi, comisario de finanzas y autor de dos regocijadas producciones, propias de un loco frenético: *La crítica de mi tiempo* y *El grito de la naturaleza* (1). Nos dice que "Zucarelli ilustró (la doctrina lombrosiana) con un estudio particular de un *no mediocre* poeta calabrés, José Serembe, típicamente paranoico" (2). Poetas *no mediocres* a lo Serembe pululan por el mundo. — Otorga el título de genios venezolanos, con el fin de enriquecer su lista de degenerados, a Cajigal, Aguingoldi y Austo Páez, Blanco y Miguelines (id. p. 163) (!!) como si los genios brotaran cual hongos en suelo americano, no figurando en su catálogo Bolívar, el único venezolano que integra el grupo reducidísimo de los tres o cuatro sudamericanos de genio genuino.

Ansioso en multiplicar ejemplos describe un caso de *exhibicionismo y cleptomanía en un degenerado genial* (3). Se trata de un ingeniero genovés cuyo nombre no ha pasado a la historia, porque menciona únicamente sus iniciales; su estupenda genialidad consiste en haber fabricado monedas falsas para vindicarse del despiadado desplumamiento de que fuera objeto en Monte Carlo (!!). Genios más geniales que éste se cuentan a centenares en todas las cárceles de la tierra.

Lombroso y sus discípulos pusieron singular empeño en emparentar al genio con el crimen. No obstante se registra una cifra de ejemplos tan sumamente exigua de genios, criminales a pesar del genio y no debido al genio, que en la práctica puede

---

(1) Lombroso: "L'homme de génie". 2.ª ed. París, 1896, página 363 y sig.

(2) Lombroso: "Genio e degenerazione". Palermo, 1897, p. 32.

(3) Lombroso: "Esibizionismo e cleptomania in degenerato geniale. Archivo di Psich". 1906, p. 770 y sig.

despreciarse. La mayoría de los crímenes que se les imputan engarzaron en la moral dominante en la época en que vivieron. Por lo menos, durante ella estuvieron muy generalizados — típicos ejemplos: Villon y Cellini: Cellini sostuvo que el genio no debe supeditarse a ninguna ley, bárbara paradoja que la soliviantada conciencia del papa aprobó. Cuando el espíritu público alimenta semejante moralidad el delito que se reprocha a alguno que otro genio, queda reducido a la adaptación excesiva al medio en que les toca vivir. Cosa tan rara que en una época turbulenta, como el Renacimiento, cuando los envenenamientos y los asesinatos figuran en la orden del día, ninguno de los grandes artistas incurre en crimen de ese ni de ningún otro linaje. Superan infinitamente la moral ambiente.

Una vez, por lo menos, adivinó el psiquiatra italiano la inconsistencia y la extrema superficialidad de aquél parentesco; lo adivinó en tal forma que nos dispensa de proseguir analizando el punto. Fué cuando escribió en el capítulo *criminales de genio* de su *Hombre criminal* estas palabras: "a través de sus ideas ingeniosas (la de los criminales de genio) aparece siempre esa ligereza qu forma el fondo de su carácter. *Tienen más astucia e ingenio que genio verdadero*" (1). Traducido a la fabla sencilla esto significa: los *criminales de genio* presentan algún remoto parecido con el genio, pero no son geniales.

Lo gracioso es que el sabio italiano, liberalísimo en prodigar el *diploma* de genio a poetas adocenados y cleptómanos vulgares, cuando se enfrenta a un genio en quien como en Verdi, "no se puede encontrar otros caracteres degenerativos que la esterilidad y la longevidad, pero en quien no se encuentran la megalomanía de Wagner, "uno de los hombres más perfectos de nuestra época", se le ocurre... ¡negarle genio! Parangona a Verdi con Wagner; "Wagner era un genio; Verdi es el *gran*

(1) Lombroso: "L'Homme criminel". París, 1887-1888, p. 442.

ingenio (!!). Wagner era un anómalo (1); Verdi es un hombre normal" (2). No puede darse contradicción tan arbitraria, sofística y desconcertante. Ella nos descubre la clave de por qué brillan por su ausencia, entre los degenerados geniales citados por Lombroso, los *genios más elevados, completos e indiscutibles producidos por la humanidad.* Serían, probablemente, *grandes ingenios.* Pasarán a la categoría de genios el día en que se descubra en ellos una anomalía, por leve que sea.

Con harta frecuencia el antropólogo de Turín insinúa diagnósticos pavorosos en los hombres de genio, fundado en alguna inocente rareza, en algún defecto físico sin importancia. Los considera, nada menos, como *equivalentes de la epilepsia.* Que sean de estatura pequeña, corpulentos, gruesos, zurdos, célibes, precoces o longevos, basta y sobra, a sus ojos, para adjudicarles una magnífica epilepsia. No hablemos cuando tropieza como contra una mole, con algún genio sin taras — tal entre quinientos, el caso un tanto reciente y muy discutido de Cavour. — Entonces se pone a rastrear con sus discípulos las minucias ínfimas de su vida para encontrarle en su epistolario una remota tentativa de suicidio. Bien pudo obedecer a una fugaz depresión nerviosa: para los lombrosianos constituye un aplastador testimonio de degeneración (!!). Ceñido a un criterio tan hermético y pueril, ¡cuántos millones de hombres normales por ser de talla inferior a la media, corpulentos, gruesos o ligeramente nerviosos — *las nueve décimas partes de la humanidad* padecerían de *equivalentes de la epilepsia* (!!).

Menciona entre los vagabundos, por ejemplo, a Petrarca, Cervantes, Alfieri, Cellini, Giordano Bruno, Leopardi, Heine y Wagner (3). Algunos — Cervantes entre ellos — no aparecen más en la obra. Quedan, por este nimio detalle, rotulados de

---

(1) La supuesta anormalidad de Wagner ha sido notablemente refutada por Hirsch: Ver: "Genius and degeneration", traducida al inglés del alemán, ps., 249-319.

(2) Lombroso: "Genio e degenerazione", ps. 240-241.

(3) Lombroso: "L'Homme de génie", p. 37.

epilépticos. El vagabundo suele ser, casi siempre, un neurasténico, no un epiléptico. ¿Cómo tachar de vagabundos a los genios mencionados? Los viajes acrecientan y remozan la personalidad. Son indispensables al genio artístico, ávido de sensaciones nuevas, afanoso de enriquecer su sensibilidad y poblar su mente de imágenes nobles y armoniosas. Acontecimiento culminante en la vida de Goethe fué el viaje a Italia. Saludó su primer entrada en la ciudad Eterna "como un segundo nacimiento". Y para un hombre de ciencia, como Darwin, el viaje alrededor del mundo a bordo del *Beagle* fué, según su propia confesión, el hecho resaltante de su vida. Le sugirió la teoría famosa y le suministró materiales para sostenerla e imponerla.

De parecida estirpe son los vagabundos de Lombroso. No hablemos de quien, como Cervantes, viajó mucho tiempo no a manera del peregrino ocioso que recrea la más portentosa imaginación, sino cual el emigrante desafortunado que va de tierra en tierra aguijoneado por incurable miseria económica, a despecho de la cual el ingenio sazona frutos imperecederos y la fantasía abre sus alas majestuosas en el más prodigioso de los vuelos.

En otra parte habla Lombroso de genios *parestésicos o anestésicos;* pero no cita a ninguno. Se limita a decir que Newton, Kant, Flaubert, Carlyle y otros carecieron de *oído musical.* Relata casos de *amnesia* que son, abstracciones y distracciones (id., p. 50).

Pinta a Víctor Hugo dominado por una idea fija: ser el más grande poeta y el más grande hombre de todos los tiempos (id., p. 77). Despojada de la exageración que esta frase envuelve, ¿puede llamarse megalómano a Víctor Hugo? Megalómano, en este caso, es quien se atribuye méritos muy superiores a los que posee en realidad. Una mosca que se pretendiera águila por su vuelo sería megalómana, no así el águila que vuela y que sabe que vuela como águila. Son megalómanos miles de poetrastos de café concierto que imitan simiescamente exterioridades subalternas de los poetas de genio, reputándose,

por eso, genios incomprendidos. ¿Puede serlo, en cambio, el egregio cantor de *La leyenda de los Siglos,* que viviera cual un Dios entre un pueblo que le aclamó con el más excelso de sus vates, juicio ratificado a la sazón por la crítica? ¿Es de asombrar que Hugo compartiera la opinión de millares de sus admiradores? Citemos testimonios de dos autores no franceses. El finísimo y sútil Eca de Queiroz afirmó de Hugo que era el poeta más alto de la humanidad, sin comparación posible con nadie. Castelar coincide exactamente con Eca de Queiroz. Conoció personalmente a Víctor Hugo, de quien escribe: "Le he visto rendirse, dormitar, gemir, enfermarse como los demás mortales; y todavía no he podido persuadirme a creer que fuera uno de nosotros, tal aspecto de Dios tenía el genio latente tras su faz y revelado en cataratas de ideas esclarecidas por una luz espiritual y sobrehumana (1). "Menos "Huguiano" el mismo Hugo que en varias de sus obras, especialmente en *William Shakespeare,* ensalzó en tono de férvida apología a los más grandes escritores y poetas de todos los pueblos, sin deprimirlos para que resaltase la propia personalidad: su *megalomanía* no le obsedía. Por otra parte, Víctor Hugo no admitía jerarquías en las cumbres del genio que definió como *la región de los iguales.*

Descubre Lombroso un Napoleón — quien lo diría — afectado de ¡locura de la duda! Aquel hombre todo empuje y resolución no sabía dudar. Tal fué la causa psicológica de su colosal caída. Lo que Lombroso le atribuye es una inocente manía.

Exuberante imaginación la de Lombroso. Su punto débil reside en la carencia de sentido crítico. Así se explica que haya recogido mil historias sin decantarlas previamente en un análisis severo. Aquello de Goethe: "el genio no está en relación con su tiempo más que por sus defectos", no es exacto siempre, pero debió prevenirle contra la malevolencia de ciertas anécdotas. Es tan difícil, frecuentemente, discernir la verdad, en medio

(1) Castelar: "La Nación", de Buenos Aires — 3 de julio de 1885 — reproducido en el No. del 4 de enero de 1920.

de testimonios contradictorios y aún por la observación directa acerca del carácter de los hombres normales, ¡cuánto más difícil será discernirla con respecto al genio, tan complicado, de tanta riqueza interior! Quienes lo elevan a la categoría de semidios como quienes le odian y envidian a muerte, se deslizan con facilidad por la pendiente de la leyenda. Destilar la gota de realidad de ese fardo de fábulas e inverosimilitudes suele ser poco sencillo, pero es tarea imprescindible del historiador y del psicólogo. De lo contrario se incide, como Lombroso, en el lamentable error de juzgar al genio no tal cual es, sino deformado y transfigurado por la leyenda, vale decir, a algo que deja de ser genio para convertirse... en mitología.

VI.— ASCENDENCIA Y DESCENDENCIA DEL GENIO

Se sostiene que el genio pertenece a familias abundantemente taradas. En ellos o en su descendencia inmediata — formada de imbéciles y de idiotas — se extinguen con frecuencia. Pocos son los ejemplos traídos a colación. Por lo general no se remontan más allá de dos generaciones. Sobre base tan precaria es imposible fundar ninguna conclusión valedera. Lorenz y Strohmayer (1) exigen como mínimo, para deducir algo en materia de herencia patológica, el conocimiento completo del árbol genealógico de *ocho generaciones* seguidas.

La esterilidad es, sin duda, el rasgo sobresaliente en un degenerado. Sabia previsión de la naturaleza, las familias degeneradas se agostan en la impotencia. Quedan aniquiladas en pocas generaciones. Y bien: Lombroso insiste en que este es un carácter muy común en los hombres de genio. Abona, como siempre, su afirmación con la cita de algunos ejemplos, exclu-

(1) Lorenz: "Lehrbuch des gesamten wissenchafthlichen Genealogie", Berlín, 1898. Strohmayer: "Archiv. fur Rassenbiologie", 1907, III, 1908, V, 1910, lo. "Monatasch f. psych, und neurologie. XXII".

sivamente. Recuerda que quedaron sin posteridad (1) Shakespeare, Otway, Milton (2), Dryden, Rowe, Addison, Pope, Swift, Gay, Johnson, Goldschmith, Cowper, Bacon, Hobbes, Cowden. Fueron célibes: Kant, Newton, Pitt, Fox, Fontenelle, Beethoven, Gassendi, Galileo (3), Descartes, Locke, Espinosa, Bayle, Leibnitz, Dalton, Hume, Gibbon, Macaulay, Bentham, Leonardo de Vinci, Reynolds, Mendelsohn, Pellico, Mazzini y Flaubert.

En algunos de los que figuran en esta lista Lombroso no encontró ninguna otra anormalidad. De nuestra parte, podríamos añadir otros ejemplos. Citaremos, tan sólo, a los grandes célibes del Renacimiento. Cuéntanse entre ellos las figuras artísticas más eximias: Donatello, Verocchio, *Leonardo de Vinci, Miguel Angel, Rafael* y Bramante.

¿Sorprende tal comprobación? Tornaron a florecer con el Renacimiento las costumbres paganas. La fuerza, la alegría y la gloria del vivir cobraron ímpetus desconocidos. Se honraba, como pocas veces aconteció en la historia, a la triunfal potencia del amor sin trabas. Pululaban los hijos naturales. Uno de ellos fué Leonardo de Vinci. No es de sorprenderse, por consiguiente, que los grandes artistas prefirieran las libres relaciones amorosas al enlace regular. Celosísimo de su libertad, el genio suele hipotecarla, en parte, con el matrimonio, a favor de mujeres que muchas veces no le comprenden. Y la comprensión constituye para el genio la forma más elevada del amor. Desde la Aspasia de Pericles hasta la señora de Voland de Diderot, sin citar los casos más recientes de Augusto Comte y Víctor Hugo, abundan los ejemplos de genios que encontraron el cariño comprensivo fuera de su hogar, de donde estaba ausente. Algunos, en el ferviente anhelo de resguardar a toda costa la altiva libertad de pensamiento, huyen de toda ligadura que com-

---

(1) Lombroso: "L'Homme de génie", p. 27.

(2) Es bien sabido que el gran poeta inglés tuvo dos hijas.

(3) Galileo se unió libremente y tuvo tres hijos naturales. Uno de ellos fué matemático. Adquirió cierta fama como tal.

prometa su acción y prefieren, con Espinosa, el modesto oficio de pulidor de vidrios a la alta cátedra universitaria. Para Bacon, Demócrito y Empedocles fueron los primeros filósofos griegos. La superioridad de éstos sobre Platón y Aristóteles, arguye el autor del *Novum organum*, finca en que se mantuvieron independientes, sin formar escuelas ni discípulos, esto es: resguardaron mejor su libertad de pensamiento.

Contados poetas y filósofos alimentaron del amor un concepto tan puro y elevado como Spencer. Por esto mismo, por la conciencia escrupulosa de los graves deberes que el matrimonio comporta, se resignó a ser un "melancólico viejo solterón". No quiso que la mujer predilecta compartiera el pan de su acerba pobreza ni fuera víctima de su carácter brusco e implacablemente criticón, no obstante la bondad de su fondo natural. ¿Cuántos genios célibes suscribirían esta opinión?

De los renacentistas antes citados solo Miguel Angel fué refractario al amor. Aquel dolorido y austero cíclope se consagró por entero al arte. Unicamente se le conoce, fuera de su amor por una mujer vulgar, su postrera inclinación por Victoria Colonna, como si se quisiera certificar que no hay gigante inmune al alcance de las flechas divinas.

Los otros inspiraron su vida y obras en el amor. Decir célibe no entiende decir impotente, aunque pueda significar ausencia de posteridad. Tampoco entraña desapego por el bello sexo; las más de las veces, todo lo contrario. Rafael "amaba apasionadamente a las mujeres y no supo jamás moderar esta inclinación" (1) a punto que el "ardor inmoderado" que por ellas sentía fué causa de una "fiebre ardiente" (?) que mal curada por los médicos llevó prematuramente a la tumba al sublime artista.

---

(1) Vasari: "Vies de peintres, sculpteurs et architectes". Traduits par Leópold Leclanché. París, 1839. Tomo IV, ps. 241-251.

Zino Zini (1) enuncia una peregrina teoría, según la cual el genio desempeña en la especie las funciones reservadas a los seres neutros entre las abejas y las hormigas y ellos ocuparían "los lugares más elevados de su especie a despecho de la constitución estéril a que están condenados".

Al sentar esta teoría Zino Zini olvida que muchos hombres de genio, sobre disfrutar de una vida sexual normal, gustaron de las delicias que Eros brinda con no igualada fruición. Algunos fueron francamente libinidosos, hasta llegar a la lascivia. Encontraron en la voluptuosidad nuevos y renovados encantos. Casi todos concibieron estimulados por hondos amores — la obra del genio es un amor perenne. — Los frutos de ese amor no se concretaron a sus creaciones intelectuales; se materializaron en sus descendientes carnales, en algunos con asombrosa prodigalidad. De Bach y de Goya se conocen veinte hijos, respectivamente, diez y seis de Enrique IV, doce de Kepler, cinco con la primera mujer y siete con la segunda, ocho del Perugino, siete de Rubens, y otros tantos de Schumann y Darwin. Dante tuvo con su esposa legítima siete hijos, a pesar de su inmortal pasión por Beatriz y estuvo envuelto — según Bocaccio — en otras andanzas amorosas.

Como no podemos imputar estos ejemplos a capricho de la naturaleza nos inclinamos a creer que la teoría de Zino Zini — que contaba con las simpatías de Lombroso, genio que dejó hijos e hijas normalísimos y de talento... — no pasa de ser una colosal aberración científica.

Lombroso ha tachado de homosexuales a dos o tres genios. Se ha llegado a afirmar que todo genio es un "hermafrodita intelectual" (2). Se ha ido más allá al sostener que "la unisexualidad, si bien aparece como un fenómeno anormal en la ma-

(1) Zino Zini: "Neutralité du génie" — a propos d'un livre de Lombroso. — Archivio, 1896, ps. 117 y sig.

(2) Carlos O. Bunge: "Estudios filosóficos", ps. 230-231.

yoría de los hombres no lo es en el genio" (1). Sofismas puros. La homesexualidad es una perversión tanto en el genio como en el hombre normal y salvo una que otra excepción no se registra en una forma indudable, en ningún genio elevado. De los *Sonetos* de Shakespeare no se deduce nada, en absoluto, a favor de la pretendida inversión que se le atribuye y en sus dramas incomparables y eternos ha pintado mujeres de sublime grandeza, trasunto de una concepción profunda, sana y pura, del amor. La antigüedad clásica está muy lejos de nosotros; los documentos que poseemos son muy insuficientes para pronunciarnos sobre ella con algún fundamento en la materia.

Se pretende que la descendencia de los genios está formada indiscutiblemente de degenerados. Para algunos las rarezas y extravagancias del genio son *formas atenuadas* de una vesanía que se caracteriza netamente en la descendencia (2). Se tropezaría con serios aprietos si se intentara documentar esta hipótesis.

Los ejemplos que se citan de descendientes degenerados de hombres geniales son limitadísimos. En cambio, se sabe que Goethe, amén de sus cinco hijos legítimos, tuvo como hijo natural al eminente actor La Roche, que algunos, exageradamente, califican de "genial" (3). Los Darwin son una familia continuada de celebridades desde el notable Erasmo Darwin, abuelo del eximio naturalista, hasta los hijos de éste. Los Bernoulli, los Euler, los de Candolle son famosos. Claro está que el genio no se hereda y sus descendientes retornan a la mediocridad. Presunción baladí y antojadiza tacharlos, por eso, de idiotas y degenerados.

Proviniendo los hombres de genio de troncos degenerados es singular que algunas familias de hombres de genio amplio y armonioso, se perpetúen durante siglos y que de otras se encuentren antecedentes casi legendarios.

---

(1) H. Mandolini: "Psicología del hombre de genio". Buenos Aires, 1919, p. 234.

(2) Cabanis: "Annales de Psychiatrie et d'hynologie", 1893.

(3) Strenberg: "Archivio, etc.", 1889, ps. 389-91.

Dante descendía de una antigua familia romana, los Frangipani. Los dos genios más completos y universales del Renacimiento pertenecieron a familias que todavía subsisten. "Lo mismo que la familia Buonarroti la familia de Vinci se ha perpetuado hasta nuestros días. Hace algunos años se han encontrado miembros de la misma — simples paisanos — en Toscana, cerca de Montespertoli" (1). La familia Darwin, que se ha engalanado con varias intelectualidades superiores, puede seguirse hasta el año 1500, en el cual aparece, en la aldea de Marton, el primer Darwin conocido — Guillermo Darwin (2).

Se aquilata acabadamente el valor de tales datos parangonándolos con este otro: en Inglaterra, según Galton, sólo *cinco familias* se remontan al siglo XV. Corroboran estas comprobaciones que el genio desciende de familias dotadas de fuerte vitalidad. El genio mismo es un caso de extraordinaria vitalidad. Dos de sus manifestaciones inequívocas son la precocidad y la longevidad. Lombroso, no sabemos por qué, los considera signos de degeneración. Precisamente los falsos precoces, los *niños prodigios*, cuyas apariencias tanto engañan, se agotan prematuramente, por carecer de la vitalidad indispensable, mientras los verdaderos genios recorren su órbita triunfal. Volveremos sobre algunas de estas cuestiones en el capítulo próximo.

VII.—FALSAS ANALOGIAS ENTRE GENIO Y EPILEPSIA

Enseña Lombroso que sobre todo "el carácter especial de la degeneración muestra que el genio es una *psicosis degenerativa del grupo epiléptico*: conclusión que se encuentra confirmada aún por la frecuencia de la *genialidad temporaria entre los locos* y por el nuevo grupo de los *mattoides* a los cuales la en-

(1) Müntz: "Historie de l'art pendant la Renaissance", París, 1889-1891, p. 667.

(2) "La vie et la correspondance de Charles Darwin", París, 1888. Cap. I.

fermedad comunica todas las apariencias externas del genio sin la sustancia" (id., p. 487).

En el genio como en la epilepsia — escribe en otra parte, "se encuentran analogías en el campo visual, en el retardo de la ecuación personal de la escritura, en la analogía del acceso epiléptico con el momento de la inspiración, por esta inconsciencia activa y pujante que crea en unos y produce conmociones en los otros" (id., p. 557).

Falta la analogía fundamental: la potencia mental. Establecer semejanzas tan burdas equivale casi tanto como si dijéramos :todos los hombres tienen algo de genial, porque comen y visten como los hombres de genio... O esta otra proposición: la sima y la cima son análogas porque se encuentran a mucha distancia de la superficie terrestre; pero una se halla a miles de metros *por debajo* y la otra a miles de metros *por encima* del nivel del suelo.

Se encuentran analogías en el campo visual. Lombroso confiesa haber analizado el campo visual de doce hombres geniales — seguramente talentos y no genios. — Número tan ínfimo no autoriza ninguna conclusión general.

El retardo de la ecuación personal de la escritura de existir se explica sin tropiezos, teniendo en cuenta los resultados obtenidos con las curvas de la atención por diversos investigadores. En el epiléptico es atraso y pesadez mental. En el genio el resultado de la complicación, del alto desarrollo cerebral.

La analogía del acceso epiléptico con el momento de la inspiración es más aparente que real. El epiléptico pierde el conocimiento; en la inspiración genial la conciencia presenta el máximo de claridad y de potencia creadora. En fin, *un pequeño detalle* los diferencia un poco: el epiléptico produce... espuma, el inspirado de genio obras imperecederas...

La inconsciencia activa y pujante que crea en uno y produce conmociones en los otros en una semejanza bien remota, como la que existe entre el suelo estéril que rodea a un volcán en actividad con el humus de un campo perennemente cargado

de hermosas flores y sazonados frutos. Se trata, precisamente, de una diferencia fundamental. La psicología moderna demuestra que la inconsciencia es "activa y pujante" en todos los hombres, pero ella se resuelve en el hombre normal en creaciones poco novedosas, en profundas innovaciones en el hombre de genio y sólo en descompuestas conmociones en el epiléptico.

En lo tocante a la *genialidad temporaria entre los locos*, sólo existe en la imaginación de Lombroso. Los soldados de Napoleón llevaban en su mochila el bastón de mariscal, pero no llegaban a mariscal; más generoso el sabio italiano, aligera la pesada mochila de cada degenerado — más aplastadora que una montaña — con este *temporario* mariscalato... de manicomio. Como los *mattoides* presentan "apariencias externas de genio": pertenecen, en efecto, a la especie humana como el hombre de genio, pero les falta *la sustancia*, esa diabólica *sustancia* que lo es todo en el genio, sin la cual no se concibe su existencia, como no se concibe el perfume sin la *sustancia* de la que emana.

En uno de los últimos artículos que escribiera en su revista, *La felicidad en los locos y en los genios* (1) señaló otra analogía: el loco y el genio son los únicos seres que gozan plenamente del sentimiento de la felicidad. El genio en el momento inefable de la inspiración *ese estado misterioso en el cual el mundo entero forma una vasta armonía* — según la descripción de Beethoven. Ese momento *fecundo aunque fulmíneo* lo experimentó, con extraña intensidad, Dostoievki en sus ataques epilépticos, durante los cuales se sentía transportado lejos de la tierra, a un paraíso encantado, que no podría comprar en otra forma con todo el oro del mundo. Esa felicidad dura el brevísimo término de la inspiración en el genio, mientras en ciertos estados — como en la *demencia paralítica* — se prolonga por años y años.

Tropezamos aquí con otra de las contradicciones tan habituales en Lombroso. Define a la felicidad cual "el pleno ejer-

(1) Lombroso: "La felicitá nei pazzi e nei genii. Archivio di Psichiat, etc.". 1908, ps. 381 y sig.

cicio de nuestros órganos" y en el loco los órganos — el cerebro, en primer término — se hallan en plena bancarrota.

El sentimiento de felicidad echa hondas raíces en las condiciones objetivas del medio social en que cada hombre se desenvuelve: no puede sentirse feliz quien muere de hambre o de frío. El ambiente inmediato nos suministra las piedras para que edifiquemos nuestra dicha. Aquí entra en juego una labor emienentemente personal y subjetiva: depende de nosotros que sepamos poner piedra sobre piedra y levantar el edificio. Colocad en un observatorio a un ser desprovisto de curiosidad: será peor para él que una cárcel, morirá de aflicción y de aburrimiento. Colocad, en su lugar, a Copérnico, a Tycho-Brahe, a Kepler y vivirán años de felicidad, abstraídos del bullicio exterior. Ese sentimiento de *felicidad consciente* sólo brota cuando nos encontramos a nosotros mismos, cuando descubrimos en nosotros un rico venero de vida interior, cuando nos anima una honda vocación, cuando satisfacemos las tendencias ingénitas y espontáneas de nuestra naturaleza íntima, de las cuales el medio social tantas veces nos desvía implacablemente con sus férreas exigencias.

En la verdadera felicidad nos *sentimos vivir*: la vida circula cual una ola dulce que nos arroba, indeleble, e impregna de un sentimiento exultante hasta las últimas fibras de nuestro ser. El organismo funciona armoniosamente. La felicidad es un sentimiento de vigor y plenitud. Orea y perfuma la vida.

Sin duda se siente *a su manera* contento y feliz un demente que se cree emperador del mundo, y cuyas órdenes son celosamente acatadas por miles de millones de hombres. ¡Cuán distinta esa felicidad de las tinieblas mentales y la intensa felicidad de aurora primaveral del genio en sus mejores instantes de inspiración! En el loco la cenestesia está alterada; la conciencia destruída. Su felicidad no es comparable a la del hombre normal, ni a la del genio. Trátase de una felicidad negativa, de atributos inherentes a la enajenación: *la felicidad no del*

que vence al dolor, sino del que carece del dolor, la felicidad de la oquedad, del vacío irreparable.

Como los momentos de inspiración se multiplican en la vida del genio hemos de concluir que equilibran en algo el fardo de desdichas que lleva a cuestas y no es tan desgraciado como generalmente se le supone. En realidad el genio experimenta con mayor agudeza tanto el sentimiento de felicidad como el de infelicidad, el placer como el dolor, porque está dotado de una sensibilidad delicada y exquisita en grado extraordinario. Si el genio agudiza como nadie el sufrimiento, también ahonda el placer, de suerte que conoce los dos polos y se debate entre tremendos dolores y profundas alegrías. A este respecto la psicología del hombre de genio presenta analogías evidentes con la del místico. Ninguna tortura mayor que la que angustia al místico, pero también ningún placer más indeleble y paradisíaco.

Genios como Wagner, se han sentido felices gran parte de su existencia, en el seno amoroso de su arte, de su familia, de sus amigos. "No hay felicidad comparable a la de ser artista y crear", decía el egregio músico. "Los sabios — escribe Ostwald (1) — concentraron su atención en un trabajo y *este género de actividad produce necesariamente* sentimientos de felicidad profunda, análoga a la felicidad de los héroes". En el discurso que pronunciara Renán al reemplazar a Claudio Bernard en la Academia Francesa, dijo: "Grandes, seguramente, son las alegrías que suministra una creencia asegurada sobre las cosas divinas; pero la felicidad íntima del sabio las iguala; pues siente que trabaja en una obra de eternidad y que pertenece a la falanje de aquellos de quienes se puede decir: *"Opera eorum sequun tur illos"*. En el trabajo hallan los hombres de genio la fuente, siempre renovada, de su felicidad. Casi todos podrían suscribir las bellas palabras del precursor de Leonardo de Vinci, de la figura más universal del primer Renacimiento, de León

(1) W. Ostwald: "Les grands Hommes". París, 1912, p. 33.

Bautista Alberti, quien no perdía un segundo y declaraba que se *sentiría completamente feliz si los días no fueran tan cortos.*

No existen, pues, analogías entre genio y epilepsia. Cómo puede haberla si la epilepsia, *limita el poder de la inteligencia* (1) y determina la decadencia mental que puede llegar, en opinión de Toulouse, hasta la idiotez. En el epiléptico es siempre "una ilusión la inteligencia superior" (2).

En fin, estudios notables (3) atestiguan que el epiléptico posee una naturaleza moral baja: envidioso, celoso, tiránico, violento, malo hasta la perversidad, sin ninguna lealtad. Nada de esto se comprueba en el genio, en quien la nota dominante de su vida se resuelve, casi invariablemente, en una lección de bondad y de sabiduría.

La anatomía patológica, por último, describe en el cerebro epiléptico alteraciones de tal magnitud que ellas, por sí solas, inducen a pensar en la falsedad de la doctrina psiquiátrica del genio. Recordemos, únicamente, un trabajo interesante para el caso, por pertenecer a un discípulo de Lombroso. Nota *atrofia* de la sustancia cortical, modificaciones adiposas, infiltración de glóbulos blancos, *alteraciones en la disposición de los estratos de las células nerviosas;* la disminución de la acción motriz del cerebro epiléptico *sobrepasa al del cerebro delincuente.* Concluye que la epilepsia y la delincuencia "son fenómenos morbosos, *atávicos y de detención de desarrollo*" (4).

La epilepsia y la alienación mental se señalan anatómicamente por *una detención del desarrollo* (5). Todos los fenómenos de degeneración van acompañados de regresión y decadencia

---

(1) Lo demuestran los estudios de Wernicke y Liebemeister y lo confirman cuantos han estudiado el punto.

(2) Dallemagne.

(3). Los de Kraft-Ebing, Legrand de Saulle y Féré.

(4) Roncoroni: "La fine morfologia del cervello degli epilettici e dei delinquenti". Archivio, etc. 1896, ps. 92 y sig.

(5) Mingazzini: "Traité International de Psychologie Patologique", dirigido por A. Marie. París, 1910. Tomo I, p. 294.

mental. Arndt (1) caracteriza a la degeneración como una especie de mixtura de *cretinismo y neurastenia,* estado incompatible hasta con la inteligencia ordinaria.

VIII.—¿GENIOS ALIENADOS?

Uno de los capítulos en el que Lombroso llega al corazón de su tesis es el que rotula *genios alienados.* Enumera como locos de genio a Vico, Montanus, Harrigton, Haller, Ampère, Dolce, Lee, Loyd, Schumann, Gerardo de Nerval, Baudelaire, Concato, Mainlander, Angusto Comte, Codazzi, Bolyai, Cardán, Tasso, Swift, Newton, Rousseau, Lenau, Schecknyi, Hoffmann, Foder, Schopenhauer y Gogol. A esta lista agrega los anotados por Mastriani en su libro *Sul genio e la follia* (Nápoles, 1881): Lattre, Farini, Broghart, Southey, Govone, M. Fenicia, Engel, Pergolese, Batjurschkoff, Mürger, Benvenuto Cellini, Techner, Holderlin, Von der West, Gallo, Spedolieri, Bellingeri, Salieri, Müller, Lenz, Barbara, Fusely, Petermann, Whit, Cham, Hamilton, Poe, Uhlrich. En Francia: Berthet, Morin, Dubelly, Du Boys, Bataille, Briffaut, Laurent. Entre las mujeres: Gunderode, Stiplitz, Brachmann y London: total *setenta y cuatro.* Dedica algunas líneas para confirmar su diagnóstico a *veinte y siete;* de los restantes ni una palabra.

Muchos de estos pretendidos genios apenas si tienen significación local. De los *veinte y siete* a quienes Lombroso consagra algunas líneas, pueden reputarse genios con alguna certidumbre: Ampère, Schumann, Comte, Tasso, Newton, Schopenhauer, Rousseau y Poe. Supongamos, por un minuto, que hayan sido degenerados epilépticos. No estaría probado, en ninguna forma, que *el genio,* genéricamente considerado, estriba en una *degeneración epileptoidea.* ¿Entran los ocho en el limbo de la doctrina lombrosiana?

---

(1) Arndt: "Biologische Studien — Artung und Entartung" — Greinfswald. 1895, ps. 232 y sig.

(2) Lombroso: "L'Homme de génie", ps. 100 y sig.

La degeneración de *Ampère* se funda en que "libró a las llamas un tratado acerca del *Porvenir de la Química*, creyéndola obra de una sugestión diabólica. ¿Basta este episodio anecdótico para diagnosticar la alienación mental? ¿No estaríamos, más bien, en presencia de una mera depresión nerviosa?

Schumann ha sido estudiado por Mobius (1). Padeció una afección nerviosa que presenta semejanzas a la vez con la demencia precoz, la parálisis general y la melancolía, sin ser propiamente ninguna de ellas. Conservó íntegra su memoria y *mantuvo intacta su inteligencia singular* hasta casi los postreros años de su breve existencia. Fuera de músico insigne, fué poeta delicado y notable crítico en su arte. Ejerció la crítica hasta cerca del término de su carrera. Era de sentimientos nobilísimos, amigo como pocos, esposo ejemplar. ¿Es esta la fisonomía habitual de un epiléptico?...

Lo único que cabe inferir es que en Schumann el grave mal nervioso *coexistió* con el genio y en lugar de ser aquella su causa originaria, explica su rápida y dolorosa decadencia final.

Augusto Comte sufrió tres ataques mentales: el primero en 1826, el segundo en 1843, el último en 1845.

El primero no fué óbice a la claridad de su sistema filosófico que entonces, muy joven, incubaba y que, en germen, está contenido en uno de sus escritos (2). No así los otros dos que complicados con su apasionado amor por Clotilde de Vaux, obnibularon su cerebro y, al final, precipitaron su derrumbe mental. Escribió en este período el extravagante y abstruso *sistema de política positiva*, "singular fenómeno en la evolución del pensamiento comtiano y *una aparición discordante con el pasado*

---

(1) Mobius: Ueber Robert Schumann's Krankheit. Marhold, 1906. Ver igualmente: Wasielowski-Schumann. Dresde, 1869. Erler-Schumann's Leben. Berlín, 1887. Louis Schneider et Marcel Mareschel-Schumann: "Sa vie et son oeuvre". París, 1905. Camile Mauclair: Schumann.

(2) Comte: "Plan des travaux scientifique necesaires pour reorganiser la societé". París, 1822.

filosófico del autor y con el método y la materia del positivismo" (1).

Trocó el método objetivo por el subjetivo, apartándose de la pristina orientación de su sistema, hecho indudable a pesar de la hábil explicación de Dumas (2).

Fundó en su delirio la *religión positiva* designándose autocráticamente papa vitalicio. Compuso calendarios y santorales nuevos.

Poseía, no obstante, clara conciencia de su estado mental. En carta dirigida a Stuart Mill, en 1844, escribía: "Mi miserable enemigo" (la neurosis) "tiene la esperanza de reducirme a la indigencia", "y amenaza reproducir el terrible e irreparable episodio de 1826", "pero su abominable esperanza será, oso afirmarlo, completamente ilusoria, gracias a la *constante disciplina que ejerzo sobre mis emociones y mi conducta*". Algo de genio restaba en Comte. ¿Qué loco vulgar se forma un concepto tan nítido de la enfermedad que le asedia insidiosamente y se propone dominarla con tan decidida y firme voluntad?

En el prolongado lapso en que imperó el genio, domeñando al alienado, maduró obras que pasaron a la historia. En los instantes en que tras el poderoso fulgor del genio apareció la locura tiñendo la mente de matices crepusculares, su obra tornóse oscura y quedó tronchada. ¡Palpable ejemplo de como la enajenación, triste y díscola enemiga del genio, lo estropea y aniquila sin piedad!

El ejemplo de Comte corrobora, cabalmente, — al contrario de lo sostenido por Renda — lo fundamentalmente distintos que son los productos del loco y del genio: tan inconfundibles como las monedas falsas con las del oro auténtico aún vaciadas en el mismo troquel.

Tasso, en cuya locura Lombroso encuentra la confirmación concluyente de su tesis, es para Roncoroni, su discípulo, un pa-

(1) Renda: "L'ideazione geniale", p. 77.

(2) Dumas: "L'état mental d'Auguste Comte". "Revue Philosophique", 1898.

ranóico (1), no un epiléptico. Reconoce que en las épocas de mayor desequilibrio el gran poeta presentaba características que impiden asimilarlo a un alienado común. La locura estalló finalmente, en forma alarmante, después de dar a luz su gran poema. La lección que se desprende en este caso, como en los anteriores, es inequívoca: la locura mata al genio.

Ejemplo concluyente el de Newton. Su magnífico genio maduró prematuramente. El período más fecundo de su gloriosa carrera abarca de los veinte a los veinte y cinco años. A los 21 descubrió el fenómeno de la descomposición de la luz solar. A los 25 el gran principio de la gravitación universal. Otros descubrimientos sonados siguió realizando hasta los cuarenta y cinco.

A esta altura su salud mental quedó resentida de gravedad. Vivió 85 años, los cuarenta últimos totalmente estériles. Víctima de un enorme debilitamiento cerebral llegó a olvidar sus propios inmortales descubrimientos. Fuerte y tenaz la enfermedad brutal trituró entre sus garras al genio aquilino (2).

Schopenhauer ha sido estudiado en Alemania por Mobius e Hirsch, entre otros. Según Mobius (3) a los diez y siete años padeció de melancolía. A los treinta compuso su obra fundamental *El mundo como voluntad y representación*. Atraviesa cuatro períodos muy serios de depresión nerviosa en 1805, 1813, 1823 y 1831. Mejora muchísimo en los períodos intermedios. Comenta su dolor en griego, latín e inglés. Llega a la edad madura y su salud robustece. Desaparece la melancolía. Se torna alegre y al cumplir setenta años anhela llegar a la vejez extrema. Murió de una enfermedad al pecho a los setenta y dos años.

---

(1) Roncoroni: "Genio e pazzia in Torquato Tasso". 1898.

(2) Ver Sir D. Brewster: "Memoirs of the life, writings and Discoveries of sir Isaac Newton". Londres, 1855. Ver también algunos documentos interesantes en la "Encyclopedia Britannica", Akhon, Ohio, 1906. Tomo XVII, ps. 456-57.

(3) Mobius: "Ueber Schopenhauer". Leipzig, 1899.

Por algunas de sus manías Mobius diagnostica *una forma rudimentaria de la locura de la duda.*

El fondo natural de Schopenhauer distaba de ser la melancolía. Esta, o por lo menos los períodos de depresión nerviosa, fué motivada, según el descubrimiento de un médico alemán (1906) por la avariosis, pues se han encontrado las anotaciones que Schopenhauer llevaba del tratamiento mercurial a que se sometió. Hirsch sostiene que no padeció de melancolía propiamente dicha; sólo puede tachársele de pesimista, lo que es muy distinto (1).

¿En qué queda, tras de estos antecedentes, la epilepsia que le adjudica Lombroso? Schopenhauer sufrió males nerviosos, y en su determinación la sífilis debió tomar gran parte. Más feliz que otros logró vencerlos, llegando a disfrutar de una vejez alegre. Nietzsche, sobre quien Schopenhauer influyó en su juventud enormemente, a punto que algunos de sus biógrafos opinan que su filosofía se resume en una reacción desesperada y violenta contra la inoculación del pesimista virus schopenhaueriano, duda del pesimismo de quien tocaba la flauta para hacer más plácidas digestiones... Por otra parte, se nos antoja que abrigando el concepto de Schopenhauer acerca del arte, expresado en su obra principal, y observando las reglas prudentes de su *Parerga,* aunque la visión profunda de la vida conduzca a conclusiones desoladoramente pesimistas, se logra, en el comercio diario, un discreto y dulce bienpasar. Aconseja con estoica grandeza, que siendo "imposible una vida feliz" lo que el hombre puede realizar de más bello es una vida heroica: ella consiste en luchar sin cobardía, en una esfera de actividad cualquiera, por el bien común y, al fin, triunfar, sabiendo que va a ser mal recompensado en sus esfuerzos". Lo de la *mala recompensa* viene, sin duda, por la injusticia con que fuera tratado por sus contemporáneos. Confiaba en la posteridad, cuyo

(1) Hirsch: "Genius and degeneration. A psichological study". New York (1896). Traslated from the second edition of the German. Work, p. 229.

juicio anticipado alcanzó a vislumbrar durante sus últimos años. De un concepto hiperbólico de la propia obra, ambicioso de gloria hasta el paroxismo, pudo consolarse en la última década de su laboriosa existencia, en lucha constante contra el ambiente hostil, viendo que se comenzaba a aquilatar sus grandes méritos filosóficos y que discípulos devotos introducían su sistema a los paraninfos universitarios. ¿Puede resumirse su ética en premisas de un sano optimismo crítico? Algunos autores son de esta opinión. Uno de ellos aduce:

"Lo que Schopenhauer repudiaba era el "optimismo chato" que al tomar la vida tal como es y contentarse, demuestra un egoísmo fuerte. En él se encierra "un optimismo más noble, más generoso, más verdaderamente filosófico". Para él la vida moral, en sus verdaderas formas "es el renunciamiento al "querer vivir individual, la abdicación del egoísmo, la inmolación del yo", la muerte voluntaria, en el sentido espiritual del término, en la espera serena y resignada de la muerte real. ¿Si esta regla se transforma, según la expresión de Kant, en ley universal, qué resultará? Una sociedad donde no habrá más ni yo ni no yo y en la que cada uno considerará su suerte como íntimamente ligada a la de sus semejantes, una sociedad en la cual todos los miembros no vivirán, por así decir, más que una vida colectiva, ¿qué debe desearse un mundo mejor? Pero, contrariamente a Leibnitz, no es el mundo que existe; es el que se propone como fin último la actividad, la inteligencia, la bondad humana — la bondad que según Schopenhauer es superior al mismo genio" (1).

El filósofo atrabiliario y misántropo, a la luz de esta interpretación, oculta un fondo de honda simpatía y de humanidad. Las arrugas de su frente de profundo meditador, son arrugas forjadas por el dolor ante la imperfección, la vanidad y la fragilidad humanas. A él se auna, intensificándolo, el sufrimiento provocado por los propios padecimientos físicos, bien reales.

Hablaremos, en breve, de *Rousseau.*

Poe, al primer golpe de vista, parece destinado a ocupar una celda en la doctrina lombrosiana. El análisis minucioso de

---

(1) Bosert-Schopenhauer: "L'Homme et le philosophe". París, 1904, ps. 347 y 348. Ver igualmente Bzewski: "L'optimisme de Schopenhauer". París, 1906.

sus obras y vida habla de algo diferente. Veamos lo que escribe uno de sus biógrafos más concienzudos:

"Bajo un viento de locura tiembla toda esta obra monstruosa que se sostiene únicamente por la invisible lógica de armoniosas proporciones y por la secreta virtud de artificios maravillosos. Pero "tal es el prestigio de tanto arte, victorioso de tanto frenesí" que a los más recalcitrantes de los jueces se le escapa la irreprimible confesión: "No, este hombre extraordinario, que en ciertas obras maestras, ha revelado tan magistralmente a la humanidad algunos de sus más raros aspectos y algunas de sus supremas emociones, "no es nada loco", o bien, si la palabra genio verdaderamente quiere significar originalidad superior, "hay en su locura una inseparable cuánto innegable dosis de genio" (1).

Poe fué un dispsómano no un epiléptico. Lombroso tiene a los excitantes por colaboradores indispensable en la obra genial. Lo anota cual un argumento poderoso en favor de su tesis. Nada más oportuno que debatir el punto a propósito de Poe.

Su dispsomanía se declaró a los veinte años, bajo la acción *"debilitante y deprimente de la miseria"*. Hacia 1835 sufre una depresión del espíritu. "Lucho en vano — exclama — contra la influencia de esta melancolía". El mal avanza. Poe hace esfuerzos desesperados por contenerlo. Todo es inútil: se hizo alcoholista. Su labor inmensa muestra a las claras la resistencia que opuso al derrumbe mental. Su juicio es tan sano, tan equilibrado, tan penetrante, que no sólo es conceptuado como el cuentista maravilloso e insuperable, el valor literario más estimable y original de los Estados Unidos, sino cual *un príncipe de la crítica* (2). Y la crítica, como pocas actividades, demanda la plena posesión y la ponderación de todas las facultades mentales.

No resistió a la satánica atracción del veneno, pero con-

---

(1) Lauvriere-Edgar Poe: "Sa vie et son oeuvre; étude de Psychologie pathologique". París, 1904, ps. 688 y 689. Ver también: Petit: "Etude médico-psychologique sur Edgar Poe". Lyon, 1905. Ingram-Edgardo Allan Poe: "Su vida, cartas y opiniones". (Trad. cast.). Buenos Aires, 1887.

(2) Lauvriere, obra. cit., p. 115.

denó su uso, de cuyas terribles consecuencias era triste ejemplo. Condena parecida hizo Baudelaire, extendiéndola a todos los excitantes.

Por otra parte, nunca escribió bajo la influencia de los excitantes báquicos, sino después de pasada aquella. Hubiera sido igualmente poeta delicado y cuentista extraordinario sin el tóxico. Como dice Roger Dupouy (1) *el veneno mata al poeta.* Precozmente alcohólico y opiómano, Poe no retiró de su triste inclinación más que miseria y dolor. "La obra del veneno sobre el genio de Poe fué devastadora y degradante bajo el triple punto de vista físico, intelectual y moral; y Poe mismo *confesó confidencialmente que lejos de favorecerle el tóxico estorbó la meditación e hizo huir la inspiración*".

Rémond y Voivenel han estudiado la acción del alcohol en Poe, Hoffmann, Villon, Verlaine, Rimbaud y Musset y deducen que *el alcohol es un destructor del genio* (2).

Goethe, que jamás fué alcoholista, le observaba a Eckermann que "las cosas escritas bajo la influencia del vino son anormales y forzadas". Y agregaba que eso se notaba en algunos trabajos de Schiller.

Rubén Darío, el renovador de la lírica castellana, ha emitido en dos bellos artículos sobre la dipsomanía de Poe (3), una opinión muy digna de tenerse en cuenta, por ser él mismo afecto a las libaciones alcohólicas.

"Me parece muy justo — dice — la opinión de Dupouy de que la intoxicación no creó nada en Poe y que sus visiones sobrenaturales no le han aparecido, sino porque estaba preparado, desde hacía tiempo, desde siempre: sin embargo sin el influjo de los excitantes no hubiera adquirido lo anormal, lo raro, lo ultradiabólico o lo supra-angelical que se desborda en algunos de sus trabajos. Más bien habrá que afirmar con el mismo doctor que "si Poe debe a su embriaguez dipsomaníaca ese indefinible estremecimiento de horror, ha sido preciso para que a nuestra vez nos estremezcamos

(1) Roger Dupouy: "Annales méd.-phych.", 1911, p. 16 y sig.

(2) Rémond y Voivenel: "Le génie litteraire". París, 1912, p. 135.

(3) Rubén Darío: "La Nación" de Buenos Aires, 8 y 9 de mayo de 1913.

leyéndole, que semejante horror fuese antes sentido por semejante genio, único capaz de traducirlo y de comunicarlo. Para gustar con el opio los extáticos sueños de Poe, para contemplar con un ojo ávido los mágicos panoramas de un "País de sueño", para estremecerse de un poético terror ante la aparición de una Legeia, para oir el "never more" del "Cuervo" "hay, ante todo, que tener el genio de un Poe", y eso sólo debía dar a reflexionar a los presuntuosos que van a mendigar a la hipócrita y maleficiosa droga "una inspiración que saben no encontrarán en ellos mismos". Cuerdas palabras para que sean bien entendidas por los jóvenes engañados por sus propias equivocadas ambiciones que creen que con el ajenjo verlainiano soñarán las mismas fiestas galantes que Verlaine, o con el gin o el láudano de Poe, tendrán la llave de los misteriosos infiernos y paraísos que visitó, señalado por la fatalidad, aquel espíritu excepcional. Y quien dice en este caso Poe, o Verlaine, "dice otros ejemplos".

La fuerte sugestión de su personalidad poética hizo que fuera imitado por jóvenes literatos, sin advertir que si el alcohol de Rubén Darío está al alcance de quien quiera tomarlo, su genio repudia todo linaje de imitadores, — oportuno llamado a la realidad por quien está doblemente autorizado a hacerlo. Cuando cobró boga la doctrina alienista del genio, esos jóvenes desdichados daban por hacerse los alcoholistas y excéntricos, en accesos histrionescos de divertida superhombría. Terminaban por serlo de verdad no pasando de alcoholistas y excéntricos. Pero ellos — ¡oh ingenuidad! — se consolaban creyéndose genios incomprendidos.

Otros casos de genios a quienes se les ha atribuído degeneración o aspectos con ellos conexos han sido estudiados por Hirth, Hirsch y Binder en Alemania, Regnard y Rémond y Voivenel en Francia, Morselli, Belleza y Bovio en Italia, evidenciando su falacia. Nos remitimos a sus trabajos con el objeto de no repetirlos.

El único hombre de genio cuidadosamente analizado en vida y que tuvo el bello coraje de no ocultar nada de interés para la doctrina discutida fué el realizado sobre Emilio Zola por Toulouse. Lombroso protestó contra las conclusiones del sabio francés, afirmando que su teoría salía incólume y robustecida de la

difícil experiencia. Zola, en su opinión, padecía una *psicosis histero-epiléptica* o, por lo menos,, una *psicosis paránoica* (1). Juicio muy diferente el de Toulouse que realizó su cometido sin prevenciones de escuela.

Zola, según Toulouse, es un *sensitivo-activo,* olfativo en sus simpatías sexuales; la música no despierta en él ideas sensuales. Sus preferencias literarias se inclinan a Balzac como creador de seres, a Racine, Corneille y Flaubert como escritores.

"Es un hombre de combate a quien el combate apasiona y sostiene". "Toma determinaciones por necesidad, para estar tranquilo; la indecisión le es penosa; es más tímido "de lo que podría creerse"; "ambicioso, consciente de su valor y servido por una tenacidad extraordinaria, quiso siempre ocupar el primer puesto".

"No es epiléptico, ni histérico, ni sospechoso de alienación mental, bien que posea múltiples alteraciones nerviosas (contractura del orbicular, tic vesicular, espasmo cardíaco, calambres torácicos, falsa angina del pecho, hiperestesia sensorial, algias, ideas obsesionantes e impulsivas, sistema nervioso hiperestesiado, emotividad defectuosa). "Ciertas ideas mórbidas, algunas obsesiones e impulsiones no son suficientes para alterar de una manera apreciable sus procesos intelectuales. Esas ideas viven como parásitas sin decentar la personalidad intelectual de Zola que continúa ponderada, a pesar de ellas, "y las formas superiores de la inteligencia", lo que constituye el juicio, la imaginación, la voluntad, están en un estado de salud y de equilibrio perfectos" (2)

Lo notable del caso consiste en que a pesar de este cuadro, cuando se describen elementos que, acentuados, dan fisonomía a enfermedades mentales, cuando, por ejemplo, se comprueba la existencia de una emotividad mórbida y de ideas obsesionantes e impulsivas, cuando, por todo esto, podría esperarse estar en presencia de un genio cuya forma de concebir ostentara esa impulsibidad que tantas veces Lombroso describió como equivalente del ataque epiléptico, en una palabra, cuando nos encontramos frente a una personalidad excepcionalmente dotada para

---

(1) Lombroso: "Emile Zola d'aprés l'étude du docteur Toulouse et les nouvelles théories sur le génie. La semaine medicale". Número 5, ps. 1-5.

(2) E. Toulouse: "Emile Zola". París, 1896, ps. 279 y 280.

ratificar la teoría del antropólogo italiano, en lo atingente a la inspiración, comprobamos que Zola usa procedimientos racionales y científicos!" Todo se hace *tranquilamente, sin fiebre, como la construcción de una casa o la prosecución de una investigación de laboratorio*" (id. p. 272).

"Sus cualidades son la fuerza y la exactitud de percepción, la intensidad de la atención, una gran educabilidad, la claridad en las concepciones, la seguridad de juicio, orden en el trabajo, espíritu de coordinación, tenacidad extraordinaria en el esfuerzo y, por encima de todo, el utilitarismo psicológico llevado al extremo".

En síntesis, es el hombre del conjunto y de la generalización, "penetrado de sus convicciones, creyente en la necesidad de la tarea a realizar, serio en el trabajo, el escritor que no se sirve de los hechos más que para ilustrar una idea general y en quien "toda la inteligencia está compuesta de salud, de solidez y de equilibrio" (id., p. 282).

Este análisis, tan rico e interesante, abona la tesis que venimos ilustrando. El genio puede padecer de alteraciones nerviosas, puede ser víctima, como cualquier mortal, de la locura, pero esas alteraciones, esa locura, no son la causa, el terreno indispensable para que brote y florezca el genio. Al contrario, sobrevienen en un número bien pequeño de hombres geniales ,siempre después que el genio ha producido las obras que le individualizan como tal. *Son un agregado secundario y adventicio.* Luchan *con el genio fieramente.* Ora son dominadas y vencidas, como en Schopenhauer y en Zola y el genio continúa iluminando sus creaciones, y ora, en casos excepcionales, tales los de Newton y Schumann, se imponen, desalojan al genio, sumen al cerebro en las tinieblas pavorosas de la alienación, y llegan a inutilizarlo y anularlo hasta en sus raíces recónditas.

IX. — DIFERENCIAS ESENCIALES ENTRE GENIO Y LOCURA.

Entre genio y locura se advierten de inmediato numerosas diferencias, de importancia. Anotemos las más características:

1°. En el loco *las glándulas de secreción interna* funcionan en déficit especialmente el tiroides.

En el genio las glándulas de secreción interna alcanzan al óptimun de desarrollo y funcionamiento.

Esta distinción será ilustrada en el capítulo próximo.

2°. El *dinamismo psicológico* del genio es puesto en juego por una percepción, una idea, un sentimiento o una pasión, perfectamente normales.

La ilusión y la alucinación son los estímulos habituales de la mentalidad alienada.

Hay ilusiones y alucinaciones fisiológicas por entero: las que suelen padecer tanto el genio como el hombre normal. "Existe, escribe Goethe, al lado del mundo real, un mundo de la ilusión casi más poderoso que aquel y en el cual vive la mayoría". El genio ejerce el contralor de la realidad, de la que posee clara conciencia. Se ilusiona, tal vez, pero menos que el mismo hombre normal. Por eso se apresura a rectificar sus sensaciones y percepciones, operación de la que no es capaz el loco, que da por existentes las disparatadas creaciones de su fantasía. "El enajenado, escribe en forma lapidaria Claudio Bernard, nunca se instruye por la experiencia, no razona experimentalmente" (1).

El genio está dotado de fuerte imaginación creadora, incomparablemente superior en potencia a la del loco de la cual se diferencia en su base por su coherencia y sujeción a la realidad. Kant lo dice en palabras decisivas cuando enseña que cada arte necesita de ciertas reglas mecánicas fnudamentales, a saber: la conformidad del producto con la idea supuesta, es decir, la verdad en la expresión del objeto concebido. Y añade: "libre la imaginación de este freno, permite al talento propio comportarse contrariamente a su naturaleza, y *extravagar;* favorecerá, puede ser, una *locura original,* pero no será nada prototípico y

(1) Claudio Bernard: "Introducción a la medicina experimental". Ed. de 1880, p. 42.

no podrá, en consecuencia, llamarse genio" (1). En efecto, los *genios* de Lombroso, son, a lo sumo, *locos originales*.

3°. El loco carece de *atención*; divaga y se extravía — se *distrae*, como dice Bovio. (2).

El genio concentra al máximo la capacidad de atender. *Se abstrae* (Bovio). Vuela. Ningún loco meditó veinte y cinco años. *El espíritu de las leyes*, o *El origen de las Especies* ni estudió, como lo hiciera Leonardo de Vinci, el vuelo de los pájaros, afanoso por penetrar en su misterio y construir a su semejanza una máquina, transformada siglos después en hermosa realidad.

La atención es una función compleja (3). En nadie está tan desenvuelta como en el genio. Lo presintió Avicena al definir al genio cual el summun de la atención, *la atención concentrada al grado de éxtasis*, según sus palabras.

Se dirá: esa capacidad de atender durante lustros a un solo tema y perseguir infatigablemente su solución ¿no presupone un estado mórbido? ¿No será la exteriorización de una manía o de una idea fija? Se ha hablado, en efecto, de manía. Sarmiento, alabando su influencia bienhechora, ha escrito: "Sólo cuando una grande aspiración social se convierte en manía, se logra haberla hecho institución, conquista" (4).

Sólo metafóricamente puede aludirse a la manía. La manía "consiste en un *desorden de las facultades intelectuales y afectivas*". "El maníaco está en guerra con todo el mundo" (5).

Por consiguiente, el genio no es ni puede ser maníaco.

Las *ideas fijas* se subdividen, (6) en *normales y patológicas*. Las *normales* son el resultado de toda una *serie de ideas convergentes*. Las patológicas de *una profunda alteración de la*

---

(1) Kant: "Anthropologie-ouvrage traduit de l'allemand" par J. Tissot. París, 1863, p. 173.

(2) Bovio: "El genio". Ed. cast.

(3) Ver las monografías de Ribot, Vaschide y Raymond.

(4) Sarmiento: "Obras". Tomo XXI, p. 252.

(5) Esquirol: "Des maladies mentales". Bruselas, 1836. Tomo II, ps. 133 y 144.

Kéraval: "Archives de Neurologie". Julio-agosto de 1899.

conciencia, del juicio y de la razón". La *idea fija* del genio, cuando existe, es fisiológica. Nosotros la llamaríamos *monoideismo* en lugar *de idea fija*. Traduce mejor el concepto que desea expresarse: un mecanismo psicológico elevado a su máxima tensión por el juego de una idea central poderosa.

4.° El loco, incapaz de *auto-contralor*, es un esclavo de sus impulsos.

El genio domina sus impulsos o los convierte en dóciles servidores de un ideal.

Finca esta diferencia en que en los locos, como lo prueban los estudios experimentales (1), *la inhibición* es, invariablemente, insuficiente. El genio, en cambio, no se concibe sin un excelso desarrollo del poder inhibitorio. "La diferencia existente entre el loco y el genio — dice agudamente Maudsley — es la que hay entre un movimiento espasmódico y uno voluntario" (2).

La inhibición deficiente transforma al loco en siervo de caprichos descabellados. Anarquiza su personalidad.

El genio se encamina rectamente a su fin. Inhibe todas las tendencias que a él se oponen. Ni siquiera logran dictarle normas de conducta las sanciones y costumbres del medio que le rodea: con el concurso de elementos dispersos en la atmósfera del siglo crea, como expresa Kant, *seine Welt* — su propio mundo.

5°. *La conciencia genial*, como la conciencia del hombre normal, reconstruye con exactitud y precisión los estados mentales anteriores, en tanto que la conciencia mórbida "no obtiene más que la objetivación pura de sus condiciones actuales" (3).

6°. La lógica del loco es extravagante, heteróclita, incohe-

---

(1) Pattini: "L'inibizione motrice studiata experimentalmente negli ammalati di mente". Nápoles, 1907.

(2) Maudsley: "La Pathologie de l'Esprit". Trad. fr. París, 1883, p. 323.

(3) Blondel: "La Conscience mórbide". París, 1914, p. 223.

rente, paradojal. Produce la triste impresión de un edificio en ruinas.

El genio es el máximum de coordinación y de coherencia lógicas; coordinación y coherencia señaladas mucho menos en el hombre normal. En el hombre vulgar "viven inadvertidas las contradicciones más flagrantes" (1).

La lógica del genio, clarísima, deslumbrante, a la vez que maciza y de inconmovible solidez, despierta la sensación de un palacio de líneas imponentes, eurítmicas y armoniosas, que desafían la acción del tiempo.

En el loco las contradicciones exceden de toda medida: son monstruosas.

"El desequilibrado asocia mal, desmesurada o irregularmente. Interpone entre su inteligencia y los hechos todas las taras que le caracterizan. Las vías, en su ascensión y asociación con las regiones frontales, interceptan las realidades e impiden una síntesis a la vez verdadera y durable". "El desequilibrado no pone a su servicio otra cosa que un intelecto desprovisto de las cualidades necesarias a las obras de largo aliento" (2).

No es superfluo dejar constancia que en uno de los estudios más concienzudos y completos sobre los degenerados y desequilibrados, se diga, en contraste con lo antes transcripto, que *el genio es el equilibrio por excelencia*: traduce las impresiones ambientes sin alterar las relaciones de la realidad por una desorganización preestablecida". *El equilibrio genial es la síntesis de los equilibrios.* Reclama el equilibrio previo periférico e Hirth lo ha demostrado particularmente en lo que concierne al arte de la pintura. Reclama, particularmente, el equilibrio emocional en el poeta y el equilibrio intelectual en el sabio. Pero excluye el desequilibrio, no importa cuál de sus formas" (id. p. 598).

7°. *La sensibilidad* entre los locos, como entre todos los de-

---

(1) Ardigó: "Opere Filosofiche". 3.ª ed. Padua, 1901. Tomo III, ps. 59 y 60.

(2) Dallemagne: "Dégénérés et Déséquilibrés". Bruselas, 1894, ps. 598 y 599.

generados, es siempre deficiente, aserción experimentalmnte ratificada, (1).

El genio es un alto y exquisito grado de sensibilidad: "Los genios — opina Ingenieros — amplían su sensibilidad en la proporción que elevan su inteligencia; pueden subordinar los pequeños sentimientos a los grandes, los cercanos a los remotos, los concretos a los abstractos. Entonces los hombres de miras estrechas los suponen desamorados, apáticos, escépticos. Y se equivocan. Sienten, mejor que todos lo humano" (2). En esta subordinación estriba la *insensibilidad afectiva* del genio, supuesta por Lombroso.

8º. *La capacidad para el trabajo* del hombre de genio es por lo general enorme. En el loco, siempre, y en mucho, inferior a la normal.

9º. *La personalidad* genial funciona admirablemente integrada y unificada; en el loco desorganizada y desintegrada.

"El loco cambia radicalmente de conducta; ni dentro de su locura se parece a sí mismo; el genio es siempre semejante a sí mismo" (3).

*
* *

Diferencias tan sustanciales explican por qué no existe entre genio y locura la estrechísima correspondencia establecida por la escuela lombrosiana y susceptible de exteriorizarse en dos formas: por un fuerte ingreso de hombres de genio a los manicomios y por una deslumbrante actividad genial en las casas de salud. A despecho de la circunstancia de haberle sugerido a Lombroso su teoría la observación de "locos de genio"

(1) Ottolenghi: "La sensibilitá e la condizione sociale". Archivo di Psich., etc. 1898, p. 102 y sig.

(2) Ingenieros: "El Hombre mediocre", p. 246.

(3) Henry Joly: "Psichologie des Grands Hommes". París, 1891, 2.ª ed., p. 180.

en el manicomio, estos genios singulares no pasan de *genios de manicomio,* es decir, de *mattoides* vulgares.

La historia no registra en sus anales una sola producción verdaderamente genial compuesta en un manicomio. Lo único exhibido por Lombroso son algunos versos, rigurosamente seleccionados, pero no ha citado *una obra* en verso genial escrita en un loquero por un alienado. Esos versos, aun siendo excelentes, no se distinguen por una inspiración o una originalidad notables.

Los más inspirados poetas, escriben Antheaume y Dromard, "conservan la dirección completa de sus asociaciones y la plena posesión de su tema"; no adoptan la idea bajo la sugestión del vocablo que hacen entrar de cualquier manera en su plan; apartan las representaciones que los desvían de la vía recta para no "dejar vivir más que a las ideas legítimas, a las imágenes fundadas".

"El poeta, para ser poeta, debe permanecer abierto a todas las sugestiones, aun a las automáticas, a las de la rima en particular; pero esta sugestión sólo la experimenta para realizar su cosa. "Lo cual basta para interponer un abismo entre la inspiración de su genio y el triste dominio de las miserias mentales" (1).

"Suponer — alega de su parte Morselli — que la locura desenvuelve sentimientos estéticos y habilidad técnica que antes no existían es un absurdo; a lo sumo el ocio de la secuestración acrece en los locos, como en los delincuentes privados de la libertad, las naturales aptitudes mecánicas del hombre civil. Decir que esta consideración vale por los productos literarios y pseudo-científicos de los locos, en los cuales algunos quieren encontrar una analogía con las creaciones y los descubrimientos del genio, "mientras lo bello y lo bueno que se puede hallar es la manifestación del conocimiento preexistente y todo aquello que pertenece estrechamente a la locura aparece siempre extravagante, excéntrico, paradojal y socialmente inútil" (2).

El talento que pueden poseer los locos, por lo general, es deteriorado por la enfermedad. Sus producciones, como dice el alienista norteamericano Ales Ardlicka (3), reflejan únicamente

---

(1) Antheaume et G. Dromard: "Poésie et Folie-Essai de Psichologie et de critique". París, 1908, p. 154.

(2) Morselli: "Manuale di semiotica delle malattie mentales". Milán, 1894. Tomo II, p. 190.

(3). Ardlicka: "The American Journal of Insanity". Enero, 1899.

sus ideas delirantes. Lo hubiera comprobado Lombroso de publicar *todas* las producciones de sus huéspedes, en lugar de trozos escrupulosamente escogidos.

A mayor abundamiento de cuanto llevamos dicho nos apresuramos a añadir que no se conocen degenerados auténticos dotados de algún poder — por leve que sea — de generalización y abstracción. "Los degenerados — *progresan exclusivamente en los dominios de lo concreto y son totalmente incapaces de recibir instrucción abstracta*" (1).

X. — GENIO Y MELANCOLÍA.

Algo es innegable, se alegará: la frecuencia de la melancolía en los hombres de genio. A ella les predispone particularmente la fina sensibilidad nerviosa.

La melancolía suele ser una manifestación del temperamento y el temperamento una expresión, a su vez, de la actividad orgánica. Dígase lo que se quiera, entre los hombres de genio abundan los que prefieren lo risa de Demócrito al llanto de Heráclito; el organismo genial se inclina a la primera más que al segundo. Necesariamente el temperamento nervioso no es el temperamento del genio, punto de partida que algunos autores (2) conceptúan común al genio y al loco — ni menos esto autoriza a derivar las paradojales conclusiones que al respecto formulan.

Hoy ya no cabe duda que la melancolía y la depresión nerviosa dependen de alteraciones orgánicas. El doctor Towsend

---

(1) Rémond et Lagriffe: "De la valeur sociale des dégénérés". Annales méd-psych. 1901, p. 395.

(2) Ver Grasset: "La superiorité intellectuale et la névrose". Montpellier, 1900.

(1) hasta creer haber dado con la causa originaria y el proceso químico de estas afecciones: una oxidación excesiva del indol en la sangre, germen de una intoxicación que en la orina se acusa bajo forma de *indóxilo* (C8 H6 NO) combinado con sulfato de potasio. Guardarían estrecha relación la gravedad de la enfermedad con la proporción de indóxilo.

Genios hubieron que debieron ser melancólicos y deprimidos de atenernos a los males que padecieron y fueron todo lo contrario. Reveille-Parise cita el *Traité de l'affection calculeuse* de Civiale en el cual se menciona el nombre de *ciento cuarenta y ocho personajes conocidos* que padecieron de cálculos, origen de la melancolía. Entre ellos: Miguel Angel, Newton, Bacon, Leibnitz, Bossuet, Linneo, Buffon, Calvino, Erasmo, Chamfort, Montaigne, Harvey, Portal, Rousseau, d'Alembert, Franklin, Hallé, Scarpa, Volney, Voltaire, Napoleón, Horacio Walpole — casi todos geniales. Algunos de ellos — Erasmo, Voltaire, Chamfort, Montaigne, Franklin — son celebérrimos por su ironía o buen humor.

En Buffon se encontraron nada menos que *setenta y cuatro cálculos*. En otros — como en Rousseau — fueron de tal gravedad que provocaron accesos de misantropía y otras anormalidades mentales.

La alienación de Rousseau se ha discutido muchísimo. En uno de los estudios más serios y fundados consagrados al tema Mobius (2) le atribuye una *locura lúcida con manías de perseguido-perseguidor*. Diagnóstico exagerado; todas las alteraciones psíquicas, las rarezas, las contradicciones, las mentiras, el sombrío humor y la huraña soledad de este genio heteróclito de *alegre fondo* deben culparse a los cálculos en las vías uri-

---

(1) Arturo A. D. Towsend: "The Journal of Mental Science". Enero, 1905.

(2) Mobius: 'Ueber Schopenhauer". Leipzig, 1899.
1887.

narias, según lo han demostrado satisfactoriamente Colombani y Poncet y Lariché (1).

La melancolía y la hipocondría atribuída a Montaigne constituye una de las tantas leyendas. El sutil ingenio que escribiera "yo amo una sabiduría alegre y civil"; para quien "la filosofía pregona fiesta y tiempo apacible: una faz triste y transida proclama que de ella la filosofía está ausente"; que soñaba que los niños leerían los abstrusos tratados filosóficos con el encanto de un cuento de Bocaccio, que, en fin, hallaba una como "sombra de delicadeza y sibaritismo que "sonríe y nos acaricia en el regazo mismo de la melancolía" (2) no era, ni podía ser, un melancólico o un hipocondríaco auténtico. Aunaingand, refutando a Landouzi, que afirmó su existencia, prueba que Montaigne, a despecho de sus frecuentes ataques de cólicos nefríticos y en ocasiones de gota, jamás padeció de hipocondría (3).

Conservó perpetuamente la fina ironía gálica en la que fué consumado maestro, predicó a toda hora la saludable pedagogía de la risa y de la alegría, instituyó concursos de danzas, de belleza y de gracia femeninas y él en persona, a los cuarenta y siete años, dirigió un cotillón, actividades muy ajenas a los achaques hipocondríacos.

El número de los hombres de genio, que presentaban *el cuadro clínico* de la melancolía e hipocondría fué, en verdad, exiguo.

"La melancolía puede ser mirada como una simple forma de neurastenia si no pasa de cierto grado de depresión física

---

(1) Colombani: "Des troubles psichiques dans les affections génito-urinaires de l'homme". Th. París, p. 12 y sig. Poncet et Lariché: "Le maladie de Jean Jacques Rousseau d'ápres des documents recents". Ac. de Medicina. París.

(2) Montaigne: "Essais". II, XX.

(3) Aunaigaud: "Montaigne était-il hipochondriaque?" ses. de la Ac. de Medicina, 25 de Febr. de 1908.

y moral o, de lo contrario, ser clasificada entre los estados delirantes si reviste la forma alucinatoria y ansiosa" (1).

Los casos de melancolía de los hombres de genio encajan casi todos en el primer grupo. Desde este punto de vista, deberían considerarse como una neurastenia, por lo general ligera y fugaz. "La depresión general del organismo es un hecho frecuente en la vida de todos los hombres y, sin embargo, el delirio melancólico es un hecho relativamente raro" (2).

Los artistas sienten, con frecuencia, un estado de indeleble melancolía, que nada tiene que ver con la variedad mórbida del mismo nombre. Recuerda a un rocío bienhechor que ahonda el espíritu y baña sus producciones. Melancolía de los grandes inspirados, de los creadores excelsos. Suele visitar, también, hasta a los luchadores indomables y a la mujer o al hombre que ha vivido y amado mucho.

Preciosa confesión en este sentido la de Leopardi, quien experimentó las dos clases de melancolía, la que moteja de "obstinada, negra, horrenda, bárbara que me lima y me devora", — melancolía, en realidad, patológica, — tan distinta, tan opuesta, a la otra: "Yo bien conozco, y la he experimentado, pero ahora no la experimento, — escribe el gran torturado — *esa melancolía que engendran las cosas bellas, más dulces que la alegría*". Y el poeta la compara al crepúsculo, mientras la otra se le presenta cual "noche horrible y venenosa, que destruye las fuerzas del cuerpo y del espíritu". Ciertamente se trata de una melancolía más dulce que la alegría. Brota, de preferencia, cuando el creador se repliega sobre sí mismo y penetra en las profundidades del propio espíritu. Engéndrase, de tal guisa, un estado de alma muy delicado y complejo, mezcla a la vez de deleitosa melancolía y suave contento espiritual. Placer y dolor van co-

(1) Sollier: En el "Traité International de Psychologie Pathologique". Directeur: Dr. A. Marie. París, 1911. Tomo II, p. 495.

(2) Masselon: "La melancolie. Etude médicale et psychologique". París, 1906, p. 261.

mo de la mano. Placer de la personalidad exaltada en supremo esfuerzo gestador, dolor de las grandes creaciones.

La conclusión que se deduce de los antecedentes mencionados y otros análogos que podrían aportarse, comporta una magnífica lección ética: los hombres de genio saben sobreponerse y superar, casi siempre, sus dolores físicos. Cuando se exacerban, sus sufrimientos no se resuelven en quejas estériles ni en gestos de amarga y desoladora desesperación. Se transforman, antes bien, en frescos raudales de alegría, en límpido manantial de altas verdades, en flor de inmarcesible belleza: Epicuro se pasea como un dios entre sus semejantes admirados, siempre alegre y satisfecho, ocultando con delicadeza a sus contemporáneos el mal orgánico terrible que roe sus vísceras. Sócrates, en los instantes supremos, consuela como un padre tierno a sus discípulos contritos, lanza con heroica serenidad, sin precedentes, el más estupendo de los discursos, henchido de amor, de humanidad y de sabiduría infinitas. Cervantes engendra la más universal y animada de las criaturas literarias en una cárcel. Swift escribe sus producciones más humorísticas en los momentos de mayor tristeza. Montaigne, no obstante su enfermedad, brinda el exquisito licor de la alegre sabiduría. Voltaire apura solo hasta las heces, sus crueles infortunios físicos y lega a la humanidad sus obras, saturadas con la sabrosa miel de su fresco e inagotable ingenio, ático y zumbón. Beethoven que se definía a sí mismo: "Soy el Baco que exprime para la humanidad el néctar delicioso: el que da a los hombres el frenesí divino del alma", según su biógrafo, el clarividente humanista Romain Rolland, "un desventurado, pobre, enfermo, solitario, el dolor hecho hombre y a quien el mundo niega la alegría, crea la alegría por sí mismo para dársela al mundo; y la forja con su tristeza, como lo ha dicho él mismo en unas palabras valientes, resumen de su vida, que son la divisa de todas las almas heroicas: "*Por el Dolor, la Alegría*" (1). Heine en las ho-

(1) Romain Rolland: "Beethoven", 2.ª ed. 1915, p. 94. Ed. cast.

ras más atroces conserva su sabroso humorismo. Y cuando pierde la vista, su tragedia interior no se deshace en lágrimas inútiles. Exclama sin afectación, sin énfasis: *Pierdo la luz de los ojos y así, como el ruiseñor, cantaré mejor...*

XI.—OTROS ASPECTOS DE LA TEORIA LOMBROSIANA

Mientras los genios más vastos y completos no figuran en el catálogo de Lombroso o son citados por rasgos baladíes y deleznables es curioso observar su empeño en insistir acerca de la vesanía de personajes francamente no geniales o de genio asaz dudoso. De Colón, por ejemplo, habla en todas sus obras, incluso en la última sobre el tema (1) y en un artículo de sus archivos (2). Encuentra en el intrépido navegante que por un accidente feliz descubrió un nuevo continente, rasgos antropológicos de degenerado, estilo de alucinado, perversión del sentido moral, delirio con tendencia a la mentira y a la crueldad. Le adjudica una *paranoia ambiciosa y religiosa.* Afirma su genialidad por lo menos *la tenacidad de la voluntad,* como si la voluntad, por excepcional que la supongamos, pudiera definir por sí sola, al genio.

Este citar al azar nombres de degenerados, a estilo de Moreau de Tours y Lombroso, es un procedimiento paupérrimo y sin fundamentos firmes. El único método de inferir una conclusión valedera estribaría en conocer el número de genios alienados sobre el total de genios producidos por la humanidad o sobre su inmensa mayoría, además de relacionarlos con la época en que vivieron.

Nombrar de golpe a veinte o treinta hombres de genio a quienes se les imputa anomalías mentales, impresiona muchísimo. En rigor, ¿qué significan veinte o treinta casos sobre los va-

---

(1) Lombroso: Nuovi studi sul genio". Palermo, 1902. Tomo I. (De Colón a Manzoni).

(2) "La pazzia ed il genio in Cristoforo Colombo". Archivio di Psich, etc. 1900, p. 29.

rios centenares de genios engendrados por la especie humana?

Regnard (1) corrige este método empirísimo de Moreau de Tours y de Lombroso y con un simple cálculo estadístico desvanece la teoría del genio alienado. Confecciona una lista de genios que sobresalieron como filósofos, sabios, políticos, hombres de estado, reformadores religiosos, artistas y literatos. Comprende *cuatrocientos nueve genios* de todas las edades y latitudes. Sobre este total Lombroso encontró rasgos de degeneración en *ochenta y seis, lo cual arrojaría*, en cifras redondas, *un veinte por ciento de genios anormales*. Síguese, por de pronto, que el *genio*, genéricamente considerado, no sería anormal, sino un *veinte por ciento* de los hombres geniales. Pero de estos ochenta y seis hombres geniales la mayoría son tachados por ridiculeces. Gassendi por "pronunciar sermones a los cuatro años", Espinosa por "chico", Locke y Kepler por "delgados", etc. Depurando la nómina de los ochenta y seis presuntos tarados, Regnard, con una respetable documentación, deja en pie a *once*, vale decir, *a menos de un tres por ciento* (2.68 o|o). Entre los hombres no geniales, entregados por entero a una labor de vasto aliento, ¿el tanto por ciento de enloquecidos es muy inferior, acaso, al mencionado? *A la luz de la estadística Lombroso está completamente derrotado.*

Aquí no termina el asunto. Según Regnard fueron *genios verdadera y radicalmente alienados*: Tasso, Juana de Arco, Pascal, Rousseau, Comte y Schumann; *no está probada* la locura si bien puede admitirse que sufrieron *graves perturbaciones mentales*: Sócrates, César, Mahoma, Lutero y Schopenhauer.

De Tasso, Rousseau, Comte, Schumann y Schopenhauer nos hemos ocupado. No puede afirmarse que fueron *verdadera y radicalmente alienados,* por lo menos en el período en que produjeron sus obras geniales. Y cuando se convirtieron en presas de la locura, como El Tasso y Schumann, dejaron de ser ge-

(1) A. Regnard: "Génie et folie. Réfutation d'un paradoxe". París, 1899 y Annales méd-psych. 1898-1899.

niales para caer en las incoherencias y extravagancias de la alienación mental.

Sócrates, Mahoma y Lutero padecieron de alucinaciones, pero sin perturbar sensiblemente el dinamismo cerebral. Lograron transformar profundamente el ambiente social y ejercer una influencia que subsiste después de siglos. Si atribuir locura a Mahoma y Lutero constituye un absurdo, es monstruoso adjudicarla a Sócrates, uno de los lógicos más implacables y sutiles de la historia, figura central de la filosofía griega, que hacía reposar, en su ética intelectualista, toda aberración moral en errores del entendimiento; que disolvía, como un ácido, los prejuicios y las supersticiones, pues, "el principio fundamental que deseó hacer triunfar es la supremacía de la razón esclarecida" contra el criterio de autoridad y la impulsión ciega. "Donde dos hombres están reunidos para examinar los asuntos humanos a la luz de la razón, Sócrates está presente en medio de ellos". Sócrates "fué el más grande campeón de las luces" (1). Mal podía, entonces, estar loco, aunque atribuyera la radiosa claridad de su razón a las inspiraciones de un demonio familiar...

Todos los diálogos de Sócrates que Platón nos ha legado, además de su maravilloso discurso final donde insiste en que *es una ignorancia vergonzante creer conocer lo que no se conoce,* recuerdan su máxima fundamental *sólo sé que nada sé,* que se nos aparece, a través de ellos, iluminado por una nueva y potente luz. No entraña una cándida confesión de ignorancia absoluta. Ella no cuadra al que fuera proclamado por el oráculo el más sabio de los hombres. Significa que en la afanosa investigación de la verdad es preciso apartar todas las prevenciones, todos los prejuicios, todos los intereses creados que la enmascaran y deforman, para que así muestre dignamente su rostro real: principio de sano escepticismo, base misma de la ciencia y de la filosofía, que muchos siglos más tarde resuci-

(1) Expresiones de Gomperz: "Les penseurs de la Grece". Trad. francesa. París, 1904-10. Tomo II, ps. 81, 84 y 74, respectivamente.

taron Leonardo de Vinci, Galileo, Bacon y Descartes, echando los cimientos de los modernos métodos de investigación. De suerte que aquel vidente revolucionario, aquel legislador de la ciencia y de la filosofía, aquel hombre todo razón alada y luz esplendorosa, ni por un segundo fué alienado. Es el arquetipo del genio profundo, sereno, equilibradísimo.

Se imputa a César una epilepsia, enfermedad que Nisbet (1) generaliza a los grandes capitanes. Las pruebas aducidas no presentan toda la claridad deseable. No olvidemos, por otra parte, que Napoleón, a través de algunos de sus historiadores, aparece como un epiléptico, sin que este mal, según el testimonio de personas que, como su secretario, han estado siempre a su lado, jamás le aquejara.

Restan Juana de Arco y Pascal La legendaria heroína ha adquirido los brillantes contornos de una leyenda mística y poética con la cual se personifica el alma de Francia. Esto dificulta el análisis de su mentalidad. Sin embargo, se ha intentado probar que *nunca deliró*, y si bien creyó en la realidad de las alucinaciones, no fué una alienada (2).

Regnard analiza muy agudamente el genio de Pascal; desprende que sufrió de *monomanía religiosa con delirio parcial, alucinaciones,* todo desenvuelto sobre un fondo hereditario muy preparado.

Binet-Sanglet estudió a Pascal con el mismo cariño y objetividad de Regnard, con quien coincide en la descripción de la enfermedad. Difiere en el diagnóstico, y por el siguiente análisis se verá que está más próximo de lo cierto: "todos los síntomas que presenta Blas Pascal, la debilidad general, la paraplegia transitoria, el esofagismo, las alteraciones digestivas, odontalgia de cesación súbita, gastralgia, enteralgia, la sobreemotividad, la tristeza crónica, las alteraciones de la sensibilidad psíquica, las fobias, las alucinaciones, las alteraciones del juicio y del razo-

(1) Nisbet: "The insanity of Genius". Londres, 1891.

(2) Ver Jules Dumaz: "Psychologie de Jeanne D'Arc". Annales méd-psych., 1904, ps. 353 y sig.

namiento, las perturbaciones periódicas del estado general, *constituyen un cuadro muy completo de neurastenia grave"* (1).

Después de lo precedente, ¿quién sostendrá que las anomalías psíquicas de Pascal se deben a su superioridad mental y no al estado propio de su organismo, a la intoxicación general? Analizando prolijamente a doscientos neurasténicos, termina un especialista que "no hay lugar a una etiología de orden moral, siendo esta enfermedad una intoxicación, derivada del mal funcionamiento orgánico, a causa de infecciones anteriores, autointoxicaciones gastro-intestinales y hepáticas (y ováricas en la mujer) (2).

El estado se agravó en Pascal, seguramente, por el exceso de trabajo, "causa de sus males", según Reveille-Parisse (3), quien explica las alteraciones mentales de algunos hombres de genio por el exceso de excitación a que someten su sistema nervioso. "El abuso engendra el abuso. En el período avanzado el sistema nervioso es comparable a una cuerda metálica fuertemente tendida que el más débil movimiento pone en vibración. Es el arpa eolia que da sonidos al más ligero soplo del viento". Lo cual, sumado a las condiciones singulares en que trabajan, al continuado sedentarismo, etcétera, provoca perturbaciones en el sistema nervioso, en el aparato digestivo, biliar y urinario, en el oído y la vista. Por lo general, "los fenómenos patológicos pasan en un instante". Una vida sana y frugal evita estos transtornos.

Esquirol, el gran psiquiatra, adelantó una teoría semejante. Refutando el parentesco entre genio y locura que Dryden avanzara, contesta:

---

(1) Binet-Sanglet: "La maladie de Blaise Pascal". Ann. méd.-psych., 1899, ps. 177 y sig.

(2) Maurice Page: "La toxemie neurasthénique. Les neurasthénies sont des intoxications". París, 1910, ps. 138 y 242.

(3) Reveill-Parise et Ed. Carriere: "Higiéne de l'esprit-Phisiologie et Higiene des Hommes livres aux travaux intellectuels". París Reedición de 1880, ps. 29 y 30.

Si Dryden "ha querido decir que los hombres que poseen la imaginación más activa y muy desordenada, gran exaltación y gran movilidad en las ideas, ofrecen grandes analogías con los locos, tiene razón; pero si ha querido decir que "una gran capacidad intelectual constituye una predisposición a la locura, se ha equivocado": los más vastos genios, en las ciencias y en las artes, los más grandes pintores, los más grandes poetas, "han conservado la razón hasta la extrema vejez". Si han existido pintores, poetas, músicos, artistas que se tornaron alienados, es debido a que a una imaginación muy activa estos individuos asociaban grandes desarreglos de régimen, a los cuales su organización los expone más que otros hombres. No es porque ejerciten la inteligencia que pierden la razón; no hay que acusar al cultivo de las ciencias y de las artes; los hombres dotados de gran poder de pensamiento y de imaginación, tienen gran necesidad de sensaciones: "así, la mayoría de los pintores, poetas, músicos, posesionados por la necesidad de sentir, se abandonan a numerosos desarreglos de régimen, y son estos desarreglos más que sus excesos de estudio, la verdadera causa de su locura" (1).

Imposible negar que estas teorías de Esquirol y Reveille-Parise son muy sensatas y encierran un fondo de verdad: las perturbaciones nerviosas de ciertos hombres geniales deben culparse al hambre devoradora, inmoderada, de sensaciones nuevas que les acosa y sirve de pábulo a su ardiente imaginación. Les lleva a escrutar con afán lo desconocido y lo misterioso y provoca graves y reiteradas infracciones a las reglas de higiene orgánica e intelectual, ya por carencia de método y sobriedad en las costumbres, ya por exceso de fatiga, o por ambas causas a la vez. La muerte prematura de genios que como Alejandro, Rafael, Pascal, Mozart y Bichat no alcanzaron a cruzar el cabo de los cuarenta años, se explica por esas causales. A igual del pintor holandés Van Obreek, cuando cayó mortalmente enfermo, pudieran exclamar, desahuciando a los mismos médicos, aun ilusionados con una posible mejoría: Señores, aban-

---

(1) Esquirol: "Des maladies mentales. Considérées sous les rapports médical, higiénique et médico-légal". Bruselas. 1838. Tomo I. ps. 21 y 22.

donen toda esperanza a mi edad: es necesario contar dobles los años, porque los he vivido noche y día.

*

* *

A despecho de cuanto llevamos dicho — se argüirá — Dostoievski y Flaubert fueron epilépticos; Swift, Schumann y Maupassant terminaron su vida en el manicomio. Es cierto. Pero ¿la epilepsia o la alienación favorecieron sus genios?

Hablando de Flaubert escriben Rémond y Voivenel: "la epilepsia no es un factor de la fecundidad literaria ni de la insociabilidad del epiléptico; éste continúa genial, *herido de cierta impotencia* y lejos de ser un resultado el genio no puede ser considerado en relación a la epilepsia más que como una condición que permite a su poseedor *no ser completamente aniquilado por su mal*" (id., p. 190). Y agregan: "toda la vida de Flaubert es un ejemplo de los esfuerzos de un hombre de genio *contra la traba de su estado mórbido*" (id. p. 225).

Dostoievski era, según Loygue, un terreno predispuesto a la locura; no cayó en ella por causas enteramente ocasionales y fortuitas. En su personalidad — prosigue el citado autor — (1) se advierte claramente un dualismo: *la epilepsia agrupó a su alrededor todos los fenómenos de déficit*: fobias, impulsiones genésicas, lagunas intelectuales, obsesiones, rarezas, alteraciones del sentimiento e incuestionablemente esos rasgos dolorosísimos de abyección moral que trasuntan algunas de sus correspondencias. En cambio, su genio fué el productor de sus obras, en las cuales campea esa insuperable penetración psicológica, como si se consubstanciara con sus personajes y moviera a maravilla sus resortes mentales. Su genio, lejos de contar con la cooperación de la epilepsia, fué como una roca, como un baluarte, opuesto a la acción corrosiva del terrible mal.

---

(1) Loygue: "Etude médico-psychologique sur Dostoievsky". Considerations sur les états morbides lie's au génie". Lyon, 1903.

Otro tanto puede decirse de Guy de Maupassant. (1). Pero menos afortunado que Flaubert y Dostoievski, la parálisis general terminó por oscurecer su cerebro y por detener su bella labor creadora. Y esto sucedió asimismo con Swift y Schumann.

*
* *

El genio *coexistió,* en algunos casos raros, con la locura, pero nunca — y en esto diferimos con Regnard y casi con todos los autores — desde un comienzo. La locura — insistimos — *es un agregado secundario y adventicio,* una complicación sobrevenida al genio y parásito del genio, *cuando éste ya ha sazonado sus mejores frutos,* aquellos, precisamente, que permiten *individualizar y caracterizar al genio.* Esta complicación ha sobrevenido, casi siempre a consecuencia de la fatiga, de un gran choque mental o emocional, o de una intoxicación orgánica.

Newton cayó en la demencia o por lo menos en la mediocridad más pedestre, después de remontar a alturas inconcebibles — una vez acabada la serie de sus descubrimientos. Comte, después de dar a luz su *Curso de Filosofía Positiva.* Swift y Schumann después de producir la labor que los inmortaliza. Tasso después de su *Jerusalén Libertada.* Pascal comenzó a enfermar — según relata su hermana — a los diez y ocho años; pero fué, durante los últimos cuatro de su carrera estupenda, cuando ya había ofrendado al mundo las obras que acreditan la excepcionalidad de su genio, cuando se resintió sensiblemente su salud mental.

Nietzche — genio poético antes bien que filosófico — ator-

(1) Ver N. Bajenow: "Guy de Mauppasant et Dostoievsky".

mentado por la locura (1) sólo produjo obras oscuras y disparatadas, después de franquear la guerra del 70, fatal a su salud.

Envueltas en nieblas, contradictorio y paradojal, este *Hamlet del pensamiento contemporáneo* — ha hecho, como atestigua Tonnies, (2) verdaderos estragos entre la juventud, especialmente en Alemania, debido quizás, al grano de genio que aun relampagueará entre las agitadas tormentas de su mentalidad desequilibrada y potente. Y este grano fué suficiente para diferenciar su locura de las locuras vulgares, permitiéndole — como comprueba Ireland (3) — conservar, en su comercio con los demás hombres, el contralor de la propia conducta.

*
* *

Una consideración final. Nada ha abundado menos hasta la fecha, por falta de condiciones sociales propicias, que el *radium* rarísimo del genio. Pero Lombroso, otorgando genio a cleptómanos vulgares, aunque negándolo abiertamente a Verdi, elabora unas fantásticas estadísticas y llega a encontrar hasta más de *doscientos genios por diez mil habitantes* (!!) y esto en departamentos en los cuales la densidad de la población oscila de 60 a 80 habitantes por kilómetro cuadrado (4). ¿Cómo extrañarnos que se conceptúe genio o superhombre cualquier literato a pintor adocenado, cualquier bailarina o tonadillera? Lombroso pone el genio a disposición de los epilépticos, vesánicos y criminales y deja muchas plazas al alcance de todo desequilibrado que ejercite mediocremente cualquier aptitud. Sólo los verdaderos genios están ausentes de sus estadísticas.

---

(1) Ver Mobius: "Ueber das Pathologische bei Nietzsche". Wiesbaden, 1902.

(2) Ferdinand Tonnies: "Der Nietzsche Kultus". Leipzig, 1897.

(3) W. Ireland: "Journal of Mental Science". Enero de 1901.

(4) Lombroso: "L'Homme de génie". Plancha XII, figura 3.

Un discípulo de Lombroso en un trabajo confeccionado con paciencia pero que falla totalmente por su burdo empirismo, ratifica las singulares apreciaciones del maestro de Turín. Sostiene que la distribución topográfica en Italia — tierra pródiga en hombres de genio — demuestra que *los coeficientes más altos de genialidad, cultura y capacidad craneana se hallan estrechamente ligados a los índices más elevados de locura, epilepsia, alcoholismo y densidad de la población* (1). No obstante tan rotunda conclusión, consigna, entre otros, datos tan sugerentes como el siguiente: la zona del Lacio suministra *uno de los coeficientes más altos de genialidad, cultura y capacidad craneana*, unidos *a los índices más inferiores de locura, epilepsia, alcoholismo y densidad de la población*. Tratándose de la zona que sirve de asiento a una cultura milenaria, y en la cual, de acuerdo a la lógica lombrosiana, los factores de degeneración debieran hallarse en su apogeo, esta comprobación desarticula y pulveriza el núcleo central de la doctrina psiquiátrica.

Lombroso confunde lastimosamente, según se colige, al genio con el talento, con la inteligencia más simple y con la degeneración vulgar. Insinúa que el talento, aun mediocre, "presenta las *reacciones patológicas del genio*" (2). Esto no da derecho a ensanchar las fronteras del genio y extenderlas tan desmesuradamente, sino a condición de sostener que el talento y la inteligencia — cualesquiera sean su intensidad y amplitud — también son manifestaciones morbosas y degenerativas, con lo cual se caería en el absurdo. Teoría, por lo demás, que ha contado con sus defensores, alegándose que la especie humana, gracias a una labor de funesta y progresiva intelectualización, marcha a velas desplegadas hacia la decadencia degenerativa. Con este derivado, la cuestión se complica porque tamaña teoría, cuya aberración es fácilmente demostrable, se convierte, por

---

(1) M. Capelli: Per la distribuzione regionale della genialitá in Italia". Archivio di Psich., 1904, p. 252 y sig.

(2) Lombroso: "L'Homme de génie". Introduction, XXIV.

la forma de plantear el problema, en un pilar del concepto psiquiátrico del genio.

*
* *

Con certidumbre puede concluirse, después de cuanto llevamos expuesto, que genio y locura no son compatibles, no forman ese feliz connubio que presupone la doctrina alienista. Son polos opuestos en la escala de los valores humanos. Coexisten eventualmente, en detrimento del genio y lidiando entre sí. La locura no genera ni comunica impulsión al genio. Es un pesado lastre que termina por imposibilitar su vuelo quebrándole con brutalidad las alas — tan potentes y tan frágiles a un tiempo.

En esta lucha infernal — digna de ser cantada por un Dante, dramatizada por un Shakespeare, descripta por un Dostoievski — el genio se empeña en arrojar al enajenado, quien, por manera solapada e insidiosa, multiplica, si le es posible, el germen de la degeneración y trata de confundir, como de contrabando, sus productos con los del genio — vana superchería, porque en seguida se advierte lo que que se debe al delirio y lo que se debe al genio — y, con suerte varia, según vimos, ora es vencido por el genio, aunque desliza alguno de sus frutos espúreos, ora mina su imperio, abate su vuelo y despliega su dilatado manto de sombras sobre la mente alumbrada otrora por los espléndidos destellos de la creación original y superior.

Condiciones biológicas del Genio

Una cuestión previa. — ¿El genio introduce en la especie una variación lenta o brusca? — La herencia y el genio. — Caracteres biológicos del genio. — El genio es el más alto grado del equilibrio endocrino y nervioso.

I. — UNA CUESTIÓN PREVIA.

CONCURREN a determinar la formación del hombre de genio, en un momento dado, además de circunstancias históricas y sociales propias, grandes aptitudes personales, hijas de condiciones biológicas y mentales altamente desenvueltas.

El genio desempeña un papel social bien claro.

¿Desempeña alguna función biológica específica?

Antes de responder a este pregunta debemos plantearnos otra. ¿La humanidad está sometida a leyes biológicas como las restantes especies?

No es del caso reabrir un debate que parece ya agotado y esclarecido.

El parentesco del hombre con las demás especies animales es hoy indiscutible. El hombre constituye un producto de la evolución zoológica. Le impulsan los mismos instintos fundamentales que a todos los seres vivos y, de especial modo, los dos más hondos. Como dice Schiller: *mientras los filósofos disertan el hambre y el amor mueven el mundo.*

Una escuela de biólogos y sociólogos afirma que la hu-

manidad es rigurosamente presidida por las mismas leyes naturales que las otras especies. Uno de los últimos defensores de esta teoría fué Le Dantec. Conocida es su fórmula concisa y acerba: *"Ser es luchar, vivir es vencer"*, fórmula que alimenta una amarga filosofía de la vida que brota de la realidad — dice — cuando "se habla con el frío rigor de la ciencia, que choca con nuestro misticismo hereditario". Según ella la guerra es "la función más ordinaria de los seres vivientes" incluso los hombres quienes "no pueden encontrar a su alrededor un antagonismo tan notable como para crear entre ellos una unión sólida".

Los imperialistas de todos los matices han expropiado a su favor la teoría darwiniana. Exaltan en tono lírico a la guerra. La fuerza — dicen con Nietzsche — es "el antepasado venerable de la que procede toda virtud". Por ella consigue el hombre "poseer la conciencia de la sublimidad de su voluntad".

Jurisconsultos como Von Ihering atisban en el Derecho "la política de la fuerza". Un instinto hostil, una ciega impulsión natural — *ein blinder Naturtrieb* — al decir del general Clausevitz — determina fatalmente la guerra: la política explota y canaliza esa impulsión.

Tales concepciones rematan fatalmente en la cimentación de las castas sociales y en la deificación de la progenie de los guerreros. Todo esto es muy viejo. Filósofos griegos — especialmente Heráclito y los sofistas — ya lo han expresado. "El combate — escribe Heráclito — es el padre y el rey de toda cosa y de todo ser. El ha revelado a unos como dioses, a otros como hombres; él ha hecho a unos esclavos, a otros libres".

En un sabroso diálogo con Sócrates el sofista Callicles entona un entusiasta panegírico al triunfo de los fuertes tanto entre los individuos como entre las naciones y en algunas de sus encendidas palabras aparece una como vislumbre del superhombre nietzchiano (1).

(1) Ver Platón: "Obras completas". Tomo V, ps. 202-203. Trad. cast. Madrid, 1871.

Sócrates refuta victoriosamente semejante teoría.

Cuando se avanza estos conceptos no se tiene en cuenta las diferencias existentes entre el hombre y las demás especies. Ward las resume en esta forma concisa: *"el medio transforma al animal, mientras el hombre transforma al medio"*.

Librados a los propios recursos naturales, supeditados al medio que los envuelve, vegetales y animales no disponen para subsistir de otro recurso que la guerra inexorable.

Aunque se citen muchísimas excepciones y se restrinja el papel de la selección natural, puede admitirse que subsisten los vegetales y animales mejor dotados. De los millones y millones de semillas y pólenes que los vientos dispersan sobreviven los más aptos. Nos figuramos a los pólenes y semillas cual verdaderas cápsulas de guerra. Los materiales de reserva que guardan (aceites, azúcares, substancias amiláceas, etcétera) son a modo de pólvora que utilizan en el áspero batallar. Los que disponen de pólvora en mayor abundancia o de mejor calidad, florecen y se perpetúan. Los demás sucumben. Aun en la selección artificial "seleccionar — es escoger los individuos mejor nutridos" (1).

Estudios recientes de biólogos alemanes y norteamericanos ensanchan el concepto de la lucha por la existencia. Rebasaría las lindes de las especies y de las variedades. Habría lucha dentro de la misma variedad y, según algunos, hasta dentro del mismo individuo. En un bosque — pongamos por caso — se entablaría la lucha — empleando este término en el sentido metafórico que le acuerda Darwin — entre los árboles de la misma especie o variedad por la absorción de los jugos de la tierra y mediante su follaje por ofrecer a la luz solar una superficie verde más extensa. Dentro del mismo árbol se desarrollaría por un objeto análogo, una lucha de raíz a raíz, de rama a rama.

Haya o no exageración en esta hipótesis lo cierto es que entre las especies animales dotadas de fuerte instinto guerrero

---

(1) De Vries: "Especes et Variétés". Trad. francesa. París, 1909, p. 246.

la lucha dentro de la especie se modera sensiblemente. Elocuente caso el de las hormigas. Las más guerreras terminan por entenderse y suscribir una suerte de armisticio, seguido del respectivo tratado de paz... Profícua y aleccionadora la convivencia social suprime la lucha en el seno del hormiguero común. Ni entre los animales más guerreros, pues la *ciega impulsión natural,* conduce a la destrucción fatal, implacable, al aniquilamiento inexorable de la especie. Kropotkin, en un libro sabio, ha descripto mucho casos de *ayuda mutua,* a extremos de elevarla al rango de un factor de la evolución. Si esto se nota entre los animales ¡cuánto más entre los hombres!

La lucha en el seno de la especie humana toma otros aspectos. Su forma lógica y natural no consiste en la lucha de hombre a hombre, ni en la lucha de masas de hombres contra masas de hombres. No. Caracteriza al hombre un rasgo que lo distingue como rey y señor de la creación: la de inventar instrumentos. Mientras los animales usan únicamente de sus armas naturales (uñas, dientes, garras, trompas, etcétera), el hombre sensibiliza y multiplica al infinito su poder. Los animales, incapaces de inventar instrumentos que les permitan crear fuentes de subsistencias propias, son esclavos de la naturaleza: ningún mono transforma la rama del árbol en que vive en palanca — con una palanca y un punto de apoyo el hombre, parafraseando a Arquímides, levanta un mundo — ni saca provecho del frote de dos piedras, cuya chispa, contiene en germen, los destellos de la civilización.

Esta modalidad específica del hombre no anula, por cierto, el imperio de las leyes biológicas; pero las metamorfosea, la supera, creando sobre ella una naturaleza más elevada y propia, una *supernaturaleza.* Doma a los elementos naturales. Con una simple punta metálica detiene al rayo y desarma a Júpiter. — Día llegará en que jugará con los más temibles, como un niño con su trompo. *Vencer a la naturaleza* pareciera ser la divisa de la especie. El enemigo del hombre no es el hombre, sino el medio físico que le rodea. El mejor empeño suyo radica en trans-

formarla y reducirla en su dócil servidora. La epopeya de la vida humana consiste en este surgir de la tosca brutalidad de la Naturaleza a la superficie de un mundo más dulce y armonioso, más inteligente y previsor, creado por su esfuerzo ciclópeo.

Cuando dos especies luchan entre sí se disputan el alimento que la naturaleza, menos próvida de lo que se cree habitualmente, sólo puede facilitar a un número limitado de seres, en comparación a las posibilidades de multiplicación que cada una posee. Ya no el ejemplo de Darwin de un animal corpulento pero de tardía reproducción como el elefante, sino infusorios tan insignificantes, tan ínfimos, como los *paramecios*, — según los cálculos de Hardy — llenarían totalmente sin dejar un huequeto, la superficie de la tierra, al cabo de no mucho tiempo, si la concurrencia de otras especies no limitara su incremento.

El hombre escapa bastante a esta ley. Cuando mata a su semejante se empobrece y no se enriquece como los animales. El hombre es un productor. Multiplica la riqueza, la hace más accesible. Las delicias de un animal consiste en devorar a otro animal. La felicidad de un hombre o de un pueblo no finca en devorar a otro hombre o a otro pueblo. La lógica profunda de las cosas enseña, con plena certeza, que se devora a sí mismo, que labra, insensato, la propia sepultura. En la especie humana, la felicidad incrementa la felicidad y la desgracia incrementa la desgracia. Por eso, como dice bella y profundamente el personaje calderoniano:

Dar vida a un desdichado
Es dar a un dichoso muerte....

Los hombres pueden y deben ahogar el instinto bélico. Minorías prepotentes lo fomentan por miles de procedimientos criminales. Utilizan a ese efecto todos los resortes de la plutocracia y el Estado. Van en pos de esa trágica *grande ilusión* descripta con colores definitivos por Nordman Angell. La última conflagración la ha confirmado, punto por punto.

La tesis de los que aplican a la guerra entre naciones el concepto darwiniano es destruída con una expresión ilevantable: *la guerra entre naciones es una invención social y no un fenómeno natural* (1). La guerra es un artificio colectivo que persigue falsos mirajes, verdaderos espejismos económicos: — en realidad debilita y empobrece a vencidos y vencedores (2). — Enriquece únicamente a los insignificantes y omnipotentes grupos que la desencadenan, los cuales arrastran, mediante hábiles sofismas — abundantes, como nunca, durante el curso de la guerra reciente — a naciones enteras, a toda la humanidad.

No escaparon a a la penetración de Tucídides los motivos poco santos de la guerra. Voltaire ha escrito: "Hasta 1498 los príncipes habían hecho la guerra para conquistar territorios; después la han hecho para establecer agencias comerciales". En fin, estas palabras referentes a Cartago, definen el por qué de la guerra, tanto entre los pueblos antiguos como entre los modernos: "En Cartago la guerra fué una empresa financiera, la conquista una operación de comercio, la dominación un tráfico, un sistema de explotación. Pesaba las cuestiones a peso de oro y plata y tomaba partido a base de razones hechos de cifra y de cálculos de plusvalía (3).

Cálculos precisos demuestran que si lo invertido en encuentros bélicos se destinara a mejorar las condiciones de la vida colectiva *todos* los hombres podrían comer *diez* veces más pan, habitar casas *diez* veces más espaciosas y vestir *diez* veces mejor (4).

Desde cualquier punto de vista que se contemple la guerra es un cuadro de horror, de desvastación y de locura.

---

(1) Richet: "El pasado de la guerra y el porvenir de la paz". Trad. cast., p. 95.

(2) Ver Nordman Angell: "La grande ilusión". Lagorguette: "Le role de la guerre".

(3) G. de Boissiére: "Conquete et administration romaines dans les Nord de l'Afrique", p. 4.

(4) Novicow: "Les gaspillages des sociétés modernes". París, 1899.

Económicamente, es vandálica porque arruina a vencedores y vencidos, reduce la producción, y extiende insólita, espantosa, la miseria y el hambre.

Eticamente, es la peor bestialidad, el imperio del robo y del saqueo organizado, el flujo pustulento del odio y de la mentira, el reinado de la dureza sin entrañas, de la violencia ciega, el retorno a la barbarie ancestral. "La guerra exige y "consume" virtudes que ella nunca produce" (1).

Biológicamente — punto que interesa particularmente a este estudio — degenera la especie, elimina a los más aptos, a los más valientes, a los más sanos, aniquila a la flor de la juventud.

La guerra ha tronchado en simiente a muchos genios y ha retardado la evolución de la humanidad.

*
* *

Con harta frecuencia se complica el nombre de Darwin en las maniobras y manipuleos de los apologistas de la guerra y de los privilegios sociales. El naturalista inglés jamás afirmó que el principio de selección natural se aplicara, en forma auténtica, dentro de la especie humana. En cambio, reconoció, en términos muy explícitos y expresivos, la inmensa importancia de los instintos y sentimientos sociales. Cuenta extrañado en su autografía que a los ojos de Carlyle" la fuerza representa el derecho" (2), es decir, lo defendido por todos los imperialistas, en nombre de un espúreo darwinismo social.

¿Cómo iba a pasar inadvertido a sus ojos, observador de insuperable perspicacia, que en las sociedades humanas triunfan los *mejor adaptados* y no los mejor dotados, física e intelectualmente? Sorprende que Haeckel, consagrando páginas elo-

(1) Lagorguette: "Le role de la guerre". París, 1906, p. 605.

(2) Darwin: "La vie et la correspondance, etc". Trad. de Varigny. París, 1888, p. 80.

cuentes a fustigar las consecuencias deletereas de la *selección militar,* encuentre que esta es contrapesada por la selección natural tanto en la especie humana como entre las restantes. La selección natural es, para el sabio alemán *el principio transformador más poderoso, la más potente palanca del progreso, el principal agente de perfeccionamiento* (1).

Wallace, que descubrió concomitantemente con Darwin el principio de selección natural, reconoce que se aplica bastardeado en su significación genuina a la vida humana. "Entre las naciones civilizadas de hoy día parece imposible que la selección natural obra de manera de asegurar el progreso permanente de la moralidad y de la inteligencia, pues incontestablemente los espíritus mediocres, sino los más inferiores desde este doble punto de vista, son los que tienen éxito en la vida y se multiplican con mayor rapidez" (2).

En uno de sus últimos trabajos (1910) explica la causa del hecho: después de "cincuenta años de meditaciones y observaciones sobre la teoría darwiniana de la evolución" "la gran lección" que se desprende es que "nuestra imperfecta naturaleza humana, con sus casi infinitas posibilidades de bien y de mal", no puede avanzar sistemáticamente sino por la educación simpática y ética del hombre desde la infancia "*combinada con la perfecta libertad en el matrimonio*" lo que no puede ser posible más que *siendo todos económicamente iguales, para que no haya cuestión de rango social o de ventajas materiales que influyan en lo más mínimo para determinar la elección* (3).

Palabras decisivas: no puede haber selección sino existe igualdad en el punto de partida, si la mayoría carece de toda posibilidad de amplio desenvolvimiento, si se aniquila a los fuertes

(1) Haeckel: "Historia de la creación de los seres según las leyes naturales". Trad. cast. Tomo I, p. 168.

(2) A. Rusell Wallace: "La sélection naturelle". Trad. de Candolle. París, 1872, p. 347.

(3) A. Rusell Wallace: "El mundo de la vida". Trad. cast. 1914, p. 477.

y a los buenos, mientras se perpetúan los enfermos y los astutos.

Así se engendran monstruosas *selecciones a la inversa* que la maquiavélica infiltración de una *moral servil* (1) prolonga en detrimento del vigor de la especie y de la robustez de su complexión moral.

Los cánones humillantes de la *moral servil* vienen como diluídos en una herencia milenaria de acatamiento irreflexivo, de ominosa postración y de envilecimiento ante los magnates de la tierra. El espantoso cataclismo del que acaba de salir el mundo ilustra con dolorosa evidencia cuanto acabamos de manifestar.

Triunfarán los mejores, habrá una selección espontánea y veraz, cuando la humanidad sobreponga la clara luz de la razón al imperio ciego de intereses de círculo o de clase; cuando se hagan accesibles las fuentes de la alta cultura a las grandes masas; cuando le sea dado a cada hombre desenvolver al máximo y por completo su personalidad, poniendo en juego el inagotable tesoro de energías latentes que lleva consigo.

*

* *

Los partidarios del "darwinismo social" asimilan la sociedad humana a un organismo biológico. Confunden una metáfora con la realidad.

Muchos defensores tuvo esta concepción. A su servicio Spencer puso todo su saber. Los *organicistas* creyeron comunicar carácter científico a la sociología. "La condición *sine qua non* para que la sociología puede ser elevada al rango de ciencia positiva es la concepción de la sociedad humana, en su calidad de organismo viviente, real, compuesto de células, de igual ma-

(1) Expresión de Vaccaro: "La lucha por la existencia y sus efectos en la humanidad". Cap. IV. Ver igualmente "Génesis del Derecho Penal".

nera que los organismos vivientes de la Naturaleza" (1). Enfática afirmación que importa negar a la sociología, puesto que la sociedad, en efecto, no es un mero organismo biológico...

Los mismos organicistas no se entendían. La célula de este organismo ¿la forma el individuo o la familia? ¿Quién desempeña el papel de tejido adiposo? ¿El clero o la banca? ¿Quién conexiona las células? ¿Quién ejerce las funciones de sistema nervioso? ¿Desempeña la moneda el papel de la sangre social o el de los microbios *fagocitados* por ciertos extraños elementos diseminados en el cuerpo social en proporción infinitamente inferior al de los fagocitos con respecto a los glóbulos rojos de la sangre humana, pero de un poder fagocitario un millón de veces superior? Cuestiones tan graves como divertidas que llenaron bibliotecas enteras.

La teoría organicista reposa en el osario de las concepciones definitivamente desechadas o superados. Tras de una discusión erudita en 1897, en el Congreso Sociológico Internacional, sufrió — según la gráfica expresión de Ludwig Stein — *un entierro de primera clase.*

Baldwin opina que la sociedad constituye antes bien, *un organismo psicológico* que un *organismo biológico.* Conocida es la importancia fundamental que muchos sociólogos acuerdan al factor psicológico (2). Pero algunos de estos autores nada replicaron cuando Kelles-Kraus al resumir los debates del Congreso Sociológico Internacional de 1900, en el cual discutióse la teoría económica, denominada por Croce "interpretación realista de la historia", sentara que "*las invenciones económicas* y en general, *el psiquismo económico* presiden "la vida social de los hombres en todos los órdenes de sus manifestaciones" (3).

El fenómeno económico, en efecto, es el más antiguo, el

---

(1) Lilienfeld: "Pathologie sociale". París, 1896, p. 22. (Trad. franc.).

(2) Ward, Tarde, Rossi, de Roberty y cincuenta más.

(3) Kelles-Kraus: "Annales de l'Institut International de Sociologie". Tomo VIII, 1902, p. 321.

más primitivo y embrionario, el más arraigado y profundo, el blastodermo social, — valga la metáfora organicista. — De él se diferencian, con la evolución social, los otros factores. Andando el tiempo éstos — como lo reconoció Engels en una célebre página — ocbran cierta independencia, se interpelan y adquieren tanto relieve como el económico. Las mismas ideas se transforman, según Marx, en una fuerza material cuando son esgrimidas por las masas.

Resumiendo lo expuesto podemos decir: la sociedad humana no se gobierna por el concepto de la lucha por la vida en la forma que es de rigor entre las especies animales y vegetales. Tampoco es dirigida por el concepto darwiniano de la selección natural. No forma un organismo biológico ni psicológico. Es una unidad cuya profunda raigambre biológica se entrelaza y modifica al contacto del medio social y económico que la potencia mental del hombre ha creado y sobrepuesto al medio físico con la invención de instrumentos, fenómeno desconocido por los demás seres vivos. Las luchas entre las masas de hombres empobrecen económicamente y degeneran el capital biológico de la especie. Gracias a las invenciones — hijas del genio y manifestación del "psiquismo económica" colectivo — se hace posible unificar los esfuerzos de la humanidad para vencer a la Naturaleza y someterla. El inmenso ocrecentamiento de las fuentes de producción pone al alcance de todos los hombres los elementos necesarios para subsistir, sin necesidad de depredaciones ni del mutuo exterminio. Esta emancipación, cada vez más acentuada del hombre con respecto a los elementos naturales permitirá, usando una expresión de Hegel, vivificada por Engels, saltar del "reinado de la necesidad" al "reinado de la libertad" — en el cual los hombres, en lugar de ser juguetes ciegos de las fuerzas históricas, las manejarán con inteligencia, transformándose en artífices conscientes de sus destinos.

II. — ¿EL GENIO INTRODUCE EN LA ESPECIE UNA VARIACIÓN LENTA O BRUSCA?

La técnica, las invenciones en general, determinan innovaciones y son, por lo mismo, agentes eficientes de la evolución colectiva. La expresión *psiquismo económico* entraña correlativamente a una adquisición técnica una adquisición mental. Y, en efecto, cada invención significa, además de un progreso material, el acrecentamiento del caudal de nuestros conocimientos, una penetración más acentuada de la realidad, un adelanto intelectual. Podríamos añadir: y una sensibilidad moral y afectiva más delicada, — negada por muchos pensadores. El progreso moral, eso sí, es mucho menos notable que el material e intelectual.

Ahora bien, la función específica del genio consiste *en inventar, en crear, en descubrir*: papel de capital importancia.

Biólogos y psicólogos, al interpretar evolutivamente esa función, reputan al genio, de acuerdo a la teoría darwiniana, una *variedad accidental,* — (William James) una *variedad general progresiva,* — (Morselli) Flechsig lo conceptúa una *variedad evolutiva* caracterizada por una complicación mayor de los centros que presiden las funciones psíquicas más elevadas, que él coloca en los lóbulos frontal y témporo-parietal. Para Rémond y Voivenel, Loygue y Bajenow el genio es una *progenerescencia.*

Max Nordau cree que en el cerebro del hombre de genio aparecen nuevos tejidos (1). Concepción sólo admisible suponiendo que el genio forma una especie aparte dentro de la especie humana. Max Nordau no retrocede ante esta hipótesis. Los hombres de genio "forman un linaje aparte que se sitúa por encima del nivel medio; *son como una especie dentro de la especie,* como un órgano de la humanidad diferenciado en vista de una función especial" (2).

(1) Max Nordau: "Psicofisiología del genio y del talento". Trad. castellana.

(2) Max Nordau: "El sentido de la historia". Trad. cast. Madrid, 1911, p. 354.

Tesis indefinible. Si los hombres de genio formaran una especie aparte, a menos de dar al término "especie" un concepto diferente del que encierra, — lo que no sería legítimo — no podrían cruzarse con la especie humana no genial. Y es obvio decir que los hombres de genio casan con mujeres no geniales y dejan una descendencia que, regularmente, en nada se diferencia del resto de los mortales. Por lo demás, la arriesgada hipótesis de Max Nordau complica sin aclarar la cuestión. El papel biológico de la especie se comprende bien sin necesidad de suponer la aparición de tejidos nuevos. Basta el funcionamiento más perfecto de los tejidos existentes. El genio es la máxima potencia de cualidades que en forma embrionaria poseen todos los hombres.

El modo de actuar de las innovaciones geniales sobre la especie sería sencillo: cuando comportan *variaciones* útiles al conjunto son incorporadas bajo la forma de hábitos sociales: "Las invenciones del genio son los núcleos del hábito social" (1). Así considerado el cerebro del hombre de genio constituye *un esquema del cerebro del porvenir.*

Los sustentadores de esta teoría, guiándose por el concepto de Lamarck y de Darwin, conciben que los cambios se operan con mucha lentitud. ¿No se ajustará más a la verdad de los hechos una interpretación concordante con la teoría de las *variaciones bruscas* de de Vries?



Al sabio botánico holandés corresponde el alto mérito de haber planteado la doctrina de la evolución sobre bases estrictamente experimentales. Las especies, estables durante ciertos períodos, se hallan en rápida evolución en otros. Estas fases de estabilidad y evolución alternan con regularidad.

---

(1) Baldwin: "Interpretaciones sociales y éticas del desenvolvimiento mental". Trad. cast., V, p. 117.

Una planta — pongamos por caso — dá siempre flores amarillas. De súbito aparece una flor roja. Se la cultiva de acuerdo al método preconizado por de Vries, y asistimos al brusco nacimiento de una especie de planta con flores rojas. Lo que decimos de la flor es extensivo a los otros órganos y caracteres del vegetal.

Las formas nuevas se producen en gran número y en sentido divergente notándose, a la vez, en muchos individuos. Al lado de las *especies* nuevas aparecen *variedades regresivas*. Las mutaciones presentan una constancia absoluta. Estas son, en apretada síntesis, las modalidades del fenómeno, concretadas por de Vries en siete leyes (1).

Tan sólidos son los hechos expuestos por de Vries que la mayoría de los naturalistas aceptaron de inmediato su teoría. Sus discípulos ratifican con nuevos aportes las conclusiones básicas de su estudio (2).

Fuera del concurso experimental que cuenta en su abono, la paleontología demuestra la existencia de "pocas líneas dominantes que se prolongan durante numerosos períodos geológicos", estando "la gran mayoría de las ramas laterales limitadas a su propio piso".

Por último, la edad de la tierra es otro puntal firme del concepto mutacionista. Según los cálculos realizados en 1862 por el insigne físico Lord Kelvin la tierra oscila entre veinte y cuarenta millones de años. Sobrepasa con seguridad los veinte y está por debajo de los cuarenta, acercándose a los treinta. Es absolutamente imposible — arguye de Vries — que las especies hayan podido desenvolverse y ostentar sus actuales formas de

---

(1) Ver de Vries: "Die Mutuationstheorie". Leipzig, 1901. "Especes et variétés". Trad. franc. París, 1909.

(2) Ver L. Blaringem: "Les transformations brusques des etres vivants". París, 1911. Muggles Gates: "The mutation factor in evolution, with particular referente to Oenothera". Londres, 1915.

aceptarse como un hecho la lentitud evolutiva implícita en las teorías de Lamarck y Darwin.

*
* *

¿Ocurre algo semejante dentro de la especie humana? De tiempo en tiempo el edificio social parece reconstruirse de su base a su cúspide, abriendo nuevos horizontes al pensamiento y a la actividad humanas.

Los períodos fundamentales están señalados por la historia con toda precisión. Sin conocer la obra de Marx, el sociólogo norteamericano Morgan, sentó, basado en largos y pacientes estudios y observaciones, que *todas las grandes épocas del progreso de la humanidad coinciden de un modo más o menos directo con las épocas en que se propagan los medios de alimentarse.*

Distingue tres grandes períodos en el desarrollo histórico de la humanidad: *el salvajismo, la barbarie y la civilización.* Los dos primeros se subdividen en tres etapas respectivamente. Cada una de ellas es determinada por una nueva invención o descubrimiento, que revoluciona totalmente la forma de producir.

En la primera etapa del salvajismo el hombre se alimenta de raíces y frutas y vive en las copas de los árboles. En el segundo vive de la pesca y descubre el fuego. Siendo dudoso — según Ameghino — que el hombre haya hecho alguna vez vida arbórea y como existen indicios que mueven a barruntar que ni a los hombres más primitivos les era desconocido el fuego, convendría fundir en una sola las dos primeras etapas de Morgan.

Con la *alfarería* penetramos, por decir así, en el vestíbulo de la barbarie — segundo período. Inaugura la etapa inmediata la *domesticación de los animales y el cultivo de la tierra.* Por primera vez el hombre construye su tosca vivienda con adobe y piedra. A esta altura el compás de la evolución se disloca, y pierde su rítmica uniformidad. En América existía un solo ani-

mal doméstico — la llama y un solo cereal — el maíz. En Europa pastaban variedades innumerables de animales y germinaba toda clase de cereales. Debido a esta circunstancia — observa Engels — el continente europeo se transformó a pasos acelerados, mientras la sociedad americana quedó cristalizada en el segundo estadío de la barbarie. Hubo de esperarse la introducción de los cereales, de los animales y de la técnica europeas para que abandonara su secular estancamiento y apresurara su transformación.

Predomina en este período la vida pastora y nómade. El pastor va tras de sus ganados en busca de regiones fértiles.

Sobreviene un descubrimiento importante: *el bronce*. Influyen en tal grado los nuevos instrumentos que "para muchos antropólogos es poco menos que cierto que los hombres de la edad de piedra que habitaban la Europa fueron exterminados y reemplazados por otra raza de hombres que venían del Este y que conocían el uso del bronce".

"En apoyo de su opinión hacen constar que la espada de bronce doquiera se la encuentre, en Irlanda, en Escocia, en Noruega, en Alemania, etc., son no sólo del mismo género sino idénticas, y podría decirse que han sido fundidas en un mismo molde".

El *descubrimiento del hierro* señala en la historia algo así como la aurora de la *civilización* — tercer período del ciclo morganiano. El hierro apareja la agricultura, un cambio sustancial en la forma de producir, y, sincrónicamente, la transmutación de las demás relaciones sociales. Dentro de la civilización los historiadores han descripto cuatro etapas: la antiguedad, la edad media, la edad moderna, y la edad contemporánea, cada una basada en diversas relaciones sociales. El pasaje de una a otra etapa ¿no significa una *variación brusca*, un transtorno total de las relaciones sociales?

El análisis detallado de cada una de esas relaciones — que aquí no podemos emprender — lo prueba acabadamente.

Escudriñando la organización de las sociedades pri-

mitivas — que en sus diferentes períodos evolutivos pueden observarse en Africa, Asia y América — se descubre que hubo una época asaz legendaria en que no se conocía ni la familia, ni la propiedad privada, ni la política, ni la ciencia, ni el arte, ni la religión, nada, en una palabra, de lo que caracteriza la actual sociedad. Reinaba la promiscuidad y el incesto estaba legitimado. Aun hoy entre los andamanos — tipo, sin embargo, más evolucionado — "los hijos pertenecen a la horda, las madres los cambian hasta durante la crianza, el matrimonio sólo dura por lo regular hasta el destete del niño y las muchachas están siempre dispuestas a entregarse a cualquier miembro de la horda".

En este período, fuera del vínculo puramente biológico, de sexo a sexo, la única relación social que se establece es de naturaleza económica: la caza y la pesca. Sobre este substractum económico, que viene a ser el más viejo, el cimiento de toda organización, se irá levantando, piso a piso, el complicado edificio social.

Más adelante nos encontramos con el estado que los Onas atraviesan actualmente. "Estos fueguinos no constituyen naciones como D'Orbigni llama a las agrupaciones de indios de la Pampa, no se agrupan en número suficiente para que las podamos llamar tribus: no tienen siquiera un jefe que sirva de representación, de autoridad o de núcleo alrededor del cual se agrupan los individuos, no tienen sitios determinados en que moren definitivamente o por largos períodos, carecen de cementerios que les exija vivir en la vecindad por el recuerdo de sus antepasados, y, por último, desconocen en absoluto el ideal del sentimiento patriótico" (1).

A medida que nos elevamos el comercio sexual se restringe y el matrimonio por grupos — propio del salvajismo, es seguido por el matrimonio en el cual se evitan los vínculos consanguíneos por lejanos que sean — como entre los onas e iroqueses —

(1) Carlos R. Gallardo: "Tierra del Fuego. Los Onas". Buenos Aires, 1910, p. 207.

ya porque, según teoriza Mc Lenan (1) el infanticidio, generalizado entre los salvajes, obliga a raptar las mujeres de las otras tribus, ya, como opina Morgan, porque no ha escapado a la sagacidad de los aborígenes que "el casamiento entre gentes no consanguíneas da una raza más fuerte en lo físico y en lo moral: se mezclaban dos tribus avanzadas y los nuevos cráneos y los nuevos cerebros crecían naturalmente hasta contener dentro las capacidades de ambos".

El matrimonio sindiásmico corresponde a la barbarie. En aquellas *gens* en las cuales la mujer desempeña un papel económico preponderante es singularmente respetada, ejrece el gobierno, llega a reina y los bienes se trasmiten de acuerdo a la filiación uterina: estamos en la era del *matriarcado o ginecocracia,* denominación de Bachofen (2) — creador de la teoría.

Esta etapa a despecho de las objeciones fácilmente destruíbles de Summer Maine, Lubbock y Westermack (3)—fué universal, según todas las probabilidades. Aun puede observarse en nuestros días en los polinesios y melanesios, los Koks de la India y en muchas tribus del Africa y del Asia (4). Por él parecen haber pasado los onas según una extraña leyenda: "De padres a hijos se transmiten las onas la tradición que en un no lejano pasado las mujeres dominaban a los hombres, siendo ellos los esclavos que soportaban la ruda tarea de la vida en común. El yugo tiránico se hizo insoportable y entonces resolvieron emanciparse, buscando en un tercer elemento la fuerza de que aquellos carecían para contrarrestar el poder de las mujeres. Esa

---

(1) Mc. Lenan: "Primitive Marriage". Londres, 1865.

(2) Bachofen: "Das Mutterecht", Stuttgart, 1861. Ver también. Girard Toulón: "Les origines de la famille". París.

(3) Summer Maine: "El Derecho Antiguo". Lubbock: "Los orígenes de la civilización". Trad. cast. Westermack: "L'origine du mariage dans l'espece humaine". París, 1895. Trad. franc.

(4) Ratzel: "Las razas humanas". Trad. cast., p. 481 y 529. Cita numerosos ejemplos de matriarcado entre las tribus actuales de Africa y Asia.

fuerza fué la superstición, la creencia en la existencia de seres imaginarios" (1).

Generóse la *ginecocracia,* al parecer, en un período durante el cual los hombres se ocupaban en cazar y pescar, mientras la mujer que se dedica al cultivo de la tierra, comercia, ejercita las industrias domésticas y hasta pelea con terrible vigor. Aun con antelación a esta etapa en aquellos casos, como entre los *chipiwais,* citado por Spencer — en los cuales la mujer toma parte en la caza con lazo y arpón su situación social es muy superior al del resto de las mujeres de las hordas cazadoras.

En ciertas tribus el dominio de la mujer es tal que el marido no tiene derecho a sentarse junto a su señora e hijos (2).

En la época precolombiana, en que se hallaba generalizado el clan maternal, los maridos eran sencillamente despedidos si no tornaban con provisiones suficientes (3).

Los viajeros que estudian la vida del período de la barbarie la califican de dichosa. La propiedad era común; no existía ni lo mío ni lo tuyo. Todos fraternizaban en la *gens.* Esta se considera constituída por un solo hombre. Atacar a uno de sus miembros importa atacar a la *gens* íntegra. Las guerras no eran destructoras como la de nuestros días, sino caballerescas — al decir de un sociólogo. — Se limitaban a vengar a los miembros de la tribu en las contadas ocasiones en que era atacada por un individuo de otra tribu. Vengado el muerto cesaba la lucha. Acaso guerrearon por otras causas; pero pocas veces. La guerra carecía de objeto serio: la riqueza de los vecinos era insignificante. No existía un gobierno central. La *gens* se gobernaba a sí misma, en debates ampliamente democráticos en los cuales intervenían hombres y mujeres.

En el segundo estadio de la barbarie esta organización social fué transformada totalmente. Crecían sin cesar los rebaños de animales. Para cuidarlos escaseaban los hombres. Los prisio-

(1) Gallardo: Ob. cit., p. 328.

(2) Girard Teulón: Ob. cit. Cap. VII.

(3) Morgan: "Ancient Society". Nueva York, p. 455.

neros de guerra, que antes se incorporaban a la *gens* fueron, entonces, reducidos a la esclavitud. Nace la explotación del hombre por el hombre. Dibújanse ya dos clases antogónicas y una nube amenazadora se cierne sobre la sociedad gentilicia, como augurio de una organización más febril y belicosa que vendrá a reemplazarla. La agricultura incrementa la producción. La riqueza del vecino acucia la codicia ajena. Sucédense guerras de pillaje y depredaciones vitandas. Se inviste en estas luchas con la suprema autoridad militar a quienes poseían hasta entonces simple autoridad moral, como el *saquens* iroqués y el *basilens* griego. El saqueo diseña netamente a las dos clases sociales. Y los triunfadores, con la preponderancia de la fuerza, fundan el Estado, establecen definitivamente la propiedad privada y, más tarde, crean el derecho y la legislación que sanciona jurídicamente esa situación, fundada en la violencia.

Si de las épocas prehistóricas pasamos a la época histórica estas variaciones bruscas se perciben con mayor frecuencia. De los dos o trescientos mil años que se atribuye a la especie humana las transformaciones de los últimos dos mil sobrepujan al inmenso período precedente. El Cristianismo, el Feudalismo, el Renacimiento, la Reforma, la Revolución Francesa, la actual Revolución Rusa son verdaderas *mutaciones* en la especie. Gestan una nueva sensibilidad, una nueva mentalidad entre los hombres y determinan nuevas relaciones sociales, intelectuales y éticas.

Cierto es que a todos estos fenómenos se les considera frutos de una larga incubación. Del Renacimiento, por ejemplo, se buscan antecedentes no sólo en el siglo inmediato a esta extraordinaria revolución artística. Algunos autores se remontan más allá de Dante y Petrarca. La inauguran con Nicolás de Pisa (1207-1280) el primero que se ciñó a los modales de la antiguedad clásica, siendo continuado por Guido de Sierra, Ducio de Buonisezna, Cimabue y Giotto. Empero la Edad de Oro del Renacimiento duró apenas medio siglo (1470-1520): comienza con Leonardo de Vinci y la clausura la muerte de Rafael.

Por otra parte, aun concediendo que sea largo el período de preparación es evidente que éstas transformaciones se operan en forma de eclosión revolucionaria. Ciertos pensadores hablan con escepticismo de los lentísimos cambios de la humanidad. Los miden por la breve duración de la vida individual, en lugar de medirlos, como corresponde, por la *vida de la especie.*

Robustece nuestra tesis la circunstancia jamás desmentida, de que en la hora de las grandes transformaciones, en los instantes de supremo esplendor de los pueblos, en los momentos en que la historia dibuja una rápida curva ascencional el genio aparece no ya como una estrella aislada, antes bien a modo de constelación, como para denotar la profundidad del cambio, o hablando en lenguaje biológico, la intensidad de la mutación. Recuérdese el siglo de Pericles en la Grecia inmortal: Sócrates, Platón, Aristóteles, Fidias, Apeles, Praxíteles, Eurípides, Sofocles, Esquilo, etc. ¡parece increíble que tantos astros hallan brillado en la misma hora sobre el mismo firmamento diáfano! El Renacimiento con Leonardo de Vinci, Miguel Angel, Rafael, Donatello y veinte más. Los genios del siglo de oro de Holanda, España, Inglaterra y Francia, la hora inaugural de la Edad moderna, la Reforma, los enciclopedistas y los filósofos franceses del siglo XVIII, precursores de una nueva edad.

Si el genio aparece en constelaciones es porque existen difundidas en el ambiente las condiciones que permiten su fecundación. La obra del genio es una obra de colaboración. El pueblo aporta la generosa materia inflamable, pronta a incendiarse al contacto de la chispa sublime que el genio lleva consigo como por un mandato de la especie.

En esos momentos el pueblo parece estar en su apogeo biológico, en el summun de su vitalidad. Todo está preparado: el genio introduce la mutación y si ésta es favorable se propaga a toda la especie. Concluímos, entonces, que el genio, biológicamente considerado, es una variación brusca de la especie, gracias a la cual ésta incorpora una nueva noción, una nueva for-

ma de ver las cosas, un nuevo concepto, un nuevo hábito, una nueva costumbre, una nueva relación social ,una nueva belleza, hasta un nuevo sentimiento o un nuevo matiz de sentimiento: mutaciones que obran fuerte y casi exclusivamente sobre la mente y son acompañadas de profundos cambios en las relaciones materiales y sociales entre los hombres. En otros términos: la *mutación social* es correlativa de la *mutación psíquica* (biológica) y ambos son determinados por los mismos antecedentes económicos, sociales y mentales.

*
* *

Algunas investigaciones recientes ponen en duda que los casos de variación brusca observados por de Vries y sus discípulos, expliquen la evolución progresiva de las especies. Los experimentos sobre los cuales se funda el sabio holandés son de orden patológico, vale decir, de índole regresiva. Darían la clave de cómo degeneran o involucionan ciertas especies, no de cómo adelantan y perfeccionan. De sus cuadros quedaría descartada la evolución normal. En el momento de escribir las presentes líneas (1926), que no figuraban ni podían figurar en la anterior edición, la hipótesis esbozada está sometida al debate de los especialistas y es objeto de nuevas verificaciones experimentales.

Con todo, fuera muy prematuro dar por muerta la concepción de de Vries, en el terreno estricto de las ciencias naturales. Restaría siempre por saber si lo que no hace por el momento, armado de bella audacia, el sabio en el laboratorio, no lo hace la Naturaleza, con sus recursos infinitos y la mediación del supremo regulador, el soberano Tiempo. Verdad es que la hipótesis mutacionista carecería, así, de lo que la tornaba formidable: su basamento experimental. Continúan intactos, sin embargo, los otros dos soportes de la misma o sea, el argumento palentológico y el que se refiere a la edad del revuelto planeta que habitamos.

Debemos dejar expresa constancia que al extender a la especie humana la concepción del naturalista holandés, no pretendemos establecer una relación de identidad, puesto que sentamos ya, que el hombre no está sometido a las mismas leyes que rigen a las restantes especies, toda vez que se adapta a un medio propio en permanente cambio: el medio social, sobre el que reobra, modificándolo continuamente, en mayor o menor escala. De suerte, que cualquiera sea el porvenir deparado a la concepción mutacionista en ciencias naturales, no dejaría de interpretar de la mejor manera la evolución de la humanidad. La Naturaleza hará o no saltos, (y nos inclinamos más bien por la afirmativa), pero la Sociedad los hace. Desde un punto de vista razonado y previsor, quizás fuera preferible a las variaciones bruscas un desarrollo metódico y progresivo, orgánico por así decirlo, de las sociedades, a modo de cómo crece y toma cuerpo un vegetal o un animal. Es lo que no ha sucedido hasta ahora, atendiendo a las lecciones, harto amargas, de la historia.

Corresponderá a los hombres de venideras centurias el llegar a manejar con plena sabiduría las fuerzas históricas y a orientarlas sin saltos ni sobresaltos, con toda regularidad. La realización de tan espléndido ideal exige, como tarea previa, remover y aventar para siempre el sedimento de barbarie que la humanidad lleva en su fondo. Mientras no ocurra tal cosa la variación brusca constituirá su forma típica de evolucionar, y nada habría de observarse si revistiera, en todo instante, formas incruentas y superiores. Hasta ahora los acontecimientos se encadenan, por desgracia, de otro modo. Todo período de evolución en apariencia regular se extiende a manera de un paréntesis entre dos catástrofes. La humanidad no siempre, sino en el mejor de los casos, se remoza en ellas. Pero ¡a costa de cuántos dolores, de qué inauditos sufrimientos y horrorosas injusticias!

III. — LA HERENCLA Y EL GENIO.

Pocos problemas tan capitales en biología como el de la he-

rencia. De su solución depende que se suministre un fundamento objetivo, racional y científico, al optimismo o al pesimismo acerca del porvenir del género humano.

Si el poder de la herencia — singularmente de la herencia patológica — es superior al del medio ambiente y la educación, — en el amplio sentido del vocablo — si la influencia corrosiva y nefasta de las degeneraciones acrece de generación en generación, por obra de la herencia, se impone la desoladora inferencia fatalista: somos pobres ilusos gobernados por millones de muertos, revivientes en nuestra sangre. En el caso contrario, y dentro de las características y oportunidades propias de nuestro ambiente social, somos los artífices de nuestra personalidad intelectual y moral, los constructores inteligentes de nuestro porvenir.

El primer concepto es antiquísimo. Fué expresado con claridad por los filósofos y legisladores de la India. Aparece también, entre los hebreos. En Grecia el *fatum*, el soplo trágico que implacablemente impulsa a los grandes héroes de su espléndida mitología, es un trasunto poetizado de la fatalidad inherente a la ley hereditaria.

Acaso, sea este concepto, el más difundido entre los sabios, quienes le han dado basamento cienttífico. Aparece en la obra clásica de Lucas (1). Morel lo recogió. El cauce fué ensanchado por sus continuadores.

"La herencia desempeña en la especie próximamente el papel de la memoria en el individuo": (2) esta fórmula compendia la alta significación de la herencia.

Lo debatido con ardor son dos cosas: primero, la fuerza de la herencia — en especial de la patológica; segundo, la transmisión de los caracteres adquiridos.

Sobre el primer tópico escribe Ribot:

"Lo que distingue a la herencia es su carácter ma-

---

(1) Lucas: "Traité phisiologique et philosophique de l'herédité naturelle dans les états de santé et maladie du sisteme nerveux". 2 vols. París, 1847-1850.

(2) Ribot: "La herencia psicológica". Trad. cast. II, 281.

ravillosamente tenaz. Su ley, esto es, la "transmisión absoluta", lucha sin tregua ni descanso contra todos los obstáculos que tienden a debilitarla o destruirla, perdiendo en su camino muchas fuerzas, disipándose, por decirlo así, hasta hacer creer que no existe. Y no obstante, cuando vemos reaparecer los mismos caracteres, algunas veces después de cien generaciones, nada hay que nos obligue más a reflexionar. Se puede decir que la herencia cumple a su manera el axioma de "nada se pierde". Con su carácter de solidaridad invencible, de persistencia obstinada, nos parece como uno de esos numerosos lazos inflexibles con que la naturaleza todopoderosa nos aprisiona en la necesidad" (id., p. 191).

Infiérese que la influencia de la educación es bien limitada: sólo se ejerce sobre "esas naturalezas medianas que no siendo ni buenas ni malas son un poco como las hace la casualidad (id., p. 304).

Se está muy lejos de haber demostrado que el poder de la herencia sea tan incontrarrestable y tiránico. Los hechos atestiguan — lo veremos en otro capítulo — que su influjo es menos acusado y que la forma de herencia más temible — la morbosa — se anula por sí sola, en el transcurso de pocas generaciones.

Tampoco está probado que el genio sea un simple fenómeno de interferencia biológica como se sostiene (1).

Bibliotecas enteras se han escrito sobre la herencia de los caracteres adquiridos. Las hipótesis de la *pangénesis* de Darwin, la *estirpe* de Galton, el *plasma germinativo* de Moriz Nuszbaum y Weissmann, el *idioplasma* de Naegeli y, bajo cierta faz las mismas reglas de Mendel presentan cierto aire de parentesco, aunque no han sido coordinadas entre sí, y como juiciosamente se observa (2), será preciso que algún biólogo eximio realice esta importante tarea y las acuerde con las modernas teorías de la evolución, para ofrecer un conjunto armónico y coherente.

Las teorías de Galton, Nuszbaum, Weismann y Naegeli postulan la intransimisibilidad de los caracteres adquiridos. Frente

---

(1) Hallervorden: "Studien ueber biologische Interferenz und Erblichkeit". (Virchow's Archiv Für path. etc., 1896).

(2) David Berry Hart: "Phases of evolution and heredity". Londres, 1910.

a ellas se levanta la hipótesis neolamarckiana que la afirma. No es del caso exponerlas.

Interesante posición la de Galton. Escribió una obra, *El genio hereditario*, y creía que las cualidades de los grandes hombres provienen de la herencia (*a man's natural abilities are derived by inheritance*). Luego, rectificándose, al profundizar el problema de la herencia, niega que las células sexuales estén sometidas a la influencia del organismo o si lo están esta acción es tan débil que "las modificaciones adquiridas *apenas son hereditarias en el verdadero sentido del término*", (1) porque la parte desenvuelta de la *estirpe* — esto es del huevo fecundado — siempre se mantiene estéril y sólo la intromisión esporádica de elementos extraños en los tejidos vivos permite *por una o dos generaciones* la transmisión de ciertas afecciones. Esta actitud de Galton es significativa y por eso la citamos.

De todas las hipótesis neodarwinianas la de Weissmann se apoya en una experiencia más extensa. Siguiendo a Nuszbaum, distingue las *células germinativas* o *sexuales* de las *somáticas*. El *plasma germinativo* atraviesa sin mezclarse y conservando intactos los caracteres biológicos de la especie todo el período del desenvolvimiento somático. Transmítese invariable: constituye algo así como el legado intangible y eterno de la especie. Más tarde admitió — a título excepcional, cierto es — las variaciones adquiridas, siempre que obren con gran intensidad y a un mismo tiempo sobre el soma y el germen (3). Leve concesión muy oportuna y necesaria a la hipótesis opuesta.

---

(1) Galtón: "Theorie de l'heredité". "Revue Scientifique", 1876, ps. 204 y sig. "Les lois tipiques de l'Heredité". "Revue Scientifique". 1877, ps. 385 y sig. Ver también: Galtón: "English men of Science". Londres, 1874.

(2) Weissmann: "Essais sur l'heredité". Trad. franc., por Henry de Varigny, 1877.

(3) Weismann: "Vortrage über Descendenztheorie". Jena, 1902. Capítulos XXV y XXVI. En los "Essais sur l'heredité". Trad. franc. de Varigny, París, 1887, p. 168, se lee esta declaración categórica: "Estoy muy lejos de sostener que el plasma germinativo que en mi

A su vez, los neolamarckianos no reconocen que Weissmann haya dado el golpe de gracia a la transmisibilidad de los caracteres adquiridos, pero admiten que ha puesto en descubierto la extrema fragilidad de los argumentos aducidos en su favor.

En efecto, la experiencia reputada ordinariamente como abrumadora para la teoría weissmaniana, la de Brown-Sequard, consiste no en la transmisión de un carácter normal adquirido, sino de una mutilación en el cobayo, que sobre ser excepcional, no puede durar muchas generaciones, vale decir, que no se trata de un carácter definitivamente incorporado a la descendencia. Por otra parte, miles de mutilaciones no se transmiten.

Weissmann ha enumerado una masa aplastante de caracteres adquiridos que no se legan a la descendencia. Naegeli hizo al respecto una experiencia en vasta escala: transplantó al Jardín Botánico de Munich 2.500 plantas de la montaña. Las observó durante trece años. Comprobó que en el transcurso de poco tiempo adquirieron por completo los caracteres de las plantas de la llanura. Este ejemplo, tras de abonar la tesis de la intransmisibilidad, destaca cuán artificioso es oponer la herencia a la variación, según se estila comúnmente. No son dos procesos antagónicos. Son dos faces del mismo proceso (1).

Sin extendernos en una discusión que ya es clásica digamos que la transmisión de los caracteres individualmente adquiridos es un fenómeno raro y excepcional que se produce tan sólo cuando la variación se ejercita de manera intensa y persistente sobre el gérmen y sobre el soma. Un carácter se hereda e inscribe toda vez que condicione el desenvolvimiento de la especie y sea indis-

---

teoría, pasa de una generación a otra como el agente de la herencia, "sea absolutamente inmutable o insensible a las influencias provenientes del organismo", en el cual reviste la forma de células germinativas. He admitido, más bien, que "una influencia de los organismos sobre sus células germinativas, influencia capaz de modificarlas, es posible y, asimismo, hasta cierto grado, inevitable".

(1) Ver Thompson: "Heredity". Londres, 1908. Weissmaniano decidido este autor, ilustra con valiosos argumentos la hipótesis de la intransmisibilidad.

pensable a su evolución, lo que ocurre en circunstancias extraordinarias.

¿Cuál será el mecanismo de estas transmisiones? El estudio de las secreciones internas conduce a preguntar "si ciertas condiciones que no han sido realizadas hasta el presente en las experiencias no modifican la sustancia germinal directamente o las correlaciones entre las partes del soma e indirectamente, por ella, la sustancia germinativa" (1).

Según una concepción novedosa (2), las glándulas de secreción interna, cuyas *hormonas* son tan activas a dosis infinitesimales, vendrían como a materializar las *gémulas* de Darwin en la teoría de la pangénesis, y por su intermedio, el *soma* influiría sobre el gérmen y transmitiría los caracteres adquiridos. Hipótesis que puede ser legítima, a condición de conceder expresamente — para amoldarse a la realidad de los hechos verificados — que esa acción hormónica obraría, poderosa, y en circunstancias excepcionales sobre el gérmen concordando, así, con la rareza de la transmisión.

*
* *

Algunos ejemplos prácticos constituyen las razones de mayor consistencia invocadas a favor de la herencia del talento y del genio. El caso citado con mayor frecuencia como decisivo es el de la familia Bach. Durante doscientos cincuenta años (1550-1800) produjo músicos sin solución de continuidad. Llegaron a ser eminentes veinte y nueve.

Otro ejemplo es el talento pictórico en la familia Vernet. Culminó con Horacio Vernet, esa "mano tan pronta, tan fina,

---

(1) M. M. Caullery: "L'état présent du probleme de l'évolution". "Revue Scientifique", 1916, p. 425. Lección inaugural en la Universidad de Harvard.

(2) Cattaneo: "Gli armoni e l'eredita dei caratteri acquisiti". ("Annuario Univers.". Génova, 1914, ps. 14 y sig).

delgada, larga, elegante, que nació con todas las aptitudes, toda formada, toda diseñada para pintar como las patas del caballo árabe para correr", según Saint Beuve.

Otro es el asunto. Por eminentes que hayan sido los Bach ¿de quién heredó su genio Sebastián Bach? Por ilustres que hayan sido los Vernet ¿quién legó el genio a Horacio Vernet? Y a su turno, ¿a quienes se transmitieron los genios de Sebastián Bach y de Horacio Vernet? ¿De quienes heredaron el suyo Leonardo de Vinci, Miguel Angel, Beethoven, Newton, Lavoisier, y cien más? El padre de Copérnico fué panadero, el de Kant sillero, Diderot descendía de una vieja familia de cuchilleros, el padre de Claudio Bernard fué viñatero, curtidor el de Pasteur. ¿Heredaron de ellos el genio?

Actualmente podemos decir que asistimos en dos casos al cruzamiento de familias que acaban de producir sendos genios. En Noruega las familias de dos insignes dramaturgos, Ibsen y Bjoersen, se han enlazado y en Francia un joven lleva en sus venas, por su bisabuelo, sangre de Ernesto Renan y, por su abuelo, sangre de Anatole France. ¿Qué ha recibido ese joven de tan egregio abolengo intelectual? ¿La alta mentalidad? ¿La curiosidad universal? ¿El estilo incomparable? Hasta ahora sólo se le conoce una entusiasta inclinación por los deportes...

Los escritores que aceptan la efectividad de la herencia del talento y del genio, dicen, más bien, que se transmite por vía materna. Afirmación igualmente harta dudosa. Cierto es que las madres de Bacon, Leibnitz, Buffon, Goethe, Schopenhauer Berthelot, Sarmiento y Ameghino, pongamos por caso, fueron notables. Pero no menos cierto es que muchos otros no aluden para nada a la ascendencia materna. Darwin, por ejemplo, sólo habla con admiración de su padre y abuelo y Spencer de su padre, como si la vía materna hubiera carecido de importancia.

El padre de Rafael fué un pintor mediocre y el de Tasso un poeta mediocre. Seguramente no heredaron de ellos el genio. El

---

(1) Fetis: "Histoire générale de la musique". París, 1869-76.

hijo del Greco fué un arquitecto sin relieve: no continuó a su padre; lo continuó Velásquez (1). Arreat encuentra en un bello estudio sobre trescientos pintores, doscientos que descendían de pintores o artistas. Pero reconoce que "la continuidad profesional no prueba nada acerca de la herencia psicológica: *se hereda el oficio y no el genio* (2). *"La pintura no se puede transmitir por herencia como los bienes naturales"*, decía Leonardo.

Nosotros afirmaríamos que no se hereda ni el oficio. Sería singular, en verdad, que se heredara el oficio y no la aptitud en él demostrada por los progenitores.

Durante la Edad Media imperaron las famosas corporaciones cerradas, con sus reglamentaciones minuciosas y asfixiantes. Los hijos cultivaban invariablemente el mismo oficio de sus padres. Las artes no estaban industrializadas. Por consiguiente, era más amplio el margen reservado al artesano para el desarrollo de sus aptitudes estéticas. En efecto algunas construcciones atestiguan cualidades artísticas en los modestos obreros que intervinieron en su levantamiento. Pero no se conocen talentos muy superiores o genios que aquella costumbre haya especialmente favorecido, como cabría esperar admitiendo la teoría del talento y del genio hereditario. El oficio no se lega a la descendencia. El oficio se aprende. Si se adunan la vocación ingénita y el medio propicio brota el talento y resplandece el genio.

Alfonso de Candolle y Odin realizaron dos amplios estudios que corroboran la tesis que sustentamos.

El primero analiza con especial competencia y con precisión de naturalista insigne la herencia en las familias de los sabios. Para comunicar mayor rigor a su indagación y seleccionar sabios de mérito indiscutible se circunscribe al examen de las familias en las cuales padres e hijos hayan formado parte de dos o más academias científicas extranjeras. Apenas encuentra cuatro: los Bernouilli, los Euler, los Herschel y los de Candolle.

---

(1) Ver Cossio: "El Greco". Madrid, 1908, ps. 512-18 y 533.
(2) Arreat: "Psychologie du Peintre". París, 1892, p. 16.

Aunque no hayan pertenecido a academias extranjeras puede agregarse el caso de los Darwin. Al través de cuatro generaciones ha dado hombres notables: Erasmo, el abuelo del gran naturalista, poeta y filósofo. En su *zootomía* vislumbra la teoría de Carlos. "Tenía un profundo desprecio por la debilidad y los prejuicios de toda clase y fué muy superior a su tiempo por la amplitud de sus vistas y la independencia de sus opiniones. El siglo XVIII prudente y seco, lo consideró como un hombre de talento singular, pero de opiniones notablemente excéntricas y dañosas" (1). El padre de Darwin parece también haber poseído talento y en cuanto a sus hijos son ya conocidos en la ciencia. Además tuvo un hermano llamado Erasmo como el abuelo, de un talento muy agudo. Carlyle, con evidente exageración, lo prefería al genio del famoso naturalista.

¿Concluiremos, por eso, que el talento y el genio se heredan? Tendríamos que admitir, en caso de pronunciarnos por la afirmativa, que el talento y el genio conservan su fuerza en la descendencia — lo que no ocurre ni en el caso de los Darwin — con el de los Bach el ejemplo más llamativo de una familia de grandes aptitudes: entre el abuelo y el padre de Carlos existe respetable distancia, lo mismo que entre el autor del *Origen de las especies* y sus hijos, sin embargo ilustres.

Estos casos — meras excepciones — se explican por la sugestión del ejemplo de los padres aunada a la vocación espontánea e ingénita de los hijos.

Establece de Candolle que "la trasmisión de los caracteres adquiridos no está probada con el rigor científico deseable". "El método seguido en las ciencias médicas es parecido al que quisiera estudiar las condiciones de la riqueza sobre los individuos, considerando nada más que las personas o las familias ricas" (2). *"La herencia* — concluye — *no dá a los hombres de ciencia facultades especiales o extraordinarias,* sino más bien un

(1) Grant Allen: "Charles Darwin". París, 1886, p. 28.

(2) A. de Candolle: "Histoire des sciences et des savants depuis deux siecles". Ginebra-Basilea, 1885. 2.ª ed., ps. 54-55.

conjunto de cualidades morales e intelectuales aplicables, según las circunstancias y la voluntad de cada individuo, al estudio de la ciencia como a otros objetos serios y positivos" (id., p. 524). En buen romance significa que el talento y el genio no se heredan, ya que "ese conjunto de cualidades morales e intelectuales" no importan "facultades especiales o extraordinarias", propias del talento superior y del genio. Por lo demás, disponen de aquellas "cualidades morales e intelectuales", en mayor o menor grado, todos los hombres adaptados a determinado ambiente social.

En fin, el estudio emprendido por Odín, sin duda el de más aliento y el de mayores alcances científicos, abarca a seis mil familias de hombres de letras de lengua francesa, suma de casos que permite inferir conclusiones legítimas, al contrario del método tan común y tan poco serio, de sentar reglas generales con la observación de veinte o treinta ejemplos.

Y bien: termina que "en la gran mayoría de los casos *es imposible descubrir el menor síntoma de influencia hereditaria*", demostración palmaria de que *"la herencia no puede haber ejercido más que una influencia muy restringida"* (1) (en la génesis de la aptitud literaria).

Siempre en tren de universalizar casos particulares se invoca a Goethe. Se dice que el egregio poeta reconoció expresamente la herencia de sus cualidades mentales. No hay tal. Goethe, en su famoso verso, confiesa haber heredado de su padre la estatura y la conducta seria de la vida (*Vom Vater hab ich die Statur - Des Lebens ernstes Führen*). De su madrecita el carácter alegre y la naturaleza imaginativa — el amor por los cuentos — (*Vom Mütterchen die Frohnatur, — Und Lust zum fabuliren*). Su bisabuelo fué afecto a las hermosas (*Urahnherr war der Schonsten hold*), lo cual reaparece en él de vez en cuando — (*Das spukt so him und wieder*). Su bisabuela gustaba de las alhajas y del oro (*Urahnfrau liebte Schuck und*

(1) Odin: "Genese des grands hommes". París-Lausanne", 1895, volumen I, p. 544.

Gold) y esto sí que hace estremecer todos sus miembros (*Das zuckt wohl durch die Glieder*).

Las facultades heredadas por Goethe corresponden, pues, a lo que de Candolle llama "conjunto de cualidades morales e intelectuales", en ninguna forma, a las *facultades especiales o extraordinarias,* tan maravillosas en el autor de *Fausto,* uno de los dos o tres genios más armoniosos y completos producidos por la humanidad en todos los tiempos.

Si no se heredan caracteres adquiridos muy simples, menos posible es concebir la herencia de cualidades excepcionales: tales el talento superior y el genio. Unicamente se reciben de los ascendientes los caracteres físicos y biológicos de la especie, no los caracteres singulares, individuales. En este sentido encierra una notable verdad la observación de La Bruyére: "no tienen abuelos ni descendientes; forman o constituyen, solos, toda su raza".

IV.—CARACTERES BIOLOGICOS DEL GENIO

La química biológica aclara, en parte, el enigma de la vida, el cual poco a poco, se vá descifrando. El conocimiento de la naturaleza íntima de las albúminas, los coloides, las diastasas y las hormonas arrojará mucha luz sobre el problema intrincado.

El adelanto realizado en la materia infunde fundada confianza. Ultimamente, los trabajos de Fisher acerca de la composición y naturaleza química de la albúmina, sugieren una idea aproximada de las formidables energías que lleva consigo todo ser vivo. Cada molécula de albúmina presenta una complejidad y una riqueza que nadie osaría sospechar: un verdadero mundo químico.

Por otra parte, la física moderna descubre en todo átomo un centro de actividad enorme y en la *energía intraatómica* un depósito potentísimo. ¡Cómo maravillarnos, entonces, de la vitalidad y de las inmensas posibilidades contenidas por el hombre en sus trescientos billones de células y en sus ciento cin-

cuenta trillones de biomoléculas, más numerosas que las estrellas en el firmamento!... Cada una cumple con su tarea en nuestro complejo microcosmos. Nuestro medio interno es riquísimo. Lo componen los *innumerables* de que habla Richet, muchos en cantidades *imponderables,* infinitesimales, cuya distribución — usando una expresión de Pí Suñer — imprime a cada ser *la fisonomía química de la personalidad biológica.* Esta *fisonomía química,* dentro de la unidad fundamental de la especie, presenta sus diferencias de hombre a hombre. Debe ser peculiar en los genios. No creemos, empero, que esta peculiaridad radica en un solo cuerpo. La complejidad de nuestro mundo químico dice de la complejidad de los elementos que intervienen en la caracterización de la "personalidad biológica", y nos preserva del error en que incurrieron los que al simplificar las cosas hasta lo absurdo graduaban la intensidad de la actividad cerebral por la proporción de fósforo contenido en nuestra corteza cerebral. No hay que olvidar que la diferencia esencial entre el cerebro humano y el de los animales reside en el número de elementos que poseen respectivamente. El hombre, de acuerdo a los mejores cálculos, puede realizar diez mil millones de combinaciones corticales. Ningún animal se acerca, ni remotamente a esta cifra. El mono más superior solo alcanza a un millón.

Ello nos pone en guardia, también, contra las teorías que descienden a detalles muy limitados y los erigen en elementos biológicos esenciales del genio. Muchos autores insisten, por ejemplo, en la cuestión de la talla. Tiene importancia indudable en biología. Los trabajos de Rubner e Ives Delage prueban, en efecto, que la energía biológica está en razón inversa a la talla. ¿Deduciremos, por esto, que el genio posee una estatura física pequeña? Sería un apriorismo ridículo.

La estrella napoleónica comenzó a palidecer cuando Napoleón empezó a engrosar. Inmediatamente se dogmatiza: el genio es delgado. Regla tan absoluta como mezquina. Los genios indistintamente fueron altos y bajos, gruesos y delgados, blancos y de color. Tal lo único cierto.

La esencia del problema no finca en estos detalles baladíes; finca en los procesos químicos profundos y sustanciales. El día en que conozcamos perfectamente la composición química de nuestro organismo, habremos llegado a la entraña misma de la cuestión que nos preocupa y tal vez conoceremos, entre otras cosas, el motor íntimo y recóndito de la actividad vital del hombre, desde el genio al idiota.

*

* *

El genio está dotado de una vitalidad prodigiosa. Toda su existencia lo revela. Señalemos, por de pronto, algunas de sus exterioridades más frecuentes.

Vivir es trabajar dicen algunos biólogos. Nada más exacto que para el genio esta definición. Los hombres geniales son trabajadores titánicos. En el trabajo ahogan sus penas, olvidan las miserias del mundo, *se sienten vivir,* cual un poema de honda e inefable belleza. Verdad es que la incurable melancolía de Leopardi *collo studio s'alimenta,* pero no menos verdad es que *senza studio s'acresce.* Tal la capacidad del genio para el trabajo que un sagaz psicólogo inglés atribuye la melancolía de los hombres de genio, al ocio. "El empleo de sus energías los libra de su melancolía. Pero cuando no encuentran nada en que emplearse activamente, cuando no tienen gran cosa que hacer, tienen tendencia a volverse melancólicos" (1).

Aún en los genios que por razones de salud trabajan regularmente pocas horas diarias — como Spencer y Zola — el trabajo realizado sorprende grandemente por su magnitud. La concepción de ese trabajo, su continuidad al través de lustros y la persistente maduración que supone denuncian una capacidad inmensa para la labor intelectual.

La reproducción de las obras de Miguel Angel llena un

(1) Maudsley: "La Pathologie de l'Esprit", trad. franc. París, 1883, p. 263.

catálogo de más de quinientas páginas. Los manuscritos de Leonardo de Vinci — no mencionemos sus telas maravillosas — sobrepasan las siete mil páginas. ¿Qué decir de la fecundidad prodigiosa de Lope de Vega, ese "monstruo de la Naturaleza", o de quienes escriben cien volúmenes, a manera de Balzac, o que como Diderot, alimentan, con torrencial abundancia las más variadas ciencias y artes, tal esa colosal *Enciclopedia,* monumento que eleva tramo a tramo, en principal parte con su esfuerzo, a través de las más crueles vicisitudes, durante treinta años continuos?

Después de cumplir su tarea ciclópea, abeja industriosa que con los jugos de las flores más hermosas brinda a la vida exquisito panal, la miel sabrosa de su espíritu, el hombre superior abandona el mundo con estoica grandeza. "Así como tras de un día bien empleado es grato dormir, la vida bien usada lleva a morir contento" dice Leonardo en un pensamiento hermano de aquel de Marco Aurelio: "el hombre debe vivir conforme a la naturaleza de los días que permanece sobre la tierra, y cuando el momento de la retirada llegue, someterse con dulzura, como una oliva que cae bendiciendo el árbol que la ha producido y dando gracias al ramaje que la ha sustentado".

*
* *

La precocidad es un rasgo muy propio del hombre de genio. Alejandro, Rafael, Pascal, Schubert, Mozart, Chopin, Shelley, Byron, Bichat, murieron antes de cruzar el cabo de los cuarenta años. Miguel Angel, Goethe, Beethoven, Haendel, Victor Hugo, Walter Scott y muchos otros revelaron sus aptitudes en plena adolescencia, o antes. Dickens escribió una tragedia a los diez años. "Linneo ha edificado su sistema sexual de las plantas a los 24 años; Mayer, Joule, Colding y Helmohtz que han descubierto el principio de la conservación de la energía, no tenían 28 años cuando publicaron sus ideas maestras, y se pueden agregar Carnot y Clausius; Vesalio, el reformador de la anatomía, pu-

blica a los 28 años su obra fundamental. Scheele y Berzelius no tenían treinta años cuando hicieron sus principales trabajos. Cuando Ludwig, Brücke, Helmhotz y Du Bois Reymond reformaron la fisiología, a mediados del siglo XIX, tenían 25 años término medio" (1). Humpry Davy hizo a los 28 años el más grande de sus descubrimientos.

Pascal reinventó la geometría a los 13 años, Galileo no tenía veinte años cuando pensó sus grandes descubrimientos. Bacon ideó su *Novum Organum* cuando era estudiante universitario. Watt a los 32, descubrió el vapor y Stephenson a los 33 inventó el ferrocarril. Newton produjo sus dos descubrimientos más sonados a los 21 y 25 años. Comte a los 24 esboza su sistema de filosofía positiva. A los 26 Pasteur, que cuando fué alumno de primeras letras obtuvo apenas la clasificación de "buen ordinario" y en el bachillerato la de *mediocre* en química, sorprende al mundo con un descubrimiento importante. Desdobla el ácido racémico y penetra en el secreto de su composición. Su juventud asombra. Nadie quiere creer en el descubrimiento del ácido tártrico derecho y del izquierdo. Biot, ya septuagenario se dispone con entusiasmo a verificar la experiencia. Cuando comprueba punto por punto la verdad de las aseveraciones pasteurianas, inmenso júbilo le embarga. "Mi querido niño — le dice: — he amado tanto a la ciencia en mi vida que esta me hace palpitar el corazón".

A los 30 Shopenhauer publica su obra capital. Darwin concibe su teoría en el viaje alrededor del mundo hecho a bordo del *Beagle,* siendo joven. En 1881 declara: "en los últimos treinta años no tengo conciencia de ningún cambio" (2). A los siete años Bichat, bajo el cuidado de su padre, médico, disecaba cadáveres de gatos y perros. William Thompson (Lord Kelvin) frecuenta la universidad a los 10 años y muy recientemente el

---

(1) Ostwald: "Les grands hommes", trad. franc. París, 1912, p. 247.

(2) Darwin: "La vie et la correspondance de Charles Darwin". París, 1888, p. 101.

hijo famoso del psicólogo norteamericano Sidis rendía matemáticas a los 12 años, con sorprendente éxito, en la Universidad de Harvard.

Esto no significa que el genio, fatalmente, produzca su obra en plena juventud. Eso sí, casi siempre la concibe prematuramente. Con todo, esta característica no es absoluta. Havelock Ellis encontró precocidad en 292 talentos y genios sobre 1030 que estudiara, 44 no lo fueron y los demás son dudosos (1). Pero aún con las excepciones imprescindibles, forzoso es reconocer que la inmensa mayoría de los genios auténticos fueron precoces.

"Un niño precoz siempre puede ser un futuro genio" escribe Ostwald. Dato que conviene tener muy en cuenta a fin de someter al impúber y al adolescente a un sistema de educación que no corte su vuelo, eventualidad a la que se dijera expresamente amoldados los métodos pedagógicos en boga. El hombre de genio debe sostener una lucha para no ser absorbido por las sórdidas preocupaciones de los filisteos y mantener intacta la frescura de su juventud, prolongándola indefinidamente. ¿Qué es una gran vida? se pregunta Vigny. Y se contesta: un pensamiento de la juventud realizado en la edad madura. Ese pensamiento es, pues, precoz. Y si la juventud no se continúa en la edad madura el ideal corre el riesgo de desvanecerse al frío contacto de la vida práctica y rutinaria.

*

* *

El genio, además de precoz, es *longevo*. Semeja, de esta suerte, a un sol que amanece prematuramente y llega muy tarde a su ocaso. La melancólica reflexión de Menandro: los elegidos de los dioses mueren temprano, se basa en algunos casos singulares. Por fortuna, no es exacta.

Sobre un total de 143 hombres de genio. Lombroso encuen-

---

(1) Havelock-Ellis: "A study of British genius". Londres, 1904.

tra longevidad en 134. Beard fija en 54 años el término medio de la vida del genio (19 más que entre los hombres normales), llegando a 70 entre cien genios modernos.

Según datos de William Thayer, la duración media de la vida en 46 poetas geniales del siglo pasado fué de 66 años; de 66, igualmente, en 39 pintores y escultores, de 62 en 30 músicos, de 65 en 18 filósofos. Arreat comprueba que la vida media de 580 pintores, al través de seis siglos, fué de 62,5 años.

Legrand encuentra que la vida media de 963 hombres de ciencia fué de 68.9 años y de 66,9 entre 2630 hombres de letras. De mil hombres de ciencia, llegaron a los 60 años 780 y pasaron de los 60 doscientos catorce. Sobre mil hombres de letras, 715 alcanzaron los 60 años, 188 los pasaron (1).

En la Academia Francesa, el término medio de la vida de los "inmortales" en el período 1635 - 1838, fué de 68 años y 10 meses. En el Instituto, las investigaciones de Paliquet, arrojan un término medio de 71 años 4 meses para el período 1795-1849, siendo de 72,2 para la Academia de ciencias, 71,4 para las bellas artes y 70,8 entre los literatos.

Por último, cálculos de Odin atestiguan que alcanzan los ochenta años sobre cada mil personas, 29 hombres medios, 262 hombres de letras de talento y 277 hombres de letras de genio. El promedio de la vida de estos últimos, en cinco siglos, es de 66,5 años (2).

Todas estas cifras concordantes demuestran que la longevidad del genio es incontestable.

*

* *

La explicación de este fenómeno de la longevidad en el genio sorprende a Lombroso en una de sus flagrantes contra-

---

(1) Legrand: "La Longevité a travers les ages". París, 1911. Tablas VII y VIII, ps. 300 y 301.

(2) Odin: Ob. cit. Tomo II, tabla V.

dicciones. Hizo de la longevidad un carácter francamente degenerativo: una analogía más del genio con el delincuente. Derivaba la longevidad en ambos de la insensibilidad. Por otra parte, Lombroso tachaba al genio de hiperestésico, con lo cual inutilizaba del todo aquella explicación.

Advertido de ello, sin duda, unos de sus discípulos, propone una hipótesis más coherente. El cerebro — razona — ejerce sobre los órganos de la vida vegetativa y los centros inferiores una función inhibitoria cuya intensidad guarda relación directa con el grado de la actividad y de la potencia mental. Además hay entre los órganos una como compensación; cuando más funciona uno de ellos, disminuyen su actividad los otros. El cerebro, por último, es un órgano sumamente resistente y a mayor trabajo cerebral, mayor descanso del resto del cuerpo; todo permite que "el genio emplee el propio capital nervioso exclusivamente en la función ideativa" (1).

Seductora a primera vista, esta teoría, involucra un error, fácilmente evidenciable, fatal a su subsistencia. No hay función en el hombre medio que el genio no ejercite por igual a veces, con mayor intensidad. A esto añádese una fuente copiosa de gastos energéticos no realizados por el hombre medio: los empleados en alimentar la creación genial. El genio gasta una suma de energías incomparablemente superiores al del hombre medio. Y, sin embargo, vive más que él y conserva su actividad creadora hasta avanzada edad. Por dos o tres genios que cayeron en las puerilidades de la senilidad se cuentan decenas que conservaron intactas sus aptitudes creadoras hasta la vejez. Cervantes terminó su obra maestra — justamente la segunda parte, la más perfecta de la creación inmortal — un año antes de "poner el pie en el estribo". Joven, en su vejez florida fué Sócrates. Goethe a los ochenta años conservaba un alma prodigiosamente ágil y bella como la de un joven de veinte. Y recientemente Anatole France, casi octagenario, ha producido obras lle-

(1) C. Ranzoli: "Archivio di Psich", etc. 1910, ps. 229 y sig.

nas de frescura y de vigor, testimonio de un espíritu admirablemente joven. Era, en puridad, el más joven de los escritores franceses.

*
* *

Profundos estudios permiten sentar que el aumento y diferenciación del protoplasma se opera con mayor lentitud en los longevos (1).

Una conocida teoría atribuye la vejez prematura a una de las tantas desarmonías de la naturaleza. Nuestro intestino grueso, que considera órgano inútil, alberga la más exuberante de las floras microbianas. Medran en él diariamente, según Strasburger, 128.000.000.000.000 microbios. Favorecen, con su propio funesto influjo y la debilidad que determinan, la acción de los glóbulos blancos grandes (*macrófagos*) que destruyen y fagocitan los elementos nobles del organismo (células cerebrales, fibras del corazón, etc.). En esto *esencialmente* radica el mecanismo de la degeneración senil (2). Una variedad de estos macrófagos (los *cromófilos o pigmentófagos*) devoran los pigmentos del cabello y lo emblanquecen.

En apoyo de esta concepción, se aducen distintas razones. Dos son particularmente interesantes: los pueblos que se alimentan de leche ácida — método preconizado — son longevos. Y el ejemplo de los animales sin intestino o con poco intestino. Llaman la atención los pájaros aéreos: viven cincuenta, ochenta y hasta cien años. En cambio los que se adaptan a la vida terrestre y alimentan una crecida flora microbiana viven poco (3).

Se ha demostrado la parcialidad y el error de esta teoría. Aplicada al genio tendríamos que admitir que posee una resis-

---

(1) Minot: "Problemas modernos de biología". Edic. cast., páginas 79 y sig.

(2) Metchnikoff: "Etudes sur la nature humaine. Essai de philosophie optimiste". París, 1904, 2.ª edic., p. 315.

(3) Metchnikoff: "Essais optimistes". París, 1907, ps. 99-105.

tencia muy grande a la infección de los microbios intestinales y a la acción devastadora de los macrófagos.

Esta mayor resistencia ¿qué elementos la determinan? No se vá más allá, como si al hablar de microbios y de macrófagos se llegara a las últimas fronteras de la cuestión. Aquí, precisamente, reside su insuficiencia. Sabemos hoy que la infección debe salvar varias vallas que se oponen a su instalación definitiva en el organismo. Y las dos últimas — acaso las más eficaces — son las glándulas de secreción interna y el sistema nervioso, cuya acción consideraremos en seguida.

V.—EL GENIO ES EL MAS ALTO GRADO DEL EQUILIBRIO ENDOCRINO Y NERVIOSO

Varios factores concurren, en nuestro entender, a explicar la prodigiosa vitalidad del genio. La longevidad es una de sus manifestaciones inequívocas.

El genio pertenece a un pueblo pleno de energía y de salud. Los pueblos decadentes, decrépitos, no producen genios, sino a título excepcional, cual una brasa que continuara encendida entre un informe montón de cenizas. Los pueblos engendran sus genios más genuínos en la hora auspiciosa de su apogeo.

Los hombres de genio provienen casi siempre de una familia antigua y vigorosa. Observa Goethe que "cuando las familias se mantienen cierto tiempo, se puede notar que la Naturaleza termina por producir un individuo que encierra en sí las cualidades de todos sus antecesores y que muestra unidas y completas las disposiciones hasta entonces aisladas o en germen. Hay así pueblos en los cuales todas las cualidades se expresan de una vez, si la felicidad lo quiere, en un individuo. Así vemos aparecer en Luis XIV un rey francés por excelencia y en Voltaire el escritor más francés que se pueda imaginar". Fundado en este hecho, se ha dicho que "una familia que dura mucho tiempo tiene un gran hombre en perspectiva" (1).

---

(1) Joly: "Psychologie des Grands Hommes". París, 1891, 2.ª edición, p. 91.

El genio nace de uniones en las cuales la nota dominante, por lo general, ha sido el amor, cosa mucho más frecuente entre las clases inferiores y medias, de las que provienen la inmensa mayoría de los hombres geniales. A veces — el caso de Leonardo de Vinci es el más ilustre — descienden de uniones ilegítimas, amparadas por el amor. En casos de padres disolutos — el de Beethoven por ejemplo — fueron engendrados en períodos anteriores a la degeneración paterna. Por lo general, vieron la luz cuando estaba en su máximo (1). — La potencialidad celular de los progenitores: 25 a 30 años en la mujer, 30 a 35 en el hombre. En 86 casos de genios y talentos ingleses computados por Havelock Ellis el término medio de la edad de los padres era de 37.1 años y de 31.2 el de las madres.

La potencialidad celular de los padres, esa fiebre de vida que les domina e impulsa, se traduce en una fecundidad superior a la normal, asombrosa con frecuencia. Havelock Ellis encuentra que el promedio de fecundidad en la familia de los talentos y genios fué de 6,5 mientras en las clases medias y altas era de 4.52 (Collins) 4.65 (Galton) 5 (Ansell).

Cervantes tenía seis hermanos. Leonardo de Vinci fué el primogénito de doce. Rembladt el último de seis. Rubens, Mozart y Wagner los postreros de siete. Schubert el tredécimo sobre catorce. Lamarck el último de once. Franklin el último de diez y siete. Jefferson el tercero de diez. Dickens el segundo de ocho. Miguel Angel, Cromwell y Mirabeau fueron el quinto hijo en sus respectivas familias. El abuelo de Diderot engendró veinte y dos hijos, de los cuales sobrevivieron diez y nueve. El padre del gran enciclopedista tuvo cuatro y cuatro a su turno, éste. Napoleón fué el octavo hijo, Darwin el quinto de seis. Kepler y Schuman los primeros de cinco. Kant el cuarto de nueve.

El genio labra en su torno su propio medio — por decir así — con elementos del medio que le rodea. Se abstrae y aparta de los cánones vigentes. Es siempre algo heterodoxo a fin

(1) Ver Louise G. Rovinovitch: "The Journal of Mental Pathology". Nueva York, 1906. N.º 5.

de vivir la propia vida y cimentar su obra. Este poder de abstracción explica que a través de muchos siglos el promedio de la vida genial haya oscilado a alturas casi uniformes. El término medio de los genios de las letras francesas fué, en 1300 de 63.6 años, en 1500 de 66,1, en 1750 de 60.9, en 1775 de 61 y en 1800 de 70; promedio de los cinco siglos: 66.5 años (1).

El genio más que nadie encuentra y *vive* su vocación. No contraría la ley de su naturaleza íntima, profunda. Vive acorde, en estrecha comunión con ella. Diríase que esto centuplica su vitalidad, renueva de modo constante el caudal de sus energías, remoza perpetuamente su personalidad. Encuentra siempre una faz como nueva y renaciente donde otros sólo descubren contornos menguados o exámines. En su labor esas almas — para emplear palabras de Goethe, — comparten la "alegría de los dioses y se asocian a la felicidad de que gozan como fuerzas creadoras". Beethoven, en medio de sus dolores terribles y de su miseria económica, exclama: *Es tan bello vivir mil veces la vida!* Esto no lo hubiera dicho, de seguro, si no encontrara en el arte la fuente de su felicidad, la expresión perfecta de su vocación innata. *Quien no estima la vida no la merece* sentencia Leonardo con inequívoca rotundez.

Todas estas causas influyen y explican, en parte, la vitalidad del genio. Pero estamos firmemente convencidos que la causa principal debe buscarse en el desenvolvimiento notable de los sistemas endocrino y nervioso del hombre genial. Veamos los fundamentos de nuestra teoría.

*

* *

La mayoría de los biólogos modernos cuando definen la vida — definición más difícil de lo que pudiera creerse — la caracterizan sobre todo, por las funciones de asimilación (2).

---

(1) Odin: Obra cit. Tomo II, tabla VI.

(2) Ver Le Dantec: "Theorie Nouvelle de la Vie". París, 1896.

De las siguientes reflexiones de Aristóteles emana cierta fragancia de actualidad. "La nutrición es la vida en lo que ella tiene de más general y de más necesario. Podeis concebir, observar o provocar en ciertas partes vivientes la supresión de los otros atributos de la vida: la inteligencia, la sensibilidad, la voluntad, el movimiento, la secreción, el crecimiento, la multiplicación y la muerte no os aparecerán como la consecuencia necesaria de esta supresión. Pero si la nutrición se detiene, no teneis más vida ni ninguna de las manifestaciones de la vida, pues ella es, en cierta medida, correlativa con la intensidad del movimiento nutritivo".

Y bien: todos los procesos nutritivos en el hombre están íntimamente vinculados al funcionamiento de las glándulas de secreción interna.

Sin despojar al sistema nervioso de la alta jerarquía que se le ha acordado, se reconoce que no obra a manera de un monarca absoluto, sino como un demócrata celoso que unifica y coordina las funciones orgánicas mediante sus vastas y dilatadas ramificaciones y defiende y protege la personalidad contra las agresiones del medio exterior. El mismo, a su vez, está sometido al funcionamiento de todo el organismo. No es aventurado avanzar que la más lejana de las células ejerce sobre su actividad alguna influencia. Numerosas infecciones y afecciones orgánicas terminan en vesanías. Casi todos los alienistas explican ciertas enfermedades mentales agudas por el mal funcionamiento del sistema nutritivo. Un alienista (1) ha observado tras severo análisis, que todos los locos por él examinados padecían, al entrar al asilo, del estómago o de la nutrición general.

Por debajo, pues, del proceso nervioso existe un proceso más profundo e íntimamente relacionado con la actividad orgánica: es el proceso químico, el proceso humoral, cuya correlación corre a cargo de las glándulas de secreción interna. La mo-

(1) H. A. Tomlinson: "The general conditions associated with insanity; their connotations and certain deductions as to their significance". Minnesota, 1906.

dificación de conceptos que al respecto se ha operado la traduce con exactitud este pensamiento de Biedl: "en el pasado toda correlación orgánica era considerada como de naturaleza nerviosa; hoy la correlación nerviosa se considera a base química". Si la base química se encuentra hasta en las correlaciones nerviosas demás está decir que se halla en todos los procesos orgánicos. La respiración, que hace pocos años se explicaba como un proceso puramente mecánico, tiene originariamente por fundamento una raíz química, según lo demuestran recientísimos estudios acerca del modo de actuar del gas carbónico. De suerte que como la erige en doctrina Turró (1) y confirma Pi Suñer el *reflejo trófico, la sensibilidad trófica* sirven de cimiento a todas nuestras actividades orgánicas.

La regulación y recambio de los hidratos de carbono, del calcio, de las albúminas, del gas carbónico, en fin de los principales procesos orgánicos y metabólicos se opera por intermedio del sistema endocrino (2). Las fundamentalísimas funciones que desempeña ese sistema no deben extrañarnos puesto que, como lo vislumbrara Claudio Bernard, cada órgano, cada tejido, tiene su secreción interna. El sistema endocrino no es más que una diferenciación y un perfeccionamiento de esa función general: una como emanación funcional de todo el organismo. Así nos explicamos que en pleno cerebro haya dos glándulas de secreción interna — la hipófisis y la epífisis o glándula pineal, asiento del alma en opinión de Descartes. — Y el malogrado histólogo español Achúcarro consideraba a la neuroglia como un aparato endocrino que interviene en las reacciones más altas y exquisitas del sistema nervioso.

La forma como las glándulas de secreción interna relacionan a todo el organismo es sabido: mediante las *hormonas* o

(1) Turró: "Orígenes del conocimiento. El hombre. Barcelona. La base trófica de la inteligencia". Madrid, 1918. Pí Suñer: "La unidad funcional".

(2) Ver W. Falta: "La malattie delle glandole sanguigne". Trad. al ital. del alemán. Milán, 1914, p. 17 y sig.

mensajeros químicos, gráfica expresión que en 1906 introdujeran Bayliss y Starling. Ellas influyen a dosis imponderables sobre los órganos más apartados. Gley añade las *harmazonas,* "sustancias que sirven para la edificación de los tejidos en el curso del desenvolvimiento ontogénico" (1).

Tan necesarios son estos órganos de secreción interna que, según Kocher, un hombre sin tiroides no alcanza a vivir siete años, porque regulan, además del gran proceso nutritivo, el proceso de la desintoxicación. "La supresión del tiroides acarrea una disminución de la resistencia a los tóxicos y a la infección" (2).

La ablación de las glándulas paratiroides, (3) apenas visibles — miden varios milímetros — determina la muerte del animal, víctima de una terrible intoxicación y de violentas convulsiones.

La insuficiencia suprarrenal provoca gran fatiga y postración. La sustancia que segrega, "sustancia morfinizante" según algunos investigadores, obra sobre el cerebro, cansándolo y deprimiéndolo. En su estado normal la glándula neutraliza y destruye la toxina del trabajo muscular.

La alteración de la hipófisis apareja el desarrollo anormal de los sistemas óseos, piloso y adiposo. Los órganos sexuales sufren considerables transtornos. Pueden generar ese estado particular denominado *infantilismo sexual,* amén del infantilismo corporal.

La influencia del sistema endocrino sobre el desenvolvimiento genital es tal considerable que se ha llegado a afirmar en tono categórico que *no hay pubertad sin la intervención de la secreción interna* (4). Algunos trastornos en esta edad suelen

---

(1) Gley: "Les sécrétions internes". París, 1914, p. 54.

(2) Pende: "Endocrinología-Patología e clinica degli organi a secrezione interna". Milán, p. 537 y sig.

(3) Artur Biedl: "Innere Sekretion". Berlín, 1913. Tomo I, ps. 48 y sig. Luciani: "Fisiología".

(4) Parhon et Goldstein: "Les sécretions internes. Pathologie et Phisiologie". París, 1909, p. 33.

provocar la detención del desenvolvimiento psíquico; más a menudo defectos del intelecto, debilidad mental y hasta el cretinismo definido (1).

Por otra parte, "la operaterapia tiroidea y genital provoca un verdadero rejuvenecimiento del organismo". "El retardo de la senilidad fisiológica o de la juventud persistente o prolongada que se observa en ciertos sujetos, depende de la hiperfunción constitucional del tiroides y de la glándula genital" (2). Esto lo intuyó Brown-Séquard. Marañón insiste al respecto en bellas páginas (3). Además es conocida la experiencia realizada por Voronoff en 1913: varias ovejas castradas, obtuvieron cría mediante el ingerto de ovarios de ovejas jóvenes. Más tarde el mismo investigador ha ingertado al hombre la glándula intersticial del mono, experimento repetido después en diferentes países, inclusive en España y, a las horas de corregir este libro, en la Argentina.

En cambio, en el idiota y en el cretino *el hombre planta,* en quienes la glándula se encuentra profundamente alterada, la vida sexual se apaga del todo. Lo mismo acontece con la vida mental. Sobre 200 cretinos no se ha encontrado un tiroides normal (4). En los locos el tiroides presenta un volumen insuficiente y un peso reducido, a veces, hasta la séptima parte (5). Sus alteraciones microscópicas son muy considerables (6). En la epilepsia son igualmente importantes las modificaciones en la anatomía fina (7). A mayor abundamiento, en los adultos de

---

(1) Artur Biedl: "Innere Sekretion". Berlín, 1913. Tomo II, página 256.

(2) Pende: Obra cit., p. 990.

(3) Marañón: "La doctrina de las secreciones internas". 1915. "La Edad crítica", 1919.

(4) Wagner citado por Falta: Ob. cit., p. 182.

(5) Tenchini: "Archivio di Psich". 1916, p. 684.

(6) Ver De la Touche et Dide: "Revue de Psichiatrie". 1904, p. 169.

(7) Henri Claude et A. Schimiergeld: "Comtes rendus et memoire de la société de Biologie". 1908, II, p. 80 y sig.

tiroides enferma, en déficit, se nota "una apatía grave, una gran lentitud en la ideación, en la apercepción, indiferencia e insensibilidad a los estímulos externos, falta de emotividad, tendencia a la inmovilidad y al sueño" (1).

Si a esto agregamos que la esterilidad sigue siendo — como cuando la señalara Morel — el signo más indudable de la degeneración y que la esterilidad existe en las alteraciones profundas del tiroides y que un estado casi equivalente se ha provocado experimentalmente en los animales (2) se confirma plenamente la teoría insinuada por Herman Lundburg (3) según la cual la degeneración sería producto de una honda alteración de las glándulas de secreción interna, que las imposibilita de desempeñar su papel de reguladoras antitóxicas de la nutrición: concepto que entraña una revolución en materia tan controvertida. No sólo la degeneración sino que todo "el atraso mental es función de hipotiroidismo" (4) y hasta "el nervosismo ya sea cerebral, bulbar, simpático, prodúzcase en los niños, en la mujer o en el hombre no es más que un accidente indirecto de hipotiroidismo" (id. p. 187).

En cambio, el exceso de esta secreción provoca "hiperexcitabilidad e hiperestesia psíquica, insomnio, emotividad exagerada, inquietud motora, prontitud en la apercepción, ideación vivaz" (id. p. 511). "El tiroides, dice Pende, es la verdadera glándula de la inteligencia" (id. p. 715).

*

* *

De nuestra parte, vamos más allá, y pensamos que así como

(1) Pende: Ob. cit., p. 511.

(2) Ver Ceni: "Effetti della tireodectonia sul potere di procreazione e sui discendenti. Rivista sperimentale di Freniatria". 1903, ps. 843 y sig.

(3) Herman Lundburg: "Essai d'explication de la nature intime de la dégénerescence. L'Encephale". 1908, ps. 108 y sig.

(4) Según Levi et Rothschild: "Etudes sur la Phisio-pathologie du corps thyroide et de l'hypophyse". París, 1908, p. 87.

el sistema endocrino, en déficit, provoca la degeneración y los fenómenos de la decadencia nerviosa, en su estado normal sirve de base a la inteligencia del hombre medio; pero, susceptible de un funcionamiento superior aún, suministra sólidos cimientos orgánicos al talento ordinario, al talento superior y al genio. Lo que antecede no significa sentar el absurdo de que pensamos con las glándulas de secreción interna, especialmente con el tiroides ,sino que las aptitudes geniales suponen, innegables condiciones biológicas previas. Las dos fundamentales serían: el pleno desarrollo de las glándulas de secreción interna — el tiroides con preferencia — y el amplio desenvolvimiento de la potencia cerebral. Y por lo dicho, esta segunda condición no se cumpliría si no involucrara, necesariamente, la otra. Todo induce a probar que existe una estrecha correspondencia entre el grado de funcionamiento del sistema endocrino y la capacidad intelectual.

Hemos visto que la precocidad y la longevidad están ligadas al funcionamiento de este sistema glandular. Son dos caracteres propios del genio. Destruyen los tóxicos que provocan la fatiga. Y el genio es un trabajador infatigable. En fin, hicimos resaltar que oponen una barrera poderosa a la infección, función altamente desenvuelta en el genio. Creemos en efecto, qu una confirmación brillante de esta teoría nuestra la facilita la comprobación de la pasmosa resistencia que los hombres de genio han presentado a enfermedades crueles, capaces de aniquilar a un organismo ordinario. Ellos no sólo vencieron su insistente asedio sino que llegaron a vivir una edad prolongada. Esa vitalidad, esa capacidad de resistencia, no puede tener otra causa eficiente, — dentro de lo que podemos inferir en el estado actual de nuestros conocimientos en la materia, que el funcionamiento, en grado notable, del sistema endocrino.

Fueron enfermos, entre otros hombres de genio: Newton, Hobbes, Goethe, Beethoven, Voltaire, Schopenhauer, Walt Whitman, Víctor Hugo, Spencer, Darwin, Dickens, Zola. Casi todos ellos llegaron a septuagenarios y octogenarios. Buffon, a des-

pecho de sus 74 cálculos, vivió 81 años. Y Beethoven, que vivió 57 años, fué un arterio-escleroso precoz. Enfermó a los 25 años de otitis esclero-fibrosa, ensordeció a los 40, lo cual tornó aparentemente misántropo y huraño a este genio que era la bondad personificada. Hacia 1826 vuélvese jovial y se siente feliz, sobreponiéndose a sus males. Pero digamos algunas palabras sobre los casos más notables.

Kepler vivió en medio de terribles penurias y de una desesperante miseria. Hijo de un padre aventurero y de una madre que le detesta y aleja del hogar, nació antes de tiempo. Casó en primeras nupcias con una epiléptica que murió loca, viuda de un marido y divorciada de otro. La vida conyugal de Kepler fué un largo suplicio. Casó por segunda vez. De las dos mujeres tuvo doce hijos. Asistió a la desgracia de ver morir a diez de ellos y luego a su madre, a quien a los setenta años estuvieron por quemarla, acusada de brujería. En esas condiciones tuvo fuerzas para vivir cincuenta y nueve años y producir una de las obras astronómicas más importantes. En su fervoroso entusiasmo encontró que los astros se rigen por una profunda armonía universal y se embelesaba oyendo la música que según su generosa imaginación, puebla los espacios siderales.

Newton como Kepler, nació antes de tiempo y nadie creyó que viviría mucho. Muy débil y enfermizo, en la escuela fué de los peores alumnos. Su familia no le exige ningún esfuerzo debido a su mala salud. Después de sus grandes descubrimientos y de editar sus *Principios,* enferma gravemente y enloquece a los 50 años. En 1692 durante quince días contínuos no cierra los ojos. No obstante vive treinta y tres años más. ¡Falleció de 85 años!

Hobbes, de quien tampoco se fomularon muchas esperanzas de vivir, poseyó una salud delicada durante toda su existencia. Vino, también, al mundo antes de tiempo, a causa del terror que provocó en su madre el rumor del próximo arribo de la Armada Invencible. Llevó una vida disipada en su juventud. Luego sobrevivió a fuerza de grandes cuidados. Cayó grave-

mente enfermo a los 51 años. Y, sin embargo, triunfó sobre todos los achaques. ¡Llegó a vivir noventa y dos años!

Voltaire nació casi muerto. Por su estado de raquitismo tardaron ocho meses en anotar su nacimiento. Fué débil toda su vida. A los 26 años padece de cólicos estomacales; de viruela a los treinta. Toma, con este motivo, toda una farmacia. Cansado de remedios franceses encarga a Federico II, píldoras prusianas. Es sumamente delgado, sin carnes: un esqueleto ambulante. Se le caen los dientes. Come poco. Frugal e higiénico, alterna sus labores intelectuales con la jardinería y la horticultura. Esto le sienta mucho. Pasa en cama, donde escribe, diez y seis y diez ocho horas diarias. Como posteriormente ocurrió con Balzac, abusa a más no poder del café. Y este hombre que todos los días parecía fallecer, trabaja con ardor infatigable, lega a la posteridad admirada setenta volúmenes y la última de sus burlas formidables fué vivir ochenta y dos años con un organismo tan endeble.

Goethe, único sobreviviente de cinco hermanos, parecía el más sano y bello de los hombres. Padeció sin embargo, una colección respetable de enfermedades. Mobius (1) las analiza en un libro del cual tomamos los datos siguientes: Goethe vino al mundo al estado de asfixia — como Voltaire. Luego tuvo viruela, rugeola, dolores periódicos en el pecho a consecuencia de una caída de caballo, complicada con hipocondría y humor sombrío. Por entonces es nervioso, constipado, melancólico, celoso, muy excitable. Sufre más tarde una hemorragia bucal abundante, repetida a su vejez y que pone en serio peligro su vida; le postra en cama diez y ocho meses (1768-70). Tiene inclinaciones por la meditación místico-piadosa y las lecturas de alquimia mística. La garganta, a consecuencia de una angina, que-

---

(1) Mobius: "Ueber das Pathologische bei Goethe". Leipzig, 1908. Ver igualmente: K. Resenkranz: "Goethe und seine Werke". A. Mezieres. W. Goethe: "Ses oeuvres expliquées par sa vie". 2. vols. París, 1874. Lewes: "The life and work of Goethe". Goethe: "Memorias".

da inflamada, achaque que el amor por Federica exaspera. Más adelante padece de depresión nerviosa y de celos. Siente disgustos de vivir y acaricia la idea del suicidio. Se suceden accesos de violenta cólera con fases de excitación maníaca. A la sazón atraviesa la edad de sus amores por Margarita, Federica y Lili y compone, bajo este estado psicológico, el *Werther.*

Emprende viaje a la clásica tierra de Italia. Le sienta prodigiosamente a su salud y le inspira amplios deseos de vivir y timbrar su existencia con el sello de una serenidad olímpica, majestuosa. El Goethe adulto es sano fuerte, gallardo. Alumbra en él, como en su juventud, la exaltación pagana del amor y ese hondo y constante apasionamiento por el bello sexo que constituye la tragedia íntima de su compleja personalidad.

A la vejez retornan los achaques. Sufre de influenza, erisipela de la cara y del cuero cabelludo, pericarditis y pleuresía del lado izquierdo, catarro pertinaz con dolores en la región del corazón y amenaza de hidrotórax. En 1829 padece de alteraciones digestivas. La enfermedad de los ojos le impide leer. En 1830 se produce la segunda hemorragia bucal.

Murió de angina al pecho y fiebre catarral. Conservó hasta la hora postrera el ritmo de su febril actividad. Todas estas enfermedades no alteran su semblante, imponente en plena vejez. Así vive ochenta y tres años gloriosos, cada uno de los cuales fué como una nueva primavera, como un perenne reflorecer.

De *Schopenhauer* ya nos hemos ocupado. A pesar de sus múltiples achaques vimos como a la vejez se hizo optimista; vivió setenta y dos años.

El ínclito poeta *Walt Whitman* sufrió un ataque muy serio de parálisis en 1873, que luego se repitió. Vivió veinte más, sin que su inspiración decayera. "Mi espíritu — decía valerosamente en 1882 — se mantiene bastante alto".

Víctor Hugo, según su propia graciosa descripción, fué:

Un enfant sans coeleur, sans regards et sans voix
Si debile, qu'il fut, ainsi qu'une chimére

Abandonné de tous, excepté de sa mére.

En 1818 cayó de una pared y chocó violentamente contra el ángulo de una piedra. Dos años más tarde es mal herido en una pierna, hospedándose en una casa de pensión.

En 1832 el *sumernage* está a punto de hacer presa de su cerebro por exceso de trabajo. Sufre fuego de un "antrax formidable". A pesar de estos accidentes y enfermedades y de sus grandes excesos de mesa, un médico lo examina a los setenta y seis años y exclama: si se os palpara y auscultara en una sala oscura se diría: ¡es el cuerpo de un hombre de cuarenta años! Se extinguió como un semidios a los ochenta y tres años (1).

Pasteur fué en su juventud algo débil. Sus padres siempre le recordaban con cariño que no abusara del estudio, perjudicial a su salud delicada. En octubre de 1868, a los 46 años, sufre un grave accidente: le sobreviene una hemorragia cerebral, se le paraliza un brazo. Francia entera tiembla temiendo su deceso irreparable. Cura a los quince días. La extrema seriedad de la enfermedad, cuyas características particulares desconciertan al mundo médico, no afecta a sus prodigiosas actividades creadoras. Y sigue, durante veinte y siete años continuos, dando a luz descubrimientos extraordinarios. Hasta se asevera que sus aptitudes inventivas experimentaron una como exaltación. ¿Se quiere un caso más patente de victoriosa resistencia del organismo genial a las asechanzas de un mal terrible? Murió en 1895, a los setenta y tres años, víctima de la misma enfermedad que le atacara en 1868 (2).

Cuenta *Spencer* en su *Autobiografía* que desde su juventud padeció del sistema nervioso. Por consejo galénico vivió siempre en el campo. Trabajaba materialmente pocas horas diarias. A pesar de su mal persistente planea en 1860 su *Filosofía Sintética* en diez volúmenes y espera terminarla en veinte años de

(1) Ver: "La Cronique médicale". 1902, p.s. 130 y sig.

(2) Ver: René Vallery Radot: "La vie de Pasteur". Cap. IV, ps. 226 y sig. E. Duclaux-Pasteur: "Histoire d'un esprit". París, 1896.

labor. Tarda, en realidad, treinta y tres (1860-1893). Esfuerzo titánico: el prodigio de Aristóteles repetido en pleno siglo XIX. Voluntad de hierro prosigue su obra aunque de consuno le acosan la enfermedad y la miseria. En 1882 realiza su visita a los Estados Unidos. El viaje le fatiga enormemente. Reduce, por entonces, a cincuenta minutos, interrumpidos por cinco intervalos, la jornada de trabajo. Tantas dificultades no fueron óbice a que viviera ochenta y tres años. Muy viejo sostuvo con Weissmann su célebre polémica sobre la transmisión de los caracteres adquiridos, donde se evidenció que su vigor mental en nada había decaído.

Con Darwin sucedió algo muy parecido. De retorno a su hogar, después de su viaje a bordo del *Beagle,* se retira a Down, donde pasa ocho lustros seguidos, llevando, según su propia calificación, la vida de un ermitaño. Desde ese apartado rincón preside la más estupenda metamorfosis en las concepciones generales de la humanidad. "Durante cuarenta años — escribe su hijo — no tuvo jamás un solo día de salud como los otros hombres: su vida fué un largo combate contra la fatiga y el esfuerzo de la enfermedad" (1).

Darwin habla en distintas cartas, aunque siempre de paso, de sus dolencias. A veces sufría del estómago. En un viaje a Londres vomitó. En ocasiones sus manos tiemblan y las cosas parecen girar en torno a su cabeza. Evidentemente estaba fatigado. El mismo atribuye sus padecimientos a exceso de trabajo (2). Ostenta, empero, un aspecto tal que, según relata, ciertas personas insinúan que simula su enfermedad. Cosa prodigiosa: a los setenta años Alfonso de Candolle le visita en

---

(1) Francisco Darwin: "La vie et la correspondance de Charles Darwin avec un chapitre autobiographique". Traduit de l'anglais par Henri C. de Varigny. París, 1888, p. 173.

(2) "Carta a Fox", p. 614.

Down y le encuentra más vigoroso, más lleno de vida que cuarenta años atrás (1). Murió a los setenta y tres años.

Zola (2) es un caso digno de mención. A los dos años sufrió "fiebre cerebral muy violenta". A los diez y ocho fiebre tifoidea. A los veinte dolores nerviosos, especialmente en los intestinos. De los 20 a los 40 "cólicos nerviosos, asociaciones supersticiosas e ideas mórbidas, contractura del orbicular, tic vesical, espasmo cardíaco, calambres torácicos, falsa angina del pecho, hiperestesia sensorial, algias, ideas obsesionantes e impulsivas, sistema nervioso hiperestésico, emotividad defectuosa". Estuvo en vías de ser un longevo — falleció a los 61 años en las circunstancias trágicas conocidas. — Aun a despecho de tantas enfermedades, sin dejar de ser el novelista genial, el héroe civil, el *momento de la conciencia humana* según la magistral definición de Anatole France.

En cuanto a los hombres de genio que fallecieron en la juventud el mismo hecho que hayan dado cima a una obra considerable constituye un síntoma de vitalidad; aparte de que los más incurrieron en excesos de todo género, que equivale a vivir varias veces la vida. Podemos afirmar que si no poseyeran la resistencia propia del genio las enfermedades que sufrieron les hubieran llevado a la tumba con mayor presteza, impidiéndoles cosechar los excelsos frutos de su labor prematura.

Sin embargo, lo común es la frugalidad. Hasta en una época dada a los desarreglos de todo orden como el Renacimiento los artistas, en su inmensa mayoría, vivieron sobriamente. En el libro de Cennino Connini, breviario de los pintores del siglo XV, se lee este consejo, que casi siempre fué acatado: "tu vida debe estar reglada como si estudiaras teología, filosofía u otra ciencia; comerás y beberás con moderación por lo menos dos

(1) De Candolle: "Notes sur Charles Darwin. "Revue Scientifique". 1882, p. 660.

(2) Toulouse: "Emile Zola". París, 1896.

veces al día, consumiendo pastas ligeras y bien preparadas y vino crudo".

La longevidad en el genio suele traducirse a veces en rasgos de sorprendente juventud. Beethoven y Shopenhauer a la edad madura se hicieron muy joviales. El rostro de Darwin a los setenta años era más sano y fresco que a los treinta. Renán nota acerca de Claudio Bernard que "su cabeza magistral, siempre meditativa, se tornó extremadamente bella a los sesenta años". Al cumplir sesenta años alguien que vió a Humboldt dijo de él: "Encuentro a Humboldt más joven que 10 años atrás. Si sigue así volverá a los 25 años". Vivió cuatro décadas más. El caso más notable fué el de Goethe quien a los setenta y nueve años, según Eckermann, poseía un aire de salud y sus ojos despedían una luz y un vigor que "se diría inflamado por la fuerza de su mejor juventud". Hay algo más extraordinario: el profundo amor que a los setenta y cuatro años sintió por Ulrica de Lewetzow a punto de abrigar el proyecto de desposarla, no obstante interponerse entre ambos medio siglo; ella apenas contaba diez y nueve abriles. El autor de Fausto fué una cumbre perpetuamente lozana de la Vida, "el Dios Pan", como si sobre él ni las enfermedades ni la herrumbre del tiempo hubieran impreso sus huellas.

En fin, el creador de la teoría de las secreciones internas, que ha abierto una vía tan fecunda a la investigación, Brown Séquard, se inyectó a los setenta y dos años emulsiones de testículo de perro y de cobayo sintiéndose "reforzado y rejuvenecido". Aconsejaba a los estudiosos excitarse sexualmente antes de emprender una creación intelectual de aliento (1).

Con maravillosa clarividencia Goethe suministró la explicación de la naturaleza biológica de los hombres de genio cuando le dijo en un coloquio a Eckermann que *tales hombres*

---

(1) Brown Séquard: "Comtes rendus de la Société de Biologie". 1889, ps. 415-419-420-422, y 1891, ps. 265-268.

viven una pubertad repetida, mientras que los otros no son jóvenes más que una sola vez.

He aquí la clave del problema: el genio es, más que una pubertad, una juventud perenne. Comienza a florecer antes que la única y fugaz juventud del hombre medio. Y por lo general, se extingue con la propia vida.

Lo antedicho no significa sostener que siempre el genio vá acompañado de una exuberante potencialidad sexual, aunque ésta sea común no sólo entre los artistas y poetas — ¿quién no conoce la nutrida lista de mujeres que tuvieron relaciones amorosas con Lord Byron, Musset y Poutchkin, por ejemplo? — ¿las revelaciones recientes de Gorki sobre Tolstoy acerca de sus años mozos lo cual no le impidió tener luego trece hijos? ¿Y el canto que Anatole France entona al Deseo "don que embellece los seres y las cosas, que esparce su encanto y su perfume sobre la Naturaleza" — sino, también, frecuente entre los hombres de ciencia. De Bichat se ha dicho que la mitad de su vida la dedicó a los cadáveres y la otra mitad a las mujeres. De Brown Séquard habla con elocuencia la referencia antes transcripta. De un glorioso investigador francés se ha dicho que necesitaba para producir que oyera el murmullo de las sedas femeninas.

Sin embargo, es algo arriesgado generalizar; bien es cierto que hubieron hombres de genio, como Espinosa, que si se mantuvieron castos se debe, acaso en gran parte, a la enfermedad (el eminente filósofo era tuberculoso); en otros, como Kant, esa explicación no es valedera, aunque Kant que llegó a octogenario, fué endeble y enfermizo toda su vida y se mantuvo a fuerza de grandes cuidados. Los más abrigaron fuertes amores. No queremos universalizar la regla: basta decir, para obviar todos los escollos, que el genio es, siempre, *una juventud mental prolongada;* y que esta juventud va acompañada, con frecuencia, de una prolongada juventud física.

Deseamos significar con esto que las hormonas tiroideas obran constantemente, y a ellas se agregan, a menudo, las hor-

monas sexuales. Las primeras son esenciales en el hombre de genio. Dicho esto en un sentido relativo en cuanto todo el sistema endocrino forma una urdimbre inextricable, un conjunto armónico, estrechamente solidario.

En concreto: el sistema endocrino — especialmente la glándula tiroides — provoca, con su funcionamiento en déficit, el cretinismo, la idiotez y la degeneración. En cambio, con su funcionamiento óptimo prolonga la juventud opone una barrera difícil de franquear a los tóxicos e infecciones, defiende al organismo de la fatiga cerebral y muscular, explica la precocidad, la longevidad y la enorme vitalidad del hombre de genio y suministra, junto con el desarrollo elevado del cerebro, la base orgánica indispensable al florecimiento de las aptitudes mentales superiores.

El genio, en suma, constituye una manifestación extraordinaria de potencialidad vital, el más alto grado del equilibrio endocrino y nervioso.

Psicología del Genio

Talento y genio. — La especificidad del genio. — La inspiración en el genio. — La sintesis genial: Factores que la integran: 1o. La sensibilidad. 2o. La pasión. 3o. La imaginación creadora. 4o. La inhibición voluntaria. — A modo de conclusión.

I.—TALENTO Y GENIO.—LA ESPECIFICIDAD DEL GENIO

La palabra *genio*, en su sentido actual, no fué usada por los antiguos romanos. Ellos, como los griegos, reservaban esa denominación para los demonios familiares que según creían, acompañan a cada hombre. En opinión de los filólogos, deriva de la raíz sanscrita *gen*, engendrar. Literalmente genio significa, entonces, engendrar, procrear mentalmente.

En lugar de genio los romanos decían *ingenio*, vocablo que los pueblos latinos utilizaron, en calidad de sinónimo, durante muchos siglos; aparece, por ejemplo, en algunos escritores clásicos españoles. Los franceses solían usar la palabra *sprit*. Los alemanes carecían del término. Lo introdujeron del francés y lo pronuncian en francés.

Los ingleses aplican la palabra no solo al genio propiamente dicho sino al talento superior. ¿Encierra alguna herejía esta actitud?

Depende de las diferencias que se supongan existentes entre genio y talento. Si están separados *cualitativa* y no *cuantitativamnte* — como sostienen Max Bruns en Alemania y Paschal en Francia — no cabe duda que nada tienen que ver entre sí y en ningún caso pueden ser confundidos. Para la inmensa mayoría de los autores esas diferencias estriban en cantidad, exclusivamente. En efecto, no se puede citar un solo elemento, psicológico del genio que no posea el hombre medio. "El gran hombre es un hombre engrandecido en todos sus poderes" — dice Séailles. (1) En realidad en el genio se agrandan ciertas faces y se achican otras del hombre medio sin que falte ninguna.

Actitud interesante la de Mobius. Considera que entre *talento* y *genio* de una misma especie existen diferencias *cuantitativas* y entre *talento* y *talento genio* y *genio* de diversa especie diferencias *cualitativas*. Por ejemplo: entre un dramaturgo de talento y un dramaturgo de genio se acusan diferencias de cantidad; entre un dramaturgo de genio y un matemático o un naturalista de genio, en cambio, se perciben diferencias de *calidad*. De confirmarse esta hipótesis el genio debiera estudiarse según la rama de la actividad a que se aplica. En ningún caso, podría generalizarse la conclusión que se desprenda a las otras especies de genio. Otros pensadores, más absolutistas todavía, afirman, sin demostrar la aserción, que no existe el *genio*, genéricamente hablando, sino *genios* individuales. Todo hombre genial está dotado de rasgos propios personalísimos, inconfundibles con los que caracterizan a cada uno de los demás.

No cabe duda que entre el genio militar de Alejandro o Napoleón, el genio artístico de Fidias o Shaskepeare, el genio filosófico de Aristóteles o Kant y el genio científico de Galileo o Claudio Bernard fácil es hallar grandes diferencias. Tales diferencias, osamos afirmar, no estriban en *calidad* sino en *cantidad*: los mismos elementos psicológicos la integran. Unica-

(1) Séailles: "Essai sur le génie dan l'art". París, 1883, p. 71.

mente se diferencian en el grado, en la intensidad, en *la forma* como se combinan. Más adelante documentaremos esta aserción.

Sabido es que el genio se define como una gran capacidad de creación o de invención, mientras que el talento es la aptitud que, sin crear nada de extraordinario, permite descollar en una ciencia, en un arte, o en una actividad practicada por muchos hombres. Un galeno con buen "ojo clínico", que se destaca entre los médicos, o un ingeniero que sobresale en su profesión, sin inventar nada de grande, tendrán talento. Serían genios si abren o amplían en su ciencia respectiva una nueva vía. "El genio, decía Kant, es el talento de producir aquello acerca de lo cual no puede darse regla determinada y no la habilidad que se puede mostrar haciendo lo que se puede aprender siguiendo una regla" (1). "El talento — discurre Schopenhauer — vé con más justeza que los demás hombres. El genio contempla un mundo distinto que los demás hombres, siendo su vista más profunda, objetiva y precisa en su cerebro" (2).

Patini (3) anota entre talento y genio una distinción particular. Genio sería la facultad de crear, no nuevos medios, sino *nuevas formas* de actividad en la ciencia, en el arte, en la vida social. Talento sería crear solamente *nuevos medios*. Zola por haber creado la novela realista, objetiva, de dirección biológica, sería genial. Balzac, aunque realista, campeón del subjetivismo personal, sería un talento. El ejemplo falla. Balzac, precursor de Zola, fué tan genial, como éste. Se explica que falle. Diez genios pueden ceñirse a la misma *forma* y ser igualmente geniales. ¿Acaso de los escritores y poetas románticos sólo es genial el creador del romanticismo?

---

(1) Kant: "Critique du jugement". Trad. franc., p. 253.

(2) Schopenhauer: "Critique de la philosophie de Kant". Trad. franc., III, p. 188.

(3) Ettore Patini: "La questione del genio e Emilio Zola". Nápoles, 1904.

"El genio, dice Voltaire, es un *gran talento*" aquel talento "en el que entra la invención" (1).

Kant de su parte enseña que "*el talento* de la invención es el *genio*" (2). El filósofo de Koenisberg sostiene que solo hay verdadera invención en el arte, como se vé por las siguientes palabras de su última obra que ratifican un concepto ya emitido en su *Crítica del juicio* (3).

"Inventar y descubrir alguna cosa son operaciones muy diferentes. La cosa que se descubre existe antes de ser descubierta; solamente es desconocida hasta entonces. Tal la América antes de Colón. Lo que se inventa, al contrario, por ejemplo, la pólvora de cañón, es absolutamente desconocida antes del artista que la produjo. La invención y el descubrimiento pueden ser muy meritorios. Se puede encontrar ciertas cosas que no se buscaban absolutamente (como Goldkoch encontró el fósforo) y entonces no hay mérito". "No se da jamás el nombre de genio más que a un artista, por consecuencia, a aquel que conoce y sabe solamente multitud de cosas; no se da nunca a un artista que no hace más que imitar sino al que tiene disposiciones para producir originalmente su mundo y, en fin, a aquel que produciéndolo, puede servir de modelo, de ejemplo (4). Schopenhauer también opina que el genio solo existe en el arte (5).

Esta teoría ha sido defendida recientemente.

"El principio de Arquímides ha existido en todos los tiempos: si Arquímedes no hubiera existido otro autor hubiera hecho el mismo descubrimiento y este descubrimiento acarrearía las mismas teorías y las mismas consecuencias prácticas. El artista es el único creador en el sentido biológico de la palabra, porque él saca de sí mismo su producción a punto que ésta última no existirá jamás fuera de su productor. Si Hamlet no hubiera salido de las entrañas de Shakespeare, ningún Hamlet idéntico al de Shakespeare hubiera jamás visto la luz" (6).

Concepto más absolutista que el del autor de *La crítica de*

---

(1) Voltaire: "Oeuvres completes. Dictionnaire Philosophique". Tomo VII, ps. 635-636.

(2) Kant: "Antrophologie", p. 172.

(3) Ver Kant: "Crítica del juicio", p. 241-43.

(4) Kant: "Anthropologie", ps. 172 y 173.

(5) Schopenhauer: "Le monde comme volonté et comme représentation". Trad. franc., 2.º edi. París, 1893, p. 191.

(6) Antheaume et Dromard: "Poesie et folie". París, 1908, p. 57.

la Razón Pura. Kant dá a la palabra artista un sentido amplio a extremos de citar como ejemplo de tal al inventor de la pólvora. Pero ni, siquiera, en esta forma parece sostenible. Verdad es que el principio de Arquímedes existió antes de Arquímedes y que en lugar de Arquímedes otro sabio lo hubiera descubierto, mientras que Hamlet es hijo del genio de Shakespeare y nadie lo hubiera engendrado fuera de Shakespeare. Pero no es menos cierto que el descubrimiento del principio de Arquímedes reclama una potencia mental privilegiada, como la concepción de Hamlet. Y entraña una creación — en cuanto incorpora al acerbo de la ciencia una noción hasta entonces desconocida — creación objetiva por su índole, pero mentalmente tan valiosa como las grandes creaciones subjetivas.

¿Qué sabio en lugar de Arquímedes podría descubrir el famoso principio? Uno de la talla de Arquímedes. Y los sabios a lo Arquímedes son excepcionales, como los grandes poetas o los grandes pintores. No sin razón se ha observado que para que surgiera un genio equiparable al de Newton se necesitó ciento ochenta años; entonces apareció Darwin.

En el otro extremo se sitúan los que niegan genio a los artistas. Max Nordau apenas si los admite, con reservas, colocándolos en la última categoría de su clasificación. Ya en *Degeneración* escribió: "Después de tres mil años el arte y la poesía no han encontrado formas nuevas de expresión. No hay ninguna modificación en las líneas fundamentales de los diferentes modos de expresión de la emoción humana" (1). Esto revelaría la inferioridad irremediable del arte. Háyanse o no inventado nuevas formas de expresión — y parece inconcuso que se han inventado varias en el curso de los siglos — cada cumbre artística crea nuevas obras y las lanza a circular henchidas por un soplo de inmortalidad. En música Bach, Mozart, Beethoven, Wagner son cuatro mundos diferentes, como lo son

(1) Max Nordau: "Degenerescence". 4.ª ed., 1896. Tomo II, página 539.

en literatura las criaturas creadas por Homero, Esquilo, Shakespeare o Cervantes. ¿Qué alimentan unos y otros la misma emoción fundamental? Pero en cada caso con una tonalidad distinta, en cada caso despertando un eco afectivo e intelectual diverso, poderosamente sugestivo, inconfundible. Cada uno crea en nuestra conciencia un como paisaje espiritual propio. El arte, por otra parte, se renueva de manera constante adaptándose a la nueva sensibilidad de cada centuria, a las nuevas modalidades de cada época.

Renán discutió en cierta ocasión el problema de la superioridad del arte sobre la ciencia o de la ciencia sobre el arte. Artista de prodigioso estilo, sostenía la superioridad de la ciencia sobre el arte. Fe en la ciencia fué la divisa de su vida. "El poeta — escribió alguna vez — sólo debe aspirar a durar una noche en el corazón de los amantes". "Unicamente perdura la idea y el que ha agregado una idea al lote del espíritu puede vivir por ella tanto tiempo como la humanidad". Homero, Virgilio, Horacio ¿sólo han vivido una noche en el corazón de los amantes? "El poeta además de creador de imágenes es evocador de ideas y de sentimientos y *comprende* y penetra en las cosas: placer que es a la vez científico y filosófico". (1) A su vez el período de la creación científica tiene mucho de común con la exaltación del artista. El científico piensa con conceptos y habla al cerebro. El artista piensa con imágenes y habla al corazón. Son dos lenguajes distintos y llenan dos funciones que no se excluyen, sino que armonizan y se complementan de más en más. No creemos en los lúgubres vaticinios formulados por ciertos pensadores acerca de la suerte que el porvenir depara al arte. Antes bien se percibe una marcha de confluencia que de avasallamiento o exterminio del arte por la ciencia. La inteligencia se sensibiliza en la medida que el arte se intelectualiza. La mutua interacción es una garantía de saludable perennidad

(1) Guyau: "Les problemes de l'esthétique contemporaine". 4.° ed. 1897, p. 166.

y de progreso para ambas. En cuanto a la superioridad de uno sobre la otra es un asunto que depende del punto de mira. Psicologicamente, desde el punto de vista de las aptitudes que presuponen, no existe superioridad sino equilibrio, equivalencia. Ahora, desde el punto de vista de la influencia sobre la evolución histórica, parece incontestable la superioridad de la ciencia. Las aplicaciones científicas como el vapor y la electricidad, han determinado una transformación de tal magnitud en las relaciones sociales y en las condiciones de la vida colectiva que no tienen parangón posible con las más grandes revoluciones artísticas. Esto abona la *superioridad social* y la *superioridad utilitaria* de la ciencia, incluyendo el utilitarismo intelectual. Nada tan indispensable a la mente humana, a los fines de su ampliación y sana orientación, que el conocimiento acabado de la estructura y evolución del universo. Y nada dice tanto de la grandeza humana como el pensamiento razonador y abstracto de sus primeros escritores y filósofos. Esto no significa que, aisladamente, con prescindencia de los objetivos de la ciencia y del arte, el científico valga más que el artista. Los inventos de Pasteur pueden ser *más útiles* a la humanidad que las sinfonías de Beethoven o los cuadros de Goya. No por eso Pasteur vale más — tampoco menos — ni es más genial que Beethoven o Goya.

*
* *

Hemos diferenciado al talento del genio. Ambos presuponen la inteligencia, o sea, la aptitud que se exterioriza por *la comprensión* y el *sentido crítico*. En el talento esa comprensión y ese sentido crítico se especializan. Muy desarrollados toman el nombre común de *ingenio,* de agudeza. Y cuando a ellas se alían una excepcional capacidad creadora surge el *genio*.

La actividad creadora existe desarrollada en el talento y hasta en el hombre medio. En las actividades ordinarias, en las

profesiones, en las modas, en las artes, en las ciencias, en el periodismo se gastan enormes cantidades de energías creadoras. Medítese en las cifras crecientes de las invencions de todos los órdenes que anualmente se registran en el mundo. Como la potencia creadora no brota en el genio a impulso de un *fiat lux*, sino que es el resultado de una actividad progresivamente desenvuelta en la escala intlectual, la zona que separa al talento superior del genio es muy difícil de distinguir. No obvia la dificultad la creación del término *talento genial,* propuesto por algunos autores. El *talento genecial,* ocuparía el trámo que vá del talento superior al genio. Según el gusto y las inclinaciones de cada pensador será *talento genial* lo que para otros es *genio* o, simplemente, *talento.* En este sentido solo se salvan de la discusión los genios más vastos. Hay cincuenta o cien grandes figuras en la historia del arte, de la ciencia, de la filosofía y de la política cuya genialidad nadie osa dudar.

Distinciones que tienen mucho de ociosas. Nada cuesta conceder genio a los *talentos geniales,* separados como están, por una diferencia de *grado* y no de *esencia.* La originalidad personal que permite reconocer a cada genio y diferenciarlo de los demás, constituye la *especificidad.* Aquí se tropieza con dos nuevas dificultades. La primera radica en que la *especificidad* parece como agigantarse en ciertas disciplinas según el radio en que se actúe y, a veces, según las consecuencias prácticas de una invención. Como se ha dicho, un invento en mineralogía — radio circunscripto — pasará inadvertido su comparación a otros pertenecientes a radios más amplios. Posiblemente fué más genial el salvaje que inventó sus toscas armas de caza y pesca que el inventor del cañón, el anánimo inventor de la canoa que Fulton o Morse pues éstos contaban con un trabajo acumulado del que no dispusieron aquellos hombres primitivos. Limitan esta dificultad: en primer término, la característica propia del genio, de abarcar grandes zonas del conocimiento. Pasteur se ocupó en cristales; pero no se detuvo en la cristalografía. Abarcó la física, la química, la biología, la veterinaria, la medicina y, a

través de tantas ciencias distintas, asistimos, según su discípulo Duclaux, "al desenvolvimiento lógico y armonioso de un mismo pensamiento". El verdadero genio es universal. En segundo lugar, el genio se mide por la *perdurabilidad*. Pueden los hombres de genio tardar siglos en imponerse: tales Shakespeare y Cervantes. Pero una vez impuestos su recuerdo es indeleble en la memoria de la humanidad.

La segunda dificultad consiste en que todo genio cuenta con precursores. Algunos eruditos se muestran dispuestos a negar genialidad a muchos inventores porque otros sugirieron con anterioridad el mismo invento.

Escribe Helvecio: "Es imposible que un gran hombre no sea anunciado por otro gran hombre. Las obras del genio son semejantes a algunos de esos soberbios monumentos de la antigüedad que ejecutados por nuemerosas generaciones de reyes llevan el nombre de quienes lo acabaron" (1).

Verdad a medias: evidentemente todo genio tiene su precursor y es, a su vez, precursor de otros, lo que no quita que hayan comunicado un impulso considerable a las ciencias o artes que practicaron. En comparación, la obra de sus precursores aparece como un pálido e incierto balbuceo. Copérnico adelantó considerablemente la astronomía a pesar de sus precursores. En las ciencias físicas, en las invenciones mecánicas, en particular, en las cuales el pensamiento de Helvecio encuentra su confirmación más frecuente, es dable observar, y en pleno siglo XIX, inventos que como la máquina a vapor de Watt señalan un progreso de tal magnitud que su modelo fué perfeccionado mucho después a comienzos de la centuria que corre. En el capítulo siguiente volveremos sobre el tema.

II.—LA INSPIRACION EN EL GENIO

Este asunto ha sido muy estudiado por diversos autores. En

---

(1) Helvetius: "Oeuvres completes". París, edic. Didot. 1795. I. "De l'Esprit", ps. 106 y 107.

consecuencia, seremos muy breves. Resumiremos y extractaremos las nociones más firmes.

Está fuera de toda discusión posible que en la inspiración — como en toda la vida — desempeñan un papel inmenso los factores subconscientes. Se explica satisfactoriamente teniendo en cuenta el mecanismo de toda cerebración. Producto de un automatismo psicológico se resuelve, a su vez, en otro automatismo psicológico, por la repetición de las mismas asociaciones.

"Hay hombres que piensan y obran en plena conciencia, que hacen pasar por el estado de conciencia, los hechos más insignificantes, pero que, por lo tanto, están desprovistos de todo talento" (1).

Este mecanismo automático produce la ilusión de una actividad instintiva. El genio pareciera ir directamente a su objeto y orientarse con la misma seguridad que aquel precioso instinto que mueve a los pájaros a construir sus nidos o a emprender el vuelo migratorio. Voltaire, en una carta célebre, escribía a Diderot: "Todo lo que hace el genio es efecto del instinto. Todos los filósofos del mundo reunidos no podrían escribir la *Armida* de Quinault, ni los *Animales enfermos de peste* que La Fontaine compuso sin saber lo que hacía. Corneille escribió la escena de los *Horacios* en la misma forma como un pájaro hace su nido".

¿Qué hacéis — le preguntaron a Lamartine — con vuestra frente entre las dos manos? Yo pienso — contestó — ¡Es singular! *Yo no pienso jamás. Mis ideas piensan por mí"*.

Pero el hábito no es el instinto por más que el instinto es un hábito propio de la especie. Los hábitos a que nos referimos son adquisiciones individuales: nunca se fijan en la especie. Por otra parte, la materia de esta aparente actividad instintiva está en constante transformación.

En fin, la actividad consciente y voluntaria no deja de intervenir, "no abdica sus prerrogativas". El pianista — ejemplo obligado de actividad automática — puede, como se ha dicho, modificar

---

(1) Hirth: "Phisiologie de l'art". Trad. del alemán por Arréat. París, 1892, p. 86.

el juego de sus dedos, acelerarlo, retardarlo,, suprimirlo del todo. "Lo mismo pasa en la solución de un problema mental. Después de una fase de tanteos se pasa sin dificultad al razonamiento. Luego las tendencias se sistematizan. El funcionamiento se hace automático y la adaptación a cada circunstancia nueva se opera inconscientemente, a punto que se olvida corrientemente el sentido de los procedimientos puestos en juego. La operación se torna inconsciente, en razón misma de su perfección".

Añaden más adelante: "Este automatismo no es para la voluntad consciente un automatismo de "defección" como el de un dormido o el de un hipnotizado; es un automatismo de "perfección". En el primero, la dirección de nuestra actividad nos escapa; en el segundo ella continúa, pero esta actividad es tan perfecta que la voluntad consciente no debe intervenir".

"La inspiración se transforma así en el producto de una lógica íntima y, por así decir, preformada, la expresión última de una disposición muy perfeccionada en virtud de la cual ciertos elementos del espíritu van derecho al objeto, sin trabajo de elaboración".

En otros términos, es una prerrogativa del genio llegar de un salto al estado de organización que caracteriza la forma adquirida del automatismo, y esta prerrogativa, que le acerca a la vez al hábito y al instinto, tiene su más alta manifestación en el paroxismo de la inspiración genial" (1).

La inspiración es fruto de un prolongado trabajo previo — de la "larga paciencia" de que hablaba Buffon — y punto de partida, a su vez, de otro trabajo intenso, consciente y reflexivo. El entusiasmo que le domina es, como dice Voltaire, un *entusiasmo razonable*. "¿Cómo el razonamiento puede gobernar al entusiasmo?" pregunta el gran escritor. "Un poeta diseña la disposición de su cuadro; la razón maneja entonces el lápiz. Pero quiere animar sus personajes y comunicarles el carácter de las pasiones; entonces la imaginación se enardece, el entusiasmo obra; *es un corcel que se arrebata en su carrera, pero la carrera está regularmente trazada*" (id. VII, p. 507).

En todo este proceso intervienen elementos afectivos. No hay gran creación sin la intervención de elementos afctivos. (2)

---

(1) Antheaume et Dromard: "Ob. cit., ps. 38-40.

(2) Ver Paulhan: "Psychologie de l'nvention". París, 1901, ps. 28-43. Ribot: "La psychologie des sentiments". París, 1903.

Los elementos afectivos están en la base, diremos así de la creación, pero su cúspide la forman elementos intelectuales. Los elementos afectivos son el calor que ablanda el hierro; los elementos intelectuales el martillo que le dá forma y lo modela definitivamente. *Ogni nostra cognizione principia da sentimenti,* decía Leonardo.

"En la investigación de la verdad — escribe Claudio Bernard — por el método experimental el sentimiento tiene siempre la iniciativa, engendra la idea *a priori,* o la intuición; la razón o el razonamiento desarrolla en seguida la idea y deduce sus lógicas consecuencias. Pero si el sentimiento debe aclararse por las luces de la razón, la razón a su vez debe guiarse por el experimento" (1).

La reflexión dá siempre el último toque a la creación, engendrada en las profundidades hondamente subterráneas de lo Inconsciente. Confirmólo Goethe en una respuesta, muy citada, a Schiller: "Creo que todo lo que el genio ejecuta, lo realiza de una manera inconsciente. Ninguna obra de genio emana de la reflexión; pero *el genio se sirve de la reflexión para elevarse poco a poco a punto de producir obras perfectas*" (2).

Es preciso, pues, tener en cuenta que esas *iluminaciones interiores* de que hablaba Faraday, ese *pequeño golpe de electricidad* de Buffon, esa *revelación súbita* de Claudio Bernard, *ese lampo de genio que decide la victoria* de Napoleón, no surgen sino después de una prolongada elaboración subconsciente. Los inventos — según dijo Newton — se hacen pensando siempre en ellos.

Algunos hombres de genio prescinden de la inspiración. Crean sin arrebatos ni paroxismos. Los inventos no siempre nacen en el cerebro del genio cual una brusca irrupción. Zola producía sus obras ajustado a un método científico. Leonardo de Vinci "prepare en savant les oeuvres qu'il exécute en artiste"

(1) Claudio Bernard: "Introducción a la medicina experimental", p. 73.

(2) Goethe: "Briefwechsel". Tomo IV, p. 257.

(1). No terminaba *La Cena*, durante años, porque no hallaba en los bajos fondos de Borghetto una cabeza de Judas como la que buscaba. En cambio, científicos como Kepler, Pascal y Newton poseían — en opinión de Tyndall — temperamentos de visionarios. Los que significa que la naturaleza de la inspiración y del temperamento son independientes de la finalidad artística o científica.

*
* *

Un sabio italiano divide en cinco estadios el proceso inventivo: 1o. fase de la elaboración subconsciente y de preparación. 2o. crecimiento de la tonalidad psíquica y obnubilación mental. 3o. explosión de la idea genial. 4o detención, debilidad y anemia consecutivas. 5o. repetición periódica del 2o. y 3er. estado y transformación de estos en un extenso período de semi-inspiración (2).

Si alguna exageración encierra este resúmen reside en la importancia acordada al segundo y tercer período.

En realidad en la inspiración, según vimos, hay un proceso afectivo precedido y seguido de una honda roturación intelectual. En la confluencia de los dos estados — el afectivo y el intelectual — brota la chispa imperecedera. En cuanto a este segundo período puede decirse: "sea la invención hecha por evolución, transformación o desviación siempre se trata de "una sistematización que crece más o menos regularmente, una *cristalización* del pensamiento alrededor de un núcleo primitivo, de

(1) Séailles: "Leonard de Vinci. L'artiste et le savant. Essai de biographie psychologique". París, 1892, p. 455.

(2) F. del Greco: "Il Manicomio". 1902, N.º 3.

un pequeño sistema que se vá completando poco a poco" (1).

El genio es en su inspiración amplio. Abarca su mirada a todo el universo. Por eso mismo suele parecer salvaje, desigual, escarpado. No así el talento, siempre idéntico, siempre igual, fruto de la educación sistemática. "El genio, es una piedra bruta; el talento un diamante tallado" (2).

"Le genie — expresaba Helvecio en un precioso pensamiento póstumo — ressemble a ces terres vastes oú il a des endroits peu soignées et peu cultivés; dans une si grande étendue tout ne peut etre peigné. Il n'y a que les petits esprits, qui prenent garde a tout, c'est un petit jardin qu'ils tiennent aisément peigné" (3).

III.—LA SINTESIS GENIAL: FACTORES QUE LA INTEGRAN

La explicación del genio, no finca, evidentemente, en un solo factor. El genio es una combinación complejísima, si las hay. El genio es la paciencia — dicen unos (Buffon), y otros la atención (Helvecio), la sensibilidad (Padovan), la voluntad (Bovio), la razón (Janet). Estas y cincuenta fórmulas más se han expuesto. Pero ningún factor único, exclusivo, unilateral, alcanza a darnos idea del vigoroso dinamismo de la mentalidad genial.

El genio es una síntesis: intervienen en su elaboración todos los elementos psíquicos. Presumimos, sin embargo, que algunos de ellos se destacan por su papel.

Max Nordau cuéntase entre los autores que ven en el genio más de un factor. Para él el genio depende del excepcional desarrollo del juicio y de la voluntad.

Representa gráficamente el cerebro del hombre medio por

---

(1) Paulhan: Ob. cit., p. 156.

(2) Anatole France: "Le Temps", 5 de enero de 1889.

(3) Helvetius: "Oeuvres completes". París, 1818. Tomo III. "Pensée XXI", p. 288.

una pirámide que descansa sobre una gran base de conocimientos sensoriales y remata en un ápice de juicio, mientras el cerebro del genio estaría representado por una pirámide que reposa sobre un vértice formado de un pequeño número de impresiones sensoriales que se ensancha en una amplia base de juicio.

Establece, de acuerdo a esta ingeniosa comparación, cuatro categorías de hombres geniales. En la primera coloca a los genios que poseen un extraordinario desarrollo del juicio y de la voluntad (grandes conquistadores, estadistas, etc.). El segundo lugar lo ocupan "los genios de juicio dotados de un desarrollo de la voluntad, suficientemente bueno aunque no genial" (investigadores, experimentadores, descubridores e inventores). En tercera línea vienen los meros genios de juicio, sin desarrollo correspondiente de la voluntad" (pensadores o filósofos) y, en último término, figuran los genios emocionales (artistas).

Teoría aguda aunque sumamente parcial e incompleta. Max Nordau concibe, al parecer, la voluntad bajo su faz motora. Descuida su aspecto inhibidor. De ahí su admiración por los conquistadores. En realidad en Copérnico, en Kepler, en Beethoven, hay tanta voluntad como en Julio César o en Napoleón. Basta compenetrarse de las condiciones en que dieron cima a sus obras.

Y por añadidura, esa voluntad tomó la más elevada de las formas: la forma inhibidora.

La jerarquización de los genios es muy difícil. Individualmente cada genio es alto en su género. Y son más vastos los que amplían incesantemente el radio de su acción. Algunos — como Leonardo de Vinci y Goethe — fueron prodigiosos: inmensos en la ciencia, inmensos en el arte, inmensos en la vida. De ambos, como de todos los genios poliédricos puede afirmarse lo que se dijo del primero: producen la sensación del Infinito: Hermes y Prometeo.

Por otra parte, no se concibe artistas sin un alto desenvolvimiento mental, sin un juicio agudo, por lo menos, para dis-

cernir los asuntos relacionados con su arte. El infundir vida, a manera de Shakespeare, a cien personajes diferentes, requiere un cerebro alado que los imagine y los dote de pasiones, de sentimientos, de ideas, de fisonomía y de actitudes propias e inconfundibles. Y un cerebro así no se halla por debajo, por cierto, del de un conquistador o un estadista. "Hay poetas un poco locos" escribe graciosamente Voltaire; "sí, pero son malos poetas. Un hombre que no tiene más que dáctilos y espondeos o rima en la cabeza es raramente un hombre de buen sentido, pero Virgilio estaba dotado de una *razón superior*" (id. VIII, p. 139).

Se alega que el secreto del don del artista es *la abundancia de materiales de la inteligencia estética*". Cuanto más abundantes son las provisiones intelectuales del artista, mejor está preparado para someterse a numerosas condiciones de una obra verdaderamente grande" (1).

Algunos autores (2) coinciden en considerar al genio como una *síntesis*. Difieren en la enumeración de los factores que la integran. No cabe duda que esos factores son los mismos que se advierten en la cerebración del hombre medio, pero muy exaltados, guardando relación con la potencia creadora.

¿Cuáles son los principales? Aquí comienza la divergencia.

De nuestra parte nos permitimos opinar que son los cuatro siguientes: fina sensibilidad, fondo pasional, exuberante imaginación creadora y un elemento reflexivo y crítico que pone en juego a su vez un intenso poder de inhibición voluntaria.

Su combinación explica las distintas clases de genio por la forma y el grado en que participan en cada caso. En ninguno faltan: son imprescindibles.

No queremos entrar a analizar si en último término estos factores tienen por base elementos más simples, a los cuales podrían reducirse. No deseamos, por ejemplo, inquirir si, finalmente, todo se reduce a sensibilidad o si, penetrando aún más

(1) Bain: "Le sens et l'intelligence". Traduit par Cazelles. París, 3.ª ed. 1895, p. 485.

(2) Séailles, Joly, Paschal y otros.

allá, — de acuerdo a la teoría de la "psicología objetiva" (1) nuestra actividad mental reposaría esencialmente sobre los *reflejos cerebrales*, concepción que extiende al genio y corrobora — en el casa del genio poético — con el análisis de la obra de Víctor Hugo (2).

A nosotros nos interesa los factores genéricos, primordiales. Para lo cual nos bastan los cuatro citados, aunque comprendan y supongan elementos más simples. Hablemos de ellos.

1.º LA SENSIBILIDAD

Necesita el hombre de genio poseer una sensibilidad fina y exquisita para ser impresionado por el órden de fenómenos que solicita su curiosidad y mantiene vigilante su actividad mental. La sensibilidad del genio es hondamente solicitada en un sentido determinado.

De las infinitas sugestiones que a diario recibimos los hombres del medio que nos circunda algunas, sobre todo, ejercen una influencia acentuada sobre nuestra personalidad. Sentimos inclinación preferente por determinadas ciencias, artes, amigos, periódicos. Insensiblemente contribuyen a formar nuestro juicio porque con ellos nuestra mentalidad trabaja orientada en senderos afines, y nuestra sensibilidad se templa al mismo diapasón y todo nuestro ser vibra al unísono.

Otras ciencias, artes, etc., nos son refractarios o indiferentes. Por decirlo así, estamos inmunizados contra ellos. Son como exóticos e inadaptables a nuestra mente. No alcanzan a conmover nuestra sensibilidad. En vano infiltraremos el pesimismo desolado de Leopardi o el de Schopenhauer a quien se siente optimista y feliz; pero exacerbaríamos la sensibilidad enfermiza

---

(1) Betcherew: "La psychologie objective". París, 1912. Kostyleff: "Le mécanisme cérébral de la pensée". París, 1914.

(2) Ver Kostyleff: Ob. cit. Cap. VII, ps. 208-244.

de todos los Werthers, precipitando el alud. Y recíprocamente, en vano lograríamos teñir de una filosofía rosada a los valetudinarios prematuros o a los pesimistas que llamaríamos, si nos está permitida la expresión, constitucionales u orgánicos.

La sensibilidad evoluciona a través de las especies. Asume en los genios, cumbre conspícua, sus tonalidades más exquisitas e intensas. Manifestación profunda e ingénita de la misma, nada logra desviar al genio del sendero por el cual canaliza sus actividades.

Desempeña un papel decisivo en el artista. La superioridad artística de los griegos se explica por la fineza de su sensibilidad. Tenían "un poder de vibración y de sutileza extraordinarias"; y "en un gesto, la mano levantada, por ejemplo, discernían veinte impresiones cuando nosotros no sentimos más de una" (1). Esa sensibilidad aguda y exquisita crea en el mundo de la Belleza, nuevas bellezas. Cada artista revela un rasgo o un matíz de la Belleza hasta entonces no percibido o discriminado.

"El hombre de genio es aquel en quien el alma más amplia es herida por las sensaciones de todos los seres, interesado por todo lo que hay en la naturaleza, y que no recibe una idea que no despierte un sentimiento: todo lo anima y todo lo conserva" — dice Diderot. Y agrega: "el genio no se reduce a ser emocionado; en el silencio y en la oscuridad del gabinete goza de esta campaña riente y fecunda; es helado por el soplo de los vientos; es quemado por el sol, es espantado por las tempestades. El alma se complace con estas afecciones momentáneas; ellas le suministran un placer que le es precioso; se libra a todo lo que puede aumentarla; quiere por los colores verdaderos, por los rasgos indelebles, dar cuerpo a los fantasmas que son sus obras, que la transportan o la divierten" (2)

Si la sensibilidad, en términos generales, es la puerta que pone en comunicación a los seres vivos con el mundo exterior ¿cómo concebir que en los genios de la ciencia o de la filosofía esta puerta permanezca clausurada o apenas entreabierta? Lo

---

(1) Boutmy: "Le Parthénon et le Génie Grec". 3.ª ed. 1910, p. 25.

(2) Diderot: "Oeuvres completes". Ed. Naigleon. París, 1821. Tomo XV, ps. 501-502.

único que cabe adelantar — y que la experiencia verifica — es que en los genios los estímulos habituales golpean con especial resonancia por la constitución más fina y perfecta de la puerta. Esos estímulos, además, varían en los genios artistas y en los científicos. Ambos tienen la puerta igualmente alta y ancha, pero las puertas son solicitadas por llaves distintas. Miguel Angel es particularmente sensible a la escultura y a la pintura como Pasteur a los problemas biológicos y médicos. Sabido es a qué punto llegó la capacidad de emoción en Newton en ciertos instantes culminantes de su vida intelectual: Kepler, Darwin, Spencer y recientemente el sabio Poincaré, y Ramón y Cajal han confesado experimentar placeres estéticos con sus creaciones mentales. Ramón y Cajal confiesa que en el trabajo de laboratoroi siente una embriaguez deliciosa, "un encanto irresistible". "En él hallaron al fin mis instintos estéticos plena satisfacción". Berthelot "tiene una sensibilidad nerviosa delicada" (1). Claudio Bernard titubeó en su juventud en decidirse por la literatura o la medicina. Pasteur fué un dibujante bastante pasable. Fulton cursó pintura en Inglaterra durante su juventud. Ramón y Cajal, dibujante de nota, deseó ardientemente en sus años mozos dedicarse a la pintura. Pero lo que demuestra acabadamente que las diferencias entre el genio artístico y el científico radican en el grado y en la forma en que se combinan los elementos psicológicos y no en la naturaleza de los mismos, la suministran los dos genios más vastos armoniosos y completos que se conozcan: Leonardo de Vinci y Goethe, artistas incomparables y hombres de ciencia destacados. Leonardo de Vinci era geólogo, paleontólogo, botánico, anatómico, físico, matemático, ingeniero, inventor de aparatos y de máquinas, arquitecto, además del inmortal pintor de la sonrisa indeleble de la Gioconda.

En sus escritos trazados de derecha a izquierda para escapar a posibles persecuciones, fragmentaria, precipitadamente y

---

(1) Notes biologiques sur M. Berthelot: "Revue de Psychiatrie". París, 1901, p. 371.

como dice Duhem (1), bajo la fiebre devoradora de la creación, encierran un altísimo valor. Se ha discutido, la originalidad de su astronomía, pero en paleontología, "se adelantó tres siglos a sus contemporáneos". En zoología y en fisiología explicó, el mecanismo de la locomoción, de la visión, de la generación y el funcionamiento del sistema nervioso, "entreviendo netamente los actos reflejos". Hunter lo considera "el primer y más grande anatómico de su época" y Blumenbach dice que "ha hecho descubrimientos que adelantan en un siglo a su época" (2). En fin, avanzó la teoría del vuelo y empleó años y años en construir un aparato transformado en hermosa realidad cinco siglos más tarde. La física le debe, entre otros, varios progresos en mecánica. Enunció el principio de la inercia, intuyó la unidad de las fuerzas. Con Bacón, Galileo y Descartes es precursor de la filosofía moderna. Tuvo a la experiencia y a la razón por base de todo conocimiento: *La sapienza e figlia dell'esperienza* — escribía.

En Leonardo la pasión por la ciencia no era un capricho. Se sentía más hombre de ciencia que artista. "Todo cuanto ha hecho de grande en pintura, escultura y arquitectura ha sido una concesión a su tiempo, pero una violencia para su carácter" (3). El rey Francisco I quiso revelar al mundo — cuenta Cellini — un gran secreto, a saber que "no creía que hubiera nacido en el mundo otro hombre que supiese tanto como Leonardo, no tanto de escultura, pintura y arquitectura cuanto era grandísimo filósofo".

Este espectáculo único, este revolucionario de la ciencia y de la filosofía fué, también, un revolucionario del arte. Infinitamente sabio, infinitamente artista, infinitamente bueno, amante

---

(1) Duhem: "Etudes sur Leonard de Vinci". París, 1906-1909. 3 tomos. Colección de los escritos de Leonardo de Vinci. Ver igualmente: J. P. Richter-Leonardo. Londres, 1880, 2.ª ed., 2 tomos.

(2) Matías Duval: "Un biologiste du XV siécle. Leonard de Vinci. Revue Scientifique", 1889. 2.º semestre, ps. 713 y sig.

(3) Solmi: "Leonardo". Florencia, 1900, p. 201.

de la vida y de la alegría, de vez en cuando sombrea su rostro una nube melancólica.

Pero "la melancolía de Vinci — dice Séailles — es la de las grandes esperanzas y los vastos pensamientos. Miguel Angel y Rafael son hombres de su tiempo. Entre sus genios y su medio, el equilibrio es perfecto. Son saludados, aclamados, reconocidos. Sus obras son limitadas, proporcionadas a sus fuerzas; tienen la alegría del buen obrero que ve su tarea terminada. Leonardo es el precursor de una edad que no existe aún. Sueña con dar al hombre con la ciencia, puesta al servicio del arte, el imperio del universo. La distancia que lo separa de su sueño, a medida que el tiempo avanza, retrocede sin que, todavía, hayamos terminado de franquearla. Este hombre, que tanto ha vivido entre los hombres, este favorito de príncipes, de grandes damas, de Milán y de Florencia, este maestro apasionadamente amado por sus discípulos, toma la faz de un solitario. ¿No es que lleva consigo la visión de un mundo nuevo, Moisés de una tierra prometida que ha contemplado de lejos, sin entrar en ella?" (1).

Goethe, como el doctor Fausto, poseía una curiosidad inagotable y su cultura era sólida y universal. Entre otras cosas estudió medicina y botánica con Ludwig, anatomía con Lobstein, obstetricia con Ehrmann a cuya clínica acudía, química con Spielmann. Sus vastos conocimientos no obstaban a la profundización de algunos puntos particulares. Un hermoso pensamiento suyo dice que quien profundiza un punto toca el infinito: verdad que se comprueba en los hombres de genio. Prefirió, por creerla más segura, la observación a la experimentación. Conocido es el ahinco con que estudió y formuló su teoría de los colores. Las ciencias naturales le deben varios descubrimientos y teorías. Fué uno de los precursores del evolucionismo de Darwin: enunció la hipótesis acerca del origen foliar de las flores y la teoría vertebral del cráneo. A los ochenta y un años seguía con hondo interés la célebre polémica entre Cuvier y Saint - Hilaire. No se equivocó al escoger el partido del último, casi huérfano de apoyo entonces, y quien a despecho de contar

(1) Séailles: "Leónard de Vinci. L'artiste et le savant. Essai de biographie psychologique". París, 1892, ps. 172 y 173.

con la razón, según demostraron de modo evidente los sabios más tarde, fué aplastado por la autoridad de Cuvier.

El genio artístico y el genio científico no se excluyen y pueden coexistir en esas criaturas excepcionales. Uno y otro presuponen una sensibilidad riquísima, solicitada en forma diversa. Cuando Goethe contemplaba como naturalista y filósofo a las flores su sensibilidad era impresionada de distinta manera que cuando las contemplaba en calidad de poeta: en ambos casos la sensibilidad intervenía exquisitamente.

La sensibilidad fina y sutil mantiene en los genios esa perpetua frescura de los sentidos, esa claridad de las sensaciones e imágenes (y no tan solo en los artistas) — gracias a la cual parecieran asistir como a una nueva creación, a una *re-creación* de la naturaleza y de las cosas. El contorno de los objetos, que a los ojos mortales se gasta rápido, nunca pierde ante la retina del genio su nitidez y su vigor. "Entramos todos al mundo — apunta Gracian — con los ojos del alma cerrados y cuando los abrimos al conocimiento, y a la costumbre de ver las cosas, por maravillosas que sean, no deja lugar a la admiración. Por ello los varones sabios se valieron siempre de la reflexión, *imaginándose llegar de nuevo al mundo,* reparando en sus prodigios, que cada cosa lo es, admirando sus perfecciones y filosofando artificiosamente" (1). Esa operación es tanto obra de la sensibilidad como de la reflexión.

De aquí surge, igualmente ,ese candor sublime, esa exaltación, esa ingenuidad que hace del genio un eterno niño grande, un eterno adolescente. "La ingenuidad es el vestido de honor del genio, como la desnudez lo es de la belleza" (2).

2.° LA PASION

La pasión constituye el númen inspirador del genio. Es la

(1) Gracián: "El criticón", p. 9.
(2) Schopenhauer: "Parerga", etc. Cap. 23.

hornalla perpetuamente encendida que le sostiene, impulsa y presta calor en su marcha accidentada.

Algunos psicólogos consideran que el genio carece de pasiones. Profesan la opinión en boga que antepone la reflexión a la pasión y la consideran su antagonista.

Craso error. La pasión encierra un núcleo de reflexión. Confunden lamentablemente la pasión con la emoción gruesa y el impulso, súbitas tormentas que la pasión desencadena.

Según la exacta comparación de Kant "la emoción obra como el agua que rompe el dique, la pasión como un torrente que ahonda cada vez más su lecho".

En una definición breve decía Helvecio: "el momento en que la pasión se revela más fuerte en nosotros es lo que se llama sentimiento. No se entiende por pasión más que una continuidad de sentimiento de la misma especie" (1).

La pasión "se opone a la emoción por la tiranía y el predominio de un estado intelectual (idea o imágen), por su estabilidad y duración. *La pasión es una emoción prolongada e intelectualizada,* habiendo sufrido por este doble hecho, una metamorfosis necesaria".

La pasión es *obra del pensamiento, de la reflexión aplicada a nuestros instintos y a nuestras tendencias*" (2).

El predominio de un estado intelectual y el carácter de persistencia de la pasión indican por sí solos que desempeñan importante papel en la gestación genial, aureola ardiente que envuelve e ilumina la idea. Por eso es un error decir que la emoción es lo fundamental en el genio. El genio se desenvuelve sobre un fondo afectivo — como toda la psicología humana: pero ese fondo es preponderantemente pasional.

La pasión es el fuego que templa al rojo la voluntad de los genios y enciende su estro creador ya sean activos, como Napoleón, apasionado del poder y de la gloria, artistas como

---

(1) Helvecio: "Ouvres completes". París, 1795. "De L'Esprit". Discurso IV, ps. 138 y 139.

(2) Ribot: "Ensayo sobre las pasiones". Cap. I. Trad. cast.

Miguel Angel o intelectuales como Tycho Brahe, quien transcurrió veinte y un años encerrado en su laboratorio, encantado con la exploración de los astros. ¿Quién lograría abismarse tan profundamente en el estudio sino le inflamara una pasión titánica? Existe una *pasión científica y una pasión artística,* como existe una pasión amorosa y una pasión por el juego. Bajo la displicente frialdad del investigador trabaja el bullicioso hervidero de la pasión, como bajo la costra aparentemente tranquila de la tierra trabajan las agitaciones del volcán.

¡Cuántas pasiones hondas, tenaces, aunque poco transcendentes, se encierran en el silencio augusto de las bibliotecas y de los laboratorios!

Kepler, Copérnico, Claudio Bernard o Pasteur gozaron y sufrieron tanto en ellos como Rafael pintando cuadros, Don Juan Tenorio seduciendo plácidas doncellas, Roosvelt cazando leones, Verlaine alcoholizándose o cualquier avaro acariciando celosamente como a un hijo entrañable, los discos aúreos de su bolsa!

La pasión se extiende a todo lo que está relacionado con la actividad del genio. Véase el ejemplo de Darwin. "Darwin — escribe Guyau — tenía la facultad del entusiasmo que le hacía amar todo lo que observaba, amar la planta, amar el insecto, desde la forma de sus patas hasta las de sus alas, ampliar así los pequeños destellos o el ser ínfimo por medio de una admiración dispuesta siempre a esparcirse. El "amor hacia la ciencia" de que presume se resolvía así en un gusto apasionado por los objetos de la ciencia en la simpatía universal".

"Solo las pasiones y las grandes pasiones — piensa Diderot — pueden elevar el alma a las grandes cosas".

La más frecuente es la pasión de la gloria, blanca e inmaculada desposada ideal del genio. Ella le sostiene en sus rudas batallas, en sus empresas titánicas. Un afán, un soplo de inmortalidad lo alienta. Como Horacio, todo hombre de genio puede decir que lo mejor de él, sus obras, le sobrevivirán.

Los que no creen en la gloria, "última ilusión de las almas

grandes", según Renán, los que la detestan, como Copérnico y Darwin, se sienten sobradamente recompensados con las satisfacciones que les suministra la austera dilucidación de la verdad. Es en ellos la pasión suprema. Sin duda trátase de la más noble de las pasiones; y el que a ella se entrega, sin otra finalidad que los dulces placeres que provoca y el vivo deseo de ser útil a la humanidad, sin aspirar, siquiera a la gloria, valor imponderable y sutil que para el genio es más caro que todo el oro del mundo, llega a la cumbre de la perfección moral, porque se despoja de toda vanidad y hay en su acción, en su carencia de ilusiones, en su labor impersonal y objetiva, llenada sin esperar recompensas ulteriores, la inmortal esencia del más sublime estoicismo.

De todas maneras siempre palpita una pasión. "La pasión, dice Helvecio, es en la moral lo que en la física el movimiento: crea, conserva, anima todo y sin ella todo está muerto: asimismo ella es la que vivifica el mundo moral".

La intensidad de la pasión, que abarca el presente, el pretérito y el porvenir de quien la alimenta, hace pensar a algunos psicólogos que encaja francamente en la patología mental. Argumento explotado por la escuela lombrosiana para robustecer su tesis (1).

Existen apasionados enfermos, no pasiones enfermas. No son enfermos por ser apasionados. Son apasionados por ser enfermos.

La pasión, rodaje esencial en el dinamismo psíquico del genio, es una fuerza sana y vigorosa. En las batallas del intelecto comunica calor de vida al pálido perfil de las ideas. Pródiga potencia que el genio sublimiza, nada tiene en sí de anormal. En los cerebros potentes, lejos de oscurecer las ideas las aclara y les presta prodigiosa robustez.

---

(1) La sostiene Renda: "Le passioni". 1906. Caps. V y VI y la apoyan psicólogos tan autorizados como Ribot.

3.° LA IMAGINACION CREADORA

La imaginación creadora es la madre fecunda de la producción genial. Con el mismo paño imaginativo a que recurren las inteligencias medias cada vez que requieren solucionar las contingencias imprevistas que surgen en la vida, con que el loco teje el manto de sus incoherentes fantasías, el genio, en quien está desenvuelta de extraordinaria manera, planea atrevidamente sus programas de acción, ya sea el cincelamiento de una estatua, el invento de una máquina, la disposición de una batalla, la construcción de un sistema filosófico, la formación de una hipótesis científica, la verificación de un experimento, la instauración de nuevas instituciones o de un nuevo orden social. La imaginación creadora, útil en la vida corriente, es indispensable al genio.

La imaginación creadora invita a profundizar la realidad, es el instrumento indispensable con que se profundiza la realidad. Se equivocan los que confunden las videncias del genio con las frívolas quimeras de los soñadores impotentes. "Los sueños son los equivalentes de las veleidades: los soñadores son los abúlicos de la imaginación creadora" (1).

"La imaginación — en opinión de Leibnitz — imita en su medida y en su pequeño mundo lo que Dios hace en el grande".

Según Voltaire la imaginación es la cualidad principal del genio: lo distingue y hace que se encuentre en él algo de inspirado y de divino. En el hombre de ciencia no es menos fuerte que en el artista. "Había mucho más imaginación en la cabeza de Arquímedes que en la de Homero" (id. t. VII, p. 719).

"El campo propio del genio es el de la imaginación — dice Kant — porque esta facultad es creadora, y como está menos sometida a reglas es más capaz de originalidad" (id. p. 173).

"Un poder extraordinario de imaginación es el correlativo y la condición del genio" — escribe Schopenhauer. "Pero no

(1) Ribot: "Essai sur l'imagination cretrice". Cap. I, 2.

basta", — prosigue. "El hombre ordinario tiene imaginación: es necesario también la contemplación. Para los hombres ordinarios la facultad de conocer es la linterna que aclara el camino, para el hombre de genio es el sol que revela el mundo". (1) Sobre este último punto dice en otra obra: que el genio radica en la *superioridad del entendimiento;* lo que otros intuyen o aperciben él explica y hace claro e inteligible. (2) "La esencia del genio es un exceso anormal de inteligencia, cuyo solo empleo posible es la aplicación al conocimiento de aquello que es general en el ser; él está, por consiguiente, consagrado al servicio de la humanidad entera, como el intelecto normal se consagra exclusivamente al individuo". (id. III, p. 189). El genio, en otros términos, es el artífice del reino majestuoso y eterno de las Ideas.

Tal *superioridad del entendimiento* se resuelve, en definitiva, en una superioridad en la imaginación creadora, porque esta no es más que la capacidad de asociación. El filósofo y el hombre de ciencia asocian conceptos e ideas, a veces series enteras de conceptos e ideas. El artista asocia, preponderantemente. imágenes. Aserción que de ninguna manera implica que en el proceso creador del científico y del filósofo dejen de intervenir los sentimientos, inclusive el estético (notados desde Kepler hasta Poincaré y Ramón y Cajal) y que el artista no hable también a la razón. Los filósofos y hombres de ciencia confiesan que encuentran bella a la ciencia y a la filosofía, y la idolatran. Experimentan profundos goces no sólo intelectuales sino estéticos, como quien contempla un estatua o un cuadro de rara hermosura. A su vez, ¡cuántas intuiciones científicas y filosóficas encierran los grandes poemas y cuántas ideas elevadas y hondas suscita la contemplación de las mejores obras artísticas! ¿No encierran concepciones originales de la vida las producciones

(1) Schopenhauer: "Le monde comme volonté et comme représentation". Trad. franc. de Burdeau. 2.ª ed., 1893, ps. 193 y 194.

(2) Schopenhauer: "Critique de la philosophie de Kant". Trad. franc., I, p. 23.

maestras de Shaskepeare, Cervantes, Dostoievski, Ibsen, Anatole France? ¿No tradujo Dante en su magnífico poema la filosofía de toda una Edad histórica? ¿No se perfila en Goethe, a través de imágines inolvidables, una alta visión del universo y de los hombres? Alguien ha dicho recientemente que las catedrales de la Edad Media son metafísica en piedra. Y hablan a nuestro sentimiento y a nuestro pensamiento, al mismo tiempo, las obras de Miguel Angel y Remblandt, las de Beethoven y Wagner. Pero en el artista el pensamiento se concreta en imágenes mientras que en el científico y en el filósofo las imágenes derivan de preferencia, hacia el campo de las ideas y razonamientos.

El mecanismo es el mismo. El egregio químico Berthelot, que tuvo una imaginación exuberante, habiendo padecido de sueños terroríficos en su niñez y de "sueños muy vivos" en el resto de su vida y en quien "los sueños han ejercitado un gran papel en su vida psíquica", aunque no ha utilizado en sus trabajos las imágenes de los sueños, atestigua este hecho, al confesar "haber observado sobre sí mismo que la *invención científica — toda imaginación como la creación artística* — procede raramente por razonamiento, y mucho más frecuentemente por el *juego de asociaciones inesperadas*. Bruscamente y fuera de los procedimientos normales y lógicos de la reflexión es como le aparecieron sus mejores experiencias" (1).

"La imaginación disciplinada — avanza el sabio Pearson — ha sido la base de todos los grandes descubrimientos científicos. Todos los grandes científicos han sido, en cierto sentido, grandes artistas; el hombre cuya imaginación no puede abarcar los hechos no puede hacer grandes descubrimientos. Si me viera obligado a designar los ingleses que durante nuestra generación han tenido las más amplias concepciones imaginativas y las han aplicado más benéficamente creo que dejaría a los novelistas y a los poetas a un lado y nombraría a Miguel Faraday y Carlos

(1) Notes biologiques sur M. Berthelot: "Revue de Psychiatrie". París, 1901, ps. 369 y 370. Ver también: E. Renán et M. Berthelot: "Correspondance" (1847-1892). París, 1898.

Darwin" (1). El sabio J. B. Dumas encuentra en los escritos de Claudio Bernard "esas fórmulas elegantes y simples en las cuales la *imaginación del poeta* se mezcla al rigor del geometra" (2).

Wundt afirma que la imagen "prepara el funcionamiento lógico puesto que ella anticipa, bajo una configuración concreta, los encadenamientos más generales del pensamiento lógico", razón por la cual hay imaginación en la creación científica. "La significación elevada de la actividad artística consiste en que en ésta las funciones intelectuales se cumplen absolutamente bajo la forma de funcionamiento de la imaginación" (3).

Combinando la naturaleza de la *imaginación* con la de las *aptitudes intelectuales* el ilustre filósofo alemán clasifica *cuatro formas de talento y de genio o talento superior.*

1o. La *imaginación intuitiva* y las *aptitudes inductivas* forman el *talento observador* del naturalista, del experimentador, del psicólogo.

2o. La *imaginación combinadora* y las *aptitudes inductivas* originan el *talento de la invención* propiamente dicho de los técnicos, hombres de ciencia, poetas, etc.

3o. La *imaginación intuitiva* y las *aptitudes deductivas* generan el *talento* de *análisis* del naturalista sistemático y del geómetra.

4o. La *imaginación combinadora* y las *aptitudes deductivas* producen el *talento especulativo* del filósofo y del matemático.

Pero, en el fondo, todas las aptitudes mencionadas dependen de la imaginación. El mismo Wundt no lo desconoce.

En medio de este concierto de voces coincidentes se eleva una, discordante:

Paschal niega resueltamente este papel de la imaginación

---

(1) Pearson: "La gramática de la ciencia". Trad. cast. de Julián Besteiro. Madrid, 1909, ps. 31 y 32.

(2) "L'oeuvre de Claude Bernard". París, 1881.

(3) Wundt: "Eléments de Psychologie Phisiologique". Trad. franc. París, 1886. Tomo II, p. 363.

creadora. Destaca, en su lugar, el de la *polipersonalidad* (1). "No existe imaginación" — escribe. "Asegurar que constituye la facultad dominante del genio es un error". La imaginación creadora consiste en " un cambio de personalidad" (id. p. 197).

Cuando Shaskepeare, Calderón o Balzac dan vida a una multitud de criaturas distintas demuestran poseer una sensibilidad finísima y una aptitud muy grande para asimilarse el alma de los personajes que crean.

El hombre de ciencia, el filósofo, poseen también, tal amplitud de vistas que parece imposible que muchos de ellos hayan dominado y hecho progresar tantas ramas de los conocimientos humanos. Medítese sobre las personalidades vastas, poliédricas, de Bacon, Kant, Leibnitz, Descartes, Comte, Spencer, Lovoisier, Pasteur y Darwin.

Richet opina que el genio requiere dos cualidades: agudo "sentido crítico" y potente "espíritu inventivo". Ejemplifica con Lavoisier. "Lavoisier inventa a cada momento métodos nuevos. Descubre hechos muy simples, que millares de observadores nunca han visto, aunque hayan pasado delante de sus ojos antes de haber pasado delante de los ojos de Lavoisier. Entiende de todo; analiza el agua, la pólvora, el alcohol, encuentra la fermentación, demuestra el mecanismo de la fermentación del calor, crea una nomenclatura química, crea la termoquímica, prevé la ley de las equivalencias de las fuerzas; y esto no le impide hacer economía política, estadística, industria. En todo es superior. En todo donde clava su mirada de águila, aporta un hecho nuevo. Lo que escapa a los otros jamás se le escapa a él. Por una maravillosa intuición ha previsto toda la química. Nuestra química moderna, con sus admirables descubrimientos, en sus grandes líneas, ha sido concebida totalmente por el poderoso cerebro de Lavoisier" (2)

Otra figura extraordinaria por su amplitud fué Diderot. Abarcó en la *Enciclopedia* casi todas las ciencias y en todas demostró singular penetración. Además de novelista admirable y psicólogo sútil es el "verdadero padre de la crítica moderna"

---

(1) León Paschal: "Esthétique nouvelle fondée sur la Fsychologie du Génie". París, 1910, ps. 138-145.

(2) Richet: "L'Homme de génie de Lombroso": Prefacio, XV y XVI.

(1). En ciencias sociales y en pedagogía se adelantó a su época. Fué el primero en prever la importancia inmensa de los oficios, a los cuales acordó una preferencia acentuada en su gran diccionario. El mismo cuenta que iba día a día a los talleres. Dibujaba las máquinas sobre un papel. Las observaba en sus mínimos detalles. Platicaba fraternalmente con los obreros. Se hacía explicar minuciosamente los pormenores de cada oficio y no desdeñaba vestir la blusa del trabajador para mejor asimilarlos y profundizarlos. Nadie honró con tanto celo los oficios modestos, vulgarmente despreciados; y en su plan de una universidad para Rusia, escrito a pedido de su protectora, Catalina II, insistía en la enseñanza escolar de las artes mecánicas "porque hay en las artes mecánicas más comunes un razonamiento tan justo, tan complicado y tan luminoso que no se puede admirar bastante la profundidad de la razón y del genio humano". (id. tomo XIII, p. 163). Concepto completamente ratificado por la pedagogía moderna y aún no actualizado en sus debidas proporciones.

Su fe en el espíritu democrático rebasa los moldes de la misma revolución. Presiente las nuevas corrientes. "Elevaos — les dice a los obreros. Os creeis despreciables porque os desprecian. Pero de vuestra suerte depende la suerte de la humanidad entera". "Si el jornalero es miserable, la nación es miserable". Y al contrario de Voltaire, que nunca creyó en el pueblo, todo lo esperaba de la educación del pueblo.

¡Cómo no iba a confiar en el pueblo europeo si previó con medio siglo de anterioridad la emancipación de las colonias españolas (2)

Con todo esto parecieran agotadas las facetas de este genio. Pues, no. Recientemente se nos ha revelado un *Diderot biólogo*. No cede en nada a los otros aspectos.

Se ha demostrado en qué grado sorprendente Diderot fué

(1) Burty: "Maitres et petits maitres". París, 1877, p. 387.

(2) Leer sus palabras proféticas al definir la palabra "criollo" en su ob. cit. Tomo XIV, p. 495.

precursor de Bichat colocando a los tejidos por base de la acción vital, de Lavoisier destacando la necesidad y la importancia de los fenómenos químicos en biología, de Gall haciendo entrar las funciones cerebrales en el campo de la fisiología y de la teoría transformista considerando a la materia viva como una sustancia plástica y evolutiva, resultado, a su vez, de una larga evolución (1).

Cuando Kant, Descartes o Leibnitz vuelan de una ciencia a otra y en ellas dejan huellas luminosas de su paso y luego, bien pertrechados, entran a la filosofía y se remontan a alturas inaccesibles. Cuando Shakespeare, Calderón o Balzac pasan de un personaje a otro de sus dramas o novelas con la misma naturalidad del que pasa de una a otra ciudad, de un país a otro país. Cuando Lavoisier y Diderot se erigen en precursores de múltiples conceptos modernos en varias ramas de los conocimientos. Cuando Leonardo funda varias ciencias y prevé una multitud de inventos mecánicos y de conceptos nuevos. Cuando en su obra póstuma *Nueva Atlántida* Francisco Bacon vaticina tres siglos ha que " con ayuda de aparatos mecánicos se podrá elevar en el aire y navegar en el fondo de las aguas" (aeroplano y submarino) ; "se podrá recorrer distancias increíbles sobre la tierra en pocas horas" (ferrocarril, etc.) ; "se fabricará a voluntad piedras preciosas y aguas minerales para curar las enfermedades; "se producirán nuevas especies de plantas y animales y se modificará a las antiguas" presagiando las teorías de Darwin y de Vries. Cuando todo esto ocurre forzoso es concluir que el genio además de una amplitud infinita del intelecto, de un certero y rápido juicio crítico se resuelve básicamente, en una potencia extraordinaria de imaginación. Es la que permite abarcar muchas ramas del saber y ser original en todas, penetrar en los mundos más variados y antagónicos y describirlos de magistral manera. La *polipersonalidad* de que habla Paschal no determina la imaginación. La imaginación

(1) Partre: "Diderot biologiste". Th. Lyon, 1906.

aunada a la sensibilidad explica, en cambio, la *polipersonalidad,* la consustanciación del artista con una muchedumbre de personajes diferentes, la penetración del científico y del filósofo en ramas tan diversas. *Un gran hombre son muchos hombres en uno solo* dice Bain. Este es el secreto del genio.

La *polipersonalidad* no obsta a la unificación sólida de la personalidad genial. Que Paschal se equivoca al negar valor a la imaginación y adjudicársela a la *polipersonalidad* se nos antoja inconcuso. Entre una y otra hay la relación de la parte al todo. La personalidad no es un elemento simple, ni una síntesis psicológica simple: la personalidad es la más compleja de las síntesis, la síntesis, por excelencia, la resultante de todos los elementos que permite a cada ser presentarse como una unidad ant los demás seres, así como la luz blanca es una síntesis de todos los colores del espectro. Dentro de esta compleja resultante psicológica la imaginación es un factor: el que permite la creación de tantas obras y la concepción de los descubrimientos e inventos.

Dijimos ya que la imaginación se resuelve en asociación mental. El progreso cerebral de la especie consiste, como lo ha probado Spencer, en una percepción más aguda y más vasta de las semejanzas y diferencias entre los objetos.

"El genio — escribe William James — es "la posesión de la asociación por semejanza desarrollada en un grado extremo" coincidiendo con Bain. "Pero así como según nuestro modo de ver, — aduce William James — distinguimos dos estados en nuestro pensamiento razonado, uno en el cual la semejanza actúa simplemente reclamando pensamientos afines y el otro posterior, en el cual se "advierte el salto", el lazo de identidad entre los pensamientos afines, así la mente de los genios puede ser dividida en dos clases principales, "la de los que notan el lazo y la de los que obedecen simplemente". A la primera pertenecen los razonadores abstractos propiamente dichos, los hombres de ciencia, los filósofos, los analizadores, en una palabra; a la última pertenecen los poetas, los críticos, los artistas — en una palabra, los hombres de intuiciones. Estos juzgan rectamente, clasifican casos, los califican con los epítetos de analogía más sorprendentes, pero no van más allá" (id. tomo II, p. 363).

Ocurre con frecuencia que el artista meditativo y razonador (Leonardo, Flaubert, Zola, Anatole France) nota el lazo así como, tal vez, se le escapa a algunos filósofos intuitivos. De manera que esta división tiene algo de artificiosa.

El espíritu del genio es diáfano como un cristal. En los laberintos más intrincados, en los arcanos más insondables se insinúa y descubre con sorprendente celeridad la ley que los preside y regula.

Nadie más que el genio es rico en la capacidad de combinar imágenes e ideas. Gracias a ellas percibe el panorama complejo de la vida, mientras los demás quedan extasiados ante un detalle baladí. Según una comparación clásica el árbol les impide ver el bosque. A su vez cuando el genio desciende al detalle penetra en su corazón y descubre en él un mundo maravilloso e insospechado.

La pobreza en asociaciones, en vías cerebrales expeditas, genera la avaricia mental en la mayoría de los hombres, incluso el erudito atiborrado de ciencia. Sus cerebros parecen almacenes en los cuales acumulan las riquezas espirituales que les brinda la experiencia, sin hacerlas entrar en nuevas combinaciones que acrecienten su valor intrínseco.

Los cerebros de los genios son fábricas en constante actividad: transforman rápidamente la cosecha de experiencias recogidas y por suerte de no sabemos qué prodigiosa alquimia mental transmutan cualquier partícula de carbón en precioso diamante.

Un ejemplo vulgar: millones de hombres durante siglos y siglos vieron caer bosques enteros de manzanos. Ninguna mente hubo tan generalizadora que interrogara por la causa eficiente del fenómeno y se propusiera encontrarla, hasta que un genio se impresionó vivamente, se desveló pensando, relacionó este fenómeno con millones de otros, abarcó el Cosmos en una atrevida y hondísima vista de conjunto y halló su fuerza productora. Una sola observación bastó al genio, merced a su amplísimo poder asociativo, para revelar al orbe una ley universal.

En una hermosa metáfora dice en el primer *Fausto* Goethe: "la fábrica de los pensamientos es como un telar, en el cual un movimiento de pie agita millares de hilos en donde la lanzadera sube y baja sin cesar y los hilos se escurren invisibles y mil nudos se forman a la vez".

"El genio — escribe Diderot — es herido por todo y cuando no está librado a sus pensamientos y subyugado por el entusiasmo estudia, por decirlo así, sin advertirlo; es forzado por las impresiones que los objetos le despiertan a enriquecerse sin cesar con conocimientos que nada le han costado; dirige sobre la naturaleza golpes de vistas generales y percibe sus abismos. Recoge en su seno gérmenes que recibe imperceptiblmente y que producen con el tiempo efectos tan sorprendentes que él mismo está tentado de creerse inspirado: tiene el gusto de la observación; pero observa rápidamente un gran espacio, una multitud de seres".

"El genio — prosigue un poco más adelante — apresura el progreso de la filosofía con los descubrimientos más felices e inesperados; se eleva en un vuelo de águila hacia una verdad luminosa, fuente de miles de verdades a las cuales llegarán la multitud tímida de sabios observadores que lentamente le sigue: incapaz de marchar en la carrera y de recorrer sucesivamente los intervalos parte de un punto y se lanza hacia el fin: saca un principio fecundo de las tinieblas; es raro que siga la cadena de las consecuencias. Es "primer saltador" para servirse de la expresión de Montaigne. "Imagina" más que ve; produce más que descubre; arrastra más que conduce" (id., t. XV, p. 508).

Para aventurarse por regiones inexploradas, para descender a los abismos, para escalar las más altas cumbres e inundarlas de aire y de luz es preciso estar dotado de un vigor y de una audacia de pensamiento, de un coraje para desafiar los prejuicios corrientes y los errores consagrados y, sobre todo, de una larga, honda y casi trágica tensión meditabunda, a la que no están habituados ni resisten los intelectos comunes. Kepler ensayó diez y nueve curvas diferentes hasta encontrar que la de Marte es una elipse. Nueve años de trabajos le costó su primera ley astronómica, cuyo hallazgo le preocupó y obsesionó, según su propia confesión, *hasta la demencia.*

"Cuando escribo una obra — le decía Schopenhauer en una carta a Goethe — me coloco frente a mi propio espíritu como un juez inexorable frente a un prisionero condenado a la tortura, y le interrogo hasta que no tiene más que responderme... El coraje de no guardar sobre el corazón ninguna respuesta es lo que hace al filósofo. Este debe parecerse al Edipo de Sófocles que queriendo esclarecer su suerte por terrible que sea, pregunta, pregunta siempre, aún mismo cuando presiente todo el espanto que saldrá de la respuesta. Pero la mayoría de los filósofos llevan consigo una Yocasta que les suplica, por el amor de todos los dioses, no seguir más lejos en sus investigaciones; y ved porque la filosofía sigue siendo lo que es" (1).

Claro está que el genio somete a un crisol las elaboraciones de su imaginación y elimina los elementos espúreos, para concluir una obra armoniosa y sólida. Aquí interviene un elemento reflexivo y crítico que transforma las producciones imaginativas y las regula, proporcionándolas, comunicándoles armonía y cierta secreta lógica interior. Este *elemento reflexivo y crítico* implica, sincrónicamente, el ejercicio de una función que en el genio alcanza a un grado elevado, *la inhibición voluntaria.*

EL ELEMENTO REFLEXIVO Y CRITICO.—LA INHIBICION VOLUNTARIA

Cuando un artista proyecta una obra, un hombre de ciencia un experimento o una teoría, un filósofo una doctrina o un sistema, la imaginación interviente para concebirlas; pero el primer esbozo sufre, por lo general, miles de rectificaciones y la meditación ahincada y tenaz escoge los elementos útiles y desecha los superfluos. La imaginación es la heralda de la razón — sentencia Goethe.

"Dejad, — aconsejaba Claudio Bernard a Paul Bert, — vuestra imaginación con vuestra gabán en el vestuario, pero volved a tomarla al salir" (del laboratorio). Estas palabras definen el papel de la imaginación y del elemento reflexivo y crí-

(1) Schopenhauer: "Carta a Goethe del 11 de noviembre de 1815". Cont. en Bossert, Ob. cit., p. 123.

tico en la creación científica: el sabio formula *imaginativamente* sus hipótesis; luego las somete a la prueba experimental. Aquí ya desaparece la imaginación. Interviene la observación y la crítica. Pero si el sabio desea ampliar su investigación o dirigirla en sentido diferente vuelve la imaginación a formular sus hipótesis y a recobrar sus fueros. Las hipótesis — producto de la imaginación — son el "fermento de la ciencia". Un ejemplo patentizará mejor el papel de la imaginación y el de la crítica. Tycho Brahe acumuló una multitud de observaciones interesantísimas sobre el mundo sideral. Pero no dedujo de las mismas ninguna ley. "Tycho — exclama Kepler — está cargado de riquezas (sus observaciones), pero como la mayoría de los ricos, no hace uso de ellas". Kepler, en cambio, utiliza el caudal de preciosas observaciones de Tycho, a quien sucede en el cargo de astrónomo real, y descubre nada menos que las tres leyes que regulan la revolución de los astros. Kepler estaba espléndidamente dotado de lo que faltaba a Tycho: la imaginación creadora. Por supuesto, esas leyes no las descubrió en un relámpago. Le llevaron muchos años, durante los cuales formuló cientos de hipótesis y de cálculos que la crítica propia rectificaba hasta dar con el resultado apetecido: aquí intervino el elemento reflexivo y crítico, secundado por la inhibición.

Ninguna obra dá idea del derroche de imaginación que ha costado, puesto que al adquirir contornos definitivos, se ha depurado de toda frondosidad. Ofrece la quintaesencia de una larga gestación, sin dejar ver el trabajo previo que ha demandado. "La gente no conoce — confiese el gran Faraday — que muchos de los pensamientos y teorías que han pasado por el alma de un científico investigador, han sido ahogados en silencio y secretamente por su propia severa crítica y por su examen de resultado adverso; que en los ejemplos más favorables, ni en una décima parte de las sugestiones, de las esperanzas, de los deseos, han sido realizadas las conclusiones preliminares".

Otro tanto se repite con la obra artística. ¡Cuántas telas destruye con frecuencia un buen pintor antes de realizarla de-

finitivamente! ¿Leed esa página fluída y armoniosa? Parece espontánea, brotada sin esfuerzo de una pluma admirable. Es de un gran estilista, Renan o Anatole France, por ejemplo. Antes de terminarla la han escrito cinco, diez veces. Y Flaubert, en quien el trabajo del estilo se nota más, se levanta a medianoche y se dirige al escritorio a corregir una coma o un adjetivo que ha cesado de agradarle.

¡Y los artistas, los hombres de ciencia y los filósofos que retocan cien veces sus obras y que la dejan reposar para que maduren y cobren el agradable sabor de los vinos añejos, y que nunca se satisfacen y viven en continuo desasosiego, en perpetua inquietud! Fecundo desasosiego, bienhechora inquietud, gracias a la cual el genio planea y lleva a cabo sus obras en altas regiones, tocando las cimas, casi inhallables, de lo perfecto.

Esa especie de saludables abortos mentales gracias a los cuales la obra genial sale madurada, espléndida y admirable, del robusto cerebro que la engendra, como Minerva de la cabeza de Júpiter, es posible gracias a una cualidad superior del sistema nervioso: la inhibición.

El funcionamiento normal de nuestro sistema nervioso está ligado al juego de dos clases de movimientos: de excitación unos y de moderación y detención otros; *movimientos motores* y *movimientos inhibidores*. No hay cerebro sano sin la ponderación de esta doble actividad motora e inhibidora. Shérrington probó que cuando flexionamos un miembro por ejemplo, se relajan los músculos extensores y cuando lo extendemos se relajan los flexores: es decir, generalizando, que todo movimiento supone la inhibición del músculo antagonista. Y como el sentido muscular es la base de todos los sentidos y todas nuestras actividades se reducen, en última instancia, a movimiento: este solo hecho nos habla de la importancia de la actividad inhibidora. Mercier no exagera cuando escribe: "como en la física molecular encontramos la fuerza contraria de la atracción y de la repulsión, en la física de la masa la de gravedad y la de inercia, así el equilibrio móvil de los centros nerviosos depende

de la fuerza contraria de la dinamogénesis y de la inhibición".

La inhibición es una función que se desarrolla progresivamente en las especies. Desde el idiota a los ejemplares más excelsos del género humano aumenta sin cesar el poder de la inhibición voluntaria, la capacidad para ejercer el gobierno de la propia persona y dirigirla conscientemente. Culmina en el genio.

Los animales descerebrados, faltos del freno inhibidor cortical, poseen una exagerada vida refleja.

Los idiotas están en perpetuo movimiento. El feto, en fin, realiza abundantísimos movimientos reflejos en el claustro materno. Féré comprueba que las mujeres grávidas, bajo el influjo de un ensueño trivial, padecen de verdaderas pesadillas y se despiertan por la movilidad del feto que constituye una especie de *multiplicador* de las reacciones de la madre" (1).

Si comparamos estos movimientos con los realizados por el adulto que habitualmente trata de economizarlos ejecutando, tan sólo, los indispensables a su mejor adaptación; y si tratamos de parangonar los actos de un salvaje, siempre dominado por los impulsos, en perpetua movilidad, o asimismo, los de un ser adulto, rústico o educado, pero compartiendo los miles de prejuicios corrientes, con la duda erigida en método por un Sócrates, un Bacon, un Descartes, un Claudio Bernard, un Darwin, preciso será convenir en lo que adelantábamos, este es, que a medida que ascendemos en la escala, rumbo hacia sus tipos más eximios, disminuye la motricidad y aumenta la inhibición en las actividades mentales, mientras en los seres inferiores predomina la motricidad sobre la tendencia civilizadora — diremos así — de la inhibición cortical. El salvaje y el niño, como alienado y el criminal, se caracterizan por el predominio de la motricidad. Podemos definir el delito — desde este punto de vista — como la incapacidad de inhibir los impulsos antisociales. En los pensadores y en los filósofos, en los tipos más representativos de la cultura humana, alienta un alto poder inhibitorio.

---

(1) Feré: "Sensaciones y movimientos". Trad. cast. Cap. XIV.

Se ha dicho que la crítica es la vida misma de la ciencia, la sange viva de la ciencia y la crítica no se concibe sin la inhibición, cualidad que la hace posible. La inhibición es anabólica e integrativa mientras la motricidad es catabólica y desintegrativa (1) y como la memoria es un fenómeno de nutrición (2) no habría memoria sin inhibición. La inhibición forma el fondo mismo de la voluntad, del juicio, del carácter, de la atención.

Si el carácter es la forma de reaccionar habitual de cada individuo concluiremos que la inhibición interviene enormemente en estas reacciones. Su poco poder en el hombre medio le obliga a supeditarse al destino que le deparan las circunstancias. El genio es el arquitecto consciente de su propio porvenir: transforma al medio con los elementos que el mismo medio le brinda. Dueño de sus impulsos es el más libre de los hombres. Reposa sobre la propia voluntad como sobre una roca granítica. Dimana de aquí la subyugante fuerza de su obra, capaz de contagiar a millones de hombres y de arrastrarlos en pos de sus concepciones o de sus ideales.

El poder de inhibición del genio es infinitamente superior al del hombre medio. Aún así, dentro de los hombres de genio, como dentro del mundo de los alienados y, en cierta forma, en el de los hombres medios, cabe distinguir tres tipos.

Uno de ellos está dotado de alto poder inhibitorio, posee una tendencia motora que lo supera e impone decisiones definitivas. Tal el caso de los conquistadores. Alejandro, César, Napoleón al planear sus campañas, al tomar y sopesar con antelación miles de medidas graves, dan prueba de mucho poder inhibitorio. Pero por encima de este poder una tendencia ingénita a la actividad, a la impulsión agresiva, les arrastra y arrebata. Tal predominio motor les torna débil en punto a la crítica de sus propios inmensos planes, los cuales, por no acordarse a la realidad de los hechos históricos y de la psicología

(1) Ruggero Oddi: "L'inibizione dal punto di vista fisiopatologico, psicologico e sociale" (1898).

(2) Ver Ribot: "Enfermedades de la memoria".

humana, estuvieron destinados al fracaso y no les sobrevinieron mucho. No supieron contenerse a tiempo.

Descendiendo de las alturas del genio a la vida ordinaria este tipo está representado por las personas en las cuales la tendencia a la actividad es destacada y, en el campo de los anormales, por el *loco impulsivo*.

Encarna el *segundo tipo* el genio que da muestras de un alto poder de inhibición al mismo tiempo que de motricidad. No vuela en la acción más allá de lo que una crítica certera aconseja. Da pasos atrevidos; mas antes se asegura que no son falsos. Obra con intensidad y previamente a la acción piensa intensamente. Gana la victoria en su pensamiento antes de ganarla en la acción. Cuando entra a obrar todo ha sido calculado. No puede perder: gigante en el pensamiento y gigante en la acción.

Ejemplos prácticos de este tipo son Solón, Pericles y Marco Aurelio en la antigüedad.

Los estadistas de mucha clarividencia que llevaron a cabo una obra perdurable, pertenecen a este tipo, lo mismo que los jefes de grandes movimientos de renovación social o política (Cronwell, Lutero, Lenin).

Pertenecen, en fin, a este tipo los hombres múltiples que como Leonardo y Goethe pasan con facilidad del arte a la ciencia y viceversa y aún son excelsos en la vida práctica, en sus actos cotidianos, en sus opiniones sobre la vida común, en la cual, a manera Goethe, de Milton, no desdeñan mezclarse y aportar sus luces esclarecidas.

El ideal es la flor de lo real. La ciencia, esa retina con la cual los hombres avizoran y escrutan la realidad, nos hace dulces y fuertes e invita a accionar. *El pensamiento para la acción, la acción para el ideal* decía Leonardo. Siendo esta su convicción debió sentir nostalgias — como el Goethe de ciertas horas — por la vida activa. Las circunstancias históricas no le favorecían y enderezó parte de su actividad en esa fiebre por

construir aparatos mecánicos y obras de ingeniería que lo han hecho famoso en las ciencias.

Goethe — cuentan sus mejores biógrafos — padeció de una lucha interna entre la vida contemplativa y la activa. "En el principio, decía, era la acción, la fuerza". En Italia le posee un como ímpetu de acción. Ama la vida intensa y práctica. Deja por un instante la poesía. Dedícase a menesteres de secundaria importancia. Y su preferencia de ciertos momentos por la acción la traduce uno de sus personajes: *toda teoría es gris y verde es el árbol de oro de la vida.*

En la vida cotidiana encarna este tipo cabalmente el hombre medio común. Carece de aptitudes singulares para el pensamiento o la acción. Por debajo, en el mundo de los anormales, hallamos al *loco circular,* en quien alternan accesos de exaltación y depresión de la personalidad.

En fin, forma el *tercer tipo* aquel en quien predomina de modo manifiesto la inhibición. Lo integran los grandes pensadores, los filósofos, los hombres de ciencia. No adelantan una afirmación sino la han comprobado rigurosamente. Se encierran, como Copérnico — su ejemplo acabado — durante treinta y seis años continuos y maduran en la soledad heroica una concepción grandiosa y la lanzan al mundo cuando poseen la certeza de su verdad. El eximio astrónomo polaco recibió el primer ejemplar de su obra revolucionaria que solo escribió después de reiterados pedidos de amigos y admiradores, en su lecho de muerte. Esa intensidad de pensamiento, ese enorme poder para abstraerse y esa persistencia en la meditación revela un grado excelso de inhibición voluntaria. A este tipo pertenece el verdadero filósofo, según lo entiende Helvecio. "El verdadero filósofo es una máquina que por su constitución mecánica, reflexiona sobre sus movimientos. Los otros hombres son determinados a obrar sin sentir ni conocer las causas que los hacen mover". "Los otros hombres son dirigidos por sus pasiones sin que las acciones que realizan sean precedidas por la reflexión; son hombres que marchan en las tinieblas, mientras

el filósofo, aun apasionado, *no obra sino después de reflexionar, marcha en la noche, pero precedido de una antorcha*" (id., t. III, ps. 415-16).

Ardigó define la conciencia como "un conjunto de hábitos cognoscitivos y afectivos adquiridos en su vida por el hombre". Y prosigue: el hombre de genio se emancipa de los prejuicios de su clase y sociedad "venciendo los hábitos cognoscitivos inconscientemente contraídos y, por consiguiente, los hábitos afectivos correspondientes". Y "forma en sí *una conciencia nueva* debido a su potencia intelectual más grande y a la energía voluntaria más fuerte" (1).

Esta conciencia nueva, como aquella *hiperconciencia* a que se refiere Morselli y que permite al genio ver con deslumbrante claridad todo cuanto cae bajo su profunda mirada escrutadora, la determina la acción de la *inhibición voluntaria* que compendia "la potencia intelectual" y "la energía voluntaria más fuerte" del ilustre filósofo italiano.

Hombres de este linaje renuevan y ensanchan incesantemente las fuentes de la ciencia, del arte, de la vida misma. No les alienta otro propósito que el de esclarecer la verdad, desvanecer el error y la mentira enseñoreada, es decir, el mismo propósito que llevó a Lucrecio a escribir su maravilloso poema:

Romper los fuertes nudos
De la superstición agobiadora.

Nada mejor para ello que la fuerza de la crítica, que la fuerza pujante de la verdad. Y por eso, fruto de una larga incubación, ésta nace con una vitalidad capaz de resistir y de vencer a todos los preconceptos y de imponerse sobre el error de un pueblo, de un siglo, incapaz de ver con tan clara pupila. Sócrates, Galileo, Servet tuvieron razón. Fueron perseguidos o muertos. Pero en definitiva, la posteridad les hizo justicia. Ellos, no sus contemporáneos fanáticos, mezquinos, triunfaron ante la historia.

---

(1) Ardigó: "Opere Filosopiche". 3.ª ed. Tomo III, Padúa, 1901, ps. 451-452.

En la vida común este tipo está representado por las personas que cuando se resuelven a obrar, lo hacen después de alejar muchas dudas y vacilaciones sin cesar renovadas.

En el campo de los anormales su prototipo son los afectados por la *locura de la duda.*

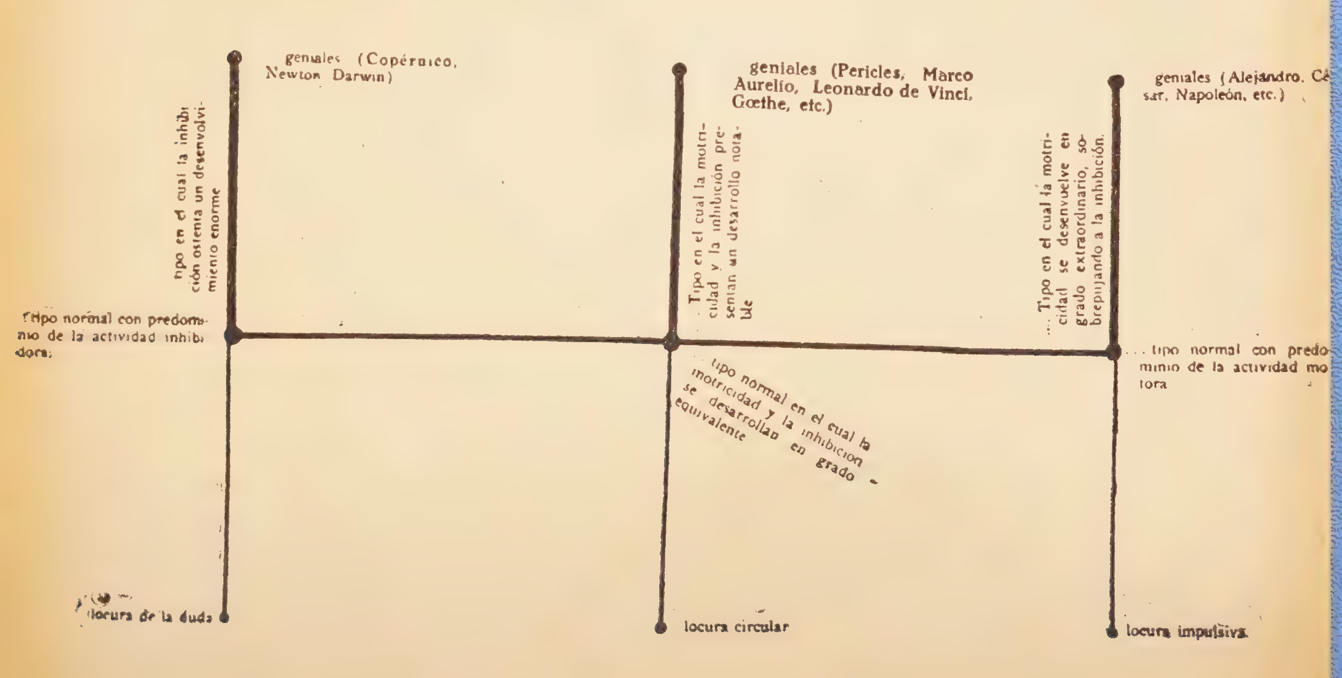
Resumimos en el siguiente cuadro las características de los tres tipos.

(Véase el cuadro gráfico adjunto).

La línea horizontal agrupa los tres tipos en su desarrollo normal entre los hombres medios. En el punto en que se corta con la vertical de la derecha y sobre todo el sector horizontal del mismo lado está ubicado el hombre medio, en quien predomina la actividad motora de un modo manifiesto. En el punto en que se corta con la vertical del centro el hombre normal en el cual la motricidad y la inhibición no se acusan grandemente. Y en el punto en que se corta con la vertical de la izquierda y en todo el tramo horizontal de ese costado el hombre medio en el que habitualmente predomina la inhibición.

Las tres verticales señalan los tres tipos diversos por debajo y por encima de la escala normal. En un extremo, representa al alienado y en el otro, en su punto superior, al genio. Así la vertical de la derecha representa en su punto inferior al "loco impulsivo" y en su punto superior al genio de desbordante actividad motora. En ambos está sumamente desenvuelta la motricidad, siendo grande en el genio — muy superior a lo corriente — el poder de inhibición voluntaria, mientras casi no se advierte en el alienado. La vertical del centro representa en su punto inferior al "loco circular", en quien los períodos de motricidad e inhibición alternan. En el punto superior representa al genio en el cual la motricidad y la inhibición ostentan un desarrollo igualmente soberbio. Por último, la vertical de la izquierda representa en su punto inferior a los atacados por la "locura de la duda", en la cual la inhibición tiene una preponderancia mórbida y en su punto superior al genio en quien la "inhibición voluntaria" alcanza un desarrollo enorme, visiblemente destacado.

Conviene dejar expresa constancia que pertenezca el hombre de genio a cualquiera de los tres tipos, siempre el poder de inhibición voluntaria es infinitamente superior al del hombre medio, como que sin su concurso no se explicaría ninguna obra genial.


genıales (Copérnico, Newton Darwin)
tipo en el cual la inhibición ostenta un desenvolvimiento enorme
Tipo normal con predominio de la actividad inhibidora;
locura de la duda
geniales (Pericles, Marco Aurelio, Leonardo de Vinci, Gœthe, etc.)
. Tipo en el cual la motricidad y la inhibición presentan un desarrollo notable
tipo normal en el cual la motricidad y la inhibición se desarrollan en grado equivalente
locura circular
genıales (Alejandro, César, Napoleón, etc.)
... Tipo en el cual la motricidad se desenvuelve en grado extraordinario, sobrepujando a la inhibición.
... tipo normal con predominio de la actividad motora
locura impulsiva

Gracias a ella Nietzsche conservó, en medio de su derrumbe mental, las dotes necesarias para mantener el comercio con los demás hombres, y Musset "en los mayores excesos no perdía la dirección de sus actos" (1).

La inhibición voluntaria ha permitido la elaboración de la civilización y de la cultura humanas. Su educación adecuada, combinada con un medio social más perfeccionado que el nuestro, servirá de base a una ética superior. Es la cualidad madre que alienta en los héroes. Todo genio gracias a ella, es un héroe: un cerebro alado puesto al servicio de una voluntad titánica. La inhibición diferencia al verdadero heroísmo — el *heroísmo civilizado* — del falso heroísmo o heroísmo bélico. Lo veremos a continuación.

GENIO Y HEROISMO

Trasunto de una admiración casi religiosa los ardientes panegíricos entonados en loor al heroísmo han impedido el análisis razonado e imparcial de los elementos integrantes de la personalidad heròica, como si importara una profanación o una herejía.

A lo sumo, cuando se ha ensayado un conato de explicación, se ha hablado, en invariable tono apologético, de desinterés, de altruismo, de abnegación. ¿Nos iluminan estas excelsas virtudes acerca de la naturaleza del heroísmo? En caso afirmativo, ¿fueron desinteresados, altruistas y abnegados César, Cronwell o Napoleón?

Queremos, de nuestra parte, destacar cuatro rasgos propios del héroe, suficientes para individualizarlo, sin pretender que ellos agoten, ni mucho menos, su psicología.

Finca el primero en la existencia de un desnivel entre las empresas heróicas de vastos alientos, y las que habitualmente acometen los hombre del medio y de la época en que vive el héroe. La personalidad del héroe es más unificada. No hay hiato entre pensamiento y acción. Ejecuta resueltamente lo meditado y pone a su servicio excepcional energía y perseverancia.

---

(1) Antheaume et Dromard: Ob. cit., p. 312.

El heroísmo — segundo rasgo — reposa sobre una amplísima base afectiva. Ya lo dijo Carlyle: "Los pensamientos que tuvieron los héroes fueron los padres de las acciones que hicieron; sus sentimientos fueron los padres de sus pensamientos". El sentimiento — traducido en amor a la gloria, a los semejantes, al pueblo, al deber o sencillamente a sí mismo — es el recóndito motor que pone en actividad el complejo dinamismo psicológico del héroe.

El tercer rasgo consiste en la ilimitada confianza en sí mismo, en la plena conciencia de las propias fuerzas. La egolatría suele ser una de sus consecuencias.

El incremento de la volación, por ejemplo, se explica, en parte, por una de las tantas ilusiones; el volador se identifica por completo con el aeroplano o el dirigible y llega a creer que es él personalmente, y no el aparato el que asciende a las alturas. ¿Pensaría lo mismo si, por desgracia, cayera en el abismo? Posiblemente no le preocupa tal eventualidad. Su orgullo le precave de plantear semejante hipótesis. El hipertrófico concepto del "yo" constituye el númen secreto que dota de amplias alas a su atrevimiento magnífico. Tal vez confíe, a igual de Napoleón, en alguna estrella misteriosa, protectora vigilante de su destino...

No escapan a esta consideración las demás formas del heroísmo, especialmente el horoísmo militar.

"Cuando a fines del siglo XVIII" — escribe Taine — "los ejércitos franceses tan mal organizados, tan novicios en el arte de la guerra, entregados a unos oficiales casi tan ignorantes como los soldados, se vieron en presencia de los soldados disciplinados del resto de Europa, lo que los ha sostenido, los que los ha llevado adelante, los que ha acabado por darles la victoria es primero el orgullo y la fuerza de la creencia interior, por la que cada soldado se consideraba superior a aquellos a quienes iba a combatir y destinados a llevar la verdad, la razón, la justicia, a través de todos los obstáculos, al corazón de todas las naciones".

Por una razón análoga el ejército rojo combate — según la expresión de Mr. Bullit — con el entusiasmo de los Cruzados.

Nos permitimos indicar como cuarto rasgo del heroísmo en los héroes de instinto destructor o guerrero *la incapacidad de re-*

presentarse, por lo menos en toda su intensidad, el dolor ajeno y muchas veces el propio, y en los héroes constructivos o civilizadores — hombres de ciencias, artistas, hombres de trabajo — *un gran poder inhibitorio del dolor.*

Sabido es — en lo atingente a la primera parte de la proposición anterior — que la insensibilidad al dolor facilita determinadas formas de heroísmo, el guerrero de especial modo. Todos los conquistadores — desde Ramsés y Alejandro a Federico II y Napoleón se jactan de su insensibilidad al dolor. Las guerras napoleónicas causaron ocho millones de víctimas. Tan tremenda catástrofe no conmovió al intrépido corso.

En el mundo de los desequilibrados mentales — locos, histéricos, imbéciles, criminales — la sensibilidad desigual, casi siempre amortiguada, permite incurrir sin repugnancia en crueldades y llegar, en momentos anormales y de guerra, al heroísmo.

Hace varios años las revistas de psiquiatría describieron un ejemplar curioso de alienado insensible. De día y de noche, a todas horas, taladraba su pobre cerebro enfermo una obsesión fantástica. Creía que su dentadura despedía olores nauseabundos, deformaba horriblemente su rostro y alejaba de su inquieta compañía al bello sexo. Dispuesto a terminar de una vez por todas con la supuesta causa de estos males imaginarios, aprovechó un minuto de distracción de sus guardianes para arrancarse brutalmente, sin proferir un solo grito de dolor, — exteriorizando, al contrario, inmenso júbilo — ambas hileras de dientes. ¿Quién dueño de una sensibilidad normal, repetiría el fenómeno? En un encuentro guerrero o en una empresa personalmente arriesgada locos de semejante estirpe ¿no harían gala de temerario valor físico?

La extraordinaria instabilidad mental y la pasmosa volubilidad afectiva de las histéricas son factores que las arrastran indistintamente a la abyección y al heroísmo. Ora cometen cualquier barbaridad contra sus allegados más queridos y ora, a riesgo inminente de la propia vida, atraviesan una casa o un establecimiento en incendio, para salvar a personas desconocidas.

Reinado de los caprichos denomina Ribot al mundo inferior, tan revuelto y contradictorio, de estas singulares enfermas. Lo efímero de sus voliciones permite el gobierno de las impulsiones fugaces y el alternar de individualidades diversas, perversas unas, generosas otras.

Carentes de sentido moral e ingénitamente ineptos para representarse el dolor ajeno, los imbéciles desprecian las vidas extrañas. El temperamento sanguinario y delincuente, así como de ordinario les lleva a habitar cárceles y manicomios o a rodar en los patíbulos, en los campos de batalla suele llevarles a cubrirse de hazañas y de honores. ¿Extrañaríamos que alrededor de algunos de ellos se hayan tejido leyendas históricas?

Los famosos faquires hindúes tienen casi abolida la sensibilidad. Ayunan voluntariamente un mes seguido. Ingieren vidrios, pinchan, laceran y mortifican su cuerpo en toda forma, sin sufrir mayormente. El elemento autóctono considéralos héroes inspirados por fuerzas sobrenaturales. Siente por ellos superticioso respeto. Inaudita, en verdad, tal resistencia al sufrimiento. Pocos la igualan. Pocos, también, padecen tan honda analgesia...

Todos estos anormales soportan, sin necesidad de cloroformo ni de ningún otro anestésico, los operaciones quirúrgicas más acerbas. Lombroso, en su obra sobre el hombre delincuente, cita ejemplos muy ilustrativos. Sus aseveraciones, en este punto, han sido ratificadas de modo concluyente.

Condenados a la pena capital suelen recibir la muerte con asombrosa tranquilidad. Hay quienes llegan a la guillotina conservando travieso humor: juguetean, pronuncian frases chistosas e intencionadas. Cuentan de muchos que próximos al instante supremo se encaminaron a la horca, sonrientes y desdeñosos, fumando despreocupadamente el último cigarrillo.

La insensibilidad al dolor — según todos los indicios — era muy general entre los rudos pueblos primitivos, ¿habrá facilitado la génesis de tantos héroes cantados por las gestas legendarias?

Describiendo con su fablar pintoresco las guerras contra los indígenas, el popular *Martín Fierro* de Hernández, dice:

Y el indio es como tortuga
De duro para espichar;
Si lo llega a destripar
Ni siquiera se la encoge,
Luego sus tripas recoge,
Y se agacha a disparar.

Fenómeno muy parecido se nota entre pueblos más evolucionados, levadura de grandes naciones. Recordemos un caso: los anglo-sajones primigenios. "Había entre ellos — dice un talentoso historiador — hombres, los berrerkies, que atacados de una especie de locura en el combate, *desplegaban de pronto una fuerza sobrehumana y no sentían ya las heridas*".

¿Descubren estas palabras — como venimos sosteniendo y como podrían ilustrarse con mayor extensión — la remota, la recóndita raíz del heroísmo bélico?

Si lo antecedente es exacto, si la insensibilidad al dolor forja héroes de guerra y explica la serenidad pasmosa con que los delincuentes y anormales suben al patíbulo, ¿sería legítimo parangonar estos hechos — aunque sea por breves instantes — con escenas de acrisolado heroísmo, tal la de Sócrates bebiendo con serenidad augusta la pócima mortal? La respuesta rotundamente negativa se impone. Aquel heroísmo brota de la insensibilidad, de la dureza de corazón, cuando no de la bestialidad. Es inconsciente y brutal. Este, en cambio, brota de una personalidad superior que predica y vive una filosofía originalísima, supeditando todos sus actos a los dictados esclarecidos de la razón. Es un *heroísmo consciente y reflexivo.* Dimana de ahí su imponente grandeza. Opera la maravilla de autodominar el sistema nervioso y oponer un dique al torrente del dolor que impregna su naturaleza íntima, *inhibiendo el sufrimiento en el momento heroíco,* a pesar de poseer una sensibilidad delicada, fina, presta a conmoverse, con mucha mayor fuerza que en cualquier otro, al choque de las injusticias y de la miopía humanas.

En nuestro entender, el último es el verdadero, el único

heroísmo: por lo tanto, la mitad del libro de Carlyle está consagrado más que al heroísmo, a las formas espurias del heroísmo.

Héroe es el que se supera, el que obtiene una victoria sobre sí mismo. Si la ocasión lo demanda llega al martirio en aras al bien colectivo: el mito prometeico siempre será el más alto símbolo del heroísmo.

Desde este punto de vista el paladín guerrero no sería un héroe o lo sería, si se quiere, de un género especial de heroísmo — *el heroísmo bélico* — que es la negación del genuíno heroísmo — *el heroísmo civilizado.*

Serían en cambio héroes casi todos los hombres de ciencia y de arte. Oscuros héroes, de un heroísmo callado y anónimo, muchos hombres ignorados por la historia, que tesoneramente trataron de superarse y difundieron la luz y perfeccionaron el limitado círculo en que les tocó actuar.

*
* *

Desnivel en la empresa acometida con respecto al medio, base afectiva, vale decir, en este caso, profundo amor hacia el ideal que persiguen, insensibilidad al dolor en el héroe guerrero e inhibición del dolor en el héroe civilizado e ilimitada confianza en el esfuerzo propio forman, como acabamos de ver, las características de la personalidad heroica. Nos parecen más reales que el desinterés, la abnegación y el altruísmo virtudes que se consideran propias del héroe, pero que ocupan otro plano o están conexas con alguna de las cualidades nombradas.

Deseamos subrayar la tercera característica (insensibilidad al dolor y, en consecuencia, representación débil o nula del dolor propio o ajeno en el héroe guerrero e inhibición del dolor en el héroe civilizado) ¿significa esto que un imbécil o un delincuente que padecen de analgesia por temperamento, por especial constitución orgánica, pueden ser equiparados a los arque-

tipos de la civilización y de la cultura más avanzada? El primero es un *insensible congénito.* El segundo es un hombre de exuberante y honda vida mental que caldea de calor pasional una idea única no importándole jugar la vida por la misma. *Inhibe, para ello, la representación del dolor que entraña la realización de una empresa heróica. Pero tiene exquisita sensibilidad.*

Síguese de aquí que el heroísmo del último es digno de loa: comporta un esfuerzo férreo de voluntad y una actividad ferviente encaminada a irradiarse en beneficio colectivo.

El segundo significa imperio omnímodo de los impulsos y encierra un repugnante egoísmo cínico, es decir, una actividad enderezada, exclusivamente, al triunfo del yo — que adquiere relieves de morbosa egolatría — en daño de la colectividad.

Uno es amante de la vida: hurtaría, como en el mito prometeico, el fuego sagrado para encender el barro amorfo. El otro ciega y envilece las fuentes de la vida: — Uno sueña con las auroras rosadas de mañana. El otro se amodorra en las espesas opacidades del crepúsculo cuya lobreguez quisiera que fuese eterna — uno está animado por un instinto sombríamente destructor: el hacha, la hoguera, la piqueta y el cañón son sus armas. El cerebro del otro, arquitecto de ideas enaltecedoras, construye sin tregua: el libro, el buril, el arado son sus instrumentos.

El primero es el *heroísmo bélico.* El *heroísmo civilizado* la más gallarda floración del último.

Beethoven, por ejemplo, consumido por la sordera y por terribles dolores, piensa en el suicidio. Reflexiona luego que lleva bajo la comba craneana un cosmos de armonías que debe legar a la humanidad. Ahoga, entonces, sus crueles infortunios y brinda al Orbe el raudal inagotable de su inspiración. Modelo raro de magnánimo heroísmo: su viaje por el tormentoso océano de la vida fué una tortura ininterrumpida que, lejos de tornarlo misántropo, sensibilizó sus fibras y transmutó su dolor en inefables ondas de amor y de belleza.

La literatura encuentra en Cervantes su gran héroe: engendra en una cárcel la obra más humana y regocijada, después de una vida azarosa, llena de penurias y de desgracias, calumniado por sus contemporáneos y desdeñado por los otros grandes escritores.

Kepler es un héroe prototípico de la ciencia. Prosigue la investigación de sus leyes en medio de la peor miseria, acosado por mil infortunios. Pero todo lo olvida cuando se ocupa en astronomía, que encierra para él maravillosos deleites y el sugestivo encanto de un poema. Se apodera entonces de su persona un entusiasmo sublime, una alegría sagrada. "La astronomía — escribe — suministra al hombre la alegría más pura y lo hace casi semejante a Dios porque con ella sabe comprender el pensamiento divino". Y son, también héroes Copérnico, Galileo, Darwin y Claudio Bernard, por las circunstancias en que cumplieron su obra. Lo son los heraldos de la libertad de todos los tiempos.

El héroe de la guerra ¿qué persigue? Exterminar vidas, cavar un lecho por donde circulen mares de sangre. Dá rienda suelta a su frenesí homicida. No necesita inhibir ningún dolor. Nació y creó sin conocerlos.

Entre ambos polos del heroísmo existen dos fundamentales diferencias: unos sienten el dolor ajeno y luchan por mitigarlo; sienten el propio y lo inhiben. Los otros ignoran lo que es el dolor y desconocen su papel vigilante en la vida. Nada les intimida. Unos, se autocontralorean y dominan constantemente. Los otros, juguetes de la más lúgubre de las pasiones, carecen de fiscalización propia: jamás se muestran compungidos por sus acciones nocivas.

Forman legiones los que aun prestan tributo de admiración al heroísmo agresivo que es como admirar al volcán horrendo que arrasa y mata. Procuremos que se legitime tan solo el heroísmo sin aparato y sin solemnidad del cual la vida diaria ofrece miles de ejemplos. Sería como admirar una invención

utilísima: el ferrocarril, la brújula, el canal que encauza las aguas proficuas de un torrente.

El heroísmo destructor no solo es anormal eticamente considerado; lo es, también, desde el punto de vista mental por cuanto radica, según venimos insistiendo, en el amortiguamiento congénito del dolor que los vuelve insensibles al daño que cometen semejándose, bajo este punto de mira, a los cadáveres, a las piedras, a todo lo inerte.

Emerge, pues, de las mismas leyes de la vida una regla inequívoca para aquilatar si una proeza heróica es sana o patológica, civilizada o brutal: será sana y civilizada siempre que concurra a intensificar y a prolongar la potencia vital de la especie, comunicándole colorido, variedad y armonía y timbrándola de íntima poesía y alada idealidad. Será patológica y brutal cuando disminuya el coeficiente de salud, de bienestar, de cultura y fraterna solidaridad. Hacia este concepto, como haces polícromos de un arco iris, convergen las demostraciones experimentales de la ciencia y de la vida.

Dignificando y no escarneciendo la Vida ascenderá la especie humana a cumbres más altas y vastas.

COMBINACION DE LOS CUATRO FACTORES

Los cuatro factores citados obran juntos. En el curso de estas páginas hemos tenido ocasión de corroborar cómo aparecen tanto en el artista, a igual que en el hombre de ciencia o de acción y en el filósofo. Varían, únicamente, en la forma cómo se combinan. Aun así no se pueden formular reglas absolutas. En términos generales, podría sentarse que el elemento reflexivo y crítico aumenta en el hombre de ciencia y en el filósofo y que la sensibilidad y la imaginación son más plásticas y vivas en el artista. Hay, sin embargo, hombres de ciencia y filósofos de temperamento místico e intuitivo, que no se diferencian mucho de los artistas. En cambio, hemos dado ejemplos de artis-

tas, empezando por el más egregio, Leonardo, que proceden a manera de hombres de ciencia en sus creaciones estéticas. Todo esto indica que las fronteras entre las distintas clases de genios carecen de rigidez.

En la imposibilidad de analizar detenidamente los diferentes ejemplos que hubiéramos deseado traer a colación, examinaremos uno sólo, muy ilustrativo, el de Pasteur. Veremos cómo se combinan los cuatro elementos y cómo, a intervalos, parecerá que estudiamos a un artista (como que lo fué en su juventud): a tal grado suelen identificarse los factores que participan en la creación de uno y otro. Y elegimos a un hombre de ciencia porque, de primer intento, se diría que es el menos favorable a la asociación de los cuatro elementos. Se destacan, en forma más visible, en los otros casos. De aquí procede la fuerza probatoria del ejemplo escogido (1).

Alimentaba una pasión directora: la pasión de la verdad. Era vehemente en la lucha contra el error. Otra pasión también le impulsaba: la del trabajo. Trabajador infatigable, no trabajar con todas las fuerzas significaba para él "perder la razón de vivir". Contagiaba a cuantos le rodeaban su ardor laborioso. Asociaba en sus experimentos a su padre, a su esposa, a sus hijos, a sus parientes, a sus maestros, a sus amigos. Lo reveló ya en su primer trabajo de aliento, cuando buscaba a través de Alemania, Hungría y Bohemia, las fuentes del ácido racémico. Iré hasta el fin del mundo — exclamaba — para dar con ellas. Un periódico aludió a esta expedición en los siguientes términos: "jamás tesoro, jamás belleza adorada, fué perseguida por más caminos y con mayor ardor". No en vano predicaba el entusiasmo, ese *dios interior,* a la juventud. Y su entusiasmo por la ciencia era un entusiasmo religioso. De ella esperaba la paz del mundo. Los laboratorios, sitios sagrados, son *los templos del*

(1) En nuestra próxima obra, "El genio de Sarmiento", tendremos ocasión de estudiar detalladamente el ejemplo del eminente estadista y escritor nacional, cuya vida y cuyas obras encierran para nosotros tan hondas sugerencias.

porvenir. Por eso invitaba a las nuevas generaciones a vivir en "la paz serena de los laboratorios y las bibliotecas".

"Tenía — nos relata su biógrafo — esa intuición que hace de un gran sabio un gran poeta. ¡Cuántas ideas se presentaban en multitud a su espíritu! Eran a menudo como abejas que quisiesen salir, todas al mismo tiempo, de una colmena". Sensibilidad de poeta era también la suya. Cuando un gran descubrimiento ponía "en ebullición" su cerebro, o cuando esperaba ansioso el resultado de un experimento, solía no dormir y le poseía la fiebre. Hubo momentos en los cuales la emoción intensa le impidió articular palabra o continuar trabajando.

Su bondad — otro rasgo de su sensibilidad — era infinita. Apiadábase de los pobres animales usados en su laboratorio. Los consolaba cual si fuesen humanos. En la época de sus investigaciones acerca de la rabia no pudo soportar la trepanación del cráneo de un perro. La operación se realizó durante su ausencia. No digamos de sus angustias en presencia de los primeros niños sometidos a la vacunación antirrábica. Los cuidó como a hijos propios. Padeció insomnios rebeldes y sufrió afiebrado noches de tormento interior mientras el niño Meister — primer humano vacunado contra la rabia — no curó de las terribles mordeduras que soportara. Otro tanto ocurrió con el pastorcillo Jupille. A uno y otro les escribía cartas rebosantes de ternura. Se interesó por sus progresos escolares y los estimulaba en toda forma. Cuando murió otro niño inoculado, Pelletier, estalló en sollozos. Durante tres años se dió tiempo para corregir día a día los deberes escolares del niño Eugenio Viala, ayudante de su laboratorio.

Revelaba también su sensibilidad cuando entristecía contemplando la trágica dualidad que lleva a los hombres de ciencia a incrementar, prolongar y embellecer la vida, mientras ésta se sacrifica por millares en los campos de batalla. Y la reveló, en fin, cuando al año de terminar sus estudios académicos, hechizado por la figura de Lamartine, defendió, con las armas, en la urbe parisiense, la "santa causa de la República".

Con la pasión y la sensibilidad nada hubiera hecho si careciera de imaginación, de capacidad para asociar ideas, lejanas para el común de los mortales. Tan rico era de imaginación que a veces hacía esfuerzos por contener su vuelo y someterla al severo contralor de la realidad. Con la imaginación generosa tejió el hermoso poema de su vida y de sus obras. Ella ha sido el vivo hontanar de sus inventos, de su profunda actividad creadora.

Sus descubrimientos se escalonan. Preocupado con un descubrimiento, un detalle que escapa a todos pero no a su penetración zahorí, le pone en caminos del próximo descubrimiento. Sus hallazgos científicos se sugieren mutuamente. Así es como por una de esas asociaciones rápidas, inesperadas, remotas del genio, salta con la mayor naturalidad de la cristalografía al estudio memorable de los fermentos. "Si yo pongo — se decía — una de las sales del ácido racémico, el parartrato o racemiato de amoníaco, por ejemplo, en las condiciones ordinarias de la fermentación, el ácido tártrico derecho fermenta solo, el otro continúa en el licor". Esta es la puerta que lleva a Pasteur del mundo de los cristales al mundo de los fermentos.

Al probar que las fermentaciones son determinadas por agentes vivos infinitamente pequeños, planteaba de hecho el problema de la generación espontánea. Resuelto en sentido negativo por sus célebres experimentos, surge en su mente la convicción de que esos microscópicos agentes son los causantes de las enfermedades infecciosas. Y por último, después de sentar este principio, que importaba introducir una revolución en medicina, edificándola sobre nuevas bases, por otro encadenamiento lógico, llegó a demostrar, en el caso del carbunclo primero y de la rabia después, que el cultivo atenuado del microbio es susceptible de transformarse en vacuna.

De tal guisa se ensamblan y vinculan todos los descubrimientos de Pasteur. Siendo tan variados parecen uno solo. Pertenecen a los más variados dominios de las ciencias. Pasteur en persona no era más que químico. Sus descubrimientos le llevan a

invadir los otros campos y a fundar la medicina moderna ¡oh poder del genio! — sin ser médico.

Pasión, sensibilidad, imaginación no bastan, para explicar el genio de Pasteur. Había en él una voluntad de hierro y un crítico despiadado de sí mismo. Todos sus descubrimientos e inventos iban acompañados de largas polémicas. No se echa fácilmente al suelo un sistema de ideas anticuadas y un largo rosario de prejuicios. "La naturaleza tan emotiva de Pasteur, dice su biógrafo, estaba extrañamente asociada a un temperamento de luchador". Es preciso no olvidar que estas asociaciones son bastante comunes en el genio. Pasteur era un gran luchador. Reveló una voluntad leonina en el combate sin tregua que emprendió. Tal vez no desplegó Napoleón, en el orden de sus actividades, mayor energía voluntaria que Pasteur en el suyo. Con el agregado a favor de éste que su voluntad no era impulsiva, sin dejar de ser dinámica. Era más reflexiva y consciente, y por lo mismo más alta y esclarecida.

La inhibición se exteriorizaba, también, en el formidable espíritu crítico que le asistía.

"Tened el culto del espíritu crítico — recomendaba a sus discípulos al inaugurar el gran instituto que inmortaliza a su nombre. Reducido a sí mismo no es un suscitador de ideas, ni un estimulante de grandes cosas. Sin él, todo es caduco. Siempre pronuncia la última palabra. Lo que os pido, y lo que pediréis a vuestro turno a los discípulos que formaréis, es lo que hay de más difícil en el inventor".

"Creer que se ha encontrado un hecho científico importante, poseer la fiebre de anunciarlo y contenerse durante días, durante semanas, "en ocasiones durante años, combatiéndose a sí mismo, esforzándose en arruinar las propias experiencias, y no proclamar su descubrimiento sino cuando se han agotado todas las hipótesis contrarias", es una ardua tarea".

Pasteur la llenó en forma magistral. Merced a ella perduran sus descubrimientos.

¿Necesitamos hacer entrar en juego alguna cualidad nueva para explicarnos psicológicamente el genio de Pasteur? No

lo vemos. Equipado con las nombradas ya está completo. Podríamos repetir este examen con cualquier otro genio científico, artístico, filosófico, político. Llegaríamos a análogas conclusiones. Amalgamadas en forma diferente, llevando en cada genio un sello personal, siempre encontraríamos las cuatro cualidades, Suprímase una o dos de ellas y el genio se desvanece.

A MODO DE CONCLUSION.

Acabamos de ver cuales son los complejos elementos psicológicos que fusionados en admirable síntesis producen los fulgores del genio.

No un solo factor: juicio, sentimiento o voluntad (algunos de ellos muy desarrollados en muchos hombres medios) sino la armoniosa convergencia de una sensibilidad rica y exquisita, una pasión firme y poderosa, una infatigable y amplia imaginación creadora con la vasta red de anastomosis mentales que presupone, un hondo poder crítico y reflexivo, asentado sobre una intensa capacidad de inhibición voluntaria.

Acaso se objete que se trata de una síntesis complejísima siendo difícil que tales elementos obren de consuno, en alto grado, en un solo hombre.

Rarísima, en verdad, es esta síntesis, en proporciones tan magnas, máxime cuando las condiciones sociales y pedagógicas no tienden a favorecerlas, antes bien a obstaculizarlas y aniquilarlas.

Por lo mismo, no abundan los genios.

Condiciones sociales del genio

La libertad de pensamiento e investigación. — La descentralización cultural. — El factor étnico. — La psicología de los pueblos. — El factor educacional. — El medio inmediato. — El factor económico. — Función social del hombre de genio.

El genio solo brota en terrenos propicios. Por esto nótase en la vida de los pueblos períodos de apogeo en que surge en número sorprendente y siglos enteros en que la entraña social se mantiene estéril en lo tocante a su producción.

No cabe duda que una serie de condiciones favorecen la eclosión genial. Indicaremos algunas — las principales —y discutiremos otras que gozan de gran predicamento.

LA LIBERTAD DEL PENSAMIENTO E INVESTIGACION

En el medio social debe reinar, por de pronto, amplia libertad de pensamiento y de investigación. Sin ella el genio, aunque surja, tropezará con graves dificultades y no dará todos los frutos que legítimamente de él podría esperarse, cuando no es arrancado de raíz como planta maldita.

¿A cuántos genios tronchó su carrera o ahogó en gérmen la Inquisición? Es incalculable el daño producido por el Santo Tribunal. En algunos países, como en España, apenas permitió un tímido balbucear de las ciencias.

La prodigiosa riqueza, la infinita variedad y la esbelta armonía del pensamiento griego se debió — lo reconocen unánimemente sus historiadores — a la falta de una casta sacerdotal tiránica que tratara de reprimir con acres admoniciones y persecuciones temibles las nobles audacias del pensamiento.

Durante el Renacimiento el clero católico tornóse muy tolerante. Los papas, que participaban de la general liviandad de costumbres, tuvieron el acierto de alentar a los grandes artistas. La libertad produjo su cosecha inmortal. El arte y la ciencia desenvolviéronse en forma prodigiosa. De estar en vigencia los cánones asfixiantes de la Edad Media jamás se hubiera producido el soplo fecundo y sublime del Renacer.

Holanda, culturalmente hablando, fué el país más adelantado en el siglo XVII, merced a su superior grado de tolerancia y a su fino sentimiento de la libertad intelectual. "Por la cultura y la instrucción — escribe Taine — así como por el arte de organizar y de gobernar llevan dos siglos de adelanto a la Europa. Apenas si se encuentra entre ellos algún hombre, mujer o niño que no sepa leer o escribir" (1609). "Sienten la dignidad de la ciencia Leyden a quien los estados generales proponen una recompensa después de su heroica defensa (contra los ejércitos españoles) pide una universidad".

"Allí se refugia la filosofía echada de Francia; durante el siglo XVII Holanda es el primero de los países pensadores. La ciencia positiva halla allí su suelo natal o su patria prestada".

Suiza que por siglos ha gozado de libertad y ha sido asilo de los perseguidos por las religiones ofrece, proporcionalmente a su población, el más alto tanto por ciento de hombres de ciencias según de Candolle. "La emigración de hugonotes del siglo XVI, escribe el mismo autor, "fué la que dió más por que tenía mejores disposiciones y era la más desinteresada". De uno de esos emigrados descendía Rousseau. Odín comprueba, a su vez, que los pastores protestantes, evidentemente más libres, han producido un tanto por ciento mayor de hombres de letras que los católicos. Además. "Los pastores protestantes han dado más

hombres de letras de talento que los eclesiásticos católicos, a veces tres y siete veces más" (1). Mares de sangre costó la conquista de la libertad de pensamiento, la más altiva de las libertades. — Y, sin embargo, mucho tenemos que andar aún para consolidarla definitivamente. La Inquisición no existe ahora como institución orgánica y visible. Pero parece como difundida en la atmósfera social. De aquí las reservas mentales, las hipocrecías, la astucia de muchos pensadores. Quien piensa con completa libertad y exterioriza claramente su pensamiento y luego coloca su corazón y su brazo a la altura de su pensamiento es en nuestros días casi un héroe. ¿Cuando se afirmará de modo difinitivo esta sencilla verdad: pensar no es un crimen; crimen es ocultar, disfrazar, velar el pensamiento? Cuando esto suceda el genio florecerá con mayor vigor y la sinceridad será una poderosa fuerza social y ética, en lugar de constituír una seria desventaja en la lucha por la existencia.

II.—LA DESCENTRALIZACION CULTURAL

El excesivo centralismo cultural daña al desarrollo del genio. Una de las condiciones que facilitó el alto desenvolvimiento cultural de Grecia fué la ausencia de todo centralismo. Y en las colonias el pensamiento alcanzó a un grado en nada inferior al de la metrópoli.

Entre los pueblos modernos se ha observado que en Francia, país de acentuado centralismo, la producción de grandes hombres se limita a París, mientras las naciones que gozan de cierta autonomía cultural y política — como Suiza, Alemania, Inglaterra, Italia — surgen grandes hombres en todos sus rincones, por la multiplicación de los focos de cultura superior.

Los países sudamericanos, especialmente la Argentina, hechizados por sus capitales, no fomentan el hâbito de la inicia-

(1) De Candolle: Ob. cit., p. 389 y sig. Odín: Ob. cit., tomo I, p. 483.

tiva propia, en sus zonas interiores y periféricas. Todo lo esperan de la acción centrífuga. Infringen con ello un daño terrible a la cultura que necesita de la colaboración activa de todos los pueblos y de todos los hombres.

III.—EL FACTOR ETNICO.—LA PSICOLOGIA DE LOS PUEBLOS

Se dirá que olvidamos el principal factor: el étnico. Asunto discutidísimo, discurramos algunos minutos sobre él. Para Gumplovitz la historia humana es una eterna lucha de razas. Miles de ejemplos prueba el error de esta hipótesis; el más reciente, la última guerra. Evidentemente hay más afinidad ntre ingleses y alemanes que entre ingleses, indios y sudafricanos o entre alemanes y turcos. Sin embargo, han luchado entre ellos como hubieran luchado juntos y así lo hicieron en otra época — lo mismo los aliados de hoy día — si los intereses predominantes lo reclamaran con su lenguaje de hierro y fuego.

Gobineau ha sido el principal precursor no sólo de la importancia fundamentalísima acordada al factor étnico sino el corifeo más empeñoso de la teoría de la degeneración de la especie por la mezcla de razas. Considera que "los prejuicios de la nacionalidad, d la patria y de la ley, valores nominales y ficticios, no pueden borrar la acción radical y capital de la raza" (1). Sienta como premisas básicas que la cuestión étnica domina todos los otros problemas de la historia" y que "la desigualdad de raza es suficiente para explicar todos los encadenamientos de los destinos de los pueblos".

La raza aria, en su opinión, es la única dotada de cualidades superiores. Su sangre constituye el más inapreciable de los tesoros, a condición de no combinarla con la de otros troncos étnicos, en cuyo caso degenera fatalmente. La raza germánica — sientan los partidarios de esta teoría — es la única pura, feliz "heredera directa de la Grecia clásica, de la Grecia trágica y mitológica, de la Grecia homérica, heroica y sagrada".

(1) Gobineau: "Essai sur l'inegalité des raes humaines". Introduction, XI.

Recientemente un discípulo de Gobineau y Nietzsche ha pretendido dar fundamento científico a esta concepción. Inventa una clasificación simplísima de las razas. La rotula *bio - psicológica o psico - sexual*. Responde a ciertos fantásticos caracteres sexuales, existentes únicamente en la imaginación mitológica de su autor. Comprende dos grupos: los *Blancos puros* y los *Blancos impuros, Amarillos* y *Negros*. Los primeros, seres superiores, arianos, abarcan a los germanos, los francos puros y los nórdicos (escandinavos, normandos y anglo-sajones). Los segundos, seres inferiores, mestizos, abrazan a los celta-eslavos, los alemanes actuales, los galorromanos, los semitas y demás razas (1).

Expuesta la teoría gobiniana parécenos obvio criticarla minuciosamente. La mencionamos porque la guerra, en cierta forma, la ha actualizado, siendo explotada ora a favor de los alemanes, ora a favor de los ingleses y escandinavos y porque siempre ha contado con defensores apasionados.

Esta teoría persigue un doble propósito, no disimulado por sus abanderados: justificar como empresa santa el *imperialismo étnico* de los germanos y dar una base *natural* al régimen ya no de las *clases sociales* sino de las *castas*. Incontaminada de sangre inferior la raza germánica es la única capaz, según Gobineau, de ejercer la hegemonía del mundo y de sostener victoriosamente el principio de aristocracia, fuente de todo progreso. Por supuesto, no una aristocracia abierta y liberal, sino una aristocracia hermética, impenetrable, como las castas brahmánicas. "La casta —afirma paladinamente el famoso conde — es lo único que puede regenerar al mundo. Los brahmanes han honrado al espíritu humano" (id., II, 388). Síguese de aquí que la democracia es funesta y "proviene de la adulteración de la sangre germana y es ella la causa de la degeneración entera

(1) Sppiess: "Imperialismes. La conception gobinniene de la race. Su valeur au point de vue bio-psychologique". París-Ginebra, 1917.

de la humanidad por el mestizaje" (1). Sus vistas sobre el porvenir humano son muy pesimistas. La especie caerá "en la decrepitud final por ausencia y disolución de la sangre aria".

Ejemplifica con el caso brahmán. Precisamente se trata del ejemplo más desfavorable a su tesis. Durante miles de años los brahmanes han cuidado celosamente la pureza de su sangre — su blasón y orgullo — no han escapado al profundo sopor que los domina. Víctimas de la consanguinidad hubieran caído en la degeneración más completa a no mediar las imperiosas violaciones al principio de casta, originándose al lado de las castas tradicionalmente admitidas, cerca de cincuenta sub-castas superpuestas (2). La más degenerada, cabalmente, es la *genuína* aristocracia india, los Rajputana, en la cual, debido al crimen del infanticidio, cometido con insólita frecuencia, no se registra en algunas villas en *doscientos* años el nacimiento de ninguna hija (3). A mayor abundamineto recordemos que desde Morel, autor que ha estudiado el fenómeno de la degeneración con miras biológicas incomparablemente superiores, se recomienda como el procedimiento más eficaz para regenerar a la especie el cruce de razas y el repudio de los matrimonios consanguíneos (4).

Ingenuo es, por otra parte, sostener en nuestros días — como lo hacen Spiess y Houston Steward, Chamberlain — la exitsencia de razas puras. Discípulos de Gobineau, ambos interpretan a favor de sus simpatías afectivas la teoría del maestro. Mientras para Spiess los alemanes actuales forman una raza mezclada y, por lo mismo, degenerada, para Chamberlain es la única pura y en ella nos es dado contemplar un espectáculo maravilloso: el renacimiento del genio, del vigor, de la lucidez y

---

(1) Gobineau: Ob. cit., I, 20. Ver igualmente Ammón: "L'ordre social et ses bases naturelles". París, 1900. Lapouge: "Les sélections sociales". París, 1896 y las obras de Nietzsche.

(2) Ver Bouglé: "Essai sur le régime des castes". París, 1908.

(3) Ver Paul Boell: "L'Inde et le probleme indien".
y siguientes.

(4) Morel: "Traité des dégénérescences". París, 1857, ps. 497

de la profundidad de la Grecia antigua (1). Y a semejanza de otros sostenedores de la misma doctrina pone todo su empeño en demostrar que los artistas más eminentes del Renacimiento descendían de la raza germana.

No existen actualmente pueblos de civilización adelantada étnicamente puros. De existir y jactarse de ello podría repetírsele lo que Antístenes dijo de los atenienses que se vanagloriaban de ser indígenas de Atica: que en esto "no eran de mejor condición que los caracoles y las langostas (2) Sólo los pueblos aislados y salvajes son puros. Los que mantienen un activo intercambio, los que se hallan envueltos y vinculados por un plexo intrincado de intereses económicos e intelectuales, forzosamente se mezclan. Y lejos de degenerar, descuellan. Acaso sea Florencia — asevera Lombroso — la población étnicamente más heterogénea de Italia. Hervideros de razas han sido Inglaterra, Francia y Alemania. Los franceses tienen mucho de alemanes, y los alemanes de franceses (3) Escocia, amalgama de razas diferentes, ha producido "sin la sombra de una duda" la cifra más elevada de grandes hombres de Inglaterra (4) La Grecia — al contrario de lo avanzado dogmáticamente por los gobinistas — era un pueblo muy mezclado — y lo que es más singular — según recientes investigaciones — llevaba diluída en sus arterias una proporción muy respetable de *sangre morena* (5). Sobre esta fusión étnica asentó la Grecia las cualidades multifacetadas, poliédricas, de su genio admirable. Y en los días que corren, ¿no brillan los focos más intensos de la alta cultura en las grandes urbes, esto es, en los sitios donde los pueblos se entremezclan y amalgaman activamente?

---

(1) Chamberlain: "La genése du dix-neuvieme siécle". T. I y II.

(2) Diógenes Laercio: "Vidas, etc.". Tomo II, p. 319.

(3) Finot: "El prejuicio de las razas".

(4) Galton: "English men of science". Londres, 1874. Havelock Ellis: "A study of British Genius". Londres, 1904. Sobre 146 talentos superiores, 46 son anglo-franceses, según Havelock Ellis.

(5) Eleutherópulos, pensador griego moderno, entre otros autores, consigna este dato.

El brusco surgimiento a la vida moderna del Japón, seguido, aunque con mayor lentitud por la China, corrobora hasta qué extremos se ha delirado con la cuestión de las razas. Un sabio alemán que las ha estudiado a fondo, consigna que los estudios étnicos comparativos "parecen más encaminados a disminuir que aumentar la fuerza de las diferencias antropológicas de las razas tradicionalmente aceptadas" y más que en cuestiones propiamente raciales las diferencias entre pueblos salvajes y pueblos civilizados estriban en que éstos "han trabajado y adquirido más" "han vivido más rápidamente" y, sobre todo, "han conservado lo que iban adquiriendo y aprendido a sacar de ello la debida utilidad" (1).

Notemos, por otra parte, que a veces entre pueblos que pertenecen a la misma raza existen diferencias casi abismáticas. ¿Abismos insalvables? A ningún pueblo le está vedado, por razones étnicas, el camino de una cultura honda y fina y de una civilización floreciente.

La frivolidad y la ligereza de los estudios de antropología étnica es puesto de relieve por el ruidoso fracaso de la tan cacareada división de la especie en *dolicocéfalos* y *branquicéfalos,* cuyo antagonismo formaría el fondo trágico de la historia. Un buen día se descubrieron en pleno corazón del Africa razas salvajes de cráneos que se consideraban como un pergamino aristocrático de las *razas superiores* (2). Veinte bibliotecas de disparates quedaron instantáneamente pulverizadas.

La técnica suele ser el campo donde mejor se señalan las diferencias entre los pueblos. Confiere una superioridad relativa que perdura más o menos tiempo. Pero esas diferencias — como las que se perciben en todas las actividades humanas — no son específicas y, por lo tanto, eternas. Un pueblo puede ser más inteligente que otro y hallarse más retardado en su evolución. Los polinesios, por ejemplo, que han dado muestras de

(1) Ratzel: "Las razas humanas", ed. cast. Barcelona, 1888-89, ps. 2 - 7.

(2) Ver Finot: "El prejuicio de las razas".

superar intelectualmente a los negros, están desde hace cien años por debajo de aquellos "debido a la ignorancia de la alfarería y de la metalurgía" (1).

Las investigaciones a lo Gobineau se proponen deliberadamente legitimar y conservar encendido el fuego de los sentimientos castocráticos e imperialistas y mantener en la esclavitud a los pueblos en homenaje a un puñado de magnates infatuados de su gallarda prosapia y de su "limpio linaje" que les harán el impagable favor de gobernarlos y conducirlos uncidos al matadero. Como asevera Scilliére (2) son místicas las raíces psicológicas del sentimiento imperialista. Hundidas en las capas más hondas de la subconciencia, fuertemente impregnadas de ancestral religiosidad, las alimentan el ansia vehemente de dominación, la *voluntad de poder* que el lirismo de Nietzsche exaltara en todo apocalíptico. El misticismo se advierte fácilmente en los apóstoles del imperialismo, especialmente en pangermanistas a lo Gobineau, Nietzsche y Treitschke, en pananglicanistas a lo Cecil Rohde y en paneslavistas a lo Dostoievski. Ninguno de ellos pregona la dominación por las satisfacciones materiales que procura. No. Alientan propósitos éticos, si bien perjudiciales hasta lo monstruoso. Quieren febrilmente, a su modo, que la especie humana se supere y conciben una moral austera cuyos cánones prescriben — tales los casos de Gobineau y Nietzsche — una gran rigidez en las costumbres y un trágico despliegue de la voluntad. Semejantes ideas son, por eso mismo, doblemente repudiables. En la práctica se las emplea para disimular, bajo la seductora túnica de una elevada idealidad, vulgares empresas de conquista. Un acendrado sentimiento ético germina en el corazón del hombre; pero la más grosera economía gobierna al mundo, en cuyo servicio aquel es arteramente bastardeado y sacrificado Don Quijote dictó sublimes máximas

(1) Deniker: "Races et peuples de la terre", p. 149.

(2) Seilliére: "La philosophie de l'Imperialisme". París, 1911. Ver igualmente Seilliére: "Le comte de Gobineau et l'aryanisme historique". París, 1903.

de gobierno y de justicia, más la ínsula famosa fué regida por Sancho Panza. Sigue rigiéndola.

Los motivos psicológicos no alcanzan, por sí solos, a explicar el imperialismo. Son a su vez reflejo de otras causas. El imperialismo obedece a una transparente razón de dominación financiera y económica: la hegemonía comercial e industrial del globo.

La ciencia no es la mística, ni apela a la lógica afectiva, ni canta salmos ardientes a las castas. La ciencia es observación metódica y objetiva, razón desprejuiciada. Las investigaciones a lo Gobineau carecen, en absoluto, de todo valor. Castillos de bestiales paradojas y crueles falsedades la guerra las ha enterrado para siempre.

*

* *

La *psicología de los pueblos* ha sido otro semillero de prejuicios, donde por una verdad espigada se han echado a rodar mil errores y sofismas. Cada pueblo tiene sus características, producto de una comunidad, de una convivencia milenaria, de una evolución compleja. Pero estas características no han cristalizado en forma a establecer diferencias específicas e inmutables con los demás pueblos. Cada pueblo modifica sus hábitos y costumbres a medida que cambian las circunstancias a las cuales debe adaptarse. El pueblo francés del siglo elegante y voluptuoso de Luis XV no era el pueblo francés de la gran revolución, ni el de Napoleón, ni el de la actual guerra. El pueblo alemán dulce y sentimental de la era de Goethe y Schiller no es el férreo pueblo alemán de Bismarck y Guillermo II. El pueblo ruso de Pedro el Grande no es el pueblo ruso que forja nuevos sentimientos y costumbres y que acaso elabore el tipo de la nueva humanidad.

Los pueblos no han podido superar la división universal en dos clases. Hay más comunidad de sentimientos, de hábitos e intereses entre un obrero escandinavo y un obrero francés y entre un millonario escandinavo y un millonario francés que

entre un obrero y un millonario francés o entre un obrero y un millonario escandinavo.

Escribe Kant: "Siguiendo las diferencias de nacionalidad y de clima el genio parece llevar en sí gérmenes originales particulares y se desenvuelve diferentemente. Se muestra en el alemán en la raíz, en el italiano en la corola, en el francés en la flor y en el inglés en el fruto". (id., p. 176).

Por ingeniosísimas que a primera vista parezcan estas palabras ¿no pecan por encerrar una generalización demasiado rápida y liviana? Los dos genios que por remontarse a la más recóndita raíz destruyeron sendos prejuicios funestísimos a la salud mental de la especie — el geocéntrico y el antropocéntrico, respectivamente — Copérnico y Darwin — no fueron alemanes. Leonardo y Galileo no se detuvieron en la corola, Descartes y Pascal en la flor ni Newton o Locke en el fruto. Todos los pueblos son como un árbol cuyos genios, siguiendo una vocación ingénita, brotan indistintamente en la raíz, en la corola, en la flor y en el fruto. Todos esos árboles entretejen sus raíces en el mismo suelo y absorben por sus copas la luz del mismo Sol. La cultura y la civilización son obras colectivas. El secreto de los grandes pueblos consiste en que saben asimilar elementos heterogéneos de los demás pueblos, agregarles los propios y fundirlos en unidad armónica y espléndida. Lo conocían a maravilla los griegos. "Nada hay más propio que los dioses en un pueblo y los griegos a excepción de Zeus son de origen extranjero lo mismo que sus héroes" (1).

No se concibe al Renacimiento sin la fúlgida luz de la antigüedad helénica. Nada orgullece tanto a Francia como la epopeya de su gran revolución, preparada ideológicamente por los enciclopedistas y los grandes escritores del siglo XVIII. Y bien: esos escritores han seguido en filosofía y en política a Bacon, Newton y Locke, cuyo libro sobre las instituciones civiles alcanzó enorme difusión. Ninguno de ellos niega la decisiva in-

(1) Curtius: "Historia de Grecia"; trad. cast. Madrid, 1887, tomo I, p. 72.

fluencia de los autores ingleses. Nadie oculta su admiración por las instituciones políticas británicas Diderot hasta exagera el lenguaje cuando confiesa que "es claro para todos los que tienen ojos, que sin los ingleses la razón y la filosofía se hallarían aún en la infancia más despreciable en Francia y que sus verdaderos fundadores entre nosotros, Montesquieu y Voltaire, ha nsido los escolares y los sectarios de los filósofos y de los grandes hombres de Inglaterra" (id., tomo XII, p 154). Olvida a Descartes intencionadamente, porque estaba persuadido que su filosofía favorecía la causa de la reacción.

Schiller declara en forma paladina que "los alemanes habían tenido por únicos guías a los griegos y a Shaskepeare". Después de 1830 era una moda reprochar al astro mayor de la literatura alemana, Goethe, "su indiferencia política, sus sentimientos aristocráticos, su patriotismo poco acentuado. Se le acusaba de planear en el éter bien por encima de las naciones y de los partidos, de no amar más que las ideas eternas, de prestar más interés a una discusión científica del Instituto que a la revolución de Julio y de no admitir más que una literatura, la literatura universal". Pero gracias a estas cualidades del autor de *Fausto* Alemania ha sido, como dice el sabio Du Bois Reymond, de quien tomamos las anteriores palabras, "un puerto universal abierto a los navíos cargados de tesoros intelectuales, cualquiera sea su pabellón" (1). Esta es la verdadera razón del prodigioso desenvolvimiento científico técnico y artístico alcanzado por Alemania antes de la guerra. Sería insensato negarlo.

Estos ejemplos, fácilmente multiplicables, evidencian que los acontecimientos más extraordinarios en la vida de los pueblos son determinados por la sabia incorporación de elementos tomados al extranjero y no por fuerzas puramente autóctonas, como el espejismo patriótico se empeña inútilmente en demos-

(1) Du Bois Reymond: "Goethe". (Discurso pronunciado en su calidad de Rector de la Universidad de Berlín el 15 de octubre de 1882).

trar. Evidencia, también, cuán fecunda sería una colaboración íntima de todos los pueblos, qué mágico poder adquiriría la cultura universal si todos fraternizaran en su elaboración. Comprueba lo absurdo de atribuir cualidades específicas y eternas a los pueblos, que es como oponer una barrera y encerrar en un molde hermético la fuerza plástica, flexible, del espíritu humano. He aquí una definición sagaz del Renacimiento de un pueblo: *un renacimiento es sencillamente la fecundación del pensamiento nacional por el pensamiento extranjero.* "Ni un artista, ni una sociedad de artistas, podrían renovarse — *ser algo* — o renovar el arte sin una influencia extraña" (1).

Los pueblos pasan por períodos, a veces largos, de eclipse y hasta de franca decadencia. Pero a muchos la historia los ha visto caer para levantarse a mayor altura. Ríos de tinta han corrido para demostrar la decadencia irremediable de los pueblos llamados latinos. Ni estos ni ningún otro pueblo moderno son susceptibles de un diagnóstico tan severo. "No se puede excluir la posibilidad de una segunda y de una tercera eflorescencia intelectual de las nacionalidades latinas" (2). Todos los pueblos poseen gérmenes vigorosos de renovación, caudales infinitos de energías al estado potencial. Basta con que se inflamen por un alto ideal para que reverdezcan con esplendor, y se sientan rejuvenecidos por la savia de una nueva primavera.

IV.—EL FACTOR EDUCACIONAL

El genio es como una antorcha que puede encenderse al contacto del propio fuego pero es más común que sea encendida por la acción de una sugestión extraña y adquiera todo su brillo mediante una educación adecuada.

Se habla de genios ignorantes. Cítanse entre los más excelsos a Shakespeare y a Cervantes. Se exagera muchísimo. De Shakespeare conocemos por el precioso verso de Ben Jonson que sabía "poco latín y menos griego"; no podía ser, entonces,

---

(1) Azorín: "Clásicos y modernos", p. 305.

(2) Morselli: "Antropología générale". Tomo III, p. 1333.

un ignorante supino. Ahora, que nos maravillemos con Ben Jonson que con tan escaso bagaje en idiomas clásicos Shakespeare compusiera dramas perfectos sobre la antigüedad grecoromana es otra cosa. Debe atribuirse al mecanismo psicológico de los genios: un gran poder imaginativo que les permite, artistas, con pocos datos representarse toda una civilización y pintarla con los colores más admirablemente realistas, una capacidad inmensa de asociación mental que, a base de escasos elementos primarios, construye o reconstruye todo un mundo. En esto estriba el valor y la excelencia del genio.

Dotado Cervantes de una retina penetrante y límpida sus peregrinaciones por el mundo constituyeron su mejor universidad. Su curiosidad era universal. En su afán de instruirse recogía hasta los papeles de la calle para leerlos. Shaskepeare y Cervantes fueron auto-didactos, como tantos otros genios. Esta suele ser la más segura de las pedagogías.

La instrucción universitaria disciplina la mente pero atenta contra su originalidad. Profesores universitarios de la talla de Kant y de Ostwald lo certifican. "El mecanismo de la instrucción — escribe Kant — que constriñe constantemente al alumno a la imitación es siempre contraria a la eclosión del genio con miras a la originalidad". (id., p. 173). "La escuela con su organización — dice Ostwald — es un aparato propio para aniquilar toda originalidad personal en aquellos que le son confiados", tanto que es necesario que la eviten "los individuos especialmente dotados". (id., p. 237) (1). Los futuros inventores — adelanta en otra parte Ostwald — "son malos escolares" y "son los que resisten más enérgicamente a la forma de desenvolvimiento intelectual que la escuela busca de imponerle" (id., p. 28).

Sin embargo, el genio acusa su vocación, casi siempre a

(1) Participan de una opinión parecida el sociólogo norteamericano Ward y el psicólogo y pedagogo suizo Claparede. Ver Ward: "Los factores psíquicos de la civilización". Claparede: "Psychologie de l'Enfant". Ginebra, 1916.

tierna edad. Newton no era un alumno aplicado en la escuela. Pero de retorno a su casa construía aparatos que eran la maravilla de cuantos los contemplaban. "La escuela como educación — confiesa Darwin — fué para mi un simple cero". En cierta ocasión le reprendió su padre: no os ocupáis más que de la caza de ratas "y seréis una vergüenza para vuestra familia y para ti mismo" (1) (!!). Comprobando más tarde que no servía para la medicina le quiso hacer seguir la carrera de clérigo (!!). En aquel niño que cazaba con tanto entusiasmo ratas estaba contenido, todo íntegro, el insigne naturalista futuro.

Estos hechos dan la medida de la poca perspicacia de los educadores y de los padres en descubrir la vocación de los niños. No se estudia amorosamente las inclinaciones de cada alumno. Se les quiere obligar a observar un patrón uniforme, procedimiento bárbaro contra el cual nunca se protestará lo suficiente.

Con la misma brutalidad con que se aplasta un insecto se anonada el sentimiento inventido en los niños y en la juventud, el vivo afán de penetrar en todas las cosas, la curiosidad intensa y universal, como si el desarrollo de la inteligencia no guardara una relación directa con la agudeza de la curiosidad en el educando. Los resortes psicológicos puestos en juego de preferencia son los de la adaptación pasiva, la obediencia ciega, la imitación simiesca a todo trance. De aquí la fatiga y el aburrimiento. Las cosas se hacen o no se hacen. Hechas, deben ser engendradas con amor. De lo contrario, es preferible no hacerlas. Es inmoral trabajar sin gusto, sin afecto, por la cosa trabajada. Principio de ética superior que menos tiene en cuenta la educación vigente.

En un excelente esquema Claparéde ilustra como con los métodos pedagógicos vigente se vá del *juego inferior al trabajo forzado*. Así se quiebran miles de inteligencias, en lugar de estimularlas, llevándolas por la vía de las distracciones y goces ha-

(1) Darwin: "La vie et la correspondance de, etc.", p. 36 y 37.

bituales a la zona del trabajo superior, en la cual la actividad espontánea del artista y del científico cosechan los placeres más gratos y duraderos.

La libertad de crítica, la formación de un juicio certero y preciso son dificultadas en toda forma. Se inculca supersticioso respeto por las instituciones tradicionales. No se desarraigan los peores prejuicios: más bien se los ahonda. En la reciente catástrofe bélica ninguna universidad pronunció la palabra de cordura y cordial humanidad de ella esperada. Rivalizaban con fervor en atizar el fuego de la colosal hoguera. Según una expresión gráfica de John Lubbock: "Los prejuicios se adhieren al espíritu como los fósiles a las rocas". La educación debiera ser el fermento que los destruye en su raíz inveterada mediante el instrumento de la crítica, libre y sagazmente ejercitada.

Los valores pedagógicos no son valores autónomos, son valores subordinados. Se forman autómatas, no voluntades firmes y rectas, cerebros esclarecidos.

Todo indica que la pedagogía tendrá que cambiar de orientación. Habrá de emprenderse una labor gigantesca de reeducación, cambiar sustancialmente el contenido y los métodos usados hasta ahora, cuidar más que de atiborrar el cerebro de conocimiento mecánicamente incorporados, de dar vuelo y flexibilidad al alma, señalar clarar y fundamentales normas directoras, colocar al trabajo como piedra fundamental del edificio pedagógico, descubrir a los ojos de los educandos horizontes infinitos y facilitarles los instrumentos que ayudan a explorarlos, avivar y disciplinar la curiosidad intelectual, comunicar nobleza a los sentimientos, timbrar de dignidad la conducta: en una palabra, desarrollar todas las fuerzas del niño, sin mutilarlas, sin secarlas en sus fuentes. "Los griegos se preocupaban, no de acumular en la inteligencia de los jóvenes nociones científicas de toda clase, sino de provocar y desarrollar sus fuerzas nativas, y acostumbrarlos desde temprana edad a dirigir por esfuerzos bien combinados, hacia un objeto digno de ser

perseguido, todas las facultades del alma y del cuerpo" (1). Ese objetivo digno de ser perseguido en nuestros días bien puede ser la concordia y el perfeccionamiento físico, intelectual y ético de todos los hombres y de todos los pueblos.

Insistimos sobre la educación por que es un factor primordial en la formación del talento y del genio. Asignamos al término educación un sentido amplio: excede en mucho las cuatro paredes de una escuela o una universidad.

Odín en su valioso estudio sobre la génesis de los hombres de letra franceses estudia la acción de cada uno de los medios y concluye que el principal de todos es el educativo, determinado, a su vez, por el medio social y económico. "La fecundidad respectiva de las localidades en gentes de letra notables reposa esencialmente sobre los recursos educativos que pone a la disposición de sus habitantes". "De 817 hombres de letra de talento de los cuales se conoce el medio en que vivieron 811 tuvieron instrucción buena y 16 mediocre o nula" (id., p. 516).

La educación suele ser hoy una traba. Debe ser un incentivo y un fermento mental y ético. Los talentos y los genios brotarán en ese caso, con mayor fuerza y los hombres no serán simple autómatas en el complicado rodaje social.

V.—EL MEDIO INMEDIATO

Un medio que tiene enorme influencia en la formación de los hombres de genio es el que denominamos medio *inmediato*, vocablo que nos parece más expresivo que el de medio *local*, porque ese medio corresponde lo que está más cerca, más íntimamnte ligado al genio: la familia, los amigos, la mujer que ama, los libros y los maestros que encienden su entusiasmo, despiertan su vocación y estimulan las fuerzas ocultas y poderosas que dormitan en el fondo de su ser.

Forma un *ambiente especial* dentro del general ambiente. En él encuentra lo que no encuentra en otra parte. Cuando en siglos pocos propicios surgen espíritus libres de la talla de Petrarca o

---

(1) Curtius: Ob. cit. Tomo IV, p. 6.

de Rabelais o astrónomos de la talla de Copérnico, maravilla pensar cómo se defienden de la absorción nefasta del medio que les rodea: el *medio especial,* el *medio inmediato* de que hablamos juega en esta emergencia el papel de un baluarte inexpugnable, de una fuerza aisladora y escasamente permeable a las preocupaciones y a los prejuicios del gran ambiente. Leyendo la loa que Petrarca entona a los libros nos damos cuenta del poder de abstracción que poseía para sostenerse en plena Edad Media, sin dejarse absorber por ella, y presagiar, envuelto en ese como efluvio de grandeza que emanaba de la antigüedad, la amplitud de espíritu, la universalidad de conocimientos que caracterizó al Renacimiento. Tales genios — en especial Copérnico y Rabelais — contaron con amigos esclarecidos que se ayudaban y estimulaban recíprocamente y que debieron reir de la miopía y de la estrechez mental de sus contemporáneos. Cuando Galileo se dispuso a exponer públicamente el sistema de Copérnico debió pensar cuán valiosa era para él los nobles incentivos que desde Alemania recibiera de Kepler. Los escritores revolucionarios de la Francia del siglo XVIII también se sostenían mutuamente. Esto los tornaba fuertes. Goethe y Schiller formaron aquella inolvidable "escuela mutua del genio" que comprobó experimentalmente la esterilidad de las rivalidades sórdidas y los notables resultados de la estimulación recíproca. En el ambiente ateniense, superior de suyo, Sócrates y sus discípulos formaron un medio propio, libre de prejuicios y supercherías. Tal la obra del genio: permanecer viviendo en el medio que él mismo forma en su torno, con elementos prestados al siglo. A veces el medio lo absorbe insensiblemente, acción deletérea notada por Sócrates, el genio que más creyó en la potencia de las ideas, cuando le observaba a Alcibiades: "temo que la fuerza de los ejemplos que dominan a esta ciudad (Atenas) nos arrollen al fin a ti y a mí" (1).

Casi todos los genios tuvieron maestros. Rafael agradecía con efusión vivir en el mismo siglo que Miguel Angel, en cuyo

(1) Platón: "Obras-Alcibíades", p. 199.

estudio penetraba furtivamente a contemplar las obras del adusto y soberbio artista. La sugestión del ejemplo es poderosísima e inevitable en cierta época de la iniciación. Casi no hubo artista, filósofo u hombre de ciencia que careciera de modelo, que no se inflamara al contacto de un maestro, a quien luego iguala o supera.

"¡Oh la bienhechora lectura de los trabajos de los inventores de genio!", exclama Pasteur, quien, al releer a Claudio Bernard sentía atizarse, a cada instante, "el fuego sagrado de la ciencia", porque "es en la lectura de los trabajos de los inventores como la llama sagrada de la invención se enciende y alimenta".

Inmenso bien recibe el genio cuando encuentra a tiempo un maestro. Ahorra energías preciosas, tanteos dolorosos, y se coloca desde un comienzo, sobre la verdadera vía. Lo demás viene solo. Lo principal es dar el primer paso. Pero el genio es discípulo por un momento. "La más importante revolución en el interior del hombre es salir de una justa tutela" dice profundamente Kant. El hombre medio difícilmente sale de ella, que, por lo general, no es la de un hombre superior sino la del medio ambiente con sus rutinas sórdidas y sus múltiples prejuicios, mientras que el genio se emancipa a tiempo del ascendiente de sus maestros y se eleva a la dignidad de una fuerza creadora.

Añádase la influencia del amor, tan perceptible en los poetas y artistas, la de los libros, la de la familia — muchas veces negativa, desgraciadamente.

La influencia del amor tiende a extenderse a todas las ramas de las actividades humanas. La mujer es, cada vez más, la colaboradora intelectual del hombre. El caso de matrimonios felices como el de Helvecio, el de Lavoisier y el de Curie será, probablemente, frecuente en el porvenir, como ha sido rarísimo en el pasado. La mujer dejará de ser, como lo ha sido durante tantos siglos, un obstáculo serio a la eclosión del genio. Algunos espíritus románticos han avanzado profecías nada halagüeñas en lo tocante al porvenir del amor. ¡Craso error! Creer

en la extinción del amor es como creer en la extinción inmediata del Sol, centro del Universo.

El amor ha ganado en inteligencia, en comprensión, en profundidad, sin perder en belleza, en sutileza y en frescura. Ha dejado de ser un rapto trágico, ha perdido ese carácter de fatalidad, tan loado por los poetas. Continúa siendo una fuerza formidable, pero cada vez más previsora, regular y disciplinada. Eros no es tan ciego como antes. El advenimiento del bello sexo a todas las esferas frecuentadas hasta ahora por los hombres desembaraza a la potencia divina de muchas futilezas y trivialidades y la enriquece de elementos intelectuales. El hombre comprende más a la mujer, la mujer comprende más al hombre y terminará por adaptarse a él — atendiendo a la bella metáfora de Tennyson — *como una música perfecta a nobles palabras*. "En el curso de los siglos — canta el hondo poeta inglés — los dos sexos han de ser cada vez más semejantes, teniendo el hombre más de mujer y la mujer más de hombre, ganando él en dulzura y en elevación moral, sin perder las energías que dominan al mundo, ganando ella en amplitud de inteligencia sin ceder en solicitud infantil, sin perder su sello infantil, hasta que, por último, se adapte al hombre como una música perfecta a nobles palabras" — *like perfect music into noble words".*

Los hombres no se contentan con estudiar y admirar las obras de los genios. Anhelan vivamente tener pleno conocimiento de su biografía, penetrar en los variados detalles de su vida pública y privada. Presienten que entre sus vidas y sus obras existe una estrecha relación. Y a decir verdad, la vida de algunos de ellos vale por sus obras: Kepler o Sarmiento, pongamos por caso. En otros, la obra dijérase superior a la vida: tales Víctor Hugo o Dostoievski. En general, nótase cierta vinculación entrambas y siempre es del mayor interés estudiar una y otra. Cuando se advierte algún divorcio conviene dar con la raíz de la misma: se descubren cosas encantadoras. El genio suele en ocasiones corregir su vida con sus obras: la eleva, la dignifica, palpita en

ellas como hubiera querido palpitar en la realidad. Lo que encierra en esencial y de más puro el genio transmigra para siempre a sus obras. Uno se resiste a creer que Shaskepeare, verbigracia, escribió una obra superior a su capacidad personal, sin tener la menor idea de la trascendencia de lo que hacía. No es así: tal obra sólo puede ser escrita por tal genio, y no por otro. ¿Qué no siempre se mantiene a la altura de sus obras? Es cierto. No debe asombrarnos. Acabamos de manifestar cual es su causa: sus obras constituye lo que hay de más alto en él.

Tal es el afán por penetrar en la existencia de los hombres de genio, que éstos en realidad carecen de vida privada. Sus cartas más íntimas, sus papeles más secretos, sus dolores y alegrías más escondidos son descubiertos tarde o temprano con el objeto de ilustrar mejor los rasgos de sus personalidades. Estamos al tanto de todos los amores de Goethe y de los apuros económicos de Balzac y Dostoievski: ellos nos ayudan a conocerlos mejor y nos aclaran el sentido de algunas de sus obras. Declaran algunos autores que más les interesa enterarse de los amores que de los planes de campaña de Napoleón. No podemos prestar nuestra aquiesencia a tamaña afirmación: Napoleón es genial por sus planes de campaña, no por sus amores, bien que éstos últimos no sean desdeñables, desde que nos iluminan algunas facetas íntimas de su ser. Con frecuencia, descúbrese en la vida privada de los genios aspectos doloramente humanos, debilidades, errores y hasta pequeñeces sorprendentes y, candorosas vulgaridades. El genio se acerca a los dioses por sus obras, no siempre por su vida, aunque más de uno se acerca por ambas cosas a la vez. El genio, a la postre, es un hombre y forma un espectáculo conmovedor el fondo de humanidad que palpita en sus empresas y en su vida. El genio no es genio en todo instante. Tiene sus *momentos geniales* y tiene sus momentos de mediocridad. En vano cierta pueril curiosidad, nada generosa, se complace en exhibir estos últimos, olvidando que a los hombres esforzados es preciso juzgarlos, no por los instantes en que descienden por debajo de sí mismos, sino por las horas raudas en que se superan.

Entra el genio en la posteridad y arrastra en pos de sí a cuántos se mueven en el medio inmediato en que se desenvuelve. De más de uno nos son familiares el nombre de sus progenitores, las cualidades, miserias y grandeza de sus ascendientes, de su esposa, de sus hijos, de sus secretarios, de sus amigos, de sus amantes, de sus panegiristas, de sus detractores, de sus criados, y, muchas veces, conocemos las casas donde vivieron, los sitios que frecuentaron, cuando no nos parecen como estar mostrando a sus canarios, a sus perros o sus gatos. Nada es desdeñable en la vida de los genios. Actitud prudente, entonces, la de quienes, a imitación de Eckermann, recogen sus conversaciones, mediante las cuales perpetúan su nombre al lado del genio, mucho más que por sus obras propias que, de fijo, habrían caído en el más completo olvido.

¡Cuánto daríamos por conocer bien la biografía de Homero, Shaskepeare o Cervantes! Palpitan sus espíritus en las obras que nos han legado y hasta se ha intentado mostrarnos cómo eran por lo que se transparenta en sus insuperables producciones. Todo resulta vano: la ansiedad no se calma y el tiempo sólo aumenta la sed de poseer detalles fidedignos de los hombres, extraordinarios que concibieron aquellos magníficos monumentos.

La biografía de los hombres de genio corrobora el valor inestimable del *medio inmediato* en la génesis y desenvolvimiento de sus aptitudes.

VI.—EL FACTOR ECONOMICO

La economía constituye, sin duda, un factor digno de tenerse en cuenta en la producción de los hombres de genio.

Muchos autores han formulado lúgubres augurios sobre el futuro humano. Lo describen cual una marcha galopante hacia la mediocridad y la degeneración. Se fundan, especialmente, en razones biológicas. Nos proponemos demostrar que esas teorías son erróneas y que la degeneración biológica de la especie obedece, en buena parte, a razones económicas.

El introductor en patología mental del concepto de degeneración fué Morel. Lo tomó a la zoología y a la botánica. Este es el mayor de sus méritos. Ensanchó las fronteras de la medicina al insistir en la necesidad de tener presente *la historia natural del hombre* (1). Desgraciadamente la extrema religiosidad que perduró en él como un eco afectivo de su infancia, transcurrida bajo la paternal tutela de un sacerdote, unida a las obras científicas de Cuvier y Buffon, defendidas con calor por Flourens, le indujeron a atacar a las teorías transformistas. Faltó a sus doctrinas, así, el cimiento más firme. Magnan, su continuador, corrigió este defecto fundamental. Tras de afirmar la estabilidad eterna de las especies, Morel mezcló a sus concepciones teorías extracientíficas. Afirmó que el tipo del hombre primitivo descripto en la Biblia es *la obra maestra y el resumen de la creación*. Ciñéndose a esta disparatada creencia definió la degeneración como *la desviación del tipo primitivo o normal de la humanidad*. La causa motriz de la desviación es la herencia. Su carácter peculiar consiste en ofrecer *tipos de degradación progresiva* (2) hasta llegar al cretino, *el degenerado por excelencia*. "Existen individuos — escribe — que resumen en su persona las disposiciones orgánicas viciosas de numerosas generaciones anteriores". Agentes provocadores de tales disposiciones son los que atacan al cerebro, el alcohol en primer término. En la génesis de las degeneraciones — al contrario de sus continuadores — no descuida las causas sociales. Incrimina, en particular, a las profesiones insalubres, la alimentación insuficiente y químicamente adulterada, las agobiadoras jornadas de labor y la brutal explotación del trabajo infantil. En el capítulo de los factores morales anota la carencia de *una*

---

(1) Morel: Ob. cit., p. 5 y especialmente "Traité des maladies mentales", p. 515.

(2) Morel "Traité des dégénérescences phisiques, intellectuelles et morales de l'espece humaine et des causes qui produisent ces variétés maladives". París, 1857, préface, X.

verdadera civilización, causa de "degeneración no menos transmisible que las que son resultados de intoxicaciones diversas, profesiones insalubres, influencias climatéricas e infracciones a las leyes de la higiene física" (1).

Debe recordarse que al tiempo de aparecer el *Tratado de las degeneraciones* encontrábase en su apogeo la explotación del proletariado, hija del brusco incremento de la gran industria. Entonces las habitaciones de los barrios pobres de Londres eran antros de infección y de muerte. Los obreros percibían salarios insignificantes y trabajaban jornadas de diez y seis horas, en locales mal ventilados. Frecuentemente caían desfallecidos junto a las máquinas. El *surmenage* y la pésima alimentación abreviaban increíblemente la existencia de la clase pobre. En algunas grandes ciudades fabriles no excedía de los quince años. Morel traza el cuadro desgarrador de la niñez proletaria que sobrellevaba desde los cinco años penurias de todo género y trabajaba ingentes jornadas en los lóbrego ssubterráneos de las minas. Todo lo cual, sumado a la amenazante ola del alcoholismo y a la creciente difusión del suicidio y la vesanía le movió a lanzar un formidable grito de alarma. Igual espectáculo amagaba con ser una triste realidad en toda Europa, en camino de industrializarse — como Inglaterra. Esta nación — el detalle es sugerente — suministró a Morel la fuente más abundante de estudio acerca de las causas de las degeneraciones y a Carlos Marx el filón de datos que le sirvió para bosquejar el proceso histórico de la sociedad capitalista. Uno y otro — Morel siguiendo el sendero de la biología y Marx el de la economía política coincidieron en el diagnóstico — aunque no en el remedio — del mal: la ausencia de algo digno de llamarse civilización conduce a la esclavitud y a la consiguiente degeneración de una gran parte de la sociedad.

Forma el núcleo central de la doctrina del sabio psiquiatra la llamada *ley de Morel,* o sea, *el carácter progresivo de las*

---

(1) Morel: "Traité des dégénérescences, etc.", p. 530.

degeneraciones. A través de cuatro generaciones se aniquilan, por esterilidad, las familias afectadas de degeneración. Corresponde también a Morel la paternidad del discutido concepto de la *locura hereditaria,* cuyos caracteres precisaron sus discípulos — Magnan en primer término. Enfermedad propia de los seres más degenerados la motiva, única y exclusivamente, la herencia morbosa, en exceso sobrecargada.

Bajo los golpes de la crítica el concepto de la *locura hereditaria,* así entendida, fué abandonado por Magnan. En la mayoría de los alienados — se dijo — hay herencia degenerativa. ¿Cómo distinguirlos de los locos hereditarios? Magnan, prudentemente, ensanchó el concepto, llamando a la locura hereditaria, *locura de los degenerados* (1). La doctrina de la degeneración ganaba terreno en psiquiatría, hasta invadirla del todo. Recientemente se ha escrito: "No se debe comprender bajo la denominación de *locura de los degenerados* todos los casos de locura hereditaria. Si fuera así *este grupo abrazaría completamente la patología mental* (2).

Concomitantemente penetró la idea de degeneración en medicina interna. Ocupaba zonas extensas de sus vastos dominios. Acosaban taras degenerativas a los enfermos más inofensivos. "La clase de los degenerados tendía a perecer de plétora". (3).

Seguían dilatándose las fronteras de la degeneración. Bajo su égida Lombroso edificó la criminología. Y a fin de que no todo sea gris hizo entrar en sus dominios al genio con sus irradiaciones infinitas. En seguida los médicos invadieron las esferas de la historia, de la sociología, de la estética, de la filosofía. Por doquier aparecían degenerados. Algo más: toda la

---

(1) Magnan: "Annales médico-psychologiques". 1886 (7.ª serie, tomo IV), ps. 269 y sig., y "Lecons cliniques". París, 1893.

(2) Colín y Bourrilhet: En "Traité International de Psychologie Pathologique", dirigido por A. Marie. París, 1911. Tomo II, p. 552.

(3) Genil Perrin: "Histoire des origines et de l'evolution de l'idée de dégénéréscence en Médicine mentale". París, 1913, p. 279.

especie humana era degenerada o estaba en vías de serlo a corto plazo.

De los alienistas que han aplicado a la historia la teoría de la degeneración acaso ninguno logró comunicar a sus investigaciones un carácter de solidez exterior más imponente que Jacoby. No habla por sí solo. Hace hablar a la estadística y deduce conclusiones desoladoras.

Rechaza por empíricas las estadísticas confeccionadas por Moreau de Tours (1). Analiza minuciosamente el papel de la herencia en las familias reales y fustiga los estragos causados por la consanguinidad y la extraordinaria fuerza corrosiva del poder ejercido en forma omnímoda.

Interesa el estudio referente a la herencia en las familias que cuentan con personalidades ilustres. Nada más a propósito que la aristocracia francesa del siglo XVIII. Presenta 3311 nombres a la sazón famosos. Gracias a una serie de verificaciones estadísticas Jacoby establece una relación matemática directa entre la densidad de la población, el tanto por ciento de la población urbana y la fecundidad en talentos de una comarca. "Mientras las curvas de la densidad de la población y del tanto por ciento de la población urbana conservan entre ellas un paralelismo evidente, la curva de la frecuencia de personajes notables desciende mucho más rápida, lo que indica que la densidad de la población en capacidad, en talento, la riqueza y la intensidad de sus actividades intelectuales, aumentan rápidamente con la densidad creciente de la población y del desenvolvimiento de la vida urbana" (2).

Coloca Jacoby a la densidad de población por encima de todo otro factor. ¿Hasta qué punto es exacta? A su lado la raza casi carece de importancia. Esa comprobación le sirve de eje en todos sus estudios.

---

(1) Ver Moreau de Tours: "La psychologue morbide dans ses rapports avec la philosophie et l'histoire". París, 1859, parte final.

(2) Jacoby: "Etude sur la selection chez l'homme". 2.ª ed. París, 1904, p. 570.

Que el talento requiera para germinar de poblaciones de cierta densidad parécenos inconcuso. Ahora, que haya una relación matemática entre uno y otra una simple comparación lo desmiente. Lo comprueba la crítica razonada de los mismos guarismos de Jacoby.

Nota que en los departamentos más intelectualizados y densamente poblados el tanto por ciento de alienados y de suicidas es mayor: 52.25 en los diez departamentos más poblados de Francia del siglo XVIII y sólo 17.57 en los diez departamentos menos poblados. Más adelante, nos hace ver cómo en el lapso de 1836 a 1866 acrece en un 92 por ciento la cifra de suicidas varones franceses y en un 51 por ciento el de las mujeres; lo mismo pasa con el tanto por ciento de alienados.

Prescindamos, por un instante, de la crítica ¿a qué conclusión conducen tales cifras? A que la progresiva intelectualización de la humanidad vá acompañada, inexorablemente, de la degeneración neuropática de la especie y su fatal decadencia biológica. Las familias de las grandes capitales — las "ciudades tentaculares" del poeta belga — apenas si excepcionalmente llegan sin extinguirse a la quinta generación. La inmigración provincial renueva en forma constante, con el aporte de su sangre robusta, la población de las ciudades. Nutre prodigiosamente al *Minotauro de la Civilización.*

"No son los descendientes de los poderosos, de los ricos, de los sabios, de los enérgicos, de los inteligentes los que constituirán la humanidad futura; será la posteridad de los paisanos trabajadores, de los burgueses necesitados, de los humildes y pequeños". A título de resumen de sus laboriosas y sesudas investigaciones nos brinda esta sentencia: *el porvenir es de la mediocridad.* En vano buscan los hombres la inmortalidad del papel, la inmortalidad del diccionario. Sus luchas por la figuración, sus afanes por sobresalir, son nocivas a la especie. Ahoguemos nuestras inquietudes espirituales, tronchemos en flor nuestra curiosidad endemoniada. No compliquemos la vida. Seamos burgueses de miras sencillas y amables, aldeanos y filis-

teos de cortos alcances y buen apetito: tal se dijera la receta paternal de este buen médico. Tengamos fe en la única inmortalidad cierta, segura, positiva, la que no demanda quebraderos de cabeza, al alcance del más rústico, del más ignorante: la inmortalidad fisiológica, implicada en la perpetuación del propio ser en una prole sana y vigorosa (1).

*
* *

Así como Jacoby estudió la degeneración de las clases aristocráticas de Francia en el siglo XVIII, Max Nordau se propone sorprender, en toda su magnitud, la degeneración de las clases superiores del siglo XIX. El diagnóstico del alienista ruso era serio. El de Max Nordau es gravísimo. Valiéndose de su notable habilidad dialéctica, de su gran erudición y de su estilo claro y vigoroso el conocido polígrafo afirma que padecemos más que una "epidemia intelectual" "una suerte de peste negra de degeneración y de histeria" (2). Lo revela, plenamente, el arte de postrimerías de la centuria, *arte crepuscular*, arte depravado, saturado de misticismo enfermizo, de egotismo delirante, de desequilibrio intenso. En virtud de la revolución industrial operada en el curso del último siglo cada hombre trabaja mucho más que a mediados del mismo. Todos los artistas de fines de siglo son falsos y degenerados.

Aplicando el método de Max Nordau es fácil hacer desfilar en fantástica procesión las obras de los artistas de primera magnitud y adjudicarles a capricho toda clase de aberraciones. Ni Homero, ni Shakespeare, ni Cervantes, se salvarían (3).

---

(1) "El libro es el opio del occidente. Los libros nos matan. Corremos por el estudio a la parálisis general". (Anatole France: "La vie littéraire", tomo I).

(2) Max Nordau: "Dégénéréscence". 4.ª ed. París, 1896. Tomo II, p. 525.

(3) Sin ir tan lejos se las encontraría — como asevera Bernard Shaw en una ingeniosa réplica — en la misma obra de Max Nordau.

El diagnóstico del autor de *Las Paradojas* es puramente subjetivo. Basta advertir que en sendos artículos trata de degenerado el arte del vigoroso Zola — artista de la más acrisolada virtud — y al de Wagner, conceptuado como el músico más prodigioso de todos los tiempos. Un artista sano puede dar a luz obras degeneradas y, a la inversa, un artista degenerado plasmar obras sanas. Las más de las veces — como se ha dicho (1) las extrañezas, inverosimilitudes, alucinaciones y extravagancias notadas en las obras literarias y en virtud de las cuales se moteja de degenerados a sus autores son meramente imaginativas, caprichos de la fantasía impuestos por las veleidades del gusto público. De ellas se sustraen los menos — los verdaderos grandes artistas en nuestro entender.

*

* *

Fundamentos biológicos de estas teorías son los fenómenos de la herencia patológica. Las enfermedades nerviosas y la alienación mental tienen "un fondo común de origen: la herencia" (2). A su vez "la más difundida y común de las neurosis" — la neurastenia — constituye, según Dejerine (3), el punto de partida de la degeneración. Instalada en un organismo, trasmítese a la descendencia polimorfamente metamorfoseada en histeria, melancolía, manía o alienación mental (4). Ahora bien: si afecciones como la neurastenia se legan agravadas a la prole — de acuerdo a la ley moreliana — no es de extrañar

(1) Benton: "Le pessimisme littéraire contemporaine et la nevropathie". Burdeos, 1899.

(2) F. Raymond: "Etudes de Pathologie nerveuse". París, 1910, página 7.

(3) Dejerine: "L'heredité dans les maladies du systeme nerveux". París, 1886, p. 226.

(4) Dejerine: Ob. cit., Mobius: "Ueber nervose Familien" (Allg. Zeitsch). Tomo XL. 1884, ps. 228-243. Féré: "La familie nevropathique". París, 1884.

que la degeneración de la especie sea algo *cuya detención está por encima de nuestro poder*" (id., p. 267). Realmente es curioso que hasta la fecha la humanidad no haya degenerado y extinguido del todo.

El poder de la herencia patológica ¿es, en verdad, tan incontrarrestable? Hemos visto cuánto se exagera cuando se habla del poder de la herencia biológica y de la herencia de los caracteres adquiridos. En punto a la herencia patológica las exageraciones imputables a la carencia de un riguroso método científico y de espíritu crítico no son menores. Si la herencia es lo que grava en la especie habrá, a lo sumo, *una transmisión temporaria de caracteres patológicos,* no herencia propiamente dicha. Esa transmisión no es tan frecuente como por lo general, se piensa. De atenernos a la forma en que la pregonan sus partidarios no habría ser vivo sin taras degenerativas. Decimos ser vivo porque según Arndt, (1) en las plantas y animales se producen extensas degeneraciones. Que un hijo se encuentre afectado de la misma enfermedad de su padre o abuelo no autoriza a inferir que la ha heredado. Lorenz y Strohmayer (2), en sus importantísimos estudios, sostienen que es indispensable conocer como *minimum* el árbol geneológico de *ocho generaciones* seguidas. Los médicos generalizan observaciones de un número de casos exiguo. Dejan librado otro incomparablemente superior a circunstancias aleatorias o fortuitas. Strohmayer ha seguido en forma escrupulosa los árboles genealógicos de cincuenta y seis familias con una totalidad de 1338 miembros, todas taradas en abundancia, *en los últimos grados de la degeneración.* Halló un 44 1|2 o|o de miembros *completamente sanos.* Experiencia valiosa: ella demuestra que las degeneraciones no se trasmiten cual una fatalidad y carecen, en lo atañadero a la

---

(1) Rodolfo Arndt: "Artung und Entartung". Greifsweld, 1895.

(2) Lorenz: "Lehrbuch der gesamtem weissenschaftlichen Genealogie". Berlín, 1898. Strohmayer: "Archiv fur Rassenbiologie, 1907, III, 1908, V, 1910, I.º "Monatssch f. psych und neurologie", XXII.

descendencia, de los efectos fulminantes que se le atribuyen. La observación inversa es igualmente exacta: de muchas personas que degeneran no se conocen rastros anómalos en sus progenitores y demás ascendientes.

El desarrollo del germen maléfico demanda, además de un *terreno propicio, un cultivo especial*, es decir, un *medio* malsano (1).

Muchas degeneraciones imputadas a la herencia obedecen a influencias nocivas del medio familiar y social. Otras se originan en el curso de la vida fetal. Esto no escapó a la perspicacia de Esquirol quien supuso que las mujeres encinta de los años agitados de la Revolución engendraban hijos que a la menor causa enloquecían. Féré ha ilustrado muy bien este punto (2). Los experimentos de Dareste (3) prueban que las alteraciones más insignificantes impresas a los huevos en incubación dan nacimiento a monstruos. Posiblemente las modificaciones sufridas en la vida intrauterina y en la niñez encierran mayor importancia que las heredadas. Son las edades más delicadas y plásticas de la existencia.

Las transmisiones patológicas, después de lo que antecede, salen considerablemente disminuídas. La herencia morbosa podría, acaso, reducirse, en buena parte a predisposiciones a contraer enfermedades, debido a cierto estado químico de los tejidos, a cierta debilidad orgánica.

Los signos físicos y psíquicos de la degeneración, por otra parte, son imprecisos y contradictorios. Hace varios lustros que se pidió la revisión de la cuestión (4). Recientemente se ha afirmado que el vocablo "degeneración" cumplió ya su misión en pa-

---

(1) Boucherau: "Ann. méd.-psych", 1887, p. 97 y sig.

(2) Féré: "Sensations et Mouvements". París, 1887. "Pathologie des émotions". París, 1892.

(3) Dareste: "Production artificielle des monstruosités". París, 1877.

(4) Vaschide-Vurpas: "Q'est-ce-qu'un dégénére? Archives d'antropologie criminelle, de Criminologie et psychologie normale et pathologique", 1902, p. 478 y sig.

tología mental siendo preciso sustituirlo por otro de significación más concreta y exacta (1).

El problema de las causas de la degeneración acaba de ser planteado en un terreno más firme. Reconócese, en primer término, que la degeneración, ante todo, es un fenómeno esencialmente psíquico: existen degenerados sin estigmas anatómicos de degeneración y seres sanos con taras anatómicas degenerativas. El imbécil, pongamos por caso, suele ser un sujeto físicamente bien constituído y, con frecuencia, bello (2). El término degeneración solo es aplicable cuando en una misma persona se perciben, acumulados, numerosos estigmas anatómicos (3). Este caso certifica para Naecke un estado cerebral inferior, deficiente, (*minderwertig*). Los estigmas morelianos y lombrosianos de degeneración han perdido el valor desmesurado conferido por toda una escuela.

Hemos adelantado que el concepto de degeneración había sido relacionado por Lundbung a las glándulas de secreción interna, deficientemente desarrolladas. A lo cual solo deseamos agregar que la capacidad intelectual en los atacados de las referidas glándulas, en especial del tiroides, detiene el desarrollo intelectual. El cretino, por ejemplo, es un perpetuo niño de cuatro a cinco años. Si el ataque a esas glándulas se opera con posterioridad a la pubertad trae una regresión de la capacidad intelectual. Podemos concluir diciendo: la degeneración es un fenómeno íntimamente vinculado a las glándulas de secreción interna en particular, al tiroides. Consiste, esencialmente, en un proceso de intoxicación general. Acarrea la detención del desarrollo psíquico del sujeto, de manera que su capacidad intelectual se encuentra por debajo del nivel medio, cuando el

(1) G. Ballet: "En el trabajo de Genil-Perrin", citado, páginas 274-75.

(2) Ver Sollier: "Psychologie de l'idiot et de l'imbecille". París, 2.ª ed., 1901.

(3) Ver Lagriffe: "Stigmates anatomiques de dégéneresance". Ann. méd. psych, 1907, p. 376.

tiroides es seriamente lesionado antes de la pubertad. Provoca una regresión de la misma capacidad si el tiroides se altera después de la pubertad.

¡Cuánta claridad arroja este nuevo concepto! Despréndese de lo dicho que la preservación contra las degeneraciones depende de la observación de un régimen higiénico de vida, que ponga a cubierto al organismo contra los agentes tóxicos, el alcohol, la fatiga, los venenos múltiples, los excesos de todo género, la mala e insuficiente alimentación, las habitaciones pésimas.

Una trilogía se cierne sobre la sociedad contemporánea y causa estragos extraordinarios: la tuberculosis, la avariosis y el alcoholismo.

La tuberculosis es, antes que nada, una enfermedad cuya profilaxis depende más de la economía que de los médicos, pues sus causas son de orden social. Sabido es que la alimentación suficiente y la cubicación adecuada de las habitaciones previenen contra la horrible plaga.

La sífilis comienza a curarse; su transmisión a la descendencia afirmada por Fournier, dependería de la acción directa del germen responsable sobre el feto (1). Cuando en el peor de los casos se produce la transmisión la letalidad, antes de los seis meses llega al setenta y cinco por ciento (2).

Desde Morel se concede al alcoholismo el primer puesto en la producción de las degeneraciones. Morel conmovióse frente a las condiciones del trabajo en Inglaterra y al alcoholismo, a la sazón enormemente desarrollado en Suecia. Creía que este último país marchaba vertiginosamente a la degeneración. Pero el pueblo sueco, reaccionó con energía y logró librarse de las garras del terrible mal. Probó, así, cóma lo voluntad colectiva puede detener un cataclismo cuando se lo propone seriamente. La naturaleza tiene sus medios de defensa. Por lo pronto, la

(1) Ver Baudrand: "L'accroissement". París, 1911, ps. 612 y sig|
(2) Fournier: "Heredo-siphilis du second génération". París.

limitación en los nacimientos. "Los abortos son más frecuentes entre los bebedores — escribe Lombroso — y por esto las familias de bebedores presentan una fecundidad de *dos a cuatro* veces menor que las uniones de temperantes y sobrios".

Baer observó que en Alemania los matrimonios sobrios dán un promedio de cuatro hijos mientras los matrimonios de alcoholistas producen solamente 1.3. Sullivan encontró en la prisión sobre 600 niños, hijos de 120 mujeres alcoholistas a 335 o sea el 55.8 o|o de muertos antes de los dos años mientras que el tanto por ciento era de 23.9 o|o entre los vástagos de madres sobrias en igualdad de condiciones sociales. Se comprueba análoga disminución en el poder procreador de los animales (1). Por último, una investigación levantada entre las compañías de seguros inglesas delata un acortamiento apreciable de la duración media de la vida de la gente alcohólica comparada con la normal (2).

La naturaleza encárgase de salvar a la especie de la degeneración evitando que prolifiquen los tarados.

El progreso de las ciencias médicas constituye otro factor utilísimo contra la degeneración. Las vacunas, los sueros, la asepsia y la antisepsia son de incalculable valor, aunque Spencer, Nietzsche y de Candolle dudaran de su eficacia selectiva. Pretender que los sueros y las vacunas degeneran a la especie es como sentar que son perniciosos los métodos modernos que purifican y clarifican las aguas. Nunca estuvo la especie en peligro inminente de degenerar tanto como después de las grandes epidemias. La lepra, en el siglo de Justiniano, arrebató a uno de cada dos habitantes. Las de la Edad Media son famosas. La de 1348 segó la vida de la tercera parte de los pobladores de la tierra. Las que estallaron después de las Cruzadas fueron

---

(1) Ver Manlio Ferrari: "Monastschrift fur Psychiatrie and Neurologie". 1910. Vol. XXVIII.

(2) Ver Drysdale: "Revue Scientifique". 1887, 2.º sem., p. 429 y siguientes.

fulminantes. Europa, diezmada por la lepra y por la peste, semejó entonces un inmenso hospital.

Pocas veces presentó la humanidad tantos estigmas degenerativos. Al angustioso abatimiento, a la desolada tristeza, a la universal panofobia — gajes amargos de estas epidemias devastadoras — se aunaba — para completar la obra del aniquilamiento cerebral — una verdadera pandemia de delirio religioso. En el siglo pasado la India ha sufrido terribles epidemias. El tifus, el cólera, la peste y el hambre arrebataron a millones de sus habitantes: cinco millones la de 1868, cuatro la de 1877. Lejos de impedirla, estas epidemias contribuyeron al debilitamiento general de la especie en aquel país y al sobrevivimiento de millones de abúlicos y degenerados. Bajo el hechizo de las promesas de una religión antiquísima, arrójanse a las aguas "divinas" del Ganges, saturadas de adormideras, en las cuales creen encontrar el sublime lenitivo a los trágicos dolores y la fuente de mágicas y paradisíacas transmutaciones.

Lo antecedente llévanos a plantear esta pregunta, ¿la degeneración contemporánea es mayor a la de otras edades? ¿Vivimos en una época en que la degeneración colectiva arrastra a la especie a su total extinción?

En ninguna edad como en la nuestra se han popularizado tanto los conceptos sobre la degeneración, merced al auge de la psiquiatría y de la criminología y a los modernos medios de difundir los acontecimientos lo cual crea una atmósfera favorable a la sugestión del más severo diagnóstico.

Las estadísticas — se aduce — demuestran un acrecentamiento constante del número de vesánicos y criminales. Mas los datos estadísticos deben ser interpretados en relación a las complejas circunstancias cuya expresión auténtica pretenden ser; de lo contrario, conducen a errores garrafales. La marea ascendente de locos y criminales, ¿no será más que una realidad, una ilusión, un espejismo explicada satisfactoriamente por la evolución social que implica una apreciación creciente en deli-

cadeza de los valores éticos, por el enriquecimiento continuo del catálogo de las ciencias crimonológicas y psiquiátricas con nuevas formas de alienación y de delincuencia que han escapado a los observadores de generaciones precedentes? Lo reconoce explícitamente Lombroso: "El aumento creciente de los delitos y casos de locura podría explicarse por la modificación de las leyes civiles y penales, por la mayor tendencia a la denuncia, por la mayor facilidad para que los enajenados entren en los refugios, por la mayor actividad de la policía" (1).

No solo la modificación de las leyes existentes sino la creación de nuevas abulta la cifra de los delincuentes. Delincuente es el contraventor de una ley, y como cada año se elaboran algunas aparecen nuevas causas de delito, nuevas formas de delincuencia y nuevas penalidades. Cada ley que dictan los Congresos contienen penalidades contra los que eludan sus sanciones.

Jacoby y sus partidarios no han advertido la siguiente incongruencia: siendo la campaña la antípoda intelectual de la ciudad y produciéndose en ésta última una selección del talento ¿cómo el campesino obtuso se amolda con facilidad a los hábitos urbanos y sus hijos o nietos llegan a descollar intelectualmente? Lo razonable fuera que una selección inversa a la de las ciudades determinara en la campaña la formación de legiones de ininteligentes, imbéciles y cretinos. ¿No testimonia este fenómeno la existencia en el campesino de una inteligencia potencial que entra en actividad al ser requerida por las circunstancias? El problema se agrava para Jacoby. Para sostener sus puntos de vista tendría que probar que la inteligencia humana es una aberración de la naturaleza. Los que no damos asidero a sofismas, seguiremos creyendo que la inteligencia es el sutil instrumento mediante el cual el hombre tiende a superar a la naturaleza y someterla a su voluntad. Los autores a que venimos refiriéndonos no conceden la debida importancia al verda-

(1) Lombroso: "Causas y remedios del delito". Ed. cast. p. Ver Igualmente Cleveland Hall: "Crime and social progress". Nueva York, 1902.

dero factor de las mayorías de las degeneraciones y de la decadencia de los pueblos: *las desigualdades sociales, los privilegios económicos* de la minoría de deminadores y las condiciones deficientes de vida del inmenso número. La degeneración no obedece a una especie de fatalidad biológica, según manifiesta Jacoby; obedece a razones sociales perfectamente subsanables en el sentido de poner al alcance de todos los hombres los medios que faciliten el libre y completo desenvolvimiento de la personalidad.

Vaccaro refleja las causales de la degeneración greco-romana en los siguientes términos:

"La Naturaleza, escribe el Stagirita, "crea el cuerpo de los hombres libres" diferente del de "los esclavos"; a estos últimos les da el vigor necesario para los trabajos materiales y hace al contrario "incapaces a los primeros de encorvar su enhiesta persona a las rudas labores", destinándolos únicamente a las ocupaciones de la vida civil. Por lo tanto, unos son "naturalmente libres" y otros "naturalmente esclavos".

La degeneración que había herido al infeliz esclavo "encorvándole el cuerpo", había también alcanzado al dueño, al cual "el parasitismo incapacitaba para doblar su enhiesta persona al trabajo".

"Cuando fueron menos frecuentes las guerras, el ocio y los vicios debilitaron del todo las fibras de los hombres libres. El mundo romano — escribe Gibbon — estaba verdaderamente poblado de una "raza de pigmeos", cuando la invadieron los fieros gigantes del Septentrión, quienes "vigorizaron" nuevamente y reforzaron "las degeneradas" naciones".

Degeneración que no respetó sino en pequeña parte a los acólitos del naciente cristianismo, muchos de los cuales olvidaron, desde un comienzo, las pristinas prédicas de Jesús para adaptarse al ambiente y asimilarse profusamente los vicios y refinamientos de la sociedad caduca.

Al final de su obra Jacoby cita en su apoyo la autoridad del historiador Finlay, quien ha estudiado con perspicacia a la Grecia bajo la dominación romana. Más las severas y juiciosas palabras de Finlay lejos de confirmar la doctrina de Jacoby, abona la tesis que venimos defendiendo. En efecto reconoce explícitamente que sufren una rápida declinación todas aquellas

clases, que constituídas en pequeña y omnímoda oligarquía, se separan netamente del resto del pueblo por una serie de privilegios sociales y la acaparación de la riqueza (1).

Jacoby se conmueve y sorprende ante lo extenso de la degeneración en el siglo XVIII francés. Nada más explicable. Las tres cuartas partes de Francia vegetaban en la más espantosa miseria. Un limitado grupo de magnates corrompidos nadaba en una deslumbrante orgía de riquezas, en el seno del lujo, de la ociosidad, del refinamiento, de la podredumbre — oh "livianos mortales que paseáis vuestro ligero minué de la vida sobre abismos insondables de las que os separa un hilo" (2).

Mientras tanto los campesinos, cuyo retrato trazara la Bruyére, se alimentaban de "pan negro, aguas y raíces", vivían en verdaderas cuevas, y "encorvados sobre la tierra que labraban con asiduidad incansable" apenas si se distinguía en ellos facciones humanas. Entre unos y otros, en esas condiciones, debía cundir de extraordinaria manera las degeneraciones. La Revolución salvó a Francia y la rejuveneció.

Los privilegios económicos más que la fatalidad biológica engendra la guerra, el crímen, la miseria y la prostitución, terribles azotes de la humanidad. La supresión de esos privilegios es la más alta tarea de las actuales generaciones, si no se quiere

---

(1) A appears indeed to be a law of human society, that "all classes of mankind wich are separated, by superior wealth and privileges", from the body of the people, are by their oligarchical costitution, liable to a rapid decline. As the privileges with they enjoy have created an unnatural position in life, vice is increased beyond that limit wich is consistent with the duration of society. The fact has been long observed with regard to the oligarchiep of Sparte and Rome. It has its effect even on the more extended citizenship of Athensand it even affected, in our time, te two hundred thoussands electors who formed the oligarchy of France during the reign of Louis Philippe". (Finlay. "Grece under the romans"; a historical view of the condition of the Greek nation from its conquest by the romans until the extincion of the roman power the East. 2.ª ed. Edimburgo y Londres, 1865, p. 65).

(2) Carlyle.

que el imperialismo financiero sepulte a la especie otra vez en los horrores de nuevas conflagraciones que la agotarían y degenerarían.

Esa supresión constituye una garantía de salud, no sólo física, sino mental, para la especie. "La lucha contra el capitalismo, contra el "manomonismo" en general — escribe el sabio Forel — es una de las condiciones más importantes, por indirecta que sea, del mejoramiento y de la higiene de nuestro sistema nervioso" (1). Sólo la fuerza vigorosa de la especie salva de la total degeneración y decrepitud a la gran mayoría. Porque su vida *es peor que la vida de los salvajes*, — estas palabras pertenecen a una autoridad tan insospechable, como John Lubbock — "peor, bien puede decirse — puesto que ni disfrutan de sus groseras ventajas y de sus rudos, pero positivos placeres, ni se aprovechan todavía de la suerte más noble y de los altos destinos que en la presente edad son patrimonio del hombre civilizado" (2). La última guerra comporta, en muchos sentidos, una espantosa regresión, un resurgimiento del feroz salvajismo primitivo. Profusos síntomas de decadencia y degeneración se notan en todas partes. Las nuevas generaciones, se desenvuelven en una atmósfera mefítica, exaltada por pasiones malsanas y triviales preocupaciones. Si la era de los cataclismos y hecatombes colectivas no se cierra de una vez por todas sería como para desesperar del porvenir humano: un largo período de horror y de sangre se presenta como lúgubre perspectiva en el cargado horizonte de los destinos de la humanidad presente.

El inmenso incremento de la ciencia y del arte en una sociedad que los fomente amorosamente no puede preverse ni calcularse. Sólo podemos darnos una pálida idea teniendo en cuenta que las épocas más fecundas en genios y talentos superiores, que el brillo de la más alta cultura, han coincidido, inva-

---

(1) Augusto Forel: "L'ame et le systeme nerveux. Higiene et pathologie". París, 1906, p. 307.

(2) John Lubbock: "Los orígenes de la civilización". Trad. cast. Cap. XX.

riablemente, con los períodos de mayor prosperidad económica y de bienestar colectivo. En la Atenas de Pericles la industria llegó al grado más alto de florecimiento y "el bienestar era universal" (1).

El Renacimiento se sustentó económicamente gracias al vuelo comercial de las repúblicas italianas. Alimentaron con raudales de oro las glorias del arte y de la ciencia.

No obstante la liberalidad renacentista, el biógrafo de todos los artistas ilustres no ha podido contener la melancólica lamentación "¡cuántos genios capaces de engendrar obras maestras abortan si no son acogidos y sostenidos por protectores esclarecidos!" (2). ¡Con cuánta mayor razón se puede decir lo mismo de épocas menos propicias! Los Mecenas jamás han abundado. El problema en nuestros días, por otra parte, no consiste en encontrar protectores, como durante el Renacimiento La única forma inteligente de suscitar todas las energías, de estimular todas las vocaciones, de comunicar alas a todos los entusiasmos, finca en que la sociedad se proteja a sí misma, sin delegar la dirección de sus intereses fundamentales a círculos herméticos. Si la conquista del pan cotidiano fuera menos agotadora, menos llena de zozobras y tribulaciones, si las nueve décimas partes de la humanidad, hoy simples unidades esclavas de los potentados, además de multiplicar la producción dispusiera de recursos para cultivar las mejores fuerzas de la propia personalidad, las altas capacidades serían más frecuentes, el nivel cultural medio llegaría a alturas notables, y las ciencias, las artes y la filosofía, alimentadas por el genio de hombres que se entregarían a ellas por entero, sin las exigencias a veces humillantes y dolorosas que otrora sometieran a las glorias más excelsas de la humanidad a las caprichosas veleidades de principillos ligeros y de papas estólidos, cobrarían considerable impulso. ¡Cuántos seres escondieron en el fondo de sí mismos ricos veneros intelectuales !Murieron, acaso, sin sospechar su

(1) Curtius: "Historia de Grecia", IV, 325.
(2) Vasari: Ob. cit., trad. franc. Tomo IV, p. 336.

existencia. Jamás tuvieron oportunidad de ponerse en su contacto. La ignorancia y la miseria ahogaron en germen a muchos genios y talentos virtuales. Agostaron prematuramente a otros. ¡Cuántos grandes hombres lucharon con desesperación contra la pobreza angustiosa! Que tragedias la de genios como Cervantes y Kepler! Algunos que fallecieron jóvenes como Masaccio, ¡cuánto hubieran podido hacer de vivir más holgadamente! Masaccio, que murió a los 26 años, "era la bondad misma"; "todo lo que hizo antes de él es pintura; pero todo lo que él ha hecho es verdadero y animado como la naturaleza misma" (1). La lista de genios pobres es inagotable. Los más expuestos, desde luego, fueron los que se dedicaron al cultivo de las ideas abstractas y generales. Son, tal vez, los que más honran a la especie, el orgullo intelectual de la humanidad. La posteridad venera y eleva monumentos a sus propulsores. En vida mueren de hambre. Si deseáramos personificar en cuatro nombres a los que en distintas direcciones del pensamiento humano resúmen el siglo XIX, indicaríamos a Comte, Darwin, Spencer y Marx. Bien: de estos cuatro nombres representativos, sólo Darwin estuvo al abrigo de urgencias económicas y pudo dedicarse completamente a su obra.

Los otros tres fueron salvados gracias al altruísmo de amigos y admiradores. Tal el destino de los más altos y desinteresados productores intelectuales. Como las inmensas falanges de productores manuales crean sin cesar y les pertenece tan poco!

Con ello, la producción forzosamente se resiente. Dijimos ya que Odin ha deducido que el medio educativo-económico es fundamental en la génesis de los grandes hombres. "De 619 hombres de letras de talento, 562 estuvieron al abrigo de toda inquietud material y 57 en la indigencia o en la oscuridad", por lo cual *"los ricos tienen cincuenta veces más probabilidades* de producir un hombre de letra" (id., I. p. 529). Esto no obsta a que los más grandes genios hayan provenido de la clase media

(1) Vasari: Ob. cit., II, 130.

y de la pobre. La esterilidad de la clase adinerada y aristocrática en genios verdaderos es inaudita. Si aún así las posibilidades de los ricos son cincuenta veces superior a la de los pobres, puede adelantarse, sin temor de incurrir en equivocación que serían muchas más si los medios de educación estuvieran al alcance de todos los hombres, y se llamara a las masas al desempeño de un papel activo y creador.

Se asevera que en ese caso no habría emulación, estímulo de todo progreso. Pobre idea de la humanidad se forja quienes avanzan tal objeción. El artista y el hombre de ciencia no producen con la mira de enriquecerse. De lo contrario, con fabricar jabones, vender comestibles, especular o mezclarse en mohatras llegarían rápidamente a "labrarse" una fortuna. Lo que reclaman con más insistencia, es un público educado y culto, de inteligencia despierta y fina sensibilidad, como lo fué el público ateniense y el público del Renacimiento. Las altas manifestaciones culturales brotaban espontáneamente, entonces, tanto en el seno del pueblo como entre sus grandes hombres. El arte del Renacimiento decayó cuando dejó de ser popular (1). A la grosería de la sociedad actual, afiebrada por el culto del oro, sucederá el culto de valores más sanos y levantados. La disposición y la perspectiva de los valores variará fundamentalmente. Los verdaderamente superiores, — los valores intelectuales, estéticos y morales — ocuparán el primer plano. Así elevarán y dignificarán el valor supremo: la Vida.

Obsesionados por el ejemplo ateniense, algunos autores creen que la división de la sociedad en clases es indispensable al desarrollo de la cultura. Lo fué en Grecia, lo ha sido después, pero no se puede afirmar que lo será siempre. Las condiciones económicas han cambiado fundamentalmente. Engels es quien ha dicho: "sólo la esclavitud hizo posible el helenismo". "Sin esclavitud nada de Estado griego, nada de arte ni de cien-

(1) Ver H. Volfflin: "L'art clasique. Iniciation au génie de la Renaissance Italienne". Trad. del alemán. 4.ª ed. París, 1911, p. 262.

cia griega; sin esclavitud nada de progreso romano. Y sin esta base del helenismo y del Imperio romano nada de Europa moderna". Y agrega: "No se debe olvidar que nuestro movimiento económico, político e intelectual supone un estado en el cual la esclavitud es tan necesaria como generalmente reconocida. En este sentido nosotros tenemos el derecho de decir: sin esclavitud antigua, nada de socialismo moderno" (1).

El acrecentamiento colosal de las fuerzas productivas posibilita y conduce a la sociedad a un régimen en el que se realiza el sueño de Aristóteles: esclavos de hierro sustituyen a los esclavos de carne y hueso.

Las consecuencias fatales — desde el punto de vista biológico — de esa división en clases en la antigüedad la hemos ya señalado: la rápida decadencia de los pueblos griego y romano. Los mismos griegos debieron notarlo. Platón insistió en la comunidad de bienes. Anciano, en su libro póstumo *Las leyes*, quiere hacer más inmediatamente accesible y práctica su idea. Manifiesta entonces que "el derecho político reposa sobre la organización económica, su único fundamento durable" y no permite que, en ningún caso, las mayores fortunas *superaran en cinco veces* a las más inferiores. Ideas análogas arraigaban con fuerza entre las clases humildes. Se concretaron en un sistema que la filosofía moderna reivindica de las calumnias que contra él levantaron de consuno la miope incomprensión y los intereses creados. "El cinismo", en efecto, *fué la filosofía del proletariado griego* (2); su fondo lo formaba la "sed insaciable de libertad, la sensibilidad profunda a los males de la vida, la inquebrantable confianza en la soberanía de la razón y, como consecuencia, el inconmensurable desprecio por todos los ideales tradicionales". Su jefe, el gran Diógenes, llevaba una vida ascética. Siempre alegre y espiritual su rostro irradiaba salud y

(1) Engels: "Philosophie, Economie Politique, Socialisme". Trad. franc. París, 1911, II, IV.

(2) Gomperz: "Les penseurs de la Grece". Trad. del alemán. París, 1904. Tomo II, p. 152.

fuerza. Sus adeptos se llemaban *ciudadanos del mundo; si no prohibieron la propiedad privada la redujeron a muy estrechos límites;* pedían "la supresión de todas las barreras que separan a los hombres de diferentes rangos y nacionalidades y de los privilegios de sexo". "Eran altruistas. Diógenes fué de carácter dulce y bondadoso. Los escritos cínicos revelan una cálida simpatía por todos los desgraciados y los oprimidos. A su costado, y como contrapeso, una suspicacia excesiva contra la gente rica y altamente colocada" (id., II, 366-69). ¡Cuántas coincidencias fundamentales con aspiraciones modernas. Un vínculo poderoso y sutil — dice Anatole France — liga a la idea de Justicia con la idea de Verdad y de Belleza. Reine la Justicia y brillará la Verdad y la Belleza matizará con su nota de dulzura y de bondad todos los momentos de la vida. El siglo de Pericles acaso sea superado.

El hombre — es de esperarse — no será siempre objeto de explotación y de ludibrio para el hombre, sino un semejante, a quien le unen los íntimos vínculos de una fraternidad sagrada.

VII.—FUNCION SOCIAL DEL HOMBRE DE GENIO

Múltiples teorías se han formulado sobre las relaciones que guardan el medio social y los hombres de genio, desde quienes sostiene con Carlyle que "la historia de la humanidad es la historia de sus grandes hombres" hasta quienes afirman, con Tolstoy, que los hombres de genio son "simples rótulos puestos a los grandes capítulos de la historia".

Significativa, sin duda alguna, la opinión de la escuela determinista o económica de la historia. Diríase, a primera vista, que negara toda influencia al hombre de genio en la evolución social. Nada de eso. "La verdadera función social del genio consiste en ser no un dominador violento, sino *un incitador y un precursor.* No tiene más que convencer a las masas de la verdad de sus ideas sin preocuparse de su realización: ésta vendrá por sí sola" (1).

---

(1) Engels: "Die Lage Englands", p. 25.

Cuando esta teoría era tergiversada por los comentaristas, Engels aclaró, en una página sustanciosa, el papel del individuo en la historia. "El individuo sólo puede determinar *el grado y la forma, la mayor o menor rapidez del proceso social,* pero no podrá cambiar la dirección de la evolución, ineludiblemente dada por las relaciones materiales".

El, genio de acuerdo a este concepto, desempeña un papel nada desdeñable. No es — como pretenden sus ciegos idólatras — un arquitecto que construye, destruye o reconstruye el edificio social al voluble compás de su albedrío. Es un maquinista experto y consciente que influye para que la máquina histórica corra con mayor o menor rapidez, pero de ninguna manera puede hacerla salir de los carriles tendidos por las direcciones generales de la evolución colectiva.

*

* *

Esta interpretación no cae en el sofisma de negar importancia al genio, en nombre de un determinismo mal entendido, en el cual todo es obra de las circunstancias exteriores y nada de la acción voluntaria y consciente de los hombres.

"El genio — afirma Odin — está en las cosas y no en el hombre. El hombre no es más que el accidente que permite al genio desempeñarse" (1). (id., I, 560). "Las grandes obras no son personales más que por accidente".

Las cosas no son, de por sí, ni idiotas, ni mediocres, ni geniales. Los hombres son idiotas, mediocres o geniales. Lo son por una serie de circunstancias que, en su mayor parte, no dependen de ellos mismos. De suerte que el hombre de genio es tan dueño de su genio y puede vanagloriarse de él como pudiera

---

(1) Bourdeau: "L'histoire et les historiens". París, 1888, p. 98. Opiniones parecidas emitieron Spencer, Lacombe, Kidd, Lombroso, Macaulay y Lamprecht.

vanagloriarse el ruiseñor de su garganta privilegiada: que no es suya sino de la naturaleza que la formó.

Al afirmarse que el genio carece de influencia sensible sobre la marcha de los acontecimientos se afirma que la historia se desenvuelve entregada a los vaivenes absurdos del azar y que la voluntad de los hombres no puede nada sobre ella o se afirma que todos los hombres ejercen idéntico grado de influencia sobre el desenvolvimiento histórico de la humanidad.

Ambas hipótesis, a poco que se analicen, resultan unilaterales y erróneas. Si observando el encadenamiento de los acontecimientos pareciera, por instantes, que una especie de fatalidad los rige, es porque los hombres, poco han hecho para imprimir a la historia una dirección intencional y consciente.

Por esto acrece el dolor en la vida y los choques destructores, se producen aparentemente con la misma fuerza ciega que la colisión de dos astros. La experiencia de la historia, vasta y acerba, corrobora lo desastroso de semejante régimen. La historia debe ser elaborada por la mayor suma de hombres y lo será tanto más conscientemente cuanto en mayor grado la esclarezcan los resplandores de la verdad, por el genio entrevista o descubierta.

Que el genio haya dado cima a grandes obras apenas puede negarse seriamente. Las ciencias y las artes son, en buena dosis, elaboraciones colectivas, pero puestas de relieve por los hombres singularmente dotados para cultivarlas.

Uno de los argumentos preferentemente esgrimidos por Bourdeau es que todas las invenciones geniales han contado con precursores, sin los cuales aquéllas no hubieran surgido y la coincidencia de dos o más investigadores que al mismo tiempo o con corta diferencia encuentran o inventan la misma cosa.

"Leibnitz y Newton encontraron separadamente el cálculo infinitesimal; Scheele y Prietsley aislaron al mismo tiempo el oxígeno; Niepce y Daguerre sorprendieron al mismo tiempo el secreto de las impresiones luminosas; Le Verrier y Adams calcularon los elementos del planeta Neptuno; Wallace y Darwin concibieron simultáneamente la teoría de la selección natural; en 1837 se extendieron cuatro pa-

tentes del telégrafo eléctrico: Wheatstone (1.º de Marzo), Alejandro (22 de Abril), Steinheil (1.º de Julio) y Morse (Octubre) y más recientemente Graham Bell y Elisah Gray el mismo día (14 de Febrero de 1876) registraban el teléfono; Edison fué el tercero" (id., páginas 101-102).

Esta simultaneidad se nota, especialmente, en la historia de los inventos prácticos, aplicaciones ingeniosas, las más de las veces, de principios descubiertos por investigadores geniales. En cuanto atañe a estos principios tales coincidencias son mucho menos corrientes. Una de las más llamativas es la de Wallace y Darwin en lo que concierne a la teoría de la selección natural. Con respecto a la teoría de la evolución se la ha establecido, a su vez, entre Erasmo Darwin y Lamarck, y entre Lamarck y Treviranus. Se alega que los que formulan esos principios han contado con muchos precursores.

Veamos el ejemplo de Darwin. La lista de sus precursores es insólitamente extensa. La confeccionó Osborn (1).

La integran en la Grecia, en la teología cristiana y en la filosofía árabe: Tales, Anaximandro, Anaxímenes, Xenófanes, Heráclito, Empedocles, Demócrito, Anaxágoras, Aristóteles, Epicuro, Lucrecio, Agustín, Giordano Bruno, Avempace, Abubacer. En la evolución filosófica (1600 a 1800) Bacon, Descartes, Leibnitz, Hume, Kant, Lessing, Herder, Schelling, Maupertius, Diderot, De Maillet, Robinet, Bonnet, Oken. Entre los naturalistas (1730 a 1850) Linneo, Buffon, Erasmo Darwin, Lamarck, Goethe, Treviranus, G. Saint Hilaire, St. Vicente, Isidoro Saint Hilaire, Grant, Rafinesco, Virey, Dujardin, D'Halloy, Chevreul, Godron, Leidy, Unger, Carus, Lecoq, Schaahausen, Wolff, Meckel, Von Baer, Serres, Herbert, Buch, Wells, Mathew, Naudin, Haldeman, Spencer, Chambers, Ricardo Owen, Wallace. A esta lista podríamos agregar a James C. Princhard, nacido en 1786, quien, según Poulton (2), adelantó el concepto de la selección natural y de la herencia. El total se elevaría así a "sesenta y cinco" precursores.

Muchos de ellos se han pronunciado en forma muy vaga e inconcreta. Admitamos a todos y los méritos excepcionales

(1) Fairfield Obsorn: "Dai Greci a Darwin". Trad. del inglés. Turín, 1901.

(2) Poulton: "Essays on evolution". Oxford, 1908. Cap. VI.

del eximio naturalista no quedan disminuídos. Siempre le cabe el honor de haber hecho comprensible y sistematizado la teoría con tanta solidez que el mismo Wallace, su contemporáneo, depuso a su favor con toda delicadeza los derechos a la prioridad. En definitiva, no obstante el gran valor de estos precursores, es una verdad que "Carlos Darwin juega el papel de una potente fuerza aceleradora. *La impulsión dada por él nos ha hecho ganar, por lo menos cincuneta años de adelanto;* nos ha hecho pasar, de un salto, de Copérnico a Newton y sobre todo, cuando obra sobre espíritu ordinarios franquear un intervalo parecido al que separa a Ptolomeo de Herschel" (1). El lugar de Darwin lo hubiera llenado otro naturalista, el mismo Wallace acaso. Pero para que la doctrina alcanzara el predicamento y la consagración que obtuvo con el autor de "El origen de las especies" tal vez hubieran transcurrido varios decenios.

Sin negar importancia a los precursores, creemos incontestable la originalidad y el valor efectivo de los hombres de genio. Su advenimiento es preparado por los antecesores, por las condiciones favorables del medio, por el estado de la conciencia colectiva.

Pero él agrega un elemento propio, una nota original y poderosa que no existe en el ambiente.

*

* *

Incurren en error los que niegan toda importancia al genio. El error es más hondo cuando con Carlyle, Emerson, Gobineau, Hegel, Renan y Nietzsche, en nombre de un extremado individualismo, todo se atribuye al genio o al héroe y se detesta cordialmente al resto de los mortales.

"La humanidad — sentencia Nietzsche — debe siempre trabajar para dar al mundo individuos de genio; esa es su misión;

---

(1) Grant Allen: "Charles Darwin". París, 1886, edición francesa, p. 248.

no tiene otra" (1). De aquí que Nietzsche — con la mejor de las intenciones, según algunos de sus biógafos — termina por inmolar a la humanidad en aras del genio. No es extraño ver exclamar a los campeones de esta teoría: "un genio vale más que una ciudad, que una nación, que la humanidad entera" (!) como si existiera un antagonismo irreductible entre el genio y la ciudad, la nación o la humanidad, como si la ciudad, la nación y la humanidad no constituyesen *los medios* que elaboran y plasman la personalidad genial.

Nada más absurdo que plantear el problema en esos términos. Entre la sociedad y el genio existen correspondencias estrechas innegables. A medida que mejora la sociedad y que en su seno se difunde la cultura y el bienestar, acrecen las posibilidades de que florezcan mayor número de hombres geniales, aumentan las probabilidades de perfeccionarla con mayor solidez y celeridad. El genio toma de la sociedad sus elementos principales y aporta originalmente la síntesis que con ellos realiza. Por egregio que sea y anticipándose, como se anticipa, al porvenir refleja, en su vida y en sus obras, las influencias de la época en que vive. "Las más grandes obras son hijas de las circunstancias" (2). Todos los monumentos científicos y artísticos han sido hijos de las circunstancias reflejadas a través de la robusta mentalidad del genio. Y cuando alguien, como Descartes, desea emanciparse de su época a pesar suyo y aunque la supera, no deja de reflejarla y trasuntarla como ocurrió con el insigne filósofo francés.

Por otra parte, los pueblos también desempeñan un papel creador. Son susceptibles de llegar lejos, en ese sentido. Sino persisten en la vía y dejan de rendir todo lo que son capaces es

---

(1) Este mismo pensamiento lo escribió antes Renán. Ver "Dialogues et fragments philosophiques". París. Ed. Calman-Levy, p. 103. "La fin de l'humanité, c'st de produire dse grands hommes; la grand oeuvre s'accomplira par la science, non par la démocratie. Rien sans grands hommes. L'oeuvre du Messie, du liberateur, c'est un homme, non una masse qui l'accomplira".

(2) Goethe.

porque se sofoca la libre exteriorización de sus sentimientos y pensamientos. Los estudios de la psicología de los pueblos, de la "Volkerpsychologie" emprendidos por Lazarus, Steithal y Wundt (1888-1909), aunque no aceptemos todas sus conclusiones, prueban, que la lengua y los mitos, formas vitales que transparentan el alma de los pueblos, son elaboraciones colectivas y están presididas por leyes universales. En el mito lo único individual es el elemento poético (1). "La lógica, por otra parte, es la obra de la especie entera gradualmente dsenvuelta en la larga sucesión de los siglos" (2). El pueblo es la atmósfera natural en la cual germinan y fructifican las grandes ideas. Crea las riquezas en campos y fábricas. Hijos suyos son los grandes poemas primitivos, tales los religiosos de la India, los ricos cancioneros y las preciosas baladas de la Edad Media y acaso los poemas, inmortales entre los inmortales, atribuídos a Homero.

Es conocido el altísimo valor de los expedientes de los modestos agricultores españoles de 1771 y el de los famosos *cahiers* de la Revolución Francesa (3).

A falta de instrucción especial la sagacidad intuitiva de las masas ha vislumbrado muchas verdades antes que los sabios las corroboraran experimentalmente.

Existe un saber popular compuesto por algo más que por supersticiones y prejuicios. Spencer — no obstante su fuerte individualismo — lo reconoce, definiéndolo como *saber no organizado* para distinguirlo de la ciencia o *saber parcialmente organizado* y de la filosofía o *saber totalmente organizado.*

Una antiquísima sentencia popular siciliana resume, en opinión de Rossi, la doctrina darwiniana. Y Le Play, sociólogo católico e ingeniero francés, muy conocido, visitando por razo-

---

(1) Wundt: Ob. cit.

(2) Comte: "Cours de Philosophie positive". Tomo III, p. 275.

(3) Ver Costa: "El colectivismo agrario en España". Jaurés: "Historia socialista". Roger Picard: "Les cahiers de 1789 et les classes ouvrieres". París, 1910.

nes profesionales las principales minas del globo, manifiesta haberse sorprendido, en más de una ocasión, de ver introducidos, por los mismos obreros, producto de su facundia, importantes perfeccionameintos en la técnica de la extracción de los metales no registrados en ningún libro.

Las lucubraciones de Nietzsche, Renán, Le Bon, Max Nordau y Sighele sobre la psicología de las multitudes son unilaterales y falaces. Obsecados por la pasajera fortuna de Napoleón, no aprecian en su justo valor las circunstancias únicas aprovechada spor aquel brillante militar sin escrúspulos. No obstante su hiperbólica egolatría, ingenio acumen y zahorí, Napoleón lamentó no haber nacido varios siglos antes, cuando las multitudes hechizadas divinizaban a Alejandro como a un nuevo Júpiter. Napoleón se daba cuenta de algo que echan de menos sus biógrafos y admiradores: las multitudes, como todo lo que vive, evolucionan incesantemente; las actuales son distintas a las de la era napoleónica y éstas a las de la era del joven conquistador griego, el "Aquiles sin Homero". Sin la brújula de este concepto evolutivo fácil es extraviarse y trocar caprichosos devaneos literarios en "profundas" observaciones psicológicas.

Las masas son las únicas que pueden rejuvenecer a la humanidad con ese fondo inexhausto de energía, de idealismo, de abnegación y de sano optimismo que atesoran. El genio y ellas están dotadas de un secreto poder de atracción. Con frecuencia, ellas no comprenden, de inmediato, al genio; pero a menudo *sienten* su presencia superior y nunca dejan de terminar — ¡a veces algo tarde! — por rendirle justicia. Por su altruísmo, por su capacidad de sacrificio, que tanto las diferencian de los filisteos fríos y prosaicos, tienen afinidad con los hombres de genio. "La filosofía pone de manifiesto la profunda identidad mental de los sabios con la masa activa" (1). Y pensamos, con Lazarus, que el genio influye sobre el pueblo gracias a su comunión

(1) Comte: Ob. cit. Tomo VI, p. 650.

ideal con él. Por esto el pueblo le entiende y admira. El genio *piensa* y *razona* lo que el pueblo *siente* o *intuye*. El genio *aclara* y *simplifica* lo que para el pueblo es *oscuro* y *complicado*. A través de la selva áspera y enmarañada el genio abre un camino y lo ilumina con un radioso haz de luz, que luego el pueblo recorre y fecunda.

En esta tarea el genio utiliza los elementos que la sociedad le brinda. El genio no se forja a sí mismo. No es de formación autógena. La sociedad concurre a su formación más que él mismo. La sociedad aporta todas las posibilidades. El no aporta más que una capacidad excepcionalmente dispuesta para explotar y obtener un óptimo rendimiento con las síntesis original y honda de esas posibilidades.

Para Hegel, Carlyle, Renán, Nietzsche y Gobineau, el fruto — el genio — lo es todo, y el árbol — la sociedad humana — no es nada o poco cosa. En cambio, para la buena doctrina la calidad del fruto depende de la excelencia del árbol progenitor. Primero está el peral y no las peras. Esto es evidente. Solamente que ese fruto, como las cualidades de los órganos que, según de Vries, determinan las variaciones bruscas de la especie, aparece súbitamente de tarde en tarde, ostenta caracteres o matices propios hasta entonces desconocidos y obedece a una serie de factores, cuyo complejo determinismo, en ocasiones, se nos escapa, y que en lo posible hemos tratado de precisar y justipreciar.

En rigor, cuando las dos escuelas se despojan de su hojarasca dogmática, están de acuerdo. Pocos escritores han expresado con mayor lucidez y vigor que Helvecio la idea de la igualdad esencial de los hombres. "La gran desigualdad de espíritu que se percibe entre los hombres depende *únicamente* de la diferencia de educación que reciben y del encadenamiento desconocido y diverso de las circunstancias en las cuales se encuentran situados". "En la moral únicamente hay que buscar la verdadera causa de la desigualdad de los espíritus". "El genio es común y las circunstancias propias para desenvolverse muy

raras". "Son muchos los llamados y pocos los elegidos". Estos conceptos de su libro *De l'Esprit,* repetidos y acentuados en su libro póstumo *De l'Homme,* provocaron una aguda réplica de Diderot. Empero, Helvecio mismo reconoce el alto valor individual del genio, y en esta obra hemos citado algunas de sus expresiones.

Del otro lado, Hegel, Carlyle y Nietzsche han escrito pensamientos que importan la consagración del papel de la colectividad en la obra del genio. Haremos solamente dos citas: una de Carlyle y otra de Nietzsche. "La *Divina Comedia,* dice Carlyle, *ha sido escrita por Dante, pero, en realidad, es la obra de una decena de siglos cristianos;* a ellos se deben, solamente, su terminación definitiva. Es lo que siempre ha acontecido. Tomad a un herrero con su hierro, sus herramientas, su experiencia y su oficio; de toda su obra, ¡cuán poco pertenece a él mismo y a su trabajo personal! Todos los inventores de los tiempos pasados trabajan con él como él trabaja en realidad con todos nosotros en todo lo que nosotros hacemos... Todas las ideas de Dante, bellas o terribles, son simplemente los frutos de las meditaciones hechas según el espíritu de toda la gente honesta que ha vivido con él" (1).

Nietzsche escribe que los grandes hombres "son como materias explosivas en la que está acumulada una fuerza anormal, de manera que *"cuando la tensión de la masa ha llegado a ser demasiado grande, basta la más leve excitación para que aparezcan en el mundo el genio, el "acto", el "gran destino"* (2).

Después de estas comprobaciones, el problema del genio, en su relación con la comunidad social, queda aclarado en su aspecto principal y sólo es discutible en alguno de los rasgos aislados que dibujan su contorno.

*
* *

(1) Carlyle: "Los héroes". Ed. francesa. Dante.

(2) Nietszche: "Crepúsculo de los ídolos. Mi idea del genio".

Cuando el medio social, artístico o científico, va a ser reformado, surge el hombre de genio. Se encamina rectamente a su objeto. Su audacia espanta a las academias fosilizadas y a los mediocres misoneístas.

El genio tiene por función específica crear intensamente, abrir nuevas rutas al pensamiento y a la actividad humana, remover el medio en que se desenvuelve, superarlo, suscitar un nuevo medio. Es siempre un precursor, un fermento de acción prolongada e inextinguible. Esta función social coincide y armoniza con la función biológica de introductor de las variaciones bruscas en la especie humana que le hemos asignado. "El genio es una potencia extraordinaria de sociabilidad y de simpatía que tiende a la creación de sociedades nuevas o a la modificación de las sociedades preexistentes: salido de tal o cual medio, es un *creador de medios nuevos o un modificador de los medios antiguos*" (1).

El genio semeja un árbol que no se limita a absorber los jugos de la tierra. Es un árbol que transforma y enriquece la tierra fértil que lo nutre.

Pero el genio colma otra misión social no menos importante. Han transcurrido más de tres siglos desde que Montaigne estampó esta aguda observación: "Preguntado Sócrates por su patria, no respondió: soy de Atenas, sino: soy del mundo. Como tenía la imaginación amplia y comprensiva, abrazaba el universo cual su ciudad natal, extendiendo su conocimiento, sociedad y afecciones a todo el género humano, no como nosotros que sólo extendemos la mirada a lo que cae bajo nuestro dominio".

Merced a las enormes simpatías que suscita, a su gran capacidad de abstracción y a la naturaleza *humana* de su obra, el genio no pertenece a ningún pueblo, a ninguna nación, a ninguna raza particular. Pertenece a todos los tiempos, a todos los pueblos, a todas las razas. Es universal. Como Terencio

---

(1) Guyau: "L'art au point de vue sociologique". 7.ª edición. París, p. 45.

puede exclamar: "nada humano me es extraño". Precursor siempre, adelantándose constantemente a sus contemporáneos, vislumbra y trabaja por la unificación del mundo, antes que la evolución económica la imponga como una necesidad inexorable. Gracias a esta función de cohesión y unificación, la humanidad se reconoce a sí misma, cobra conciencia de su unidad, de su interdependencia, de su solidaridad.

Tal fué el motivo dominante en las grandes épocas de esplendor humano. Pericles, genial timonel de la Grecia en su siglo más luminoso, al estimular la floración del arte, de la ciencia, de la filosofía, desde "la gloriosa Atenas coronada de violetas" (1) persiguió, como finalidad intencional, "borrar el violento antagonismo de las razas y conseguir su reconciliación por el arte y la ciencia" (2). ¡Alto ideal que produjo la cultura más bella y armoniosa que contemplara la Historia!

Y si rememoramos la hora venturosa del Renacer, vigoroso retoño del helenismo, consolámonos pensando, al final, que "frente a las reivindicaciones de las nacionalidades y al desbordamiento del particularismo, plagas de nuestra época, gusta creer, contemplando las obras maestras de la Edad de Oro, que la prosecución de un ideal común a todos los pueblos y a todos los siglos no es ni una quimera ni una utopía" (3).

Sobre la tierra inquieta no existe aún una humanidad unificada. Existen fragmentos dispersos de humanidad, focos ardientes de humanidad. Los genios, insistimos, son los precursores de la unificación que se perfila en el horizonte y que favorecida por la evolución colectiva la realizarán con el intrépido concurso de las masas las cuales ascienden a ocupar un plano más activo y recobran parte de la potencia creadora de otrora.

Los genios funden, amalgaman a todos los pueblos en la atmósfera purísima del arte, de la ciencia, de la filosofía. En

(1) Eurípides.
(2) Curtius: Ob. cit. Tomo IV, p. 228.
(3) Muntz: Ob. cit. Tomo II, p. 836.

esas elevadas regiones todos colaboran, todos se dán la mano. Allí no hay genios autóctonos y genios extranjeros. La tierra es su patria infinita, la humanidad su raza imperecedera. Cuando menguados intereses arrastran a los pueblos a derramar, frenéticos, océanos de sangre, esa unidad parece quebrarse brutalmente. Más no es así. O mejor dicho: lo es por un lapso, cruel y luctuoso. La ciencia y el arte — con sus innumerables aplicaciones — ligan a los pueblos con un plexo de intereses y de sentimientos cada vez más fuerte, más vasto, más ramificado. Y por debajo mismo de los océanos de sangre y cual anunciación de que en el futuro no tornarán a correr, abre su dilatado cauce la vena caudalosa de un pensamiento, de una ética y de un sistema de convivencia social propicio al desarrollo de la cultura propia y de los gérmenes originales de todos los pueblos, de todas las razas, de todos los hombres.

Y ésta es la más hermosa función y la más alta gloria del genio.

INDICE

Pág.

CONDICIONES SOCIALES DEL GENIO

EDICIONES M. GLEIZER

TRIUNVIRATO 537

Amaya Florencio J. — El dolor de vivir . $ 3.—
Aybar Sobre Casas. — El amor como redención . . . . ,, 2.50
Amicis Edmundo de.—Joyas literarias (encuadernado) . . . . . . ,, 2.50
Alas Claudio de. — Visiones y realidades . ,, 2.50
Id. Id. — Herencia de la sangre . . . . ,, 2.50
Arsamasseva Margarita de. — El brazalete de záfiros (novela) . . . . ,, 2.—
Brumana Herminia C. — Cabezas de mujeres . ,, 2.—
Bosco Guillermo Dr. — Electrocardiografía y poligrafía clínicas . . ,, 6.—
Berdiales Germán. — Las fiestas de mi escuelita . . . . ,, 1.—
Barreda Ernesto Mario. — Nuestro Parnaso (4 tomos) . . . . ,, 8.—
Id. id. — Una mujer (novela) . . . . ,, 2.—
Id. id. — Baba del diablo (novelas y cuentos) . . . . ,, 2.50
Bermann Gregorio. — José Ingenieros . . . . ,, 2.50
Boy. — Las parejas negras . . . . ,, 2.—
Cancela. — Tres relatos porteños . . . . ,, 2.50
Id. id. — El Burro de Maruf . . . . ,, 2.50
Capdevila Arturo. — La casa de los fantasmas ,, 2.—
Capdevila A. — América . . . . ,, 2.50
Carrasco Germán. — Rima de inquietud . . . ,, 1.50
Cichero Félix Esteban. — La vida en cuentos . ,, 2.—
Calle Jorge. — El pasajero sugerente . . . . ,, 2.50
Cortina Aravena. — Nocturnos y otros poemas ,, 2.—
Dubnow. — Hria. contemporánea del pueblo judío . . . . ,, 5.—
Eichelbaum. — Un hogar ,, 1.20
Id. id. — Un monstruo en libertad . . . . ,, 2.50

España José de. — La mujer de Shaighai . . ,, 2.—
Id. Id. — La psicología de Rosas . . . . . . ,, 2.—
Fabri Luis. — Dictadura y revolución . . . . ,, 2.—
Fingermann G. — Estudios de psicología y estética . . . . ,, 2.50
Flores Mario. — Cristales (cuentos fantásticos) . . . . ,, 1.—
Goldschmith. — Moscú (viaje por la Rusia soviética) . . . . ,, 2.—
González Tuñón Raúl. — "El Violín del Diablo" ,, 2.—
González Tuñón Enrique. — "Tangos" . . . . . ,, 1.50
Gímenez Pastor. — Velada de cuentos . . ,, 2.50
García Velloso E. —Piedras preciosas . . . ,, 3.—
Gouchón Cané E. — Los héroes del amor . . . ,, 2.—
Grunberg Carlos M. — El libro del tiempo . . ,, 2.—
Gutiérrez Ricardo. — La flecha en el vacío . . ,, 2.50
Gerchunoff Alberto. — La Asamblea de la Bohardilla . . . . ,, 2.50
Id. id. — El hombre que habló en la Sorbona . . . . ,, 2.50
Id. Id. — Historias y proezas de amor . . ,, 2.50
Herrero Antonio. — Alfredo L. Palacios . ,, 1.50
House Guillermo. — Alma Nativa . . . . ,, 2.50
Ibarguren Carlos. — Manuelita Rosas . . . . . ,, 2.—
Id. I. — De nuestra tierra. (2.ª ed.) . . . . . ,, 2.—
Ingenieros José. — Los tiempos nuevos . . . ,, 1.50
Kropotkine. — Etica . . ,, 2.50
d Id — Historia de la literatura Rusa . . . ,, 4.—
Krupkin. — "La taza de Chocolate" . . . . . . ,, 1.50

Lagorio Arturo. — El traje maravilloso y otros cuentos . . . . „ 2.50
Lagorio Arturo. — Las tres respuestas . . . „ 2.50
Loncan Enrique. — He dicho . . . . „ 2.50
Loncan Enrique. — Las charlas de mi amigo (2.a edición) . . . . $ 3.—
Lebrón Agustín. — Lo que dicen ellas . . . „ 1.—
Last Reason. — A rienda suelta . . . . „ 1.20
Ledesma Roberto. — Caja de música . . . . „ 1.50
Lugones Leopoldo. — El Angel de la Sombra „ 2.50
Id. íd. — La Guerra Gaucha . . . . „ 3.—
Id. Id. — El libro de los paisajes . . . . . „ 2.50
"Luz y Sombra" — Chic. 2.50
Marechal Leopoldo. — Los Aguiluchos . . . „ 2.—
Martínez Cuitiño Vicente. — Teatro. Tomo I: La fuerza ciega. - La humilde quimera . „ 2.50
Tomo II: El segundo amor. - La bambolla. - Rayito de sol . „ 2.50
Tomo III: La fiesta del hombre. - Los Colombini. - El viaje de D. Eulalio . . . „ 2.50
Tomo IV: Los soñadores. - El Malón blanco. - No matarás . „ 2.50
Tomo V: Cuervos rubios. - Mate dulce. - Notas teatrales . . . „ 2.50
Tomo VI: La mala siembra. - El derrumbe. - Nuevo Mundo . . . . . . „ 2.50
Moreno Ismael. — La Huerta . . . . . . „ 3.—
Id. id. — El matadero . . . . „ 2.—
Mosquera Kelly F. — Del Plata al Illimane . . . „ 2.50
Méndez Caldeira María Angélica. — Gracia y Castalia . . . . „ 2.50
Mercante Víctor. —Charlas pedagógicas . . . „ 3.—
Morales Delio. — Raymundo Nansen, el atormentado . . . . . . „ 2.—
Morales Delio. — La confesión de Lander Pausarac . . . . „ 2.—
Medina Onrubia S. — Akasha (novela) . . . „ 2.—
Medina Onrubia S. — El vaso intacto . . . „ 2.—
Nogueira Manuel N. — Los excluídos del amor $ 2.50
Olivera Lavié Héctor. — Una tragedia . . . . . „ 2.50
Olivan Santiago C.—Las visiones del rondín (cuentos) . . . . „ 2.—
Olivari Nicolás. — La Musa de la mala pata „ 1.—
Pagano José León. — El hombre que volvió a la vida . . . . . . „ 2.50
Peyret Marcelo. — Padre nuestro . . . . . „ 1.—
Id. id. — Alta Gracia . . . . „ 2.50
Id. id. — Mientras las horas pasan (cuentos de amor) . . . . . . „ 2.—
Pascarella Luis. — Horas matinales (páginas de un escolar) . . . . „ 1.50
Palcos Alberto. — La vida emotiva . . . . „ 2.50
Palcos Alberto. — El genio (2.a edición) . . „ 3.—
Palacios. — Universidad Nueva . . . . „ 5.—
Quesada Josué. — Idolos que pasan . . . . . . „ 2.50
Rawson Manuel. — Emilio Mitre . . . . „ 2.50
Rolland Romain. — Clerambault (2.a edic.) „ 2.—
Rojas Paz. — La metáfora y el mundo . . „ 2.—
Renán Ernesto. — Patricio (enc. tela) . . . „ 2.—
Ripamonte Carlos P. — Janus . . . . „ 2.50
Ruibal Salaberry Dr. — Higiene Pública. - Ingeniería sanitaria . . „ 6.—
Scalabrini Ortiz Raúl. — La Manga . . . . . . „ 2.50
Saravia Linares Clara. — Lirios de otoño . . . „ 2.50
Soto y Calvo F. — Los poetas maullantinos en el arca de Noé . . . . „ 2.—
Torre Peña Jorge de la. — Plata bruna . . . „ 2.—
Vedia Joaquín de. — Cómo los vi yo . . . . . „ 2.50

EDITORIAL M. GLEIZER

Recopilación de algunos juicios publicados sobre los libros de Alberto Palcos.

EL GENIO

1.ª EDICION

EUROPEOS:

El eminente criminólogo y psiquiatra francés Luis Parant, el famoso autor DEL DELITO Y LAS PENAS, ha publicado en los ANNALES MEDICO-PSYCHOLOGIQUES (11.ª serie, tomo 1.º, ps. 263-66), el siguiente juicio sobre EL GENIO de Alberto Palcos, que por su importancia transcribimos íntegramente:

"Tema muy vasto, demanda si se quieren evitar las afirmaciones A PRIORI, el conocimiento profundo no solamente de la vida y de las obras de casi todos los genios, sino de los innumerables trabajos escritos sobre el tema. Alberto Palcos ha triunfado de esta dificultad. Su obra no es una improvisación. Cinco años de investigaciones han puesto en sus manos un arsenal de datos instructivos de los cuales ha sabido sacar conclusiones originales.

Cuatro partes componen su obra. La primera interesa especialmente a la psiquiatría; el genio es estudiado en relación con la alienación. ¿El genio es vecino de la locura? Numerosos son los grandes espíritus, genios ellos mismos, que lo han afirmado, Platón, Aristóteles, Cicerón, Montaigne, Pascal, Napoleón y tantos otros!

¿Qué vale la teoría de Morel, de Magnan y Legrain sobre los degenerados superiores? El rasgo común que caracteriza a los degenerados es la indigencia intelectual. ¿Pueden ser colocados al lado de los idiotas y los débiles los genios cuya característica es, al contrario, el desarrollo notable de la inteligencia?

En lo tocante a la concepción de los genios parciales ella se

funda en un abuso de lenguaje. Poseer, como muchos alienados y degenerados, notables aptitudes en matemáticas, en música, por ejemplo, no es ser genial. El genio es intensamente creador. Lombroso los descubre frecuentemente en los asilos, pero, ¿cuáles son las obras, la influencia, las ideas que franquean los límites de los manicomios? El genio comporta un progreso mientras que la degeneración entraña un retroceso.

Palcos combate la teoría de Lombroso, cuyos argumentos discute uno a uno.

Uno de los procedimientos del psiquiatra italiano consiste en declarar geniales a un número enorme de degenerados, de exhibicionistas, de cleptómanos, de criminales y triunfa al comprobar una relación frecuente entre el crimen y el genio.

En cambio, Lombroso que discierne tan fácilmente el diploma de genio a una multitud de poetas oscuros y de psicópatas, no lo acuerda a hombres como Verdi, precisamente porque aparecen como normales.

Quiere probar que los hombres de genio presentan equivalentes epilépticos. Le basta para ello la menor debilidad, la menor crisis de desmoralización. Cervantes, errante por miseria, es un instable o un vagabundo. Víctor Hugo, ávido de gloria, es obsesionado por una idea fija. Bajo esta luz, ¿no son epilépticos las nuevas décimas partes de los hombres?

Después de haber examinado así el valor de los argumentos lombrosianos, Palcos edifica a su turno una concepción nueva.

El hombre de genio se distingue del alienado: 1.º por el buen funcionamiento de sus glándulas endocrinas (tiroides en particular); 2.º por su dinamismo psicológico, puesto en juego por una percepción, una idea, un sentimiento o una pasión perfectamente normales. En él las ilusiones y alucinaciones son fiscalizadas por el juicio; 3.º por la atención; el alienado se distrae, mientras que el genio se abstrae; 4.º porque domina sus impulsiones, de las que no es esclavo.

Se distingue todavía: 5.º por la conciencia de sus estados mentales; 6.º por su lógica, coherente y coordinada; 7.º por su sensibilidad; 8.º por su capacidad para el trabajo; 9.º por su personalidad.

Seguramente, es frecuente encontrar cierto grado de MELANCOLIA entre los hombres de genio, pero además de las explicaciones puramente biológicas (intoxicación indóxila, Towsand) es necesario tener en cuenta la fineza de su sensibilidad.

Y para dar a cada cosa su parte, se conviene que, en ciertos casos, el genio puede COEXISTIR con ciertas psicosis. Pero estas son entonces parásitas, que lejos de agregar nada al genio, son sus peores enemigos. (Nietzsche, Maupassant, Dostoievski, A. Comte, Flaubert, Schumann, Newton, etc.).

El genio y la locura, lejos de estar ligados el uno a la otra, son puntos extremos en la escala de los valores humanos.

En una segunda parte, el autor estudia las CONDICIONES BIOLOGICAS DEL GENIO, en particular la influencia de la herencia, que ha hecho correr tanta tinta y que le parece poco importante, a pesar de algunos ejemplos notables (Bach, Darwin) la transmisión de los caracteres adquiridos le parece muy rara.

Después de haber notado la potencia de trabajo, la precocidad de la inteligencia y una notable longevidad a despecho de las enfermedades o de lesiones orgánicas (Voltaire, Hobbes, Goethe, Schopenhauer) que se observan muy frecuentemente, el autor llega a la conclusión de que el genio representa el MAS ALTO GRADO DE EQUILIBRIO ENDOCRINO Y NERVIOSO. Se apoya en un número considerable de investigaciones y trabajos.

La tercera parte está consagrada a la PSICOLOGIA DEL GENIO. ¿De qué elementos se constituye esa síntesis que es el genio? En medio de innumerables teorías emitidas por los filósofos, Palcos reconoce cuatro factores esenciales, cuya reunión es indispensable: la SENSIBILIDAD, la PASION TENAZ, la IMAGINACION CREADORA, en fin, la INHIBICION VOLUNTARIA.

Esta última noción arroja sobre la cuestión una luz nueva y fecunda. El genio difiere del talento en lo que tiene de creador. Pero se eleva por encima de las otras inteligencias por la potencia de su inhibición.

Tomando por base el predominio más o menos grande de ésta sobre la motricidad, Palcos propone una clasificación ingeniosa: el hombre normal (línea del medio) es el intermediario entre el genio (línea superior) y el alienado (línea inferior). Siguiendo su TIPO da (por arriba o por abajo) los diversos tipos de genio o las psicosis correspondientes. (El articulista reproduce aquí el cuadro de la página 179).

Una cuarta parte, por último, está consagrada a las CONDICIONES SOCIALES DEL GENIO. El autor expone opiniones personales inspiradas en un noble ideal.

Está convencido que la supresión de las desigualdades sociales realizará las condiciones más favorables a la eclosión del genio. La lucha por la vida que tal vez haya sido, por dolorosa que se presentara, favorable a la expansión del genio de los Beaumarchais, los Cervantes, los Moliere, los Villon, le parece menos fecunda que el bienestar. Considera el nivelamiento social como un factor del progreso intelectual.

Este libro, que testimonia una erudición muy vasta y un sentido crítico muy fino, termina con aclamaciones entusiastas al alba de una era de felicidad en que el genio podrá, al fin, desenvolverse sin trabas.

LUIS PARANT.

El ilustre profesor italiano Carrara, sucesor de Lombroso en la dirección de la revista "Archivio di Antropología Criminale, Psichiatria e Medicina Legale", escribe:

"Si bien las argumentaciones que el autor desarrolla y las conclusiones a que arriba acerca del genio, sobre su génesis, sus factores biológicos, psicológicos y sociales y sobre sus funciones en la especie y en la sociedad, no concuerdan con las que nuestra Escuela sostiene, siguiendo las huellas gloriosas de Lombroso, nos alegramos igualmente de la publicación de la presente obra por muchos aspectos notables que encierra y porque trata de una de esas complejas y sintéticas cuestiones que el minucioso fragmantarismo científico actualmente de moda o el presuntuoso e inconcluyente espiritualismo olvida, cuando no desprecia".

M. CARRARA, public. cit. 1921 513-15. . . .

El sabio autor de Derecho constitucional y administrativo HAURIOU, decano de la Facultad de Derecho de Toulouse, Francia, recomienda la lectura del libro de Palcos, al lado de las clásicas obras de Schuré, Tarde y Maquiavelo. Dice: "Sobre la teoría de los grandes hombres ver: E. Schuré, LES GRANDS INITIES; Alberto Palcos, EL GENIO, Buenos Aires, 1920, y toda la obra sociológica de G. Tarde, LES LOIS DE L'IMITATION, LA LOGIQUE SOCIALE y también Maquiavelo".

MAURICE HAURIOU. Précis de droit constitucional, París, 1923, p. 56.

El glorioso sabio RAMON Y CAJAL añadió a la segunda edición de su último libro la siguiente nota:

"...Claro es que, como posible factor del superior rendimiento intelectual del genio, no debe olvidarse la excelencia de la composición química neuronal o de sus elementos anejos ¿neuroglia? En tal dirección se orientan hoy algunos tratadistas, singularmente el doctor A. Palcos, quien concede suma importancia a la influencia de las SECRECIONES INTERNAS". A Palcos, EL GENIO, Buenos Aires, 1920.

S. RAMON Y CAJAL. Charlas de café. 2.ª ed. Madrid. 1920, p. 133.

MARAÑON, el insigne biólogo español, mundialmente conocido por sus originales estudios sobre secreciones internas, cita a Palcos en la siguiente forma:

". .En resumen: no podemos decir ahora que el equilibrio psíquico depende del equilibrio del sistema nervioso, SINO DEL EQUILIBRIO NEURO-ENDOCRINO, siendo el tircides el órgano que, a este respecto, ejerce una influencia más directa sobre la vida psíquica. De este concepto surgen una porción de problemas colaterales, aun hipo-

téticos, pero muy sugestivos, que no podemos desarrollar aquí, como el de LA RELACION DEL EQUILIBRIO NEURO-HUMORAL CON EL GENIO, que recientemente ha desarrollado con fina penetración Alberto Palcos. (A. Palcos, EL GENIO, Buenos Aires, 1920).

MARAÑON. Problemas actuales de la doctrina de las secreciones internas, Madrid, 1922, página 139.

PENDE, el eminente tratadista italiano, en la última edición de su famosa ENDOCRINOLOGIA dice que a la luz de la doctrina de las secreciones internas comienza a afrontarse la explicación del genio y cita como a los primeros que se ocupan en esta tarea a Bermann, el sabio fisiólogo inglés, y a Palcos. (Pero es de advertir que mientras el libro de Palcos data de 1920 el de Bermann apareció en 1922).

PENDE, Endocrinología, Milán, 1923, 3.ª ed., pág. 1106.

TURRO, el gran sabio español, llama a EL GENIO "libro admirable", y GEORGES DUMAS, el eximio profesor de la Sorbona de París, tuvo para esa obra frases de sentido elogio.

RENOVACION de La Plata, agosto 5 de 1921.

Ver en LA VIDA EMOTIVA (última parte) la transcripción de los juicios de los críticos americanos Sanín Cano, Armando Donoso, Vicente A. Salaverri y el de Aloysio de Castro y los argentinos de Enrique Mouchet, Gregorio Bermann, Marcos A. Victoria, el de J. Torrendell, y los de la "Revista de Filosofía", "La Unión", "La Epoca", Suplemento dominical de "La Razón", etc., coincidentes con los que acabamos de transcribir y en los cuales se destacan el valor y la originalidad de la obra de Palcos.

LA VIDA EMOTIVA

ROMAIN ROLLAND ha dirigido a Alberto Palcos una carta fechada en Suiza, el 8 de diciembre de 1925, y dice así:

"Le envío mi agradecimiento y mis cordiales cumplimientos por el amable envío de su libro "La Vida Emotiva".

Es de una lectura extremadamente atrayente. Jamás el tema ha sido más actual, pues el mundo es movido hoy por una masa enorme de emociones. Ellas penetran en la política de los pueblos mucho más que las ideas — (los intereses están comprendidos bajo esta última acepción) — o, más exactamente, las ideas sólo sirven de

pretexto — a menudo ilusorio, y asimismo, a veces, mentido — a las emociones desencadenadas hasta el paroxismo. Se ha visto en la gran guerra de 1914 en la cual el delirio emotivo se sirvió de las ideas como de un arma, falseándolas y esgrimiéndolas constantemente contra su sentido real, así como contra los intereses reales. . . .

Entre los estudios, tan variados, que componen su libro, he leído con un placer particular el que concierne a los grandes actores. He conocido mucho a la Duse y a Mounet-Sully. He podido verificar algunas de sus observaciones, pero es necesario tener en cuenta siempre la "multiplicidad" humana (si puedo decir así). En todo hombre hay muchos hombres diferentes. Un día el gran actor será perfectamente dueño de si y dirigirá sus emociones. Al día siguiente, será bruscamente acometido por ellas, de manera inesperada. Mounet-Sully me ha confiado su propia inquietud un día en que se sintió arrastrado como por una ráfaga (era en EDIPO-REY); se decía: "sometido a este diapasón de violencia, ¿cómo llegaré al final? Reventaré en el camino". Eleonora Duse, cuando yo habitaba en Settignaro con ella y D'Annunzio, no habló jamás de teatro: tenía miedo. le causaba una especie de aversión, como una bestia fascinante de la que fuera su presa. La he visto representar a menudo. Jamás se olvidaba a sí misma en sus papeles. Ella se representaba. Pero también hasta a esas piezas, generalmente medocres, (de las que se lamentaba), las impregnaba de su vida y de sus emociones. Personalmente más mediocre de corazón y de emociones, Sarah Bernhardt era más grande artista en la composición de sus papeles, que veía desde afuera; era la frialdad apasionada, la indiferencia frenética; todo en ella era querido; pero esa voluntad de acero tenía a su servicio un instrumento de una maravillosa flexibilidad (a lo menos, en la primera parte de su carrera, pues en seguida cayó en un amaneramiento monótono y mecánico).

Crea, caro señor, en la devoción de mis sentimientos.

(Firmado): ROMAIN ROLLAND.

G. REVAULT D'ALLONNES, el psicólogo y psiquiatra joven más reputado en Francia le dice a Alberto Palcos en una carta fechada en París el 10 de febrero de 1926:

"...Me parece el libro (LA VIDA EMOTIVA) sólidamente documentado y escrito por una buena pluma latina. Hay en él horizontes, hay vitalidad, ¿qué falta para su mayor éxito?

Esto, tal vez: una buena traducción francesa".

AMERICANOS:

El joven y talentoso escritor argentino acaba de publicar, con el título que encabeza estas líneas, un libro realmente interesante. Es un notable estudio de psicología, relativo a las emociones.

"...En ese estudio, no solamente demuestra un vasto conocimiento del asunto que trata, sino que, además, demuestra poseer cualidades que son esenciales para afrontar con éxito esta clase de trabajos: espíritu sutil y gran agudeza para el análisis. En LA VIDA EMOTIVA hay capítulos de un valor crítico inestimable".

"...Es de los libros que hacen pensar. Y, siendo así, es de los libros que se deben leer".

J. L. MORENZA. "La Cruz del Sur", Montevideo, mayo de 1926).

"Palcos es un publicista de aliento. Le seducen los estudios más vastos y serios. No le arredra tener que leerse toda una biblioteca cuando se trata de documentar el capítulo, concienzudamente planeado, de alguna de sus obras.

...Es un estudio dedicado a los artistas, a los fisiólogos, a los médicos, a cuantos anhelan una cultura amplia y moderna. Por cualquier parte que se abre "La vida emotiva" se encuentran aportes interesantes. Palcos hace ameno lo difícil..."

(EL DIA, de Montevideo, 13 de diciembre de 1925)

"Con la publicación de EL GENIO se reveló Alberto Palcos como una de las más sólidas y brillantes personalidades del mundo intelectual argentino. En aquella obra podía sentirse ya la presencia de un espíritu vigorosamente nutrido por una amplia cultura y poseedor de una visión penetrante que le permitía encarar los problemas estudiados bajo un aspecto lleno de originalidad".

"...Su obra reciente, LA VIDA EMOTIVA, en la que dilucida con acierto indiscutible el arduo problema de las emociones, está llamado a afianzar la reputación intelectual de Palcos y a prolongar el éxito de su primer libro".

"...Alberto Palcos hace ahora una nueva revisión de los progresos realizados en el estudio de la génesis y naturaleza de las emociones. Analiza los varios aspectos de las nuevas hipótesis; y, con una agudeza crítica admirable, sabe poner en claro sus errores y revelar sus contradicciones. Desde la distribución o plan de la obra puede advertirse que el autor domina la materia estudiada y conoce perfectamente el camino que ha de llevarle a la consecución de su fin. Y a cada momento, en la exposición de las doctrinas o en el desarrollo general del trabajo, se siente la marcha de un pensamiento firme

que se deja ver todo entero a través de un estilo preciso y transparente".

"...El libro de Palcos es una obra de verdadero valer por el método expositivo, la lógica del discurso, la agudeza de la crítica, la originalidad de las observaciones y hasta por la flexibilidad y precisión del lenguaje. Es una obra que por su espíritu de investigación y de estudio hace honor a la juventud intelectual argentina".

LUIS D. CRUZ OCAMPO.—"Atenea", revista de la Universidad de Concepción, Chile, marzo 31 de 1926.

ARGENTINOS:

"...Encuentro en la susodicha monografía, no solamente la erudición con que debe abordarse un asunto que ha interesado veinte siglos a los pensadores más destacados del mundo, sino la paciencia del que investiga y la sagacidad del que relaciona para agrupar fenómenos que se prestan a inesperadas divergencias, ya se los considere como efectos, ya como estados de facundia en la que tiene su razón de ser no solamente el arte, sino la impulsión continua del hombre sano al trabajo".

VICTOR MERCANTE, "La Prensa", 31 de enero de 1926.

"...El libro de Alberto Palcos felizmente ha desvanecido nuestros temores. Aunque no sin reparos, se lee sin tedio. El autor ha tratado de emanciparse de la jerga habitual, ha castigado su dicción y su estilo y demuestra haber leído algo más que los textos de psicología del siglo pasado"...

ALEJANDRO KORN, "Valoraciones", marzo de 1926.

"...Es este en su conjunto un libro rico en información y en ideas, de forma fácil y agradable, y con páginas que llegan a ser bellas. Es, pues, un buen libro, porque se lee con agrado y con provecho"...

AUGUSTO BUNGE, "Nosotros", abril de 1926.

Ver la interesante carta del ingeniero NICOLAS BESIO MORENO, en LATIUM, primer número:

"...Hemos leído LA VIDA EMOTIVA con vivo deleite, seducidos no solamente por la maravilla de mundos psíquicos poco explo-

rados, sino también por la medida, galanura y delicadeza del estilo. LA VIDA EMOTIVA es un bello libro que abre horizontes y en el que está latente una vigorosa personalidad de pensador"...

EDMUNDO GUIBOURG, "El Sindicato", Boletín del Sindicato de Autores, diciembre de 1925 y "Crítica", 21 de enero de 1926.

"...Este libro no está hecho para la mayoría, pero trata de cuestiones de interés general. No obstante, junto a la ardua explicación científica y la exposición de teorías más o menos interesantes, tenemos capítulos de un alto valor literario, como "Las emociones en los místicos" y "Las emociones y el actor teatral". El mérito del libro se acrecienta por la justedad de los juicios y la precisión de las conclusiones".

P. R. R. (PABLO ROJAS PAZ), "Crítica', mayo 6 de 1926.

"...El libro de Alberto Palcos sobre LA VIDA EMOTIVA no pertenece rigurosamente a la amena literatura. Pero por la claridad de la exposición, por el cuidado que se toma en usar siempre la palabra justa y por otras virtudes de estilo, raras en los filosofos de estas latitudes y aun de comarcas remotas, el libro merece atención en este somero análisis del año literario argentino"...

"La Producción literaria argentina en 1925". "La Nación", 17 de enero de 1926.

"...A pesar del carácter expositivo y técnico de algunos capítulos del libro, la lectura es amena allí donde los no iniciados podemos seguir al crítico de otros sistemas o al expositor de sus propias teorías o experimentos"...

LA NACION, 21 de febrero de 1926.

"...Se puede señalar el gran interés que encierra este libro con la enumeración de los puntos que trata.

...La obra emprendida por el señor Alberto Palcos es, como se ve, de difícil realización. Aunque el campo es muy fértil, son contadísimos los que se han propuesto penetrar en él, y los que de las emociones han tratado, cayeron con frecuencia en exageraciones apasionadas e incurrieron no pocas veces en el error de confundir lamentablemente la sensación con la emoción y de no tener en cuenta que las emociones no pueden entrar de lleno en el campo experimental".

LA PRENSA, enero 24 de 1926.

"...Alberto Palcos, con su criterio personal, cosa que ya hiciera en EL GENIO, estudia y obtiene conclusiones originales. Tal vez esta sea la razón de por qué su libro puede ser discutido. Al mismo tiempo, será la razón de por qué debe ser admirado. Sentar nuevas premisas en asuntos de esta índole, es obra poco común. Alberto Palcos, afronta no solamente las dificultades de la labor lenta y reposada del estudioso, sino que además toma para sí los riesgos de sus teorías, discutibles pero en ningún momento despreciables. Este estudio de las emociones, que como dijéramos, ha sido escrito para todos, constituye uno de los volúmenes más importantes de la producción del año que ha finalizado"...

EL DIARIO, diciembre 31 de 1925.

"...Alberto Palcos realiza el milagro inaudito de reconciliar a un lenguaje fácil una exposición teórica de un alto valor científico. Y más que interesante, el volumen de tupida lectura que es LA VIDA EMOTIVA resulta ameno"...

CRITICA, diciembre 19 de 1925.

"...En este libro LA VIDA EMOTIVA del señor Alberto Palcos, vuelve a cimentarse justicieramente el renombre de estudio y erudito que ya alcanzara este autor con su primera obra EL GENIO...

...LA VIDA EMOTIVA es un estudio científico y acabado de las emociones...

En suma, el trabajo del señor Palcos a más de interesante es instructivo y coloca a su autor entre nuestros escritores jóvenes de positivos e indiscutibles méritos"...

LA RAZON, junio 25 de 1926.

"...En la forma como Palcos las comunica al lector, finca el secreto de la magnífica realización de la obra, el interés, el deleite, y hasta diremos la pasión con que se devoran sus páginas, como si fueran las de una hermosa novela...

...Pues LA VIDA EMOTIVA, por la claridad de sus cláusulas, la rítmica armonía de sus períodos, la ironía que matiza algunos de sus pasajes y la gálica agilidad de todo su desenvolvimiento, puede ser proclamada, sin ambajes, una obra de estética. El capítulo de los místicos tiene, sin disputa, trozos de antología...

CATON, CRITICA SOCIAL, abril 1.º de 1926.

En esta ciudad, donde los problemas psicofisiológicos son tratados, — salvo tan escasas cual honrosas excepciones — con una brillante superficialidad de dilettanti, la labor de Palcos, sólida, concienzuda, serena, tiene también ese mérito: el de la excepción.

...Por lo expuesto y transcripto tendrá el lector una idea de la labor serena y metódica, profunda y clara que el joven y talentoso escritor ha realizado en LA VIDA EMOTIVA, que se nos antoja una de las obras de mayor significación escritas en el año pasado".

LA VANGUARDIA, 24 de enero de 1926.

"Entre la producción relativamente pobre de los últimos años, en lo tocante a psicología, surge este libro que es una joya, por la erudición que trata el asunto; por los principios a que ajusta el desarrollo, por los nuevos conceptos con que enriquece el tema — y lo que no es común — por el estilo limpio y desenvuelto con que expone".

EL POSITIVISMO, febrero de 1926.



